



JUAN MANUEL
DE PRADA

LUCÍA
EN LA
NOCHE



Lectulandia

Alguien dijo que los ángeles a menudo no saben si se mueven entre los vivos o los muertos. Y cuando se mueven entre los vivos a veces ocultan su rostro, huyen de nuestras caricias, se escabullen y desaparecen, dejándonos con la sensación de que, quizá, nunca estuvieron a nuestro lado.

Alejandro Ballesteros es un escritor cuya decadencia y falta de inspiración le han llevado a renegar tanto de sí mismo como del mundo que le rodea. Cuando, una noche de humo y alcohol, conoce a Lucía, siente que la vida vuelve a valer la pena, con todos sus instantes de misterio, de luz y de oscuridad, de pasión y de desengaños.

Pero ¿quién es Lucía? ¿Quién es esa chica desgarbada y algo arisca que parece saberlo todo sobre él? ¿Cómo consigue anticipar sus deseos y apaciguar sus temores más ocultos? ¿Y por qué se resiste a confiar plenamente en él? ¿Qué episodios turbios esconde en su pasado?

La desaparición de Lucía marcará el inicio de una búsqueda febril y salpicada de revelaciones inesperadas por un mundo acechado de sombras, en el que Alejandro deberá sacar lo mejor de sí mismo para encontrar respuestas... que tal vez habría preferido no conocer. Un viaje al corazón del miedo en el que tendrá que moverse entre regiones cuya frontera sólo los ángeles pueden cruzar impunemente.

La maestría literaria de Juan Manuel de Prada se pone al servicio de una trama llena de misterio y poesía que nos envuelve y cautiva desde la primera página. Amor y duelo, sospechas y ausencias, muerte y resurrección, mensajes que parecen venir del mundo de los sueños o incluso del más allá... Nada en *Lucía en la noche* es lo que parece. Y todo tiene dos caras.

Lectulandia

Juan Manuel de Prada

Lucía en la noche

ePub r1.0

Titivillus 13.02.2019

Título original: *Lucía en la noche*
Juan Manuel de Prada, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo I

Capítulo 1

Capítulo II

Capítulo 2

Capítulo III

Capítulo 3

Capítulo IV

Capítulo 4

Capítulo V

Capítulo 5

Capítulo VI

Capítulo 6

Capítulo VII

Capítulo 7

Capítulo VIII

Capítulo 8

Capítulo IX

Capítulo 9

Capítulo X

Capítulo 10

Capítulo XI

Capítulo 11

Capítulo XII

Capítulo 12

Capítulo XIII

Capítulo 13

Capítulo XIV

Capítulo 14

Capítulo XV

Capítulo 15

Epílogo

Post scriptum

Agradecimientos

*A Enrique Álvarez, que me trajo
el viento raro de la amistad.*

Los ángeles (se dice) a menudo no saben si se mueven entre los vivos o los muertos.
El eterno fluir a través de ambos reinos arrastra consigo todas las edades, acallándolas.

A fin de cuentas ellos, los que se fueron temprano, ya no nos necesitan; suavemente van perdiendo el hábito de lo terrenal, como el niño pierde el apego por los pechos de su madre.
Pero nosotros, que necesitamos de tan grandes misterios; nosotros, que de la misma tristeza obtenemos progresos dichosos... ¿Podríamos existir sin ellos?

RAINER MARIA RILKE

I

En sueños vuelvo a verla a menudo, tal como la vi por primera vez en aquel desfasado garito para noctámbulos. Suenan los acordes de un piano y Lucía avanza lentamente hacia mí, mientras canta con voz cálida y rota, abriéndose paso entre la clientela beoda o somnolienta, difuminada por una neblina de ultratumba, como si fuese una resucitada, igual que Kim Novak avanzaba hacia James Stewart en aquella célebre secuencia de *Vértigo*. Pero la neblina que envuelve a Lucía en mis sueños no es verde como la que envuelve a Kim Novak en la película de Hitchcock, sino más bien rojiza, a juego con la decoración del garito, a juego con los divanes de terciopelo raído y mugriento, a juego con el tapizado de las paredes, que se pretendía suntuoso (y tal vez lo había sido, allá en la prehistoria) y para entonces era más bien cochambroso, a pesar de la luz indirecta de las lámparas, idónea para acunar la dulce melopea de la clientela, idónea también para anestesiar voluptuosamente aquel dolor sordo o conciencia de fracaso que iba horadándome por dentro, como una lenta carcoma.

Porque cuando conocí a Lucía yo era, en efecto, un fracasado, que es el nombre que merecen quienes traicionan su vocación. Había triunfado apoteósicamente allá en la juventud, con unos libros fulgurantes de metáforas, arrebatados de irreverencias y osadías verbales, que me procuraron fama instantánea y me encumbraron hasta la cima del éxito. Pero, una vez alcanzada esa cima que tantos colegas ambicionan en vano, descubrí que allí no había nada que me interesase; descubrí que el éxito, que había imaginado como un vergel paradisiaco, era en realidad un páramo merodeado por faunas carroñeras en el que no deseaba quedarme ni un minuto. Mientras había luchado por alcanzar el éxito, había escrito con el entusiasmo y el temblor de quien arroja una moneda al aire, ignorando si saldrá cara o cruz. Pero, tras alcanzarlo y probar su sabor, empecé a

renegar de mi oficio, al principio de modo tibio o displicente, luego con una suerte de hastío, hasta llegar al aborrecimiento y a la franca repugnancia. La escritura, que había sido mi pasión más abnegada, se convirtió así en una insoportable condena. Y empecé a rehuirla, como quien rehúye a una amante intempestiva. Así, hasta que la escritura, harta de desplantes y desaires, me abandonó. Entonces empecé a buscar lenitivos que supliesen su ausencia: asistía a todas las fiestas y saraos a los que me invitaban (y a los que no me invitaban también); atendía todos los compromisos y requerimientos, aun los más peregrinos y absurdos (o sobre todo estos); viajaba sin descanso, para pronunciar conferencias perfectamente necias, ante auditorios que sin embargo me aplaudían a rabiar, consolados tal vez en su propia necesidad; e, inevitablemente, empecé a frecuentar los platós televisivos, donde, a cambio de un estipendio siempre generoso, me juntaban con un hatajo de botarates vociferantes que no paraban de proferir barbaridades (pero ninguno profería tantas como yo, más vociferante que ninguno), disputándose la predilección de una audiencia mentecata. Me convertí, en fin, en una piltrafa, en un despojo dispuesto a apurar hasta las heces el cáliz de la degradación. Y para que este *descensus ad inferos* fuese completo, al concluir mi participación en estos programas sórdidos, después de desgañitarme y refocilarme en la inmundicia, pedía al conductor encargado de devolverme a casa que me dejara en un garito para noctámbulos que había en las traseras de la Gran Vía, donde anegaba en alcohol mis penas, que eran las propias de quien se ha quedado viudo de su vocación. Y algunas noches, después de emborracharme en soledad, dejaba incluso que se acercase hasta el diván de terciopelo raído en el que habitualmente me sentaba alguna mujer con ganas de palique o bambú, por lo general divorciadas talluditas que ponderaban con gran entusiasmo mis intervenciones televisivas y ni siquiera conocían mis ya lejanos libros. Para no defraudar sus expectativas, solía llevármelas a casa, tan borrachas como yo mismo, y yacía con ellas de mala manera, para después despacharlas en taxi en cuanto empezaba a amanecer, por no reparar en sus rostros ajados y descompuestos, para no soportar ni un minuto más su cháchara, que no hacía sino agravar los síntomas de mi resaca.

A tales grados de postración y envilecimiento había llegado por entonces. La noche en que conocí a Lucía había nevado de ese modo

sucio y vergonzante propio de Madrid, donde la nieve raramente cuaja y acaba formando un barrillo viscoso, mezclada con la roña y la podredumbre de las aceras. Había sido, además, una nevada tardía, con febrero muy avanzado, así que las calles estaban más desiertas que de costumbre cuando concluí mi participación televisiva; y como aquella noche había proferido muchas barbaridades, y en tono especialmente chillón, la adrenalina me desbordaba por todos los poros de la piel, reclamando que la apaciguase con un par de copazos y tal vez con un escarceo de aquí te pillo y aquí te mato con alguna divorciada talludita. Pedí al conductor, pues, que me dejase en el garito para noctámbulos que se había convertido en el varadero de mi fracaso. Allí, derrengados sobre la barra o repartidos por los divanes de terciopelo raído, me encontré con los habituales parroquianos, entre los que nunca faltaban los borrachos metafísicos, los julandrones caballerosos que me saludaban deferentes (eran los únicos que habían leído alguno de mis libros ya lejanos), las putas antiquísimas como palimpsestos y señoriales como marquesas del barrio de Salamanca. Aquella noche faltaban, sin embargo, las divorciadas talluditas que abastecían mis ocasionales escarceos, a las que tal vez hubiese intimidado la nevada. En cambio, al fondo del garito, detrás del pianista que arrullaba las dulces melopeas de la parroquia, se arracimaba un grupo bastante bullicioso, incongruente con el ambiente mortecino del lugar, tan propicio a las ensoñaciones étlicas. Algunos de los miembros más caprichosos y zascandiles del grupo reclamaban al pianista tal o cual melodía, a lo que el pianista — un septuagenario cachazudo que tocaba con los ojos entrecerrados, poniendo cara de galápago— accedía sin demasiado entusiasmo, con un gesto resignado o martirial. Me pareció reconocer, entre los zascandiles que pedían canciones, a algún colega fantoche (si es que todavía podía llamar colegas a quienes se dedicaban a escribir) con el que había compartido agasajos y parabienes allá en la juventud; y comprobé que el grupo lo componían modernillos y gafapastas, artistillas de medio pelo y barba *hipster* y algún que otro gacetillero especializado en chismorreos culturetas. Procuré pasar inadvertido y corrí a refugiarme a mi diván, que los parroquianos habituales habían dejado respetuosamente libre, como exigen los códigos vigentes entre bebedores profesionales. En apenas media hora me trasegué un par de *gin-tonics* (que se sumaban a los que antes había trasegado en el

plató televisivo, durante los intermedios del programa), protegido por una especie de biombo chino que me permitía atisbar entre sus bastidores el fondo del local, sin temor a ser reconocido por los gafapastas, sin temor a que empezaran a murmurar sobre mí o, todavía peor, me invitaran a sumarme a su francachela. Cuando ya la ginebra empezaba a nublar un poco la vista sonaron los primeros acordes de una canción de Mayte Martín, *Hecha a la medida*, que siempre me había gustado o lastimado mucho, pues no en vano, después de tantos éxitos pretéritos y escarceos desnortados, seguía soltero y solitario. Se apagó entonces la bulla de los gafapastas, mientras alzaba la voz una mujer en la que hasta entonces no había reparado, tal vez porque la tapaban las artísticas barbas de sus acompañantes. Era una voz cálida, pero a la vez muy desgarrada, herida por el óxido de las noches en vela, una voz a la vez dolorida y exultante, como convenía a la canción:

*—Estás hecha a la medida de mis besos,
hecha a la medida de mis manos
y de mis sueños.
Parece que te hicieron
exacta a la medida de mi ser.*

Los gafapastas hicieron pasillo a la mujer que cantaba. Pero al principio apenas pude distinguirla, pues aparte del estorbo del biombo la veía neblinosamente, como si dijéramos a través de una gasa o tamiz que difuminaba sus facciones, que es lo que me ocurre siempre que bebo más de la cuenta. Cuando al fin logré enfocarla, no me pareció una mujer demasiado guapa; no, al menos, en el sentido convencional que atribuimos al término. Lo primero que llamaba la atención en ella era el cabello, muy moreno y abundante, recogido parcialmente sobre la coronilla, como si llevara un nido en la cabeza, y parcialmente suelto sobre los hombros, como un río fosco que se precipita en cascada. También reparé en sus ojos, excesivos y atolondrados, vulnerados de una secreta tristeza, como si se hubiesen asomado a algún abismo que yo entonces no podía ni siquiera imaginar; y resaltados por una línea de rímel que se resolvía en un espolón alargado hasta las sienes, como un zarpazo de sombra que añadía tragedia a su mirada. También en sus facciones había algo

trágico o aflictivo, una levísima asimetría que recordaba a esas mujeres de los cuadros cubistas que lloran lágrimas como peladillas. Creo que era esta asimetría de sus facciones lo que la hacía tan atractiva, porque uno, al mirarla, tenía la sensación de que no podía captar enteramente las circunstancias de su rostro, como si la barbilla breve no encajase con la nariz prominente y tal vez algo escorada, como si los pómulos muy picudos que parecían a punto de rasgar la piel no se compadeciesen con los labios restallantes de sangre. Calculé que no tendría más allá de veinticinco años; pero en su rostro juvenil había arrugas de vieja presentida que surcaban su frente y enmarcaban su boca extrañamente sensual. El séquito gafapasta le había abierto pasillo, mientras cantaba, y ella avanzaba a través del local, esquivando a duras penas a los parroquianos habituales que la escuchaban melancólicos, acercándose al lugar donde yo estaba, atrincherado detrás del biombo chinesco. Me hice la ilusión de que cantaba para mí:

—*Ayer
yo no creía en nada ni en nadie,
mas hoy mi corazón
ha vuelto a levantarse
y sé que, más allá
de todas las estrellas,
Alguien te hizo para mí.*

Reparé pudorosamente en sus caderas breves, casi de muchacho, en sus muslos flacos que le tapaba una falda muy ceñida, en sus rodillas huesudas, como de penitente, bajo los leotardos de lana gruesa, y en las pantorrillas muy largas que me hicieron pensar en las cigüeñas. Sus andares eran a la vez aturullados y garbosos, como si también ella estuviese algo perjudicada por el alcohol, o tan sólo un poco perdida. Se había hecho un silencio reverencial en el garito para escucharla; y cuando por fin acabó la canción repitiendo con mucha vehemencia el estribillo, las putas antiquísimas y los julandrones caballerosos y los borrachos metafísicos la aplaudieron durante largo rato, conmovidos. Ella agradeció los aplausos tímidamente; y cuando todavía no se habían extinguido, ya se había deslizado detrás del biombo con un movimiento felino y se había dejado caer en el diván

donde yo me hallaba. Antes de que pudiera reaccionar, tomó mi *gin-tonic* y bebió un sorbo sin pedirme permiso; pero no debió de gustarle el sabor (tal vez lo hubiese confundido con agua, pues los hielos estaban casi derretidos), porque arrugó el morro. Pensé que aquel desparpajo delataba a la mujer caótica, hecha de añicos que nadie se atreve a recomponer. Ayudado por las brumas etílicas, pensé insensatamente que yo sería capaz de recomponer esos añicos. O tal vez sólo desease fundirme en su caos.

—Enhorabuena, has cantado esa canción con muchísimo sentimiento —dije. Y enseguida me avergoncé de mi voz estoposa que se trababa en cada palabra—: Y tienes una voz muy bonita.

Sus labios esbozaron una sonrisa irónica, o quizá fuese un mohín enfurruñado. Por un instante asomaron sus dientes indescifrables, dientes de niña que ha probado todos los vicios o que no ha probado ninguno porque todos la aburren.

—Seguro que eso se lo dices a todas —murmuró, arisca. Entreabrió la boca y asomó levemente la lengua, para significar que estaba sedienta—. Anda, pídele a un camarero que me lleve un botellín de agua.

—¿Que te lo lleve adónde? —pregunté, confundido. No supe si la embriaguez me había impedido entenderla, o si ella también estaba embriagada y había trabucado los verbos.

—Que me lo traiga, quería decir —se excusó, azorada—. Tengo la garganta seca.

Me apresuré a atender su petición, dirigiéndome yo mismo hasta la barra, donde se había acodado un hombre en el que no había reparado hasta entonces, pese a que resultaba casi imposible no hacerlo, pues era muy alto y fornido y tenía el pelo rubio y cortado a cepillo. Me miró con unos ojos casi grises de tan azules, ojos hiperbóreos que tal vez hubiesen contemplado la taiga y la tundra. Mientras pedía al camarero un botellín de agua mineral, el hombre se sonrió y asintió levemente, como si ponderase mi habilidad para ligar con chicas jóvenes. Hice como que no había reparado en su gesto y me refugié con el botellín de agua detrás del biombo, sin atreverme a mirar a la cofradía gafapasta, que había empezado a murmurar porque tal vez la impacientase la ausencia de su compañera, o tal vez ya me hubiese reconocido y estuviese comentando regocijada mi lastimoso hundimiento como escritor.

—¿No vuelves con tus amigos? —pregunté a la muchacha, que se había desmadejado un poco sobre el diván y, al verme de vuelta, se apresuró a estirarse la falda con un gesto púdico o desvalido—. Me temo que van a enfadarse...

—Por mí pueden irse a amasar barro —dijo, desdeñosa, con una expresión que nunca había oído y se me antojó originalísima—. Son unos pesados tremendos. Todos querían besarme con esas barbas picajosas que encima huelen a colonia Nenuco. Que los aguante su madre.

No supe si interpretar sus palabras como una invitación a besarla, ya que yo estaba afeitado y no me perfumaba con colonia Nenuco, o más bien como un aviso de que, si me atrevía a imitarlos, me mandarían también a freír espárragos, o a amasar barro.

—Es natural que quieran besarte —dije, quedándome entre dos aguas—. Eres una chica muy atractiva.

Sacudió la mano, como si espantase una mosca, para denotar que mi piropo le había parecido tan inofensivo como ridículo. Vestía un jersey de cuello cisne, azulón, de una lana todavía más gruesa que los leotardos, que le marcaba las costillas y las clavículas como arbotantes de un templo derruido, también los senos sorprendentemente copiosos, en contraste con el cuerpo escuálido. Mientras bebía ávidamente el agua del botellín, reparé en un colgante que lucía sobre el jersey, con una piedra carmesí en forma de corazón diminuto, engastado en plata. Supuse que sería una baratija; pero las brumas etílicas podían convertirlo fácilmente en un rubí.

—¿Y tú cómo te llamas? —me preguntó, después de trasegarse el botellín.

—Alejandro Ballesteros —me apresuré a responder, deseoso de que mi nombre y apellido le sonasen, deseoso por primera vez en mucho tiempo de que le sonasen por mis libros ya lejanos y no por mis desvaríos televisivos—. Pero puedes llamarme Álex, si te apetece. ¿Y tú?

—Prefiero llamarte Alejandro. Álex suena a niñoato soplapollas —me atajó, expeditiva. No se había inmutado al escuchar mi nombre, por lo que inferí que no me había reconocido. Y me imitó con intención retadora o burlona—: Yo me llamo Lucía Álvarez. Pero puedes llamarme señorita Álvarez, si te apetece.

Escudriñé entre los bastidores del biombo, en busca del hombre hiperbóreo que un minuto antes me había sonreído; pero ya no estaba. Su lugar lo ocupaban los gafapastas que acompañaban a Lucía, escamados de que tardase tanto en reunirse otra vez con ellos y dispuestos a asaltar en cualquier momento el frágil baluarte chinesco que nos protegía de su curiosidad.

—Los nenucos barbudos parece que te reclaman... —murmuré, y formulé un puchero que se pretendía también burlón.

—Quiero darles esquinazo. ¿Me ayudarías?

Se había sentado con mucha mayor compostura, como si estuviese presta a salir huyendo en cualquier momento. Me pareció que los senos le palpitaban expectantes; pero sin duda no los agitaba la expectación de un escarceo erótico. Me sorprendió descubrir que tampoco yo lo deseaba del todo; o no al modo burdo y apremiante que lo deseaba cada vez que circulaban por el diván las divorciadas talluditas.

—Pues claro —aseguré, intrépido—. ¿Qué tengo que hacer?

—Voy a ir un rato al servicio —dijo, con una voz repentinamente resolutiva—. Entretanto, tú sales a la calle, pillas un taxi y me esperas junto a la puerta. Cuando salga, nos vamos pitando. ¿Te parece?

Se había levantado y se estiraba el jersey, a la vez que me miraba con sus ojos excesivos, que eran a la vez claros y ofuscados, con su candor de trigo y su cerco de noche, que el espolón de rímel alargaba hasta las sienes.

—¿Pitando? —balbucí, desconcertado—. ¿Y adónde nos vamos pitando?

—¿Pues adónde va a ser? —se exasperó—. A tu casa, hombre, a tu casa.

Y murmuró jocosamente alguna otra palabra que no acerté a oír, como si se escandalizase de mi torpeza. Esquivó el biombo con la misma agilidad felina que antes y se dirigió a los lavabos, al fondo del garito, después de atender muy someramente (tan sólo para aplacar un poco su impaciencia) a los gafapastas que la requerían y obstaculizaban en su camino. Algo aturdido o incrédulo de mi suerte, dejé sobre el velador un billete que cubría con creces el precio de todas las consumiciones y salí apresuradamente del garito, sin atender las interpelaciones de los gafapastas, que me llamaban Ballester y otros apellidos limítrofes que trabucaban el mío, extraviado

en los meandros del éxito perecedero. La calle estaba resbalosa y desierta, con vestigios de nieve que parecían el vómito de algún ángel jaranero y farolas de una luz a punto de expirar. Tuve que caminar hasta una calle próxima en la que todavía pasaba de vez en cuando algún taxi despavorido y esperé paciente en la puerta trasera del garito, donde gargajeaba uno de los borrachos metafísicos. Por un momento, pensé que aquella estrambótica estratagema para librarse de los gafapastas era en realidad un bromazo de aquella Lucía, o señorita Álvarez, que para entonces se estaría descojonando de Ballester en compañía de los gafapastas, dejando que la besasen en comandita y que le restregasen sus barbas perfumadas de colonia Nenuco, mientras celebraban su artimaña. Pero cuando ya estaba a punto de pedir al taxista que arrancase, abochornado de mi credulidad, Lucía salió del garito, esquivó los gargajos del borracho metafísico y se deslizó en el interior del coche. Con el taxi ya en marcha, se entretuvo durante un rato contemplando por la ventanilla los edificios repetidos, los cines apagados, el cielo sin estrellas, con una luna casi parturienta rodando sobre los tejados.

—¿Y de qué me suena tu cara? —me preguntó al fin, afectando indiferencia—. ¿Nos habíamos visto antes en algún sitio?

—Soy escritor —dije, con un recién recobrado orgullo retrospectivo—. Tal vez me hayas visto en la tele.

—¿Y qué hace un escritor en la tele? —me reprochó, descarada—. Mejor sería que te pusieses a escribir. Pero de la tele no creo que te conozca, porque nunca la veo. En cambio, me encanta leer... Aunque tengo que confesarte que a ti nunca te he leído, ni siquiera me sonaba tu nombre.

Encajé la pulla con una sonrisa mohína; por primera vez en mucho tiempo, sentí la añoranza de la escritura remejiéndome las entrañas, como un animal que se despereza, después de hibernar durante años. Le pregunté, para espantar el bochorno:

—¿Y quiénes son tus escritores favoritos?

Me respondió con una retahíla de nombres execrables, una patulea de plumíferos de ínfima calidad que no reproduciré, para no marearme. Pensé que los había elegido alevosamente sólo para chincharme; pues si hubiese pensado que en verdad le gustaban habría tenido que sacarla a patadas del taxi. El corazón diminuto del colgante brillaba en la oscuridad, como un carbunco encendido.

Definitivamente, se trataba de una baratija, como la retahíla de sus escritores favoritos.

—Espero que tengas un sofá en casa —dijo, rompiendo aquel silencio embarazoso, de nuevo vuelta hacia la ventanilla tras la que discurría Madrid, como un cuadro desolado de Chirico—. Un sofá bien cómodo.

—¿Para qué quieres saber si tengo un sofá? —me interesé, procurando sonar desinteresado. Y, como no respondía, insistí mohíno—: ¿Se puede saber para qué?

Lucía respiró divertida y se ahuecó el cabello en el que podría haber anidado algún pájaro, su cabello como un río fosco y desbocado.

—Pues está muy claro, Alejandro —me respondió al fin—. Esta noche te tocará dormir en el sofá. Porque supongo que me cederás galantemente tu cama. ¿O es que pensabas que iba a acostarme contigo? Eso ni lo sueñes.

Soltó una risa juguetona y se desmadejó sobre el asiento, como le gustaba hacer para ponerse cómoda. Luego calló y adoptó un gesto indescifrable, como de esfinge que a nadie cuenta su secreto.

1

—Sólo serán un par de días, Lucía, te lo prometo —aseguré.

Ambos estábamos desvelados, tratando todavía de digerir la fatalidad que había trastocado nuestros planes. Habíamos preparado con mucho esmero aquellas vacaciones en Tenerife: con ellas celebrábamos el primer aniversario de nuestro encuentro, pero también la feliz conclusión de mi novela, después de tantos años en el dique seco; y, por encima de todo, eran el cumplimiento de una promesa hecha a Lucía, que necesitaba cambiar de aires, tras las tensiones y sobresaltos vividos durante las últimas semanas. Para mi sorpresa, no había reaccionado airada al saber que yo tendría que retrasar mi marcha, sino que de vez en cuando lanzaba en la oscuridad un suspiro, entre abrumado y condescendiente, para sobreponerse a la contrariedad.

—Es un viaje que ambos necesitamos, Alejandro —murmuró—. Un viaje muy deseado por ambos. Y yo ya no puedo pedir en el trabajo que me cambien los días...

Se había acurrucado contra mí, pegando su rostro sobre mi costado, como si quisiera detectar alguna avería en mi corazón. Era el mismo gesto, a la vez tímido y elocuente, que había hecho cientos de veces, al principio de nuestra relación, cuando yo aún me creía incapaz de volver a escribir, para insuflarme ánimos y aquietar mi angustia. Y, misteriosamente, gestos como aquel habían producido el milagro. Si todos nacemos de una mujer, yo podía también afirmar que había renacido de otra. Al lado de Lucía había encontrado un estímulo nuevo, un alborozo que no experimentaba desde la juventud, cuando la escritura era todavía una expedición —a veces maravillada, a veces pavorosa, siempre erizada de riesgos— de resultado incierto. Al lado de Lucía, habían resucitado zonas de mi espíritu que creía muertas para siempre, como si de un tronco podrido hubiesen vuelto a brotar ramas verdes, como si de un muñón naciese un nuevo miembro vigoroso. No había sido, desde luego, una transformación instantánea: primero tuve que expulsar los demonios, aullantes como lobos, sinuosos como serpientes, que me habían habitado durante los últimos años, hasta convertirme en un despojo. Y poco a

poco, al principio imperceptiblemente, como una lenta marea, después de manera impetuosa, como una ola que nos levanta, el deseo de escribir volvió a anegarme por completo. Un día me senté medroso ante el escritorio y puse las manos sobre el teclado del ordenador, que desde hacía años sólo empleaba para escribir artículos de ocasión y otras menudencias de encargo. Y me puse a escribir. A tumba abierta, a la vez con las tripas y con el alma, poniendo en cada frase mis cielos y mis abismos, mis balcones soleados y mis sótanos sombríos, mi humildad y mi arrogancia, mi indulgencia y mi arrepentimiento, sobre todo mi arrepentimiento por haber dilapidado durante todos aquellos años los escasos o numerosos talentos que me habían sido confiados. Inevitablemente, había elegido como asunto la redención de un artista desahuciado a través del amor a su musa; pero, por no perjudicar la novela de un excesivo autobiografismo, introduje en ella un elemento sobrenatural o fantástico, de modo que no se supiera si el protagonista amaba a una mujer o a un ángel; y tampoco si la acción transcurría en la región de los vivos o de los muertos, o en el eterno fluir entre ambas. Había escrito la novela en apenas seis meses, sin pretensiones de publicarla; pero Lucía me insistió indomablemente para que se la enviase a mi editor de antaño, Ramiro Cifuentes, con quien me había dado a conocer, allá en la lejana juventud. Para mi sorpresa, Cifuentes me llamó alborozado a los pocos días, dispuesto a publicar la novela de inmediato, postergando las de otros autores de campanillas que tenía programadas. No hizo alusión alguna a las desavenencias que en el pasado nos habían enfrentado, hasta provocar nuestra ruptura; tampoco me reprochó la disipación de mis últimos años. Sólo tenía palabras de un entusiasmo desbordante hacia mi nueva novela, cuyas bondades empezó a proclamar enseguida a los cuatro vientos en los mentideros literarios, donde aseguraba que el regreso de Alejandro Ballesteros, su hijo pródigo y descarriado, marcaría época.

—No tiene sentido que pidas ningún favor en el trabajo —dije—. Tampoco podemos cambiar nuestra reserva en la casa rural. Llamé esta tarde y me dijeron que era imposible mover las fechas, que los días siguientes tienen todas las habitaciones ocupadas.

—Y entonces... ¿qué vamos a hacer?

Siempre me dejaba la iniciativa en estas circunstancias, con la esperanza tal vez de que yo decidiera exactamente lo mismo que ella había pensado antes. Y yo sabía bien lo mucho que Lucía necesitaba alejarse de allí, tras las emociones recientes.

—Lo mejor será que tú te vayas mañana, según lo planeado —propuse—. Yo puedo cambiar mi billete de ida y reunirme contigo en un par de días. — Creí adivinar que sus labios formulaban un mohín de fastidio—. Cifuentes me ha prometido que mañana a las nueve de la mañana tendré en casa las pruebas.

Volvió a suspirar en la oscuridad y se quejó:

—Me parece alucinante que sean tan chapuceros... Ahora nos toca a nosotros pagar su incompetencia.

Me encogí de hombros y resoplé resignado, por no escarbar aún más en la herida. Tras celebrar el retorno del hijo pródigo, Ramiro Cifuentes había activado todos los resortes para acelerar la publicación de mi novela. La expectativa de recuperar a su autor más distintivo de la pasada década parecía haberlo rejuvenecido, cuando ya se aproximaba peligrosamente a la senectud y su prestigiosa pero decaída editorial Astrágalo se conformaba con cobijar los bodrios de un puñado de viejas glorias en decadencia. Pero en el taller encargado de componer el texto habían introducido por descuido algún código informático erróneo, de tal manera que todas las frases o palabras de la novela incluidas entre comillas inglesas habían desaparecido como por arte de ensalmo. De inmediato devolví las pruebas al taller, que se comprometió a reparar el desaguisado a la velocidad del rayo; pero debía de tratarse de algún rayo sin chispa, pues tardaron casi una semana en hacerlo. Y como los plazos establecidos para el lanzamiento de la novela (que fijaba el implacable departamento comercial y la tiránica red de distribuidores) no podían alterarse, me tocaría hacer las correcciones a matacaballo, y a costa de acortar nuestro proyectado viaje a Tenerife.

—Una incompetencia lastimosa, desde luego —concedí—. Pero de nada sirve llorar sobre la leche derramada. Haremos como te he dicho.

Lucía guardó un silencio atribulado, mientras jugueteaba nerviosamente con el diminuto corazón engastado de su colgante, que en la oscuridad palpitaba como una pavesa moribunda. Habló con la boca pequeña:

—Si lo prefieres, puedo quedarme contigo. Total, si sólo son dos días...

No quería que yo pudiera pensar que anteponía su deseo de marchar sobre cualquier otra cosa. En otras circunstancias, me habría lastimado ese deseo; en aquella ocasión, sin embargo, lo comprendía perfectamente, puesto que yo también lo tenía (aunque lo disimulase). También yo necesitaba poner tierra (y mar y aire) de por medio, también yo necesitaba dejar atrás los sobresaltos recientes y contemplarlos con perspectiva. Y, sobre todo, necesitaba disfrutar de la compañía de Lucía, necesitaba tenerla para mí solo, en un lugar en el

que ambos fuésemos forasteros y pudiésemos estar absortos el uno en el otro, sin sobresaltos ni servidumbres. Por ello me había esmerado en la búsqueda de aquella casa rural en Tenerife, que además de asegurarnos el consabido clima benigno de la isla se hallaba —según me habían asegurado sus dueños— en un paraje recóndito y apenas frecuentado por el turismo, sin cobertura para móviles ni conexiones wifi ni parecidas zarandajas. Un oasis de aislamiento para celebrar nuestro amor, que acababa de cumplir su primer aniversario.

—Serán sólo dos días si dedico cada minuto a corregir las puñeteras pruebas —dije—. Dos días de un trabajo engorroso y absorbente que, además, me pone de muy mal humor. Lo dejo a tu elección; pero la habitación en la casa rural está pagada y es una pena que no la aproveches.

—Es que me da no sé qué marcharme sola —dijo, cautelosa—. Es un viaje que habíamos proyectado juntos...

—Y juntos pasaremos casi dos semanas, mujer. Hazte a la idea de que te adelantas para prepararme el recibimiento —la animé, a sabiendas de que necesitaba mi beneplácito—. ¡Me encanta que seas tan dependiente de mí!

Lucía tomó una almohada y la descargó sobre mi rostro, enfurruñada y a la vez juguetona. En realidad, no había persona menos dependiente que ella. Lucía era más bien escurridiza, también un tanto silvestre o montaraz, como esos gatos que necesitan alejarse del calor hogareño y soltar de vez en cuando un zarpazo, trepar a las tapias y despanzurrar un pájaro, para no sentirse del todo domésticos. Era, tal vez, su rasgo más distintivo; y, aunque en ocasiones me resultaba un poco fastidioso, no iba a hacer nada por cambiarlo (pues no se me escapaba que, cuando tratamos de corregir en otra persona lo que en ella nos disgusta, terminamos más bien anulando lo que en ella nos agrada). En alguna ocasión me habían asaltado tentaciones de atraerla más hacia mí, de atarla más a una vida plenamente compartida, incluso le había propuesto matrimonio de forma más o menos tácita o medrosa. Pero enseguida me daba cuenta de que, al hacerlo, estaba pisando un territorio sembrado de minas; y también de que cada intentona mía generaba en Lucía sentimientos reactivos que podían alejarla de mí. Así que había resuelto dejar que en cada momento y circunstancia fuese ella la que tomase la iniciativa, igual que se deja que el gato vuelva a casa cuando le apetezca (y de este modo vuelve más cariñoso y necesitado de carantoñas), en lugar de forzarlo a volver, empeño que sólo garantiza algún arañazo. Por otro lado, ¿acaso el amor no es, precisamente, el deseo (al principio vehemente, luego más aquietado y sereno) de amoldarnos a la persona amada, de encajarnos en ella, como el gozne se encaja en el

perno? Algunos, ingenuamente, piensan que para el amor se precisan «almas gemelas»; pero las almas gemelas sólo pueden superponerse, nunca encajarse.

—Pues venga, no se hable más —decidió Lucía al fin. O tal vez lo había decidido desde el principio, pero se había reservado hasta entonces, para no ofenderme—. Me voy mañana, según lo previsto.

En apenas un par de días tendría a Lucía toda para mí, podría contemplarla en las tibias alboradas y pasear con ella en los lentos crepúsculos, podría conversar con ella en las noches desveladas y trabarme con ella en una lucha de amor, cual vid que entre el jazmín se va enredando, allá donde los relojes y los calendarios han dejado de medir el tiempo. Pero antes tendría que corregir las malditas pruebas.

—Te llevaré al aeropuerto, antes de ponerme manos a la obra —dije, apretándola contra mi pecho—. Ahora descansa, que mañana toca madrugar.

Del mismo modo que la mujer o ángel de mi novela entraba y salía del reino de los vivos, Lucía entraba y salía de mi casa en Las Rozas sin dar nunca demasiadas explicaciones, a menudo sin avisarlo siquiera, lo que me mantenía en un permanente estado de expectación (pero así las separaciones eran menos dolorosas y los reencuentros más alborozados). Aunque le había insistido mucho, Lucía se había resistido a instalarse definitivamente en mi casa; y mantenía alquilada una habitación en un piso destartado del viejo Madrid, compartido con otras chicas con las que ni siquiera se llevaba del todo bien, según me había parecido entender. Lo justificaba aduciendo que no quería que me acostumbrase demasiado a ella, hasta que su presencia terminara por convertirse en una rutina para mí. Y cuando yo trataba de convencerla, asegurando que también hay rutinas gozosas, me replicaba que las rutinas siempre nos hacen bajar la guardia y son el mayor disolvente del amor, que necesita mantenerse en vilo. El mío, desde luego, había logrado mantenerlo en ese estado, apareciendo y desapareciendo siempre según su gusto: a veces para quedarse durante varios días con sus noches, a veces para hacerme una breve visita que yo procuraba alargar siempre mediante los más variados subterfugios. Lucía era algo caótica en sus hábitos; o tal vez la falta de hábitos la había tornado propensa al desorden vital. Tampoco ayudaba, desde luego, que tuviese horarios de trabajo cambiantes, al parecer porque el dueño del restaurante en el que trabajaba como cocinera establecía turnos rotatorios entre sus empleados. Pero yo sospechaba más bien que cambiaba cada poco de trabajo, demasiado indisciplinada para aguantar órdenes, con contratos siempre temporales y en precario. Y digo que lo sospechaba porque, cada vez que trataba de inquirirlo, para saberlo a ciencia cierta, Lucía rehuía

la conversación, como si la avergonzara referirse a esos asuntos o no quisiera aburrirme con sus tribulaciones. Alguna vez le había sugerido que dejase de trabajar por una temporada, hasta encontrar acomodo en otro restaurante con un dueño menos abusivo, o incluso que considerase la posibilidad de montar por cuenta propia un pequeño establecimiento. Los años de agasajos y parabienes, al igual que la participación en programas para friquis vociferantes, me habían procurado bastante dinero, tanto que no había podido dilapidarlo plenamente, pese a mis excesos; y tal vez fuese el momento idóneo para invertirlo, ayudando de paso a Lucía a sacar provecho de sus dotes culinarias. Pero cada vez que se lo proponía, reaccionaba a la defensiva, no sé si por orgullo o por pudor; así que había dejado que mi propuesta durmiese o madurase por un tiempo.

—Además, quiero dejarte unos cuantos platos hechos antes de marchar —me dijo, con algo de mala conciencia—. Así que tendré que madrugar todavía más.

Intenté disuadirla, alegando que me arreglaría con cualquier comestible que hubiese en la nevera, más alguna lata de conserva de la despensa. Pero a Lucía le gustaba obsequiarme con sus habilidades culinarias, ya que no me autorizaba a frecuentar los restaurantes en los que trabajaba. A las cinco de la mañana ya estaba azacanándose en la cocina; y aunque lo hacía con el mayor sigilo, para no despertarme, hasta la planta de arriba de la casa, donde yo estaba durmiendo, ascendían los aromas más sabrosos en tropel, y se infiltraban en mis sueños, haciéndome salivar gozosamente. Así mi despertar resultó muy placentero, aunque todavía no hubiese amanecido y el día se anunciase desapacible, con un ventarrón que hacía retemblar las ventanas y una llovizna apenas perceptible, casi como una destilación de la niebla. Llevé a Lucía hasta el aeropuerto en mi coche, como le había anunciado, mientras empezaba a clarear; durante el trayecto, entorpecido por un tráfico demasiado espeso, no dejó de hacerme recomendaciones y encomiendas:

—Y cuando te vayas no te olvides de apagar todas las luces y de cerrar bien la puerta.

—No lo olvidaré, mamá —me burlé.

—Te he dejado los platos en la nevera, tendrás suficiente comida para los dos días —continuó—. Así se te hará más leve ese coñazo de la corrección de pruebas.

Procuraba que su voz sonase jovial, pero sus ojos excesivos y atolondrados brillaban, vulnerados de una secreta tristeza, premonitoria tal vez del llanto, mientras contemplaban fijos la carretera. Se había recogido el

cabello fosco en un gorro de lana blanca muy holgado que le daba un aspecto a la vez mendicante y chic. Manoseaba el diminuto corazón de su colgante, como hacía siempre que estaba tensa o nerviosa; y al sorprender mi escrutinio se puso unas gafas de sol muy sicodélicas, gafas setenteras con unas lentes descomunales y una montura muy gruesa que le cubrían medio rostro.

—También te he hecho una tarta de queso —añadió, temerosa de que el silencio delatase sus penas—. Como estaba muy caliente no quise meterla en la nevera. La dejé en el alféizar de la ventana de la cocina, para que se enfriara un poco, y luego con las prisas se me olvidó recogerla. No te olvides de hacerlo tú cuando vuelvas a casa.

—Así lo haré, descuida —la tranquilicé—. Prometo comérmela entera y no dejar ni una miga. Y recuerda que son sólo dos días, mujer. Pasarán en un santiamén.

Habíamos llegado al aeropuerto, que parecía querer tragarnos en su mastodóntica arquitectura ondulante. Conduje entre el barullo de coches, hasta poder orillarme junto al edificio de la terminal. Antes de bajarse a recoger el equipaje, Lucía me preguntó retadoramente:

—¿Y no te preocupa que me enamore de algún lugareño? Te advierto que dos días dan para mucho...

Y soltó una risa que se pretendía despreocupada; pero me sonó débil y compungida. Intenté seguirle la broma, o tal vez fuese una pulla:

—Como se te ocurra enamorarte de un lugareño... ¡No podrás esconderte de mi ira!

Por un instante pareció que mis palabras la habían intimidado o le habían despertado algún oscuro remordimiento. Pero fue sólo un instante, apenas lo que dura un parpadeo. Enseguida Lucía se abalanzó sobre mí, para besarme largamente. Sus labios, por lo común restallantes de sangre, me parecieron entonces anémicos, como adelgazados y reseco por la fiebre. Se abrazó a mí con mucho ahínco, tanto que me hizo pensar que se podría descoyuntar su cuerpecillo de cigüeña. Su voz sonó trágica:

—No podría enamorarme de nadie. Estoy muy enamorada de ti. Quiero que eso al menos te quede claro.

Le tomé el rostro entre las manos y le aparté un poco las gafas, subiéndoselas sobre el gorro de lana. Las lágrimas, mezcladas con el rímel, le habían dejado sobre los pómulos un rastro negro. La sacudí, tratando de resultar jovial:

—¡Eh, nena, por supuesto que me ha quedado claro! No quiero verte llorar. Venga, márchate pitando, que apenas queda una hora para que salga el

avión. No puedo acompañarte hasta los mostradores porque me calzarían una multa.

Lucía asintió, mientras se volvía a calar las gafas, esforzándose por sonreír.

—Es que a veces pienso que no he sabido demostrarte lo mucho que te estimo... —se explicó.

—Me lo has demostrado siempre —dije—. Y, además, tenemos todo el tiempo del mundo para que sigas demostrándomelo. Por favor, no dejes de llamarme desde la casa rural, cuando llegues.

Volvió a asentir, esta vez tímidamente. La luz de la mañana era sucia bajo el cielo anubarrado del que descendía una llovizna que más bien parecía hollín. Lucía tomó el equipaje del maletero y se encaminó hacia la terminal, que bullía de pasajeros ajetreados que tal vez ni siquiera supiesen adónde se dirigían. Antes de cruzar las puertas automáticas de cristal, se volvió para lanzar un beso al aire y agitar la mano que tenía libre, en señal de despedida; observé entonces que un mechón de sus cabellos se le había escapado del gorro de lana y le cruzaba el rostro como un zarpazo de tristeza. Luego se perdió entre la multitud. Lo último que distinguí entre el barullo de gentes fueron sus zapatillas doradas y destellantes.

Mientras volvía a Las Rozas, la mañana se tornaba más desapacible, como un cuchillo de plata fría clavado en la espalda. Para espantar un escalofrío, pensé en los volcanes nevados, las arenas rubias y el mar bruñido que me aguardaban en Tenerife, al lado de Lucía, cuando acabase de corregir las malditas pruebas.

II

No tuve que dormir en el sofá aquella noche, como Lucía había pretendido jocosamente. Con el dinero que había ganado durante los últimos años, arrastrándome por programas televisivos vociferantes y ensartando conferencias necias aquí y allá, había podido comprar un pequeño chalé en Las Rozas a precio de ganga, pues sus anteriores dueños, arruinados por la crisis y oprimidos por la hipoteca, necesitaban deshacerse cuanto antes de él. Allí había refugiado mi esterilidad y convalecido de mis resacas durante los últimos años, como un Minotauro encerrado en su laberinto; y las habitaciones vacías se habían convertido pronto en un recordatorio de mi soledad, sólo infringida por mis eventuales y fugaces escarceos con divorciadas talluditas. Guie a duras penas a Lucía (la borrachera me hacía trastabillar) hasta una de estas habitaciones vacías; y ella lo iba curioseando todo a su paso, con un descaro y una falta de disimulo que tal vez me habrían resultado molestos si hubiese estado sereno. Cuando por fin llegamos a nuestro destino me encaramé a una banqueta, con peligro de perder el equilibrio y descalabrarme, para sacarle del altillo del armario una manta. Quise ayudarla a extenderla sobre las sábanas, pero Lucía me excusó:

—No te preocupes, ya me encargo yo —dijo—. Anda, vete a dormir la mona.

Me molestó el comentario y le rodeé bruscamente la cintura, no sé si para sostenerme en pie o con alguna vaga intención lúbrica. Pero Lucía no se detuvo a discernirlo y me soltó una bofetada que restalló en mi rostro como una pelota en el frontón.

—Que te vayas a dormir he dicho. Y cierra la luz al salir —ordenó, en un tono imperioso.

Y la mano que un instante antes me había golpeado me indicaba el camino; así que me marché rezongando, un poco humillado y tambaleante, sin oponer resistencia. Pero aunque estaba muy

borracho, mis sentidos no se habían embotado, sino más bien exacerbado; o tal vez fuese que mi imaginación calenturienta suplía los sentidos embotados, de tal modo que hasta mi habitación (me había derrengado sobre la cama sin desvestirme) llegaban los trasiegos de Lucía en la suya. Escuché cómo terminaba de componer la cama y cómo fisgoneaba los cajones de la mesilla (que, sin embargo, estaban vacíos); también la escuché salir al pasillo y hacer sus abluciones en el cuarto de baño, entre mucho chirriar de los grifos y estruendo de la cisterna, mientras me cotilleaba los frascos de colonia añeja que reposaban sobre la repisa del lavabo; también escuché (o me pareció escuchar) el levísimo frufurú de sus ropas mientras se desnudaba, y la suave protesta del somier cuando por fin se tumbó sobre la cama, y en unos pocos minutos su respiración plácida y acompasada de bella durmiente. Imaginarla dormida me sumergía en un extraño desasosiego o ensoñación sensual que me impedía pegar ojo; y así me tiré toda la noche, inmóvil y sin atreverme casi a parpadear, para escuchar cualquier mínimo rumor, hasta que llegó un momento en que no pude aguantar más la sed de la resaca y corrí a refrescar el gaznate en el lavabo. Después de hacerlo, me acerqué sigilosamente al cuarto donde dormía Lucía con la puerta entreabierta y pude vislumbrar fácilmente los contornos de la habitación (pues ella no se había molestado en bajar la persiana y la luz de la luna parturienta entraba a raudales a través de la ventana). No pude ver a Lucía desnuda (como tal vez deseaba, como tal vez había fantaseado), pues se había arrebujado en la manta que yo le había bajado del altillo. Supe al instante, sin embargo, que estaba desnuda, porque había dejado todas sus prendas (también las más íntimas) amontonadas ante un viejo ordenador que yo había arrumbado en aquel lugar para que no me recordase los libros ya lejanos que con él había escrito, de tal manera que tapaban por completo su pantalla, como si temiese que a través de ella algún rijo la pudiese escudriñar. Y sobre todas las prendas había dispuesto el colgante con el corazón diminuto engastado en plata, que parecía lanzar periódicos destellos rojizos (o tal vez el resplandor de la luna lo hiciese brillar en cada una de sus facetas). Mi escrutinio duró un buen rato, aproximadamente diez o quince minutos, hasta que Lucía se removió dentro de la manta y adoptó una posición fetal, tal vez avisada por una suerte de sexto sentido de mi presencia. Ya no pude

pegar ojo en toda la noche, agitado por una mala conciencia que por la mañana se convirtió en temor de que Lucía hubiese llegado a intuir mi espionaje clandestino. Pero no parecía que fuese así, pues se había encerrado en la cocina, desde la que ascendía un olor dulcísimo y crepitante, como de repostería artesanal. Me cambié de ropa, para que Lucía no sospechase de mi higiene, y bajé a la cocina, en la que irrumpí sin pedir permiso.

—¡Qué olor más rico! —exclamé, jubiloso.

Lucía estaba friendo rosquillas en una sartén, que extraía del aceite burbujeante con una espumadera y luego amontonaba en una bandeja de loza, donde las espolvoreaba de azúcar y canela. Empecé a salivar, deseoso de hincarles el diente.

—De algún modo tenía que pagarte el alojamiento, aunque fuese en especie —dijo, y me lanzó una mirada desafiante—. Y como las rosquillas requieren pocos ingredientes...

Había rebuscado en todos los armarios de la cocina, también en las alacenas de la despensa, desatando en su derredor un alegre desorden. Siempre me había resultado muy incómodo encontrarme a la mañana siguiente con las mujeres que traía a casa, porque tenían la manía de magnificar absurdamente el escarceo de la noche anterior. También me incomodaba la odiosa familiaridad que aquellas mujeres mostraban, moviéndose con soltura por todas las habitaciones, o hurgando entre mis pertenencias. La presencia de Lucía, en cambio, no me incomodaba lo más mínimo, aunque hubiese desordenado todos los armarios, tal vez porque entre nosotros no se había producido ningún escarceo.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunté, alargando una mano hasta la bandeja de las rosquillas.

—Fatal —respondió sin remilgos—. La cama tenía un colchón durísimo. Y esas almohadas...

Se apartó la melena del cuello y se tanteó las cervicales con una mano todavía enharinada, haciendo un gesto dolorido. Mordí una rosquilla, que tenía un rastro de miel escondido entre la masa todavía humeante.

—¡Exquisita! —exclamé, a la vez que me relamía—. Pero las almohadas son anatómicas.

—Pues serán para anatomías menos delicadas que la mía —dijo, mientras sacaba con la espumadera las últimas rosquillas de la

sartén, donde el aceite parecía una gusanera blanca—. A mí más que anatómicas me han parecido atómicas, las muy puñeteras. No se te ocurra traerme otra vez a tu casa si no cambias las almohadas.

Había una coquetería irresistible en su descaro. Me hubiese gustado masajearla en el cuello dolorido, que seguramente también tendría un rastro de miel, allá donde crujen las vértebras. Le seguí la broma:

—Oye, rica, te recuerdo que no te traje yo. Te invitaste tú por todo el morro.

—Es que anoche mis compañeras de piso habían montado una fiesta y no me apetecía tener que aguantarles la murga —dijo—. En cualquier caso, enseguida entraste al trapo. Imagino que estarás habituado a traer a muchas tías que se dejan llevar al catre.

La dulzura de las rosquillas casi me hizo lagrimear de gozo. Lucía apagó el fuego de la sartén y fue a secarse el sudor de la frente con un trapo que se le cayó al suelo. Al ir a recogerlo le asomó por encima de la falda, a la altura de la rabadilla, un sencillo y sin embargo perturbador tatuaje (perturbador para mis ojos todavía merodeados por ensoñaciones sensuales), una estrella de cinco puntas de color rojo, del tamaño aproximado de las que portaban los soldados soviéticos, a modo de insignia, en la gorra. Como si hubiese adivinado mi escrutinio, Lucía se incorporó con su habitual rapidez felina.

—Tanto como habituado... —me sonrojé, tratando de captar su benevolencia—. En realidad, llevo una vida de eremita. Pero hasta los eremitas del desierto tenían sus tentaciones, claro.

—Seguro que no sucumbían tan fácilmente a ellas como tú —me reprochó—. Mejor sería que te dedicases a tus libros y te dejases de tentaciones. He estado fisgoneando un poco tu biblioteca. ¡Nunca había visto tantos libros juntos!

Me pareció que aquella exclamación admirativa la había soltado por halagarme. Yo quise entonces hacerme el modernillo:

—Tal vez demasiados. Y son un criadero de polvo y de ácaros. Tendré que pasarme al libro electrónico.

Se volvió hacia mí, escandalizada. Su rostro de facciones levemente asimétricas se había arrebolado:

—¿Te has vuelto loco? El libro electrónico es caca de la vaca. Leer en esos cacharros es... no sé, como follar con una muñeca hinchable.

—Buscaba mi complicidad para aminorar la procacidad del símil—. No sé si me entiendes.

Entre mis numerosas degradaciones no se incluían los escarceos con muñecas hinchables, pero creo que la entendí. Se disponía ya a marchar, pero yo quería retenerla a toda costa, porque albergaba la ilusión de que estuviese hecha a la medida de mi ser.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le pregunté, cortándole el paso muy discretamente.

—A cosas de poca monta —murmuró, cabizbaja—. Trabajo de cocinera.

—Pues a mí no me parece cosa de poca monta... —la contradije, para que no se avergonzara ante mí de su oficio menestral—. Dicen que la cocina es un arte que requiere gran sensibilidad. —Pero este comentario debió de parecerle burdamente halagador, porque de nuevo trató de abandonar la cocina. Hice un último esfuerzo por retenerla—: ¿Me darías tu número de móvil? Es para que no perdamos el contacto...

Se detuvo, entre indignada y sarcástica, con ese gesto de condescendencia que adoptan las mujeres ante las patoserías masculinas:

—Con los móviles me pasa lo mismo que con los libros electrónicos. No los soporto.

Nunca había pedido su número de móvil a ninguna de las mujeres que habían desfilado antes por mi casa, durante aquellos años de crápula. Eran más bien ellas las que me lo pedían y luego, como si el escarceo fugaz y pretérito justificase la tabarra, me abrumaban con incontables llamadas que no atendía y mensajitos (primero melosos, luego escamados, por último furibundos) que no contestaba. Me abochornó hacer con Lucía lo mismo que ellas habían hecho antes conmigo; pero el que algo quiere algo le cuesta.

—Si pretendes librarte de mí, no me parece muy buena disculpa... —aventuré, mohíno.

—No es ninguna disculpa ni pretendo librarme de ti —dijo, desafiante—. No necesito disculpas para librarme de los tipos que me aburren, ya ves cómo me libré de los barbuditos de anoche. Pero soy alérgica a los móviles y también al wifi. Tengo electrosensibilidad. ¿No has oído hablar de esta enfermedad?

Me quedé consternado. Aunque su cuerpo de cigüeña revelaba cierta fragilidad, nunca se me hubiese ocurrido que las ondas electromagnéticas pudieran quebrarla. Pero tal vez se estuviese burlando de mí.

—¿Lo dices en serio? Entonces la vida moderna será un infierno para ti... ¿Y qué efectos tiene esa... electrosensibilidad?

Traté de que mis palabras fuesen conmiserativas, pero a Lucía debieron de sonarle irónicas:

—No te lo tomes a broma, que a mí no me hace ninguna gracia. Esos cacharros me provocan mareos, dolores de cabeza, vómitos, incluso leves pérdidas de memoria... Me dejan hecha un trapo, vaya.

—Me miró intensamente con sus ojos grandes y trágicos—. Por eso no tengo móvil ni soporto que la gente lo use delante de mí.

—Pero... tu vida será entonces un infierno. Estamos invadidos de ondas de móvil y de wifi.

—Pues imagínatelo —dijo, con voz compungida—. Además, nadie te diagnostica la electrosensibilidad como causa de baja laboral, al menos en España. He pedido en los restaurantes en los que trabajo que pongan inhibidores en la cocina, pero que si quieres arroz, Catalina. Así que procuro buscarlos con mala cobertura. Y lo mismo hago cuando tengo que elegir un sitio para vivir. Así voy tirando...

Me atreví a tomarla del brazo, ya no para comprobar si estaba hecha a mi medida, sino como muestra de apoyo en su aflicción.

—Pobrecilla. Entonces...

—Entonces —me interrumpió, otra vez retadora—, si quieres volver a verme, tendrás que desprenderte de ese chisme. Y quitar la conexión wifi, así de simple.

Era una petición nimia y a la vez incalculablemente costosa. Nadie puede vivir ya sin esos «chismes»; o al menos eso pensaba yo entonces, todavía demasiado apegado a mis rutinas, todavía poco consciente de que Lucía había venido para hacerlas añicos.

—Pero entretanto podrás darme siquiera una dirección de correo electrónico —insistí, provocando su desagrado—: ¡O un número de teléfono fijo! ¡O la dirección de ese piso en el que vives con otras compañeras! Cualquier cosa me sirve...

Su desagrado se había convertido en desprecio y sequedad:

—Me tengo que marchar. Espero que disfrutes de tus rosquillas. Perdona si te he dejado un poco desordenada la cocina.

Salvó el escollo de mi cuerpo con una finta que ya no acerté a impedir y se dirigió premiosa y sin titubeos hacia la salida, delatando que además de fisgonear mi biblioteca había aprendido todos los caminos de la casa.

—Espera un segundo... —supliqué—. Si... si me desprendo de esos... chismes, ¿cómo podré ponerte en contacto contigo?

Lucía había salido ya al porche de la casa y cruzaba el jardinillo escuálido e invadido por las malezas que nunca me había preocupado de cuidar. Se volvió por última vez:

—Me pondré en contacto yo contigo, no te preocupes. Hasta entonces —se despidió. Y añadió, con una risa sardónica—: O hasta nunca. Eso depende de ti, Alejandro.

La vi alejarse, con sus andares de cigüeña que se ha caído del nido. Todavía duraba en mi paladar, como una reminiscencia de dulzura, el sabor de las rosquillas.

2

También el regreso a casa desde el aeropuerto me lo complicó el tráfico; pero llegué un cuarto de hora antes de la hora acordada con Ramiro Cifuentes, mi editor, para que un mensajero me entregase puntualmente las pruebas. Desenvolví el paquete y comprobé que, en efecto, no faltaban las frases y palabras entrecomilladas; y me zambullí con avidez en el trabajo, como si cada página corregida me acercase un poco más a Lucía, que para entonces ya estaría sobrevolando el mar bruñido, rumbo a los volcanes nevados y las arenas rubias. Procuraba no introducir demasiados cambios sintácticos en el texto, ni retocar demasiado su estilo tal vez un poco exaltado o febril, que traducía el arrebató con que la novela había sido escrita. Enfrentarme a una escritura tan impetuosa me provocó al principio un poco de rubor; pero a las pocas horas ya me había anegado por completo de su música, y el resto del mundo dejó de existir. Hasta que, en medio del silencio o encantamiento de la lectura, sonó el teléfono (el teléfono fijo, el único que para entonces había en casa), con su timbre epiléptico. Me pegó un vuelco el corazón y dejé que sonase media docena de veces, mientras me apaciguaba, antes de tomar el auricular.

—¿Don Alejandro Ballesteros?

Era una voz masculina que sonaba protocolaria, casi luctuosa.

—¿De parte de quién? —pregunté, un poco irritado de que me interrumpiese un desconocido, seguramente para tratar de venderme cualquier maula.

—Usted adquirió la semana pasada un par de billetes de avión, en el vuelo 5202 de Airjet, con destino a Tenerife... Sin embargo, luego cambió uno de los billetes.

Me alivió por un segundo pensar que el intempestivo desconocido, seguramente un empleado de la compañía aérea, sólo trataba de hacer una comprobación rutinaria. Quise despacharlo pronto:

—En efecto, cambié el billete que estaba a mi nombre. Me surgió un trabajo imprevisto y lo retrasé un par de días. Espero que no haya ningún

problema...

Al otro extremo de la línea se hizo un silencio pesaroso, erizado de crepitaciones, como si la electricidad estática aprovechara para reírse.

—Permita que me presente. Soy Emilio Avendaño, inspector de policía —dijo mi interlocutor, procurando hablar en un tono neutro, pero lo merodeaban la lástima y el pudor—. Desgraciadamente, tengo que darle malas noticias. Lo imagino al tanto del siniestro...

Toda la sangre se me vino abajo, para dejar paso a un hormiguillo frío. Me costaba respirar y casi había perdido el sentido:

—¿Qué siniestro? ¿De qué está hablando?

—El vuelo 5202... sufrió un accidente inmediatamente después del despegue, don Alejandro. Volvió a caer y se salió de la pista, se partió en dos y... bueno, se incendió al instante. —El inspector Avendaño hizo una pausa, como si lo enojase actuar como heraldo de noticias tan infaustas—. Pero... ¿no se había enterado? En todas las radios y televisiones no hablan de otra cosa.

Tal vez no tratase de reprocharme nada, mucho menos de resultar impertinente, pero sus palabras me ofendieron. Me subió hasta los pulmones algo parecido a una marea de asfalto que me impedía hablar, que me impedía respirar, que me impedía incluso abrir la boca, temeroso de llenarlo todo de vómito. Pulsé el mando a distancia del televisor y me asomé a media docena de canales seguidos. En todos ellos, en efecto, informaban sobre el siniestro; en todos ellos, ilustraban sus informaciones con imágenes de un avión partido en dos, con el fuselaje desmenuzado y disperso, como si fuese confeti. Eran imágenes tomadas a gran distancia, tal vez desde la lejana terminal, bajo una llovizna que llenaba el aire de hollín.

—¿Ha sido un atentado? —acerté al fin a susurrar, repentinamente afónico.

—En estos momentos no podemos aventurar nada —dijo Avendaño, que seguramente habría tenido que responder mil veces esa misma pregunta—. Los peritos ya están analizando los restos. No parece el *modus operandi* habitual de los terroristas, pero tendremos que esperar hasta que localicen las cajas negras.

—¿Ha habido supervivientes? —pregunté ansioso.

—Aproximadamente una veintena —dijo Avendaño, con una voz casi inaudible—. Pero me temo que la persona... me temo que Lucía Álvarez no se cuenta entre los supervivientes. Aunque, desde luego, necesitamos que identifique sus restos antes de poder afirmarlo oficialmente...

Avendaño siguió hablando, para llenar el silencio, contando algunas particularidades del accidente que yo no le había preguntado. Mientras hablaba, sentía como si me hubiesen arrojado desde muy alto y cayese en el vacío.

—... Con esto lo que quiero decirle es que la mayoría de los pasajeros murieron al caer el avión después del despegue fallido, no en el incendio posterior —proseguía Avendaño—. Su... amiga murió sin sufrimiento. Porque Lucía Álvarez es... era su amiga, ¿no?

—Amiga, novia... qué más da eso ahora —murmuré, cada vez más desolado y deseoso de prorrumpir en berridos o sollozos—. Era toda mi vida...

Entonces pensé que, si me hubiese empeñado, habría conseguido retener a Lucía, mientras corregía las pruebas de la novela, y evitado así su muerte; y supe que nunca podría perdonármelo. El inspector Avendaño había empezado a consolarme:

—No diga eso, don Alejandro... Usted todavía es muy joven.

—¿Se han puesto en contacto con la familia de Lucía? —se me ocurrió de repente, aunque nunca hubiese llegado a conocerla—. Padres o hermanos...

—Todavía no —respondió Avendaño—. En estos momentos la identificación de los cadáveres y el rescate de los supervivientes nos desborda. Nos hemos puesto en contacto primeramente con usted porque nos resultó mucho más sencillo, al ser la persona que adquirió los billetes. Si supiera el barullo que tenemos montado... Han traído los cuerpos al pabellón número 6 de Ifema, para que puedan ser reconocidos, y también a los heridos, para los primeros auxilios. ¿Usted podría acercarse en un rato? También puedo enviar a unos agentes para que lo recojan...

Me acuciaban las lágrimas. No trataba de escaquearme, sino tan sólo de recordar a Lucía siempre viva y hecha a la medida de mi ser.

—¿De veras es necesario pasar ese mal trago? —me lamenté.

—Podemos esperar hasta localizar a su familia, pero si acepta identificarla ahora nos haría un inmenso favor —se sinceró Avendaño—. Sin embargo... No quiero mentirle, los cuerpos que han sufrido un accidente de este tipo no se hallan en las mejores condiciones... Aunque la muerte de Lucía fue instantánea.

Había recurrido a los eufemismos para expresarme que el cuerpo de Lucía, como el de los otros pasajeros fallecidos, estaría mutilado, carbonizado, tal vez despedazado y esparcido por los alrededores, como una sementera de vísceras rotas. Musité:

—Pero en la muerte un instante puede resultar largo como un siglo.

Ya no pude contener los sollozos. Lloré sin diques ni reparos ante un desconocido que aguantó indulgente al otro extremo de la línea; lloré hasta sentir vergüenza de mi llanto, que era casi un alarido. El inspector Avendaño trataba de sosegar me con palabras semejantes a las que dirigimos a un niño, como si me arrullase. Cuando comprobó que había recuperado la calma, volvió a cumplir con su deber, rescatando el tono protocolario. Pero lo que dijo me resultó demasiado elíptico, casi ininteligible:

—Tal vez su... novia tenga señales que permitan identificarla. Señales en las piernas, o en el tronco...

—¿Cómo dice?

Avendaño suspiró, consternado:

—La identificación facial es por completo imposible. Su rostro ha quedado desfigurado por las quemaduras y sus cabellos abrasados. Pero nos preguntamos si usted conoce alguna peculiaridad anatómica que nos permita...

—Entiendo —lo corté—. Estaré ahí en media hora.

Colgué sin despedirme, llevado por un automatismo; y llevado por otro bajé al garaje, monté en el coche y me puse a conducir. Ahora, cuando recuerdo mi comportamiento en aquel trance, entiendo mejor al asesino que, tras perpetrar su crimen, asegura que no lo recuerda, también a la víctima que después de ser agredida o forzada no tiene la menor idea de lo que hicieron con ella. Todavía me provoca estupefacción que pudiera conducir en aquel estado hasta el recinto ferial convertido en improvisada morgue. Decenas de ambulancias y coches patrulla mezclaban sus sirenas y sus prisas en los alrededores, mientras un hormiguero de reporteros se congregaba ante la entrada del pabellón 6, armados de cámaras y micrófonos, prestos a asaltar a los familiares desfallecientes que entraban y salían del recinto, sostenidos y escoltados por agentes de policía. Me abrí paso entre la muchedumbre de curiosos; no me resultó demasiado difícil, porque llevaba la muerte en los ojos, como una cédula de identificación. Seguía cayendo una lluvia plomiza, como de hollín, que manchaba la piel y el ánimo, como si en el cielo estuviesen incinerando los cadáveres de los ángeles.

—Alejandro, soy el inspector Emilio Avendaño. —Me salió al paso un hombre que frisaría la cuarentena, de aspecto vigoroso y a la vez exhausto, con la barba crecida y la ropa gastada—. Gracias por venir.

Estrechó mi mano feble con efusividad, casi con ferocidad, logrando que saliese al fin de mi atontamiento. Sin mayores preámbulos, me condujo a

través de un inmenso vestíbulo de paredes muy altas y abovedadas, en donde reverberaba el llanto babélico de familiares y amigos de los fallecidos, como en una premonición del purgatorio. Había allí mucho revuelo de batas blancas, médicos y camilleros, enfermeras y forenses, también agentes de policía y multitud de voluntarios ataviados absurdamente con ropas reflectantes. Fue entonces cuando me pregunté por primera vez si tendría valor para enfrentarme al cadáver de Lucía, para contemplar su cuerpo amado convertido repentinamente en un despojo. Tuve que apoyarme sobre el inspector Avendaño, para no flojear.

—¿Han localizado ya a su familia? —le pregunté, casi sin resuello.

—Estamos trabajando en ello —dijo Avendaño, algo sombrío—. Como ya le anuncié, estamos muy sobrepasados por las circunstancias. Y, encima, desde los programas basura de la televisión andan lanzando especulaciones absurdas, asegurando que los yihadistas pusieron una bomba en el avión. Menuda gentuza.

No me costó demasiado imaginar a los friquis con los que había compartido plató hasta un año antes lanzando tales conjeturas y otras mucho peores, una vez embalados. Me asaltó entonces el primer síntoma de pensamiento mágico:

—¿Han podido recuperar el equipaje de Lucía?

Pensaba, absurdamente, que entre sus pertenencias podría encontrarse algún mensaje póstumo que me consolase en mi desdicha. Avendaño me miró con apiadada curiosidad:

—Todos los efectos personales que podamos recuperar los haremos llegar a los familiares —replicó—. Pero el fuego alcanzó las bodegas del avión y muchas maletas se han quemado. Más interesante resultará el equipaje de mano que podamos rescatar. En los dispositivos electrónicos y teléfonos móviles de los pasajeros podremos encontrar datos muy valiosos para la investigación.

—De Lucía no encontrarán ningún teléfono móvil ni nada parecido —murmuré—. Las ondas electromagnéticas le producían alergia y mareos...

Avendaño frunció el ceño, en un fugaz gesto de sorpresa que no me pasó inadvertido. Habíamos entrado en una sala de conferencias que se había acondicionado como almacén de suministros médicos. Sobre unas mesas de baquelita se amontonaban, como provisiones de un economato, rollos de vendas y estuches de algodón, viales de morfina y otras soluciones inyectables, anticoagulantes y bolsas de sangre entre las que hurgaba presuroso un enfermero, en busca del grupo sanguíneo que salvase la vida a

un superviviente tal vez moribundo. Por una puerta lateral salió una camilla, empujada por otros dos enfermeros desazonados que pedían que se les abriese paso. Sobre la camilla, descubrí las facciones execrables de una mujer que tenía el rostro por completo abrasado. Bajo las sábanas manchadas de humores le asomaban las bocamangas de la chaqueta, con botonaduras doradas.

—Pobrecilla —musitó Avendaño—. La trasladan al hospital. Es la azafata de clase preferente. El único miembro de la tripulación que ha sobrevivido.

—Lucía viajaba en preferente —dije, ensimismado—. Con los puntos acumulados en mi tarjeta los billetes me salían casi gratis y los cogí en preferente.

Avendaño asintió y me echó un brazo por el hombro, como si se sumase a mi abatimiento:

—¿Por qué al final no viajó con ella? ¿En qué consistía ese trabajo que me mencionó antes por teléfono?

Puesto que Avendaño me sometía a aquella prueba en circunstancias tan adversas, deduje que tal vez el providencial (o desgraciado) retraso de mi viaje le había despertado algún tipo de sospecha.

—Bueno... es un poco tedioso de explicar —empecé—. Yo soy escritor...

—Eso ya lo sé —dijo, complacido de mostrarme sus inquietudes literarias—. Yo solía leer sus libros con muchísimo gusto. Del último hace ya mucho tiempo...

—Sí, tal vez demasiado —convine, cada vez más golpeado por el desánimo—. Pero, desde que conocí a Lucía, había vuelto a escribir otra vez con renovados bríos. Habíamos planeado este viaje juntos, para celebrar que yo acababa de terminar mi primera novela en ocho años, y también para alejarnos de los agobios que últimamente habíamos padecido... Pero se retrasó la corrección de las pruebas de la novela y, cuando fui a cambiar nuestra reserva de hotel, me dijeron que no podía hacerlo. Ella tampoco pudo conseguir que le cambiaran en el trabajo las fechas que había pedido para las vacaciones. Así que decidimos mantener la reserva y que Lucía me precediese un par de días, mientras yo acababa la corrección.

Avendaño asintió, al parecer conforme con mis explicaciones. Habíamos enfilado un pasillo que se extendía al fondo de la sala, alejándonos del lugar donde los supervivientes como aquella azafata recibían cuidados de urgencia. Había en el aire lóbrego un hedor de carne fiambre y chamuscada que me produjo las primeras bascas.

—Lo curioso es que usted no la haya conocido ni tenga relación con la familia de Lucía. —Avendaño se rascó la coronilla, cachazudo o abrumado—. ¿No me dijo que eran novios formales?

—¿Formales? —me sobresalté—. No creo que sea un término muy apropiado para referirse a nada que tenga que ver con Lucía. A ella... no le gustaban las ataduras.

Pero ahora que se había ido yo me descubría totalmente atado a ella, deseoso de acompañarla a las regiones de ultratumba. Al fondo del pasillo lóbrego había un portón entreabierto a través del cual se deslizaba el hedor a cadaverina y chamusquina (ambos hedores juntos, en una mixtura execrable) y también el duelo de los familiares que estaban reconociendo a las víctimas, ayes lastimeros, plañidos desgarradores, sollozos que se iban quedando afónicos y un hilo de llanto trémulo como un grifo que gotea.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos? —me preguntó Avendaño.

—Un año. Exactamente ahora hace un año que nos conocimos...

Avendaño extrajo del bolso interior de la chaqueta un pequeño frasco de gel mentolado; con el dedo índice tomó una pizca que llevó hasta los orificios de su nariz, antes de tendérmelo.

—Yo de usted haría lo mismo —me recomendó caritativamente—. Ahí dentro el olor es... muy fuerte. —Y, tras la advertencia, prosiguió discretamente su interrogatorio—: Y en todo este año Lucía no le habló nunca de sus padres...

—No diría yo tanto. A veces me hacía referencias a ambos, a veces a uno de ellos por separado —rememoré con desgana—. No tenía buena relación con ninguno, me temo. Sé que la familia procedía de Cuenca; y que, como en tantas otras familias, había muchas desavenencias y poco amor... —Me exasperé—: Pero no creo que le resulte tan difícil encontrarlos. En su documentación figurarán esos datos...

—Por supuesto, perdone —aceptó Avendaño—. Ahora debemos hacer el reconocimiento. Lamento mucho hacerle pasar por este mal trago.

—Vamos allá, no lo demoremos más —dije.

La fragancia del mentol me aturdí; y su frescor casi doloroso parecía perforarme la pituitaria. El pasillo desembocaba en un gran pabellón, parecido a un gimnasio o cancha deportiva, en el que habían dispuesto bastidores portátiles con cortinas blancas, al modo de cubículos, para separar unos cadáveres de otros y permitir algo de recogimiento a los allegados de las víctimas. Una corriente de procedencia dudosa agitaba y hacía ondular las cortinas, como hopalandas de un espectro. Enseguida advertí que aquella

corriente era provocada por el aire acondicionado, encendido a todo trapo en pleno invierno para evitar la pudrición de los cadáveres. El concierto luctuoso que antes había escuchado se completaba ahora con la visión angustiosa de los familiares que abandonaban trémulos los cubículos, o agitados por una histeria que apenas les permitía respirar. Me mordí el labio inferior para retardar la inminencia del llanto y probé el sabor salobre y calenturiento de mi propia sangre. Había salido a recibirnos un médico o auxiliar forense, ataviado con una bata verde, que me tendió una mano tibia y farfulló un pésame poco convincente, para después guiarnos a través de la hilera de cubículos encortinados. Por los resquicios de la tela ondulante atisé los cadáveres tendidos sobre camillas, como árboles abatidos, envueltos en una mortaja de plástico. Me tambaleé.

—¿Cree que puede llegar a desmayarse, Alejandro? —se inquietó Avendaño, agarrándome del antebrazo—. ¿Siente algún vahído o náusea?

Me llevé la mano al pelo, para apartármelo de los ojos. Tenía el cuero cabelludo, al igual que la frente, bañados en un sudor frío y viscoso.

—Creo que no —mentí—. Podré soportarlo.

Me limpié la mano en la pernera del pantalón. Las arcadas que recorrían mi cuerpo al menos contribuían a intensificar mi sensación de irrealidad; y me hacía la ilusión de que eran descargas eléctricas que alguien me estaba sacudiendo para reanimarme, mientras caminaba hacia ultratumba. Avendaño me había tomado de los hombros y me rogaba que aspirase y expirase muy lentamente.

—Si quiere lo dejamos para otra ocasión, Alejandro —me dijo, desde una nube lejana, o al menos era la impresión que yo recibía, aunque su rostro se hallase a apenas veinte centímetros de mí—. La visión del cadáver de una persona querida puede provocar las reacciones más imprevisibles.

Denegué con la cabeza, mientras recuperaba el aplomo. La boca, en cambio, se me había desecado por completo:

—No dilatemos más este suplicio —dije.

Avendaño apartó la cortina del cubículo donde reposaba el cadáver de Lucía, tendido sobre una mesa plegable menos larga que ella y con el rostro cubierto por una sábana. Reparé antes que nada en sus pantorrillas, que pendían yertas a un extremo de la mesa, y en sus pies menudos, calzados en unas zapatillas doradas y destellantes.

—El cuerpo se halla en muy mal estado —me advirtió el forense, mientras avanzaba de perfil por el angosto cubículo—. Por las facciones resulta imposible reconocerlo.

Aún no había apartado la vista de sus pies menudos y ya me sacudía un temblor incontenible, como una yedra que me trepase por las piernas, se arremolinase en el estómago y por fin se coagulase en la garganta, impidiéndome articular palabra. Me llevé una mano al cuello y presioné la nuez hasta casi ahogarme y sentir la sangre batiendo como un tambor en las yugulares.

—Enséñeme su cara, por favor —rogué.

Ante el titubeo del forense, intervino Avendaño:

—Será mejor que no la vea, Alejandro. No va a ayudarle a reconocerla —dijo. Y me volvió a tomar de los hombros, mientras me preguntaba—: ¿Recuerda a la azafata que vimos hace un instante? El rostro de Lucía ha quedado en mucho peor estado. No quiero que sufra a lo tonto. En cambio, sería muy interesante si recordase alguna peculiaridad anatómica de su novia que nos permita confirmar...

El forense había alzado el jersey de Lucía, muy chamuscado y hecho jirones, hasta la altura de los senos en otro tiempo copiosos, donde ya empezaban a hacer estragos las quemaduras, bajo el sostén tiznado. Contemplé sus caderas breves, su vientre escuálido, sus costillas como un arpa que ya nadie volvería a tañer, quebradas en varios lugares. En la piel había magulladuras, hematomas como archipiélagos de dolor y alguna llaga todavía húmeda. Levanté la vista hacia el techo del pabellón, en busca de las esferas celestes. Pero el cielo estaba tapiado, tal vez para siempre. Me sorbí el último sollozo:

—Lucía tenía un tatuaje de color rojo al final de la espalda, justo... en la rabadilla —dije al fin—. Un tatuaje muy simple, apenas una estrella de cinco puntas. Como el emblema comunista.

Avendaño lanzó al forense una mirada imperativa, para que volviese el torso de Lucía e hiciese las comprobaciones de rigor. El forense se calzó unos guantes de goma y, a la vez que volvía el cadáver, le bajó púdicamente los pantalones vaqueros, lo justo para hacer la comprobación debida. Lanzó una mirada aprobatoria a Avendaño y se alzó, para de inmediato cubrir con la sábana el cuerpo de Lucía.

—Afortunadamente, ha sido sencillo —dijo el inspector, aliviado—. Hemos terminado.

Y se interpuso entre mí y el cadáver, tal vez temeroso de que me fuese a desplomar allí mismo, o a aferrarme a él, como sin duda estaban haciendo otros familiares en los cubículos contiguos, mientras su llanto cada vez más vehemente y agónico se tornaba plegaria o blasfemia. Avendaño me empujó

fuera del cubículo, sin molestarse esta vez en apartar las cortinas ondulantes, que me envolvieron el rostro como un sudario.

—¿Y ustedes cómo supieron que era ella? —pregunté, todavía conmovido y con el entendimiento nublado.

—Se había puesto el cinturón de seguridad, por lo que no salió despedida de su asiento —me respondió—. Algunas heridas y cardenales se los hizo, de hecho, el cinturón, al contener la sacudida del choque. Además, llevaba el carné de identidad en uno de los bolsillos del pantalón. Ya sabe que lo exigen cuando uno va a embarcar en los aviones...

Avanzamos entre los cortinajes, dejando atrás el llanto y el rechinar de dientes. Yo apenas podía moverme, agarrotado por el horror que evocaban las palabras de Avendaño. Me sobresaltó una duda:

—Y si el fuego le abrasó la cara... ¿Cómo pueden estar tan seguros de que no sufrió?

Avendaño me condujo hasta la salida del pabellón. Esta vez, en lugar de hacerme caminar a oscuras por el pasillo lóbrego, pulsó un interruptor y se encendieron unos fluorescentes que derramaron sobre nosotros una luz lechosa, mientras ronroneaban como tábanos en el techo.

—Con el impacto se quebró el cuello —dijo finalmente, tras vencer alguna reticencia—. Murió al instante, no tenga duda.

Al fondo un fluorescente tardaba en encenderse, o lo hacía a trompicones, como mis propios pensamientos, que no lograba hilvanar de forma mínimamente lógica:

—¿Y qué harán con sus restos? —pregunté como ido—. Me gustaría poder velarlos antes de...

—Lo normal cuando los cuerpos quedan tan destrozados es incinerarlos. Pero, por supuesto, eso dependerá de lo que determine su familia... —Avendaño me dirigió una mirada compungida o levemente avergonzada—. Entenderá que debemos esperar a localizarlos...

—Por supuesto, por supuesto —mascullé—. Sólo le pido que me mantenga al tanto de todo...

Al final del pasillo nos aguardaban un par de agentes de policía de gesto apesadumbrado y adusto. Se notaba en su desazón e incomodidad que aquella era la faceta de su trabajo que más detestaban.

—Cuenta con ello —me aseguró Avendaño—. Tendremos ocasión de hablar más reposadamente cuando pase este barullo. Lo mantendré informado de todos los avances de la investigación. Y en cuanto localice a los padres de Lucía se lo haré saber, para que pueda coordinarse con ellos. —Hizo un

ademán hacia los dos agentes, que adoptaron una actitud de mayor prestancia —. Mis compañeros lo acompañarán hasta su coche. Y, si no se ve con fuerzas, ellos mismos lo llevarán a casa.

Me estrechó la mano con un vigor que no pude corresponder y se volvió hacia el pasillo que conducía hasta la morgue. El balanceo del portón me trajo de nuevo el hedor de la cadaverina y la carne chamuscada, como un beso de ultratumba, y al fin me desvanecí, como quien resbala por un tobogán que lo lleva a la noche.

III

Era, en verdad, inaceptable que Lucía se hubiese marchado así de casa, sin dejarme siquiera una dirección en la que poder localizarla; tan inaceptable como su exigencia de que renunciase a mi teléfono móvil y a mi conexión wifi, para que se dignara visitarme de nuevo. Y era desquiciante que me hubiese dejado así, devorado por el deseo de volver a verla.

Aquella comezón se fue convirtiendo, a medida que transcurrían los días, en una rabia oscura que traté de desahogar volviendo a las andadas de mi vida perdularia. Pero, extrañamente, mi corazón se había levantado y no transigía ya con aquel marasmo de abulia y degradación. Volví un par de veces al programa de los friquis vociferantes, pero ya no participé de su aquelarre tumultuoso, provocando la perplejidad y el enfado del director del programa, que me reclamaba mayor ardor guerrero. También probé a emborracharme de nuevo en el garito para noctámbulos en el que había conocido a Lucía, probé incluso a cortejar o dejar cortejarme por las divorciadas talluditas que lo frecuentaban; pero descubrí, estupefacto, que de repente había aborrecido el alcohol y mucho más los escarceos de aquí te pillo y aquí te mato, cuya simple rememoración me abochornaba.

Yo quería recuperar mi dulce amado centro; pero Lucía no me había dejado pistas sobre su paradero. Conseguí hablar con algunos de los artistillas gafapastas y barbuditos que la acompañaban la noche de nuestro encuentro: todos ellos me aseguraron que la habían conocido azarosamente en algún sarao cultureta y la habían invitado luego al garito para noctámbulos, con la esperanza frustrada de llevársela al catre; pero había desaparecido como por arte de ensalmo y nada habían vuelto a saber de ella (que no hubiese desaparecido tan sólo para mí me proporcionó cierto alivio; y que hubiese desairado a aquella patulea me colmó de momentánea dicha). Harto de

golpearme contra las paredes de una pesquisa inútil, llegué incluso a pensar que Lucía no había existido nunca, o que sólo había existido en mis sueños incubados por los vapores etílicos; pero su paso por mi casa había dejado como testimonio aquellas rosquillas succulentas (y un desorden de mil demonios). Recordé entonces aquella célebre frase de Coleridge: «Si un hombre atravesara el paraíso en un sueño y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces qué?».

Escarmentado de mis averiguaciones estériles, se me ocurrió escribir —era mi primicia literaria en ocho años— un cuento. Su protagonista, iluso y misántropo, de una timidez entreverada con súbitos raptos de osadía, soñaba una noche cualquiera con una mujer inexistente; no exactamente una mujer inventada, sino la síntesis de muchas mujeres o fantasmas femeninos que poblaban sus fantasías mitómanas: las actrices veneradas del celuloide rancio, las tres Gracias que pintó Botticelli, las bellas enemigas de las canciones trovadorescas y el vago recuerdo de una vecinita extraviada en alguna de sus muchas mudanzas, en una mezcla acaso delirante o imposible. El protagonista de mi cuento soñaba una y otra vez con esa mujer, hasta fijar sus rasgos con nitidez; soñaba tantas veces con ella que al final le bastaba entregarse al sueño para saber que ella vendría a su encuentro, siempre puntual a la cita. Era tan placentero ese sueño mil veces repetido que trataba de prolongarlo en la duermevela, para traerlo a la realidad, como la flor de Coleridge. Pero cuando abría los ojos, descubría que la mujer soñada se había esfumado, indefectiblemente. Aun así, no desistía en su quimérico empeño; y empezaba a pensar durante la vigilia con fruición, con ensañamiento, casi con dolor de meninges, en esa mujer improbable. Hasta que un día se producía el milagro: el protagonista de mi cuento asistía por compromiso a una reunión social, en la que intercambiaba cansinas cortesías con invitados plúmbeos o banales que interferían en su pensamiento monográfico; y de vez en cuando consultaba el reloj, para computar los minutos que le restaban antes de volver a casa, antes de cerrar los párpados, antes de soñar otra vez con ella. Pero entonces la veía aparecer inopinadamente entre la turbamulta: era la mujer soñada hasta la extenuación, la mujer que fundía en sus rasgos los arquetipos femeninos que poblaban sus fantasías mitómanas. Mi protagonista recordaba entonces las palabras de Dante, ante la visión

de Beatriz: «*Incipit vita nuova*». Como Dante, sentía de repente que el Amor era ya dueño de su alma, sentía que el espíritu de la vida, que habita en la secretísima cámara del corazón, comenzaba a latir fuertemente. Y, como Dante, susurraba tembloroso estas palabras: «He aquí un dios más fuerte que yo, que viene a dominarme». Más osado sin embargo que Dante, el protagonista de mi cuento asaltaba a la mujer soñada y se atrevía a conversar con ella, mientras las manecillas del reloj y el calendario quedaban abolidos. Hablaba atolondradamente con ella, brincando de un asunto a otro como el pájaro aturdido brinca de rama en rama; y cuando por fin se disponía a solicitarle una cita, la mujer soñada le pedía disculpas, requerida desde el otro lado de la sala, y el protagonista de mi cuento, impotente, la veía escabullirse entre el gentío. Luego, de vuelta a casa, todavía tembloroso tras la visión, trataba de reencontrarse en sueños con la mujer que había logrado hacer real por unos minutos. Pero ya nunca volvía a aparecer. Y el protagonista de mi cuento aprendía que los sueños que se cumplen son los que traen consigo la más cruel condena.

Escribí el cuento en unas pocas horas, de un tirón, y luego me demoré corrigiéndolo durante varios días, hasta que llegué a la conclusión (tal vez ofuscada o demasiado inclemente) de que era una cursilería de tomo y lomo en la que había tratado de sublimar mis frustraciones, tal vez por miedo a que me ocurriese lo mismo que a mi personaje. Así que, abochornado del bodrio, lo borré de mi ordenador sin remilgos; pero después de borrarlo me arrepentí de haberlo hecho, y el arrepentimiento no tardó en degenerar en berrinche, que descargué contra los anaqueles de la biblioteca, dejando el suelo tapizado de libros, una hojarasca de papel polvoriento y hormigueante de ácaros que pisoteé con furia desatada. En ese momento sonó mi móvil, que había dejado sobre una repisa, y comprobé que me llamaban del programa televisivo de friquis vociferantes, donde todavía se resistían a prescindir de mis intemperancias de energúmeno; así que cogí el puñetero móvil y lo estrellé contra la pared, para después pisotear sus añicos lo mismo que antes había hecho con los libros destronados, pero con mucha mayor insistencia y encarnizamiento, hasta triturar cada una de sus piezas, y las que no conseguí triturar a pisotones las arrojé por la ventana al jardín escuálido de la casa, para que allí se volvieran chatarra herrumbrosa.

Y agotado por el desahogo, me derrenqué sobre el sofá y empecé a carcajearme frenéticamente por no llorar, como si hubiese perdido el juicio, además de mi dulce amado centro. Así dejé pasar las horas, merodeado por pensamientos turbios o destructivos, hasta que se hizo de noche.

—Buenas noches, Alejandro. ¿Se puede? —Reconocí al instante la voz cálida y a la vez desgarrada de Lucía, una voz en la que estaban el insomnio de la sangre y el óxido de los días. Pero tardé en reaccionar, incrédulo, y dejé que volviera a hablar desde la cancela—: ¿Puedo pasar? ¿O ya no quieres saber nada de mí?

Salí a abrirle trémulo y con el corazón latiendo muy fuertemente, como el bobalicón que protagonizaba mi cuento difunto, y me quedé como un pasmarote ante la cancela, contemplándola. Sólo se me ocurrió decir:

—Me he deshecho del móvil, tal como me pediste.

—¡Por eso he venido a verte! —exclamó irónica—. Yo siempre cumplo mi palabra. Pero... ¡mira que te ha costado hacerlo, eh!

Le franquéé la puerta de la cancela, un tanto perplejo de que no concediese a esta casualidad ninguna importancia, o incluso de que la utilizase para atribuirse jocosamente una especie de omnisciencia o facultad paranormal, capaz de penetrar en mis pensamientos. Pero, sin duda, aquellas casi cuatro semanas que Lucía había tardado en reaparecer, llenas de expectativas frustradas, me habían trastornado un poco. Resultaba por completo desquiciado buscar explicaciones mágicas a lo que sólo era una coincidencia, una gozosa coincidencia.

—Espero que sepas valorar mi sacrificio... —dije, aprovechando para convertir el impulsivo destrozo de mi móvil en un acto de renuncia heroica—. Cosas así sólo se hacen por alguien que nos importa mucho.

Lucía portaba con ambas manos una caja de cartón muy plana y grande que se interponía entre nosotros como un catafalco. Tuvo que apartarla para poder besarme verídica y no fingidamente; quiero decir que no se limitó a acercar su mejilla a la mía y lanzar al aire un beso fantasmagórico, como suele hacer la gente en sus pantomimas sociales, sino que sus labios buscaron mis mejillas y se posaron sobre ellas, dejando en mi piel el rastro incendiario de su saliva.

—No te cuelgues tantas medallas, que no es para tanto —me bajó los humos—. Ahora ya sólo te falta desconectar el wifi para que entre

en tu casa.

La miré largamente a los ojos, que tenían el color del trigo pero parecían haberse embarcado en tortuosas expediciones al abismo. Me pregunté si en verdad padecía aquella enfermedad nebulosa que me había descrito, o si su alergia a las ondas electromagnéticas no sería más bien un tiquismiquis paranoico.

—Pero, mujer, no querrás dejarme incomunicado...

—¿Tanto te cuesta apagar el módem mientras estoy en tu casa? —me preguntó, con una voz lastimada—. ¿De veras te cuesta tanto?

Y se plantó en el porche en actitud hierática, como si mi casa ejerciera sobre ella un hechizo paralizante. Inevitablemente, corrí a hacer lo que me solicitaba, que, en efecto, me costaba bien poco.

—Vía libre, preciosa —me atreví a piroparla—. La casa es tuya.

Lucía subió complacida las escaleras del porche sin reservas ni prevenciones, precedida por la caja de cartón que sostenía a modo de bandeja oferente.

—He traído una *pizza* para la cena —anunció—. La he hecho yo misma. Con ingredientes naturales y poca grasa.

Dejó la caja sobre la mesa del salón, mientras yo traía de la cocina platos, servilletas y cubiertos, también un par de manteles individuales que añadiesen un poco de lustre al improvisado banquete. Ofrecí a Lucía descorchar una botella de vino añejo, para celebrar el reencuentro; pero ella me anunció, para mi sorpresa, que era completamente abstemia. Para no desentonar, yo también bebí agua aquella noche.

—¿Y qué ha sido de tu vida durante estas últimas semanas? —me preguntó, mientras cortaba en porciones la *pizza*—. ¿Has estado de gresca por ahí?

Nunca hubiera imaginado que me tomase por hombre pendenciero, por mucho que en los platós televisivos me desgañitase, cuando todavía los frecuentaba. Le mostré mi desconcierto ante tal apreciación, que Lucía trató de enmendar, aduciendo que las juergas acaban a menudo en gresca y esta asociación inconsciente había provocado su lapsus.

—Pues de juerga tampoco he estado —afirmé orgulloso—. Alguna noche he pasado por el sitio en el que te conocí; pero tan sólo con la esperanza de volver a verte. —Lucía se ruborizó todavía más y, por vez primera, bajó tímidamente la mirada, incapaz de sostener la mía,

que tal vez fuese demasiado insistente o perentoria. Se parapetó detrás de su melena fosca, que la luz de la lámpara hacía azulear. Añadí—: Y he vuelto a escribir. Después de mucho tiempo he recuperado la inspiración.

Pero callé que había destruido mi primer cuento, por birrioso o cursi. Y no me arrepentía de haberlo hecho, pues el amor a las mujeres soñadas conduce a la melancolía.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Su voz era sinceramente jubilosa. Sonrió con una sonrisa muy ancha que mostraba sus dientes de niña que ha probado todos los vicios o no ha probado ninguno, porque en el fondo todos le aburren.

—Totalmente en serio —afirmé—. ¡Al fin tengo una musa!

Esta vez Lucía no ocultó su rubor, tampoco jugó a no darse por aludida. Le gratificaba el tratamiento y sus ojos trágicos parecían palpar:

—¿Es que necesitas una musa para escribir? —preguntó.

—No hay mejor estímulo para escribir que estar enamorado —dije, sin responder exactamente a su pregunta, o respondiéndola por elevación—. Quiero volver a escribir para que puedas leerme. Decía Víctor Hugo que el escritor vale más si sabe que lo miran.

—Pero si te miran demasiado te puedes poner nervioso —objetó, halagada—. Puedes llegar a sentirte agobiado, incluso. Y entonces pegas la escapada.

Pensé que cada palabra me la decía con intención. Tal vez a ella le ocurriese exactamente así; tal vez un exceso de atención la empujase a salir en estampida.

—Te aseguro que yo no voy a escapar —dije.

—Y tampoco yo pienso dejar que lo hagas.

Lo había soltado a bote pronto, con una voz que ni siquiera era desafiante, sino más bien muy dulcemente coqueta, como a veces saben serlo los gatos cuando no se les enclaustra ni se les impide trepar a las tapias. Probé la *pizza*, que en efecto no se parecía en nada a las que reparten a domicilio, pringosas siempre y con una consistencia como de chicle. Distinguí el sabor salobre y un poco rasposo de las anchoas, el sabor montaraz del orégano, el sabor anisado de la albahaca, el sabor secretamente amargo de las alcaparras, el sabor hortelano y recental de las alcachofas.

—Y olivas negras —añadió Lucía—. No te olvides de las olivas en aliño. Y una base de *mozzarella*.

Estuve ponderando sus dotes culinarias durante un buen rato, salpimentándolas con interjecciones de agrado o deleite que la hacían reír sin arrogancia, como si no acabase de creerse del todo mis lisonjas.

—En serio, está exquisita —insistí—. ¿Así cómo voy a pegar la espantada? ¡Terminaré poniéndome tan cebón que no podré ni siquiera moverme! —Le había tomado una mano aprovechando que la había dejado dócilmente sobre la mesa, y se la acariciaba agradecido de que fuese mujer de carne y hueso y no mujer soñada—. ¿Y de dónde te viene esta maña para la cocina? ¿Es herencia familiar?

Aunque procuró disimularlo, noté que su mano se retraía, como un caracol que se refugia en su concha. También su sonrisa se había velado:

—¿Herencia familiar? Ni de coña. —Se abstrajo y, por un instante, temí que fuera a sumirse en el mutismo. Pero al poco se repuso, como si se recobrara de una larga zambullida en aguas turbias—: Más bien al contrario, diría yo. Como en casa nunca se comía bien, me he esmerado para borrar aquellos años de mierda.

Había pisado arenas movedizas. Pero pensé que si retrocedía o callaba la podía incomodar todavía más:

—¿Por qué? —me atreví—. ¿Quieres decir que te tocó vivir con apreturas? ¿O que en tu casa todo andaba manga por hombro y nadie cocinaba?

—Más bien... que nunca tuve un hogar verdadero —respondió, con más franqueza o desenvoltura de la esperada—. En los hogares sin amor nunca cocina nadie. O se cocina sin amor, que es peor que no hacerlo.

Se había nublado su mirada, que refugiaba detrás de la melena. Resolví no seguir hurgando en esa herida y conducir la conversación hacia parajes menos espinosos. Pero ella debió de pensar que estaba en deuda conmigo y un rato más tarde, cuando ya habíamos despachado la *pizza*, volvió sobre el asunto:

—Terminé muy harta de mis padres. En cuanto pude me escapé de casa, o me dejaron escapar —me confió—. Anduve trabajando en lo que pillaba, hasta que descubrí que tenía arte para la cocina. —Reparó entonces en la montonera de libros que se apilaban al fondo

del salón, víctimas de mi acceso de furia. Puso un gesto de extrañeza o espanto y se levantó, como si quisiera prestarles socorro—. Pero, Alejandro... ¿Cómo has hecho eso? Me sabe mal que trates así los libros.

Probé una mentira piadosa:

—Es que andaba limpiándoles el polvo y se me cayeron...

—¡Pues sí que tenías que estar limpiándolos a conciencia! —Se inclinó para husmear los títulos, sin llegar todavía a ponerse de rodillas—. Has dejado la estantería pelada.

—Ya sabes, es como un efecto dominó —me disculpé, abochornado—. Se cae un libro y arrastra todos consigo.

Lucía vestía un pantalón vaquero muy ajustado que resaltaba sus caderas breves y su cintura muy estrecha, dejando asomar el tatuaje de la estrella roja y unos hoyuelos muy graciosos y simétricos por encima de cada nalga. Creo que me demoré excesivamente en la contemplación.

—¿Y qué? —se burló sin volverse—. ¿Me quedan bien los tejanos?

—Como de molde —reconocí sin ambages, para disimular mi azoramiento.

De nuevo pensé que Lucía se infiltraba en mis pensamientos, incluso que los anticipaba; presciencia, llamaban los antiguos a este don, pero es palabra que los modernos sin ciencia ni conciencia han olvidado. Se había agachado para hurgar mejor en la montonera de libros y hacía entre ellos un donoso escrutinio. Comprobé con oprobio que desechaba sin prestarles la más mínima atención un par de mis novelas de juventud y, en cambio, rescataba unos bodrios infames sobre nazis refugiados en Sudamérica, libracos sensacionalistas donde se afirmaba que Hitler y sus muchachos habían escapado *in extremis* del búnker de la Cancillería y llevado una existencia de incógnito en la Patagonia, o en el Mato Grosso, o en cualquier otra región recóndita, asistidos además por una red de encubridores, patrocinadores y obedientes lacayos. En algún pasaje de mi juventud me había dado por leer aquellos libros de títulos infaliblemente chillones, no sé si por curiosidad morbosa o gusto por la truculencia; pero para entonces me avergonzaban tales pasatiempos. En cambio, a Lucía no parecían provocarle ningún rechazo, porque se entretuvo

hojeándolos un rato considerable y al final tomó uno de ellos, satisfecha. Me preguntó si se lo prestaba.

—Te advierto que están llenos de exageraciones —refunfuñé—. A partir de los casos comprobados, como los de Eichmann o Mengele, hacen lucubraciones disparatadas. Al final resulta que Sudamérica era un nido de nazis.

—Siempre hay algo de verdad en los rumores, hasta en los más disparatados —dijo Lucía, restando gravedad a las supercherías—. Pero, tranquilo, lo he cogido para matar el rato. Necesito una lectura que me entretenga.

Deduje, pues, que la lectura de mis lejanas novelas la había descartado, por juzgar que la aburriría soberanamente (y, si aceptaba que gozaba del don de la presciencia, la deducción resultaba todavía más aflictiva). Lucía se tumbó con desparpajo en el sofá, donde yo acababa de sentarme, recostando la cabeza en mi muslo, y se puso a hojear el libraco. Se titulaba *Esvásticas en la pampa*; y en la portada aparecían Hitler y su novia Eva Braun bailando un tango.

—Pero tal vez sea la hora adecuada para irse a la cama... —aventuré.

—Desde luego que sí —asintió Lucía—. Debes irte a dormir de inmediato. Un escritor debe acostarse pronto, es el mejor modo de mantener la disciplina. Sin disciplina no hay trabajo creativo posible.

Me pareció que repetía mis propias declaraciones, en alguna entrevista remota; pero preferí explicar aquella nueva coincidencia considerando que mis palabras eran de sentido común y que, por lo tanto, cualquiera podía pensar lo mismo.

—¿Y tú dónde piensas dormir? —pregunté.

—Pues en la misma habitación de invitados que me prestaste la otra vez, por supuesto —me respondió con descaro—. Pero, si no te importa, voy a quedarme un rato leyendo. Tuvimos en el restaurante una semana gastronómica que me dejó para el arrastre, y me he tirado todo el día como una marmota. Ahora tengo cambiado el sueño.

La explicación no me pareció del todo convincente, pero tampoco se molestó en mejorarla más. Se había embebido en la lectura del libraco, que retrataba las mansiones o cobertizos donde especulativamente se habrían escondido los nazis prófugos. Algunas de aquellas viviendas se hallaban en lugares inhóspitos, en montañas escabrosas y cañadas sombrías, entre riscos inaccesibles y selvas

impenetrables, o excavadas bajo tierra, allá donde jamás osaba asomarse la luz del sol. Algunas parecían majadas de pastores, otras cuevas de eremitas, otras cabañas alpinas, camufladas entre la vegetación frondosa o casi sepultadas entre la nieve, siempre solitarias y como expulsadas de la civilización. Lucía se había detenido en una página que mostraba una de estas viviendas, en un lugar llamado La Cumbrecita, entre bosques de pinos y araucarias. La fotografía, que estaba tomada en picado, mostraba una destartalada cabaña en lo alto de una loma; en su ladera se distinguía un cementerio, circundado por una verja de hierro, con el suelo cubierto de hojarasca y unas decenas de tumbas desperdigadas, borrosas de yedras y líquenes. Al fondo, se atisbaban cumbres nevadas y ríos trucheros que se deslizaban entre las peñas, cristalinos y herméticos como un jeroglífico.

—¿Por qué crees tú que elegirían sitios tan retirados? —me preguntó Lucía, que parecía creerse a pies juntillas todas las patrañas recogidas en el libraco.

—A saber si los eligieron o si todo es un cuento —me resistí, antes de responder sin demasiado esmero—: Pero me parece evidente que lo hacían para poder vivir tranquilos y sin que nadie los reconociese.

La noche entraba por las ventanas, tratando de devorarnos. Lucía se incorporó, dispuesta a rebatirme:

—Pero eso no tiene mucho sentido. Cuando quieres que nadie repare en ti lo que haces es mimetizarte con el ambiente. Para eso más bien te instalas en una gran urbe, buscas empleo en una oficina, usas el transporte público, formas una familia; o sea, llevas la misma vida anodina que lleva todo el mundo.

Se mordió el labio inferior, hasta dejar el morse pálido de sus dientes sobre la piel, y volvió a mirar la fotografía de aquel lugar remoto. Eché un vistazo al texto que la acompañaba y le señalé un párrafo:

—Mira, ahí pone que esa aldea, La Cumbrecita, fue fundada por un ingeniero alemán que trabajaba en una mina cercana, a mediados de los años treinta. Es natural que los nazis buscaran sitios donde sabían que se iban a encontrar con compatriotas que los protegerían de la curiosidad de los lugareños.

Esta vez mi explicación me pareció mucho más convincente. Pero Lucía no estaba dispuesta a ceder:

—Pues yo creo que elegían estos sitios para purgar sus culpas en soledad.

—Sin duda, la lectura de esos libros rocambolescos te inspira ideas también rocambolescas —bromeé—. Estás idealizando a los verdugos, ¿no te parece? No te lo tomes como un reproche, es algo muy propio de esta época.

Pero Lucía se había puesto súbitamente seria, casi lúgubre, como si de súbito hubiese caído sobre su rostro un velo de ceniza. Hablaba con una voz monótona, voz de médium o sibila:

—No me refiero a los grandes jerarcas nazis, sino a militares y civiles alemanes que en un determinado momento creyeron estar cumpliendo con su deber o colaborando con una causa justa. —Tragó saliva, como si se compadeciese del dudoso engaño de aquellas gentes—. Hasta que un día esas personas descubrieron que, con sus acciones u omisiones, habían provocado desgracias y hecatombes. Y al descubrir esto sintieron la necesidad de expiar de algún modo sus culpas. Pegarse un tiro hubiese sido una solución demasiado sencilla; y una vida anodina en cualquier gran urbe no les pareció suficiente castigo. No hay condena peor que borrarse del mundo y renunciar al trato con los hombres...

Se hizo un silencio aguzado de premoniciones. Me pareció escuchar los pulsos de su sangre, pero sin duda era un espejismo acústico.

—No sé yo si no estarás haciendo una construcción fantasiosa, al atribuir remordimientos a esa gente. ¡Te recuerdo que el escritor soy yo!

—Te equivocas por completo —se rebeló, sacudiendo la cabeza. Su melena le nubló por completo el rostro, como un borrón de noche—. Fantasioso es imaginar redes de nazis infiltrados en gobiernos y empresas y todo ese rollo conspiranoico. Pero esta gente de la que te hablo estaba sola con sus miedos y fantasmas. Sola con su culpa.

Le temblaba un poco la voz, como si también a ella la merodeasen miedos y fantasmas completamente ignotos para mí, que carecía del don de la presciencia o de la facultad para adivinar o infiltrarme en sus pensamientos. O tal vez Lucía se hubiese sugestionado demasiado, mientras me exponía su tesis. La apreté contra mí y sentí por primera vez su corazón, palpitando fuertemente contra mi pecho. Mientras pasaba mis manos por sus costillas, como si las estuviese tañendo,

me sentí como aquellos dragones de los cantares épicos, encargados de proteger con su vida un tesoro muy valioso.

3

La vuelta a casa, después de reconocer el cadáver de Lucía y reponerme de mi desvanecimiento, no fue menos estragadora. No hallaba cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte: cada mueble, cada libro, cada objeto nimio y repetido se volvía de repente un recordatorio de Lucía, una herida abierta por la que se desangraba su ausencia irrevocable. Mientras me paseaba por todas las habitaciones de la casa, en procesión fúnebre, mientras alisaba las sábanas en las que apenas unas horas antes Lucía había dormido, mientras contemplaba los platos que Lucía me había preparado y dejado en la nevera (los platos que ya no podría comer, porque se me había clausurado el estómago), mientras escuchaba el tictac del reloj de pared de mi despacho que tantas veces había medido los pulsos de mi escritura y de nuestra intimidad enamorada, me abrumó un sentimiento de amputación. De repente, percibía mi vida como un desperdicio de años tan desprovisto de significado como la basura esparcida en una acera. Y, amasada con el llanto, la pena de la pérdida crecía dentro de mí de un modo que yo jamás hubiese imaginado, como un miedo que era a la vez devastación y tétrica inquietud, un miedo que empezaba como un simple mariposeo en el estómago y se iba infiltrando poco a poco en mi alma, hasta convertirse en una corriente oscura que se interponía entre el mundo y yo, que me reclamaba para tragarme en su seno.

Caminaba como sonámbulo por la casa vacía, peregrino de trazas o vestigios de Lucía. Para mi consternación, descubrí que había poca ropa suya en los armarios (y la poca que había carecía de carácter, o era ropa apenas estrenada en la que resultaba difícil rastrear su impronta), pues Lucía solía venir a casa ligera de equipaje. Busqué con especial empeño el colgante de plata con el corazón engastado, que no se hallaba en su cuerpo exánime cuando me lo mostraron para su reconocimiento (o al menos yo no había reparado en él); pero todos mis esfuerzos resultaron vanos. Encontré, en cambio, sobre una mesilla, aquel libraco de nazis prófugos o penitentes, *Esvásticas en la pampa*, que Lucía había elegido entre la montonera de libros polvorientos que mi furia había arrojado al suelo, un año atrás. Tenía

señalados y subrayados algunos pasajes; y en la página de respeto había escritos con lapicero unos pocos números de teléfono, cinco concretamente. Alguno me pareció vagamente conocido, por lo que pensé que tal vez los hubiese anotado yo mismo, allá en la época antediluviana en la que hubiese leído u hojeado el libraco.

Me acosté muy pronto aquel día, empachado de barbitúricos, pues sólo deseaba quedarme dormido, muy profundamente dormido, hundido en un pozo de fango y de brea, sepultado en una sima bajo cientos de capas geológicas. Así permanecí durante casi doce horas, convertido en piedra o fósil, en un estado casi comatoso del que fui emergiendo como Lázaro debió de emerger de la muerte, con abotargada perplejidad y anticipado agotamiento, tal vez incluso con cierta nostalgia de ultratumba, porque despertar en aquellas condiciones de postración, incluso meramente probar a abrir los ojos, se convertía en un acto supremo de temeridad. Abrir los ojos me obligaba a vivir en un mundo en el que ya no estaba Lucía, abrir los ojos me comprometía con un mundo del que prefería desertar, abrir los ojos me enfrentaba con mi soledad y amargura irremisibles. Hasta mi habitación llegaban los rumores ya crecidos del día, entrando en la casa como gorriones alocados que se pegan topetazos contra las paredes: el rugido lejano de los coches, el ajeteo de persianas en las viviendas vecinas, los ladridos jubilosos de algún perro y también el timbre de mi propia casa, el timbre como un berbiquí inclemente dispuesto a perforarme los tímpanos. Pensé que se trataría de un mensajero que me traía algún paquete indeseado o algún vecino quisquilloso que venía a quejarse de los zarcillos de la enredadera de mi jardín escuálido, que invadían el suyo más lustroso, o de cualquier otra pejiquera semejante. Así que me dispuse a sumergirme otra vez en mi pozo de fango y de brea, ayudado por una nueva dosis de barbitúricos; pero el timbre seguía sonando sin piedad, su berbiquí seguía taladrando mis tímpanos incansablemente, dispuesto a impedir mi abandono. Hasta que, entre timbrado y timbrado, escuché que alguien me llamaba:

—¡Alejandro! ¡Alejandro Ballesteros! ¿Está en casa?

Reconocí con dificultad la voz del inspector Avendaño y desperté poco a poco, como si ascendiese hasta la superficie desde alguna abisal profundidad marina. Bajé, trompicándome por las escaleras, hasta el recibidor, desde el que le abrí la cancela por el portero automático. Cuando le franqueé la puerta principal y pudo contemplarme en pijama, Avendaño no reprimió un gesto atribulado:

—Ya pensé que no estaba en casa, o que le había ocurrido algún percance...

Denegué con la cabeza. Durante unos segundos las palabras no afluyeron a mi boca; y cuando lo hicieron eran palabras de trapo, todavía extraviadas en el reino de los barbitúricos:

—Pase, inspector, tan sólo estaba durmiendo.

Pero debía de ser ya muy tarde, a juzgar por la luz cenital que bajaba del cielo y el gesto de preocupación y extrañeza de Avendaño, al que indiqué que se acomodara en el sofá del salón, donde por primera vez me había abrazado con Lucía. Yo me derrumbé al otro extremo, incapaz de sentarme pausadamente, como si estuviese medio borracho o conmocionado. Tuve la impresión de que no podría enterarme de lo que Avendaño me dijese, como si entre él y yo mediara una tupida barrera de algodón o espuma.

—Perdone si le he molestado, Alejandro, pero se trata de algo importante que debe saber... —Hablaba con una voz pesarosa, tal vez también alarmada—. ¿Me dijo que su novia vivió con usted durante el último año?

Me exasperó que volviese a fatigarme con aquellos pormenores indiscretos o banales. Respondí con desgana, y también con áspero enojo:

—No dije eso exactamente. Dije que éramos novios desde hace un año. Precisamente habíamos organizado ese viaje a Tenerife para celebrarlo... —Tenía la boca completamente reseca, como si me hubiesen extirpado las glándulas salivales—. Lucía entraba y salía de casa a su aire. A veces podía pasarse días enteros conmigo, otras veces no le veía el pelo en varios días, o sólo me visitaba por un rato, según...

Avendaño me miró con piadosa tristeza, como se mira en el velatorio a los familiares de un difunto, o también al cornudo que no está al tanto de los devaneos de su cónyuge. Se frotó las perneras del pantalón, tratando de encontrar el modo de abordar una cuestión que lo incomodaba:

—Pero... ¿diría que durante este año no percibió nada sospechoso en el comportamiento de su novia? —preguntó, cabizbajo—. ¿No sospechó nunca de ella?

Aquella impertinencia logró espantar el efecto de los barbitúricos.

—¿Qué está insinuando? —me encrespé—. ¿Qué tenía que sospechar de ella? Era una chica de veinticinco años, independiente y con sus rarezas, supongo que como cualquier chica de su edad. ¿Por qué me pregunta...?

Avendaño se removió inquieto en el sofá y me miró con ojos de cordero degollado:

—Alejandro, ¿tiene usted algún documento acreditativo de la identidad de... su novia? Permiso de conducir, tarjeta de la Seguridad Social, pasaporte, partida de nacimiento... No sé, algo.

Lo miré, un tanto ofendido. Observé entonces que Avendaño no se había afeitado tampoco aquella mañana, su barba parecía desaseada e hirsuta, tal vez le hubiese crecido insomne durante la noche, al hilo de sus cavilaciones.

—No entiendo a qué viene esto. Usted mismo me dijo que Lucía tenía el carné en un bolsillo de su pantalón. Y que consultando en sus bases de datos podrían localizar a su familia y todo lo que hiciese falta...

—Y así lo hicimos —me cortó, compungido. Hizo una larga pausa, preparándose para la revelación—: Su novia no era Lucía Álvarez. Aquel carné no era suyo. Había sido robado a una chica así llamada, hace algo más de un año. Sólo que la chica no lo denunció nunca a la policía ni lo renovó, por vagancia. Durante todo este tiempo, cada vez que necesitó identificarse, aportó otros documentos.

Las palabras de Avendaño me parecieron de repente desquiciantes, como evadidas de una borrachera o una pesadilla, o tal vez yo no hubiese podido asimilarlas, o mi entendimiento desvariase.

—Pare un poco el carro, por favor. —El estupor apenas me dejaba hablar—. ¿Me está diciendo que Lucía no era Lucía? Está de broma, sin duda...

Avendaño hizo un puchero afligido, hasta reducir sus labios a una línea tortuosa y sin volumen:

—Ya me gustaría estar de broma, Alejandro. La muchacha que murió ayer en el avión, su... novia, no era Lucía Álvarez. —Y ante mi gesto descompuesto u horrorizado, se apresuró a añadir—: Con esto no le estoy sugiriendo que ella no le quisiese, ni tampoco que le estuviese engañando con algún propósito criminal, ni nada parecido. Simplemente, le anuncio que le ocultaba su verdadera identidad.

Sacudí violentamente la cabeza, como si quisiera desprenderme de una plaga de piojos.

—No... no lo entiendo. ¿Y quién es la... la verdadera Lucía Álvarez?

—Olvídese de ella —respondió Avendaño, con un ademán sumario y displicente—. Una chica natural de Cuenca sin ninguna particularidad, salvo que tenía la misma edad aproximadamente que su novia. Un fin de semana del año pasado vino a Madrid con unas amigas y advirtió que le había desaparecido el DNI. Pero, como le dije, nunca lo denunció ni renovó. Se trata de una conducta que denota pasotismo e indolencia, si quiere; pero mucho más habitual de lo que se imagina. En España se calcula que hay cerca

de un millón de personas con el DNI extraviado o caducado que se arreglan con otros documentos acreditativos.

Ahora que ya había digerido aquella revelación demoledora, empezaba a notar un dolor sordo y melancólico, amasado con la conciencia del engaño:

—¿Y cómo llegó el carné de esa chica natural de Cuenca a Lucía? —pregunté, incapaz de llamar de otra manera a Lucía.

—A saber... —contestó Avendaño, con un puchero que se pretendía consolador—. Hay organizaciones delictivas dedicadas al robo de documentación que luego la venden a quien la necesite: extranjeros que desean vivir de incógnito durante una temporada en España, evasores en apuros que necesitan salir apresuradamente del país... Las faunas más variopintas.

Los contornos de las cosas se habían desdibujado, antes de empezar a girar, en un carrusel vertiginoso. Si la muerte de Lucía me había reducido a escombros, esta revelación me lanzaba a un vacío de estupor y desconcierto, también de creciente despecho:

—Pero Lucía no era extranjera, ni en el tiempo que estuvo conmigo salió de España, ni... ¿Me está insinuando que pertenecía a una organización criminal? Eso no tiene ni pies ni cabeza... Era una simple cocinera.

No tan simple, en realidad. Más bien una cocinera con sus complicaciones y particularidades: con achaques singulares, como aquella alergia a los móviles y al wifi; con aquella presciencia o facultad para anticipar mis pensamientos; con sus manías y aprensiones; con un gusto por la lectura y una sensibilidad insólitos en una cocinera, aunque la cocina fuese también un arte. Pero no compartí esta reflexión con Avendaño, que trataba de mitigar mi desconsuelo:

—En modo alguno sugiero tal cosa. Más probable me parece que fuese víctima que miembro de una organización criminal. —Chasquéó la lengua, contrariado de no poder ofrecerme alguna pista más concluyente—. O tal vez estuviese escapando de alguna amenaza, de un maltratador o un acreedor por ejemplo, y por ello ocultaba su verdadera identidad. Pero la única persona que podría aclarárnoslo ha muerto, desgraciadamente. Desde luego, vamos a investigarlo hasta donde podamos. Es nuestra obligación, considerando que ha fallecido en circunstancias trágicas y debe ser identificada. Y también porque toda persona que se oculta bajo una falsa identidad lo hace por alguna razón relevante. Puede ser tan sólo miedo; pero miedo a alguien que podía hacerle daño. Tenemos que averiguarlo.

Y yo había visto el miedo en los ojos excesivos y atolondrados de Lucía, también en el temblor de su cuerpo y en los latidos desbocados de su corazón. Pero no iba a confiar a la policía todo lo que sabía o intuía, no al menos de momento, porque no debía permitir que sus secretos fuesen mancillados; si Lucía se los había llevado consigo a ultratumba por algo sería. Tenía que seguir confiando en ella, aunque cada vez se me tornase más cuesta arriba.

—¿Y cómo piensa averiguarlo? —pregunté. Mi voz había sonado poco cordial, o al menos desencantada.

—Desgraciadamente, las pertenencias de su maleta eran poco reveladoras y estaban prácticamente calcinadas —dijo Avendaño, con una mueca de contenida rabia—. No obstante, las someteremos a todo tipo de análisis, en busca de restos biológicos. Pero, claro, si ella no está fichada, tales restos nos servirán de muy poco...

—¿Fichada? —me indigné—. Le repito que Lucía no era ninguna criminal. ¡Por supuesto que no estará fichada!

Avendaño esta vez me ignoró:

—¿Guarda alguna fotografía de... la difunta? ¿Alguna pertenencia personal que pueda resultarnos reveladora?

Me encogió el alma, de repente, no tener ningún retrato de Lucía. Pero, en este caso, al menos, no podía justificarlo aduciendo que ella se hubiese zafado de las cámaras, o que se hubiera negado a dármelo. Yo siempre había aborrecido hacerme fotos; y durante todos aquellos meses no me había hecho ninguna a su lado, ni tampoco la había fotografiado a ella.

—Fotos de Lucía no tengo ninguna, aunque le parezca increíble...

—No tanto —me contradijo Avendaño, benévolo—. Si Lucía estaba tratando de ocultar su identidad es natural que evitase ser fotografiada. ¿Tiene idea si estaba inscrita en Facebook, o en Instagram, o en alguna otra red social? Aunque no colgase retratos suyos, podríamos hallar pistas muy valiosas que...

—Ni lo sueñe —lo interrumpí—. Jamás la vi asomarse a interné. Odiaba todo lo que tuviese que ver con la tecnología, empezando por los teléfonos móviles...

Abrió los ojos desmesuradamente, como si los quisiera expulsar de sus órbitas:

—¿Y me lo dice así, como si tal cosa? ¿Es que no sabe que la primera prevención que adoptan las personas que no desean dejar pistas de ningún tipo es precisamente prescindir de todo artilugio tecnológico que deje rastro? Los terroristas, por ejemplo...

—Un momento, inspector. —Me levanté del sofá como impelido por un resorte. Aunque me sentía cada vez más estafado por Lucía, y aunque el dolor del engaño se sobreponía al dolor de la pérdida, no podía admitir tales asociaciones—: ¿Ahora pretende afirmar que Lucía podría haber...? ¿Que el accidente de Airjet fue en realidad un atentado terrorista y que ella podría ser la autora?

Me había trepado la ira al rostro, entremezclada de oscuros recelos. Avendaño, en cambio, mantenía una tranquila ecuanimidad:

—No tenemos ningún indicio en ese sentido —me aclaró—. De hecho, aunque todavía no se ha ofrecido ninguna explicación oficial, las cajas negras del avión parecen confirmar que se trató de un accidente. Una de las cajas, sin embargo, está averiada y habrá que esperar a tomar declaración a la azafata superviviente, que todavía está grave; pero de momento no hay ninguna sospecha de acto criminal. Tampoco hubo ninguna explosión previa en los motores del avión. —Avendaño hablaba muy pausada y aquietadamente, para infundirme sosiego—. Todo indica que el accidente fue causado por negligencia. Al parecer, en el despegue no se activaron los *flaps*, unos dispositivos móviles que hay en las alas para aumentar la aerodinámica del avión; y que, si no se despliegan, dificultan muchísimo o hacen imposible el despegue. Habrá que determinar quiénes fueron responsables de que los *flaps* no se desplegaran: pudieron ser los pilotos del avión, o los técnicos de mantenimiento de la compañía, o incluso podríamos hallarnos ante un caso de sabotaje; pero ninguna de las tres hipótesis implicaría a su novia. —Me sonrió mohíno, comprobando que ya estaba más relajado—. No quise calumniarla de ninguna manera, tan sólo observar que quienes no desean dejar rastro de sus actividades, o evitar que detecten su ubicación, o escabullirse de cualquier seguimiento empiezan por despojarse de móviles, conexiones wifi y demás. Tan sólo eso. —Hizo un ademán conclusivo y a la vez pacificador con ambas manos, zanjando aquel escabroso asunto—. Ahora le vuelvo a preguntar: ¿guarda en esta casa alguna pertenencia personal de... esa chica que pudiera resultar relevante para la investigación?

Lanzó una mirada abarcadora al salón, en busca de pistas.

—Lucía siempre llevaba un colgante, con una cadenita de plata y un corazón diminuto engastado —contesté—. Parecía un rubí, pero imagino que sería de pega, no creo que tuviese ningún valor fuera del sentimental, pues no mostraba ningún apego por las joyas. Pero me llamó la atención que no lo llevase cuando reconocí su cadáver. Y ella sólo se lo quitaba para dormir. Rebusqué ayer por toda la casa, pero no lo encontré...

Avendaño había empezado a tomar notas en una libreta con una letra culebreante.

—Que el cadáver lo hubiese perdido no es de extrañar —murmuró, con voz lastimada—. La sacudida que sufrieron los pasajeros cuando el avión se desplomó tuvo que ser tremenda; en muchos casos sus cuerpos salieron despedidos, incluso algunos asientos se desgajaron. Ya habrá visto cómo quedó el fuselaje. Muchos objetos personales quedaron desperdigados en cientos de metros a la redonda, y otros muchos fueron consumidos por las llamas, o se fundieron con el calor... Pero seguimos clasificando multitud de restos. Le mantendré informado... ¿Alguna otra pertenencia personal que considere significativa?

Se me quedó mirando, inquisitivo y como si deseara concederme la oportunidad de sincerarme.

—En el armario de su habitación quedan algunas ropas tuyas... Pero no creo que sea nada significativo. Nunca llegó a instalarse del todo aquí; iba y venía a su aire, como le dije antes.

Mi voz se iba adelgazando hasta convertirse en un hilo sin brío. Si Lucía me había mentido sobre su identidad y sobre su alergia a las ondas electromagnéticas, si me había ocultado tantos aspectos de su vida, era altamente probable que también su amor por mí fuese una completa farsa. Tal vez yo sólo había sido el tonto útil que le había proporcionado cobertura y protección frente a sus perseguidores, o una coartada en sus fechorías. Apenas un rato antes, pensaba que mi existencia se iba a convertir en un infierno de duelo y aflicción; pero resultaba mucho más aflictivo saberse engañado por una impostora. Sin embargo, mi mente (o tal vez fuese mi corazón) no podía aceptar que todo lo que habíamos vivido juntos fuese una impostura: no podían ser una impostura sus latidos desbocados, cuando se acurrucaba contra mi pecho; no podían ser una impostura sus gemidos y suspiros cuando estábamos en la lucha de amor, encadenados cual vid que entre el jazmín se va enredando. Salvo que Lucía fuese la más acabada fingidora que uno pudiera imaginarse. Reprimí un escalofrío.

—¿Ninguna libreta en la que tomase notas? —preguntó Avendaño—. ¿Ninguna agenda, nada parecido? Hoy en día la gente lo lleva todo en el móvil; pero si ella no lo usaba, necesitaría apuntar ciertas cosas para recordarlas después, aunque fuera en un trozo de papel...

Recordé entonces los números de teléfono anotados en las páginas de respeto del libraco sobre nazis prófugos o penitentes. Pero decidí no

comentárselo al inspector; decidí que antes debía averiguar si también el amor de Lucía había sido fingido.

—Nada de nada, que yo sepa —respondí, asumiendo mi papel de novio burlado—. Pero lo mejor sería que usted mismo revisara sus cosas, por si hubiese algo interesante para su investigación...

—Hoy no he venido a hacer una inspección ni nada parecido. He venido aquí como amigo, Alejandro —se sinceró—. Como le dije, en otro tiempo leí sus libros y me gustaron mucho. Y me alegra saber que ahora se dispone a publicar de nuevo...

—Ahora mismo, mi cabeza no está en esas cosas, como puede imaginarse —lo corté.

La mera idea de reanudar la interrumpida corrección de pruebas se me hacía odiosa. Y la idea de publicar una novela sobre un hombre redimido por una mujer o ángel que se mueve entre los vivos y los muertos se había convertido de repente en un sarcasmo sangrante. Avendaño prosiguió:

—Es natural, tiene que digerir este mal trago y asimilar unos hechos terribles, primero la muerte inesperada de su novia y después el descubrimiento todavía más inesperado de que su novia, en realidad... —No completó la frase, pensando que no convenía regodearse en el dolor—. Pero esta visita no es profesional, Alejandro. Ni siquiera sé si el mando ordenará investigar la identidad de su novia, tampoco creo que me lo fuesen a encargarse a mí, no corresponde a mi departamento. Simplemente, quería comunicarle lo que acabamos de saber. No quería que se enterase de mala manera, por la prensa o por cualquier otro medio que lo dejase descorazonado... Porque, desde luego, es una noticia descorazonadora, comprendo su malestar. Le aseguro que tampoco ha sido para mí plato de buen gusto contársela.

Le agradecí aquel gesto samaritano con un apretón de manos; pero mis manos estaban flojas y desvaídas, parecían hechas de humo. Avendaño se alzó del sofá.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlo, inspector? —le pregunté por cortesía, aunque hasta entonces no lo había ayudado mucho.

—¿Sabe cómo se ganaba la vida? Porque no creo que se atreviese a trabajar con contrato, no podía permitir que constase en ningún registro oficial su identidad falsa.

—Me decía que trabajaba de cocinera —respondí, con escepticismo irónico—. Y, desde luego, podría haberlo hecho, tenía unas dotes culinarias fuera de lo común. Pero cuando le preguntaba el nombre del restaurante en el que trabajaba se cerraba en banda, con la excusa de que le daba vergüenza

que me presentase allí sin avisar. Siempre pensé que andaba dando tumbos de un sitio a otro, porque sus horarios eran muy irregulares. Lucía se justificaba asegurando que le cambiaban los turnos. ¡A saber cuál sería la verdad!

Avendaño resopló y sacudió la cabeza ponderativamente. Se dirigió hacia el recibidor.

—No estaría mal que averiguase cómo conseguía dinero —me recomendó—. De alguna manera tenía que ganarse la vida. Yo en los próximos días voy a estar muy ocupado con todo este lío del accidente aéreo, investigando primero las causas y después, en su caso, las responsabilidades. Pero voy a tratar de revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto, a ver si consigo localizarla y seguir sus movimientos. Puede que antes de embarcar hiciese algo que nos dé alguna pista.

Me acometió un temblor incontenible que achaqué a la debilidad física o a la resaca de los barbitúricos; pero era mi entereza sucumbiendo ante los arietes del desengaño. Susurré:

—Yo mismo la llevé en coche al aeropuerto. Eran exactamente las ocho de la mañana cuando la dejé en la terminal de salidas. Vestía... —Me golpeó la visión de su cadáver, en la improvisada morgue del Ifema—. Bueno, usted ya sabe cómo vestía. Se cubría la melena con un gorro de lana blanca y llevaba unas gafas de sol muy sicodélicas, de lentes enormes. Si no se las quitó al entrar en el aeropuerto, será fácil distinguirla.

Avendaño volvió a tomar notas en su anticuada libreta. Me despedí de él y ya me disponía a abrirle la puerta principal cuando se volvió hacia mí, cabizbajo:

—Alejandro, creo que desde ahora deberíamos tutearnos —empezó. Y enseguida supe que iba a hacerme una confidencia—: Comprendo perfectamente lo mal que te sientes. Más o menos a tu edad... ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco.

—Más o menos a tu edad tuve que pasar por un trago durísimo —continuó—. A mi novia, con la que estaba a punto de casarme, le diagnosticaron una leucemia que la devoró en apenas unos meses, cuando todavía no había cumplido los treinta. Me quedé completamente devastado. Después de enterrarla, mientras volvía a casa en coche, giré a la izquierda, invadí la mediana y me metí en los carriles de sentido contrario. No era hora punta, pero había un tráfico bastante denso. Quería morir, quería que alguien me matara o al menos que aquella temeridad me arruinase la vida. Absurdamente, me culpaba de la muerte de mi novia y deseaba purgar mi

culpa... —Su voz se había hecho más cautelosa, como si temiese que alguien escuchara su confesión—. Pero, aunque estuve circulando durante más de un kilómetro en sentido contrario, no embestí a nadie. Y, lo que todavía resulta más misterioso, nadie me denunció. Luego he pensado que lo que entonces me ocurrió fue algo milagroso, que Dios quería que viviese para superar aquella desgracia. Y así ha sido —asintió, todavía algo incrédulo después de tantos años—. La he superado. Todavía, si pienso en mi novia, siento un leve pinchazo de dolor. Pero, aunque me parezca increíble, hay días en los que ya ni siquiera le dedico un pensamiento. Me he casado, tengo dos hijos y soy un hombre razonablemente feliz. Superé por completo lo que entonces me parecía insuperable.

Su voz se había teñido de resignación. No pretendía que su confidencia tuviese ninguna lectura moralizante, tan sólo quería constatar un hecho sin atreverse a juzgarlo. Abrió él mismo la puerta y resopló en el aire frío de la mañana, llenándolo con un penacho de vapor.

—Supongo que para superar y olvidar un golpe así hay que tener disposición para hacerlo —murmuré.

Ignoro si mis palabras sonaron a elogio o a reproche. Yo, desde luego, no tenía intención de superar y olvidar a Lucía, aunque fuese una impostora. Avendaño me puso la mano en el hombro y me miró apiadado y también perplejo:

—No te creas. Un día ocurre y ya está —dijo.
Y se marchó.

IV

Además de no revelarme cuál era el restaurante para el que trabajaba, Lucía tampoco quería que la llevase a almorzar o cenar fuera de casa. Se le antojaba ridículo que gastásemos el dinero en una comida que ella podía preparar igualmente; y se jactaba de igualar al chef más exquisito, como también de mejorar cualquier plato que yo antes hubiese probado en los restaurantes más encumbrados de Madrid. Y, según pude comprobar en repetidas ocasiones, estaba por completo en lo cierto. Pero yo no quería salir a cenar con ella por comer platos más sabrosos que los suyos, sino por obsequiarla y también por disfrutar de su compañía y mostrar nuestro amor ante el mundo. También porque imaginaba que, después de una jornada ante los fogones, lo que menos le apetecería era ponerse a cocinar de nuevo para mí; pero ella se mostraba siempre encantada de hacerlo, incluso cuando yo me enfadaba y trataba a toda costa de impedirlo.

Y alegaba, además, que la mayoría de los restaurantes de la capital eran enjambres de ondas electromagnéticas que la dejaban para el arrastre. Durante los primeros meses de nuestro particular noviazgo, Lucía logró evitar que saliésemos a comer fuera, pese a mi insistencia; y su constante remoloneo me costó algún berrinche. Pero un día descubrí, en un horrible centro comercial próximo a mi urbanización, un restaurante de asados argentinos con una especie de bodega (en realidad, un sótano disimulado con paredes de ladrillo visto) en la que no había ni un ápice de cobertura para móviles, ni para ningún otro tipo de conexión inalámbrica. Y, siendo un lugar completamente incomunicado, tenía además la ventaja de que los ejecutivos y marujonas de los alrededores no lo frecuentaban; pues, igual que a los tontos de antaño les gustaba pintar en las paredes con una tiza, a los tontos de hogaño les gusta escribir y mandar guasás a troche y moche, también mientras comen (aunque estén acompañados, o sobre todo cuando lo están). Eran tantas las ventajas

del lugar que Lucía no pudo negarse a que la invitara, siquiera por una vez, aunque lo hizo a regañadientes. Y desde que nos sentamos a la mesa no dejó de mostrar signos de incomodidad e inquietud que yo entonces computé entre el número de sus aprensiones.

—¿Te parece que pidamos una parrillada para compartir? —le propuse.

Lucía no dejaba de leer y releer la carta —que, por lo demás, era más bien escueta y de sota, caballo y rey—, como si buscara algún plato que se hubiese extraviado entre los renglones. Refunfuñó:

—Uf, es que a mí el chorizo y la morcilla criolla no te creas que me vuelven loca...

—¿Y unas costillas de cerdo al chimichurri? —pregunté, por abreviar sus reticencias.

Dejó al fin la carta sobre la mesa y me dirigió una sonrisa cohibida que podía confundirse con un mohín enfurruñado:

—Es que no me gusta el cerdo, Alejandro —me reconoció al fin, encogiéndose de hombros—. Mejor pedimos la parrillada, pero les decimos que sin los chorizos y morcillas criollas, si te parece.

—No hace falta decirles nada, mujer. A mí sí me gustan, me los puedo comer yo y santas pascuas —resolví, haciéndole un gesto al camarero.

Pero Lucía no parecía conforme. Su sonrisa cohibida o mohín enfurruñado se había convertido en un rictus nervioso que acentuaba la delicada asimetría de sus facciones.

—No... te lo pido por favor. No puedo con el cerdo, es superior a mis fuerzas. Le tengo auténtica aversión —me confesó, y le temblaba un poco la barbilla—. Pidamos la parrillada sin cerdo y ya está.

—Bueno, bueno, pues no se hable más... Pero ¿de veras no te gusta nada del cerdo? ¿Ni siquiera el jamón? No sabes lo que te pierdes... —Lucía volvió a encogerse de hombros, algo desencajada—. Pues entre que no pruebas el alcohol y que le tienes aversión al cerdo, cualquiera podría sospechar que eres mora...

Trataba de ser una broma inofensiva, lo que los antiguos llamaban una eutrapelia (otra palabra que los modernos juzgan pedante, como presciencia), pero a Lucía le molestó más de lo que hubiese deseado.

—No me haces ninguna gracia —se quejó—. Si tú hubieses padecido triquinosis de niño, como la padecí yo, estoy segura de que no te lo tomarías a risa. Tardé años en echarla del cuerpo, rico.

Expulsar esas larvas de los intestinos es fácil, pero como te invadan los músculos la llevas clara. Tardas años en librarte de ellas, si es que lo consigues. Yo, por fortuna, lo conseguí; pero no quiero saber nunca más de comer marrano. Antes me hago mora, como tú dices.

Le tomé una mano y le hice nido entre las mías, mientras ella me miraba sañuda.

—Perdona, nena, no tenía ni idea...

—No te preocupes, todos metemos alguna vez los pies en el cubo —me excusó, reprimiendo un escalofrío.

Interpreté que se lo había provocado el recuerdo de aquella oprobiosa enfermedad de la infancia. Pero no pude evitar que comiese a disgusto y de escaso humor; pues, aunque la parrillada sólo incluía tajadas muy jugosas de ternera, la sombra porcina se paseaba por su plato, como el espectro de la peste. Además, habían ocupado una mesa próxima un grupo de hombres bastante jóvenes y ruidosos que, a medida que empezaban a empujar el codo, arreciaban en sus voces y se envalentonaban en sus expresiones viriles. Había algunos que miraban sin mucho recato a Lucía, primero con atención curiosa y después con franco descaro, como si la conociesen de siempre o provocase en ellos alguna extraña admiración o pasmo (aunque no descubrí en sus actitudes intención lúbrica). Yo siempre había sospechado que la terrena historia del corazón de Lucía habría sido plural; pues, del mismo modo que me gustaba tanto a mí, habría gustado también a otros muchos, e inevitablemente algunos de esos muchos habrían logrado sus favores. Pero nunca me había atrevido a indagar —mucho menos a adentrarme con paso decidido— en las nieblas de su pasado, por miedo a tropezarme con alguna desagradable sorpresa. En mis pesadillas más deprimentes, imaginaba incluso con gran espanto que había sido novia o amante o simple follamiga de alguno de aquellos gafapastas barbudos que la acompañaban el día que la conocí, o de algún artistilla o infrahombre semejante; y entonces despertaba sobresaltado y envuelto en sudores. Si alguna rara vez Lucía me entornaba levemente la puerta de su intimidad, prefería no asomarme; o sólo lo hacía medrosamente, con más prevención que curiosidad. Prefería que las sombras de su pasado amoroso permaneciesen sin rostro, como maniqués en un desván polvoriento; y temía aparecer yo también, si algún día la luz

iluminaba ese desván, como un maniquí insignificante, uno más entre la multitud olvidada.

—Creo que será mejor que pidas la cuenta —me sugirió Lucía—. Se nos está haciendo muy tarde.

No lo era tanto, en realidad; pero el escrutinio un tanto impertinente desde la mesa vecina estaba consiguiendo sacarla de sus casillas, mucho más todavía que la evocación de la triquinosis padecida en su infancia. Hice como me pedía, consciente de que no convenía alargar ni un minuto más aquella salida desastrosa que ya me arrepentía de haber propuesto y mucho más forzado. Como en la bodega o sótano del restaurante no disponían de cobertura, tampoco funcionaban allí los datáfonos para tarjetas de crédito; así que tuve que subir por un instante, acompañado por el camarero, hasta la caja del local para poder abonar la cuenta. No creo que tardase más de un par de minutos, pero fueron suficientes para que uno de los jóvenes comensales de la mesa próxima abordase a Lucía. Parecía requerirla amablemente, sin llegar a importunarla y guardando la debida distancia, para no parecer pelma o entrometido. Pero, aunque el acercamiento era respetuoso, Lucía había reaccionado a la defensiva, un poco melindrosa incluso (una actitud insólita en ella y más bien incongruente con su carácter), como si la mera proximidad del desconocido la desazonase, por intempestiva o mortificante; y en cuanto me vio aparecer por las escaleras me dirigió una mirada de indefensión. Acudí en su auxilio, aunque seguía sin parecerme que el hombre, aproximadamente de la misma edad que ella, la estuviera sometiendo a ningún acoso o atosigamiento; y, además, su aspecto era más bien anodino, como de chico que se lleva todas las collejas en clase, por lo que tampoco despertó en mí ningún instinto competitivo. Cuando llegué a la mesa, Lucía me comentó con un tono de afectado sosiego:

—Este chico creía conocerme. Dice que tengo un parecido asombroso con una compañera suya de facultad. —Y esbozó una mueca socarrona—: Pero ya le he aclarado que yo no fui a la universidad, así que difícilmente puedo ser la persona de la que habla.

El joven se encogió de hombros, un poco contrariado de haber errado en sus suposiciones, tal vez todavía no completamente convencido.

—Si el caso es que su cara no era del todo igual, tenéis algún rasgo distinto... Y tu peinado no tiene nada que ver con el suyo —concedió—. Pero, no sé, tenías un aire tan familiar... Podrías ser su hermana.

Adopté una actitud condescendiente, para dar por acabado el equívoco:

—A mí muchas veces me ocurre lo mismo. Veo a alguien que me trae a la memoria una persona del pasado. Luego me doy cuenta de que el parecido no es para tanto. Pero esas dos personas ya quedan asociadas para siempre. —Y con una sonrisa postiza me interpuse entre el desconocido y Lucía, a la vez que le tendía a ella una mano que se apresuró a tomar—. Bueno, nosotros nos tenemos que ir, si nos disculpas.

El joven retrocedió un paso, para que no quedasen dudas de su intención amable, y se rascó la coronilla, chasqueado:

—De veras que lo siento. Espero no haberte incomodado demasiado —se disculpó deportivamente ante Lucía, antes de volverse hacia su mesa.

Entonces Lucía, que se había levantado un poco a trompicones y como apresurada, recuperó el aplomo, o quiso demostrarme que lo había recuperado, e interpeló al joven, que para entonces ya estaba encajando las bromas y chascarrillos de sus amigos:

—Oye, perdona, ¿y qué tal estaba esa chica con la que me has confundido? —preguntó con desparpajo.

El joven tardó en responder, como si antes necesitara sopesar sus palabras o bien filtrarlas caballerosamente:

—Oh, no era nada del otro jueves —dijo al fin—. En realidad, tú estás mucho mejor. No te estaba haciendo ningún favor confundiéndote con ella.

Lucía sonrió irónica o desvaídamente; pero por un segundo cayó un velo de ceniza sobre sus facciones, como la sombra de un lejano ultraje.

4

La digestión de las revelaciones que me había hecho el inspector Avendaño me resultó muy humillante. Hasta entonces, el duelo por la muerte de Lucía había tenido sobre mi ánimo efectos devastadores, pero más o menos previsibles. De súbito, mi duelo empezó a parecerme patético, pero a la vez no podía espantarlo de mi alma; y esta paradójica imposibilidad me hacía sentir al mismo tiempo mísero y grotesco, como uno de esos pobres diablos que son estafados en interné por algún maromo que ante ellos se hace pasar por muchacha angelical de la que aún siguen enamorados, después de desvelarse el fraude. Durante un par de días, languidecí en una penosa niebla de dolor agravada por los barbitúricos y el alcohol; y en los escasos ratos en que recuperaba la lucidez empecé a fumar compulsivamente, recuperando un odioso hábito que creía abandonado para siempre. Algo en mi interior pugnaba por convencerme de que toda aquella pesadilla no me había ocurrido, o si me había ocurrido no me afectaba, puesto que Lucía era en realidad una máscara o carcasa vacía; pero esa voz interior era enseguida acallada por una repentina cuchillada de memoria al rojo vivo que me devolvía tantos momentos del pasado próximo. Y entonces venían a mí las lágrimas y me revolcaba en ellas sin recato, en un baño de autocompasión, hasta sentir vergüenza y asco de mi estúpida debilidad.

Tampoco el refugio de los barbitúricos me salvaba de aquel penoso lloriqueo. Descendía en sueños hasta una sima o pozo de fango y de brea en el que mi sensibilidad quedaba por completo anestesiada; pero allá al fondo estaba esperándome, como un murciélago en una cueva, Lucía, que me hablaba y se esforzaba por desmentir las revelaciones de Avendaño (por supuesto, su explicación era por completo inconsecuente, como corresponde a un sueño o fantasmagoría, aunque a mí me pareciese muy lógica y persuasiva). Y mientras me hablaba, yo trataba de tocarla, alargaba los brazos para llegar a rozar su rostro amado, y entonces su piel se desprendía, como un levísimo epitelio, para mostrarme un rostro execrable, devorado por el fuego, como el de la azafata superviviente del siniestro que había llegado a atisbar

por un segundo durante mi visita a la improvisada morgue de Ifema. Me despertaba con una sacudida, con todos los miembros agitados por un temblor violento y la sensación de estar a punto de ahogarme, como si los pulmones se me hubiesen llenado de arena.

Al final reuní fuerzas para abrir otra vez el armario donde Lucía guardaba algunos pocos vestidos, pantalones y camisetas, también los cajones donde se amontonaba su ropa interior. Me pasaba las horas acariciando y tocando aquellas dulces prendas para mi mal halladas, descolgándolas de las perchas o extendiéndolas sobre la cama, donde a veces me tumbaba para envolverme con ellas, como si fuesen un sudario, y así tratar de rescatar (casi siempre en vano) el olor corporal de Lucía. Tales ceremonias mórbidas las ejecutaba en un estado de deplorable hundimiento, todavía embotado por los barbitúricos; y cuando despertaba plenamente de mi letargo y me veía rodeado de blusas o de bragas, me invadía una conciencia de acabamiento que me hacía lloriquear otra vez, reanudando los ciclos de mi agonía. Había desconectado el teléfono de la casa, para evitar nuevas revelaciones funestas del inspector Avendaño y los requerimientos de Ramiro Cifuentes, mi editor, que ya estaría preguntándose por qué no le devolvía las pruebas de mi novela, que había prometido corregir a la mayor urgencia. Había también bajado las persianas de la casa a cal y canto y no encendía las lámparas, obligándome a deambular por las habitaciones en tinieblas, como un Minotauro ciego. Y, por supuesto, había renunciado a prender la televisión, también el ordenador, para protegerme contra las noticias del mundo exterior, que seguirían glosando obsesivamente las vicisitudes del accidente aéreo, con esa ensañada obstinación de los buitres en presencia de la carroña. Al tercer día, mientras bebía agua en la cocina, recordé que Lucía me había advertido, antes de separarse de mí, que me había dejado una tarta de queso recién sacada del horno en el alféizar de la ventana. Alcé la persiana y comprobé que, en efecto, allí estaba la tarta, lamentablemente infestada de hormigas; pero todavía con un pósit en el que Lucía había escrito, con una letra muy clara y entre jubilosas admiraciones, que me quería. Sacudí las hormigas que deambulaban por la nota y me quedé mirándola abstraído, como si lo que en ella había fuese su testamento vital. Si al escribir que me quería no me había mentido, ¿por qué aceptar que me había mentido en todo lo demás?

Mi lamentable estado anímico volvía a inspirarme pensamientos mágicos. ¿Y si Lucía me estaba mandando mensajes desde ultratumba, tratando de rebatir las revelaciones de Avendaño? Era una ideación típicamente delirante; pero me propuse atender esos quiméricos mensajes. Para lograrlo, me esforcé

primeramente por recuperar cierto orden y coherencia en mi vida. Cuando nos clava sus dentelladas el duelo, los días se convierten en un desierto infinito que sólo se puede soportar desde la inconsciencia, como yo había hecho hasta entonces. Pero descubrí que era posible sobrellevarlos si los llenaba de alguna actividad que me permitiera acercarme a Lucía. Si deseaba alcanzar la paz, o al menos algunos de sus sucedáneos, necesitaba saber si Lucía había sido una simple impostora que se había aprovechado de mi ingenuidad para huir o esconderse, como Avendaño me había sugerido, o por el contrario había llegado a amarme sinceramente, tal como yo había creído apreciar tantas veces. Decidí empezar mis pesquisas llamando a los números de teléfono anotados en aquel libracó sobre nazis prófugos o penitentes.

Eran tan sólo cinco números, los tres primeros de teléfono móvil y los dos últimos con prefijo de Madrid. Ni siquiera se podía concluir que hubiesen sido escritos por Lucía, pues no tenían los rasgos claros y panzudos propios de su caligrafía (tan evidentes en la nota que había pegado en el recipiente de la tarta, por ejemplo), sino que más bien parecían imitar la mía, mucho más tumultuosa y espigada; y el pensamiento mágico me sugirió entonces que tal vez Lucía hubiese querido imitar mi letra para que en un hipotético registro policial nadie pudiera sospechar que los había escrito ella. Sin pensármelo más, conecté el teléfono y marqué el primero de aquellos números. Mientras aguardaba respuesta me acometió, sin embargo, un último escrúpulo: tal vez lo que descubriese sobre Lucía fuese aún más descorazonador que lo que hasta ese momento sabía; pero me consolé pensando que, si yo no me atrevía a descubrirlo, Avendaño o cualquier otro policía a quien encargasen la investigación lo haría. Además, ya respondía a mi llamada una voz femenina a la vez gutural y pastosa, como si su dueña acabase de despertar (pero era casi el mediodía), o estuviese hastiada, o hubiese empezado a pudrirse en vida. Traté de explicarme del modo más sintético posible:

—Disculpe la molestia. Me llamo Alejandro Ballesteros. Me pregunto si conoce a una chica llamada... Lucía, Lucía Álvarez... Ella me ha dejado este teléfono...

La mujer de la voz gutural y pastosa lanzó una risa que era a la vez escéptica y festiva:

—Pues claro que la conozco, le tengo alquilada una habitación en mi casa —dijo, en presente, ignorando seguramente que Lucía se encontraba entre las víctimas del avión siniestrado. Hizo una pausa y su voz se volvió más desdeñosa—: A ti también te conozco. Ya sabía yo que tarde o temprano esa chica te camelaría.

Quise que me aclarase aquella impertinencia, pero la mujer prefirió citarme precisamente en su casa, allá por el barrio de Malasaña. Apunté la dirección premiosamente y convine presentarme allí antes de la comida, con el tiempo justo para asearme (el marasmo y derrumbe de los últimos días habían arruinado mi higiene) y conducir hasta el centro de la ciudad. La dirección que la mujer me había facilitado estaba próxima a una iglesia cuyo ábside era empleado como mingitorio por los borrachos de todas las razas, nacionalidades y sexos, un pentecostés de orines que llenaba la calle con su peculiar tufillo rancio, casi arqueológico. El edificio en el que me habían citado carecía de ascensor o lo tenía estropeado; y la escalera, de rellanos como recovas y peldaños desiguales, crujientes de carcoma y gargajos secos, parecía escorada y como a punto de zozobrar, entre paredes lóbregas y desconchadas. Subí a la carrera hasta el tercer piso y pulsé un timbre con pitorro de baquelita negra que sonó en las profundidades de la casa con un reverbero musical. Tardó en abrirme una mujer que todavía no había alcanzado los cuarenta años, pero ya muy deteriorada, con las raíces blancas del pelo greñoso asomando como lombricillas pálidas y los ojos muy saltones, de besugo que se aburre en la lonja. Me costó mucho distinguir sus facciones, que eran las de Sandra Escolar, una escritora de mi misma generación, tal vez algo más talludita que yo, a la que todavía le había ido peor que a mí y por causas parecidas. Pero la Sandra Escolar con la que yo había posado en retratos generacionales, participado en congresos engañabobos y corrido alguna farra, era una muchacha muy delicada y frágil («nínfula», la llamaba por entonces un escritor carcamal que la cortejaba en vano en sus artículos), de cabellos bermejos y ojos bizantinos, como sacada de un cuadro prerrafaelita. Aquella mujer que entonces me contemplaba desde el umbral de su casa en nada se parecía a la Sandra Escolar de antaño: todas las ondulaciones de su cuerpo se habían amorcillado; todas las líneas de su rostro se habían llenado de flacideces; y su gesto entre altivo y virginal de antaño se había vuelto blando y amondongado. Pensé que tal vez yo le estuviese produciendo la misma impresión penosa.

—¡Vaya, Álex! —me saludó al fin, con aquella voz que en nada se parecía a la voz de niña mala y resabidilla de antaño—. Ya pensé que nunca volveríamos a encontrarnos. ¿Cuánto hace de la última vez? Por lo menos diez años...

Pero eran diez años que valían al menos por diez siglos. Sandra Escolar había sido tan precoz en su vocación literaria como yo mismo. Había ganado con su primera novela el Premio Nadal y con la segunda el Premio Cuaresma,

con un gran éxito de público y crítica (que ponderaba con arrobo la autenticidad con que describía sus noches de discotequeo y tortillamen), y se había forrado en unos pocos años. Pero de la noche a la mañana los críticos empezaron a denunciar que las novelas de Sandra Escolar eran plagios memos de Françoise Sagan; y su público se cansó de leerla (o, simplemente, se cansó de leer). Para mantener su nivel de vida (y también para mantenerse en el candelero o candelabro de la fama), Sandra Escolar aceptó entonces participar en *Gran Hermano* o en algún otro *reality-show* de similar jaez, donde se enzarzó en todo tipo de trifulcas verduleras con los otros concursantes y se pegó unos cuantos revolcones con su compañera de cuarto, una *stripper* que luego resultó transexual (y en algunos de aquellos revolcones captados por las cámaras se pudo comprobar que para entonces Sandra Escolar había ya dejado de ser la nínfula de antaño). Acabado el *reality*, paseó su decadencia por los platós televisivos, más o menos como yo mismo pero en versión todavía más chabacana y degradante, a la vez que abandonaba la escritura. Y, tras una fase de deterioro progresivo que la convirtió en diana de todos los escarnios, desapareció del foco público sin dejar ni rastro. Mientras rememoraba en apenas un instante el ascenso meteórico y la fulgurante caída de Sandra Escolar, sentí pena por ella y también por mí mismo, pena de nuestra generación encumbrada y después arrojada al cubo de la basura. Pero yo había salido, o empezado a salir, de ese cubo gracias a Lucía; y no deseaba volver a él.

—Diez años, en efecto, Sandra —asentí—. Más o menos los que llevamos sin publicar un puñetero libro.

Se ahuecó el pelo greñoso y se miró las uñas, afiladas de resentimiento y con el esmalte descascarillado, a juego con los desconchones de la escalera.

—Bueno, he leído por ahí que a ti te vuelven a publicar ahora —dijo, con despecho disfrazado de desdén—. Yo tiré la toalla hace tiempo. Y te advierto que no añoro aquella época. Nos usaron mientras les convino y cuando se aburrieron de nosotros nos enterraron.

Finalmente me franqueó el paso y me indicó que la siguiera a través de un angosto pasillo de paredes altas como un desfiladero. Advertí que los andares de Sandra Escolar eran trastabillantes y que se iba apoyando levemente en las paredes, mientras avanzaba. Tenía algo de trasto desportillado que busca un desván donde descansar.

—¿Y a qué te dedicas ahora? —me atreví a preguntarle.

—A esto que ves. —Se volvió hacia mí y abrió los brazos, en ademán abarcador—. Con el dinero que saqué de la tele me compré este piso y alquilo

las habitaciones. Solamente admito chicas, por supuesto.

Y me lanzó una sonrisita que se pretendía picaruela (así lo habría sido, cuando todavía era una nínfula), pero resultó más bien viciosa o inmunda. Me había conducido hasta una salita dispuesta para recibir a las visitas, de paredes pintadas de azul cobalto y mobiliario multicolor, como de parvulario o película de Almodóvar con borrachera de anisete. No había ni un solo libro en las estanterías, atestadas de *bibelots* y giliporcelanas. Sandra Escolar me indicó el extremo de un diván descuajeringado, al lado de un jarrón con flores mustias, y ella se sentó enfrente de mí, en un sillón de mimbre, como una Emmanuelle fondona.

—Y Lucía era una de tus inquilinas, entonces... —empecé.

—¿Era? —se sorprendió Sandra Escolar—. La verdad es que cada vez para menos en casa, pero nunca ha dejado de pagar puntualmente su habitación, a finales de mes... —Y me miró con intensidad ceñuda—. Ahora ya entiendo con quién duerme, cuando no está aquí...

Al lado de su sillón de mimbre, sobre una mesilla, había dispuesto una bandeja con frasquitos de esmalte y otros adminículos para la manicura. Tomó un copo de algodón y lo empapó de acetona, antes de restregarse con él las uñas. Ignoré su pullita:

—Pensé que lo sabías —dije—. Lucía murió en el accidente de Airjet.

Sandra Escolar se arrellanó en el sillón de mimbre. Impostó un gesto de condolencia, pero sus ojos saltones cabrillearon de curiosidad.

—No tenía ni la más remota idea. Nadie me llamó para decírmelo... —No había pena en su voz, tampoco excesiva conmoción, tan sólo el disgusto de haber perdido una fuente de ingresos—. ¡Con lo joven que era!

Pero siguió restregándose las uñas con acetona, sin interrumpir su manicura. Intenté avanzar en mis pesquisas:

—¿Tenías firmado un contrato con ella?

—¿Por quién me tomas? —se escandalizó Sandra Escolar—. Yo no firmo contratos con ninguna de mis inquilinas. ¡Pues era lo que me faltaba, tener que mantener al Estado, cuando no tengo ni para mí! De todas maneras, Lucía nunca me pidió firmar nada; se ve que a ella tampoco le interesaba que quedase constancia de nuestro trato. Ya sabes cómo son los catalufos para esas cosas de la pela.

Y lanzó una risita aviesa que prolongó cuando advirtió mi estupor.

—No entiendo qué quieres decir. ¿Insinúas que Lucía era catalana?

Me miró como si fuese un pelele, o tal vez una cucaracha. El perfume mustio y dulzón de las flores, mezclado con el olor de la acetona, casi lograba

marearme.

—¡Pues claro que era catalufa, hombre! —Sacudió ambas manos en el aire, como si censurara mi candidez, pero tal vez sólo quería que las uñas se le secasen pronto, antes de esmaltarlas de nuevo—. Había conseguido borrar su acento, pero continuamente se le colaban unas catalanadas tremendas. Me sorprende que no te dieras cuenta, si tanto la trataste. —Volvió a mirarme malévola—. Pero, claro, los tíos vais a lo que vais.

Me quedé en silencio, rumiando mi humillación. Siempre había dado por buenas las (escasas) explicaciones que Lucía me había dado sobre sus orígenes. En bastantes ocasiones había observado que empleaba expresiones pintorescas o trabucaba el sentido de algunos verbos; pero jamás se me había ocurrido sospechar que tales gazapos tuviesen una explicación geográfica, mucho menos que Lucía tratara de ocultarme sus orígenes. Volví a ignorar la pulla de Sandra Escolar:

—¿Y tú la trataste mucho?

—Si te refieres a lo que estoy pensando, nada de nada. Esa Lucía era completamente hetero. —Lo cierto es que no me refería a tales cuestiones, pero me reconfortó que Lucía no hubiese cedido a sus requiebros—. Al principio, me preguntaba mucho por mi etapa de escritora, por el ambientillo literario, por las anécdotas de aquellos años gloriosos... Por momentos llegué a pensar que era una especie de fan tardía de Sandra Escolar. Pero poco a poco me fui dando cuenta de que me daba coba y carrete para llegar al asunto que de veras le importaba.

Compadecí a Lucía, que habría tenido que tragarse las batallitas de la níñfula reconvertida en ballenato.

—¿Y cuál era ese asunto? —pregunté cándidamente.

—Tú, pipiolo. Esa chica buscaba el modo de camelarte. Y por lo que veo lo consiguió.

El perfume decrepito de las flores se me había metido en los pulmones, marchitándome por dentro.

—¿El modo de camelarme? ¿Camelarme para qué?

—Ah, majo, eso tú lo sabrás. —Sandra Escolar se encogió de hombros y empezó a pintarse las uñas con un esmalte negro, como si quisiera rendir así tributo a la fallecida—. Supongo que habría olfateado que tenías pasta, o cualquier otra cosa que a ella le interesase. Porque, además de rarita, esa Lucía no daba puntada sin hilo.

Tenía esos resabios amargos que deja el fracaso en quienes acariciaron el éxito y lo vieron partir para siempre. Procuré no mostrarme demasiado

ofendido (pues, a fin de cuentas, tal vez tuviese razón):

—Vaya, veo que le tenías bastante tirria...

—¿Y qué quieres que haga? —se mofó—. ¿Que me ponga a llorar desconsoladamente porque la pobrecita se murió? ¿O prefieres que me desmaye de pena ante ti? ¿O tal vez que me muestre horrorizada? Lucía se mató en ese avión. Desde luego, no me alegro, entre otras razones porque era una fuente de ingresos para mí. —Hizo una pausa, arrepentida de la crudeza de estas últimas palabras—. Pero no esperes que me vaya a dar un patatús ni un ataque de histeria porque esa chica haya muerto. Reconozco a las *groupies* a la legua. —Volvió a mirarme con sorna y con saña—. Y esta, por lo que veo, se salió con la suya. Espero que no le diera tiempo a desplumarte.

Era triste ver a Sandra Escolar convertida en un saco de pus a punto de reventar. La literatura, que es saturnal, devora a sus hijos y luego los abandona, convertidos en despojos.

—No deberías hacerte tan mala sangre, Sandra. No creo que sea recomendable para tu salud.

—¿Has venido aquí para darme consejitos? —Su tono burlón había caído como una máscara, para dar paso a otro iracundo, mientras su rostro atocinado se descomponía—. Pensé que más bien me habías llamado para pedirme un favor.

Se esforzó por recuperar la calma, aspirando aire muy lentamente y después expulsándolo. Reanudó su manicura, como si nada hubiese sucedido.

—Llamé a la casera de Lucía para que me contase lo que supiera de su inquilina —aclaré—. No sabía que la casera fueses tú, jamás me habló de ti.

Cerró los ojos saltones, tal vez para que yo no pudiese reparar en su brillo, premonitorio del llanto. En contra de lo que me había dicho un rato antes, añoraba aquellos años dorados, cuando los editores se la rifaban y los críticos carcamales la adulaban con ditirambos inmerecidos. Y la ultrajaba, ahora que la inspiración la había abandonado para siempre, tener que ganarse la vida alquilando habitaciones de extranjis a chicas que la mirarían con más caridad que deseo, como quien mira a un juguete roto.

—No tenía por qué hablarte de mí —murmuró—. Si lo hubiese hecho, podrías haberte puesto en contacto conmigo y descubierto que estaba tratando de camelarte.

—Lucía no era ninguna *groupie* —me exasperé—, ni siquiera se había leído mis libros. ¿Y tú cómo la conociste?

Sandra Escolar concluyó su manicura y volvió a agitar las manos en el aire de la salita, como si deseara alzar el vuelo. Pero llevaba demasiado plomo

en las alas.

—Fue a través de Alba, otra chica que tengo de inquilina, que nos puso en contacto —me respondió, un poco agriamente—. Lucía me llamó por teléfono cierta noche, a una hora intempestiva, desde un bar, preguntándome si tenía disponible alguna habitación. Le dije que sí y me preguntó si podía instalarse en ella. Cuando le pregunté cuándo deseaba hacerlo me sorprendió diciendo que de inmediato. En menos de una hora se plantó en casa y me pagó a tocateja.

—¿Cuándo fue eso? —me interesé.

Sandra Escolar contaba el tiempo con los dedos, como un niño que está aprendiendo a sumar; y sus dedos eran un calendario de luto.

—Hace un año y tres meses exactamente —dijo—. Nunca metió el burro en casa, pero a medida que pasaban los meses mucho menos. Me imagino que ya habría encontrado su sitio a tu lado... —deslizó con cierta perfidia—. Pero, curiosamente, nunca dejó de pagarme por su cuarto. Siempre a tocateja, como te decía, y siempre en billetes verdes de cien euros, que no son tan fáciles de conseguir. Los cajeros automáticos, sin ir más lejos, no te los dan.

Se había nublado de repente el día y la salita se había quedado en penumbra. Sandra Escolar cobró de repente un cierto aspecto batracio. Proseguí mi pesquisa:

—¿Y sabes cómo los conseguía ella?

—Se lo pregunté, pero me respondía con evasivas. En alguna ocasión, me insinuó que trabajaba como modelo.

Soltó otra risita que sonó como un cloqueo y se le remansó entre los pliegues de la barriga amorcillada.

—¿Como modelo de ropa? —pregunté, sin poder contener mi asombro.

—No, me pareció entender que como modelo para pintores —replicó—. Desde luego, no era ninguna Venus. Pero como ahora están de moda las esqueléticas tampoco hay que sorprenderse. En cualquier caso, no creo que posando para pintores de medio pelo te paguen en billetes de cien euros. Seguro que tendría otras fuentes de ingresos...

Decidí no transigir con aquella nueva insidia:

—¿Como tú cuando eras una escritora famosa? No deberías mencionar la soga en casa del ahorcado, todavía está vivo alguno de esos carcamales a los que engatusaste y ordeñaste. —Mi inesperada virulencia había encogido a Sandra Escolar, cuyo semblante fofo se nubló como el día, mientras empezaba a tiritar. Pero yo volví a lo mío—: ¿Y podría ponerme en contacto con esa tal Alba?

—Está... está en su cuarto —me indicó Sandra Escolar—. Suele levantarse aproximadamente a estas horas. Tiene un trabajo en turno de noche y se acuesta muy tarde. Es la segunda habitación a la derecha, yendo por el pasillo. Además, si no me equivoco, ella tiene llave de la habitación de Lucía. Puedes llevarte sus cosas, aquí ya no pintan nada.

Había alargado un brazo temblón, señalando hacia el interior de la casa. Me levanté del diván descuajeringado, feliz de no tener que seguir respirando el perfume mustio de las flores.

—Agradezco mucho tu ayuda, Sandra —dije, con una reverencia irónica—. Ha sido un placer volver a verte, después de tanto tiempo.

—Y yo me alegro de haberte servido de ayuda, Álex —me respondió. Y me advirtió, rencorosa—: Pero no siempre conviene saber.

Aquella advertencia me desazonó, pero no quise volver a enzarzarme con Sandra Escolar, sobre todo porque en esta ocasión ella estaba en lo cierto y yo estaba, en mi afán por saber, asomándome a un abismo demasiado peligroso. Me interné en el pasillo de paredes altas y llamé con los nudillos a la puerta que me había indicado; del interior de la habitación brotaba el soniquete de una música discotequera. Asomó al fin la cabeza entre el quicio y la hoja de la puerta una chica de pelo muy rapado, cortado a cepillo, con las cejas y las orejas condecoradas de *piercings*. Se me quedó mirando, entre reverente y asombrada.

—¡Alejandro! ¿Y tú qué haces aquí?

Me costó reconocerla, porque hacía ya un año que había dejado de frecuentar los programas para friquis vociferantes y porque nunca había reparado demasiado en los técnicos que pululaban por el plató, mientras soltaba mi ración de barbaridades. Pero en unos pocos segundos recordé las facciones de aquella Alba, que trabajaba como cámara. Me estremecía que Lucía hubiese seleccionado a sus conocidos entre personas que a su vez me conocían.

—Hola, Alba, he sabido que tenías amistad con Lucía —la saludé, con una sonrisa un poco forzada—. Me ha dicho Sandra, la casera, que vino a vivir aquí aconsejada por ti. Y que guardas la llave de su habitación.

Alba titubeó antes de dejarme pasar a su cuarto, que estaba muy desordenado y necesitaba una concienzuda ventilación. La puse en antecedentes sobre la muerte de Lucía, de la que tampoco tenía noticia; y le pedí que me contara lo que supiese de ella. No le confesé, en cambio, la razón de mis pesquisas, por lo que Alba debió de pensar que mi curiosidad era hija de mi desconsuelo (y, paradójicamente, no se equivocaba).

—No te creas que es tan fácil contar cosas sobre Lucía —me reconoció, todavía consternada por la noticia—. Es... era una chica muy reservada... esquivada, incluso. Y en los últimos meses apenas he sabido nada de ella. Lo que sí te puedo asegurar es que siempre estuvo obsesionada contigo, no hacía más que preguntarme cosas sobre ti. ¿Llegasteis a ser novios?

Cerré la puerta de la habitación, para que Sandra Escolar no pudiera escuchar nuestra conversación. Alba aguardaba expectante mi respuesta. Era una chica menuda y desgarrada, vestida con una camiseta de camuflaje militar y unas botas estampadas con motivos góticos de dragones y doncellas.

—Más o menos —respondí brumosamente—. Pero conmigo también era esquivada, no te creas. Por eso quiero que las personas que la conocisteis me contéis cosas sobre ella.

—Pues lo que te puedo contar, sobre todo —Alba sonrió compasiva—, es que nunca se cansaba de que le hablaran de ti. Yo la conocí una noche en un bar. Me había reunido con mi pandilla después de un programa en el que tú habías participado y no habías dejado indiferente a nadie. Algunos amigos míos te estaban poniendo a caldo —dijo, a la vez que se ruborizaba—. Y entonces Lucía, que andaba por allí, se metió en nuestra conversación y empezó a defenderte. Así fue como nos conocimos y supe que andaba buscando alojamiento. Aquella misma noche se mudó a vivir a esta casa. Y desde entonces, siempre eras tú el tema central de nuestras conversaciones.

No parecía muy plausible que Lucía se hubiese cruzado con tantas personas que me conocían por casualidad. Traté de sonsacar a Alba:

—¿Y tú qué le contabas? Porque, la verdad, tampoco nos conocíamos tanto...

En realidad, sólo nos conocíamos de saludarnos en el plató, donde todo transcurría en volandas del vértigo y la adrenalina. Y yo no me preocupaba de hacer amigos en aquel ámbito, mucho menos entre los técnicos, en los que ni siquiera reparaba, por envanecimiento o despiste. Alba volvió a ruborizarse, mientras se rascaba el cráneo afeitado.

—Pues, la verdad, me inventaba la mitad de las cosas, para darme pote... —reconoció, cabizbaja—. Con lo que escuchaba en el programa y alguna cosa que había leído sobre ti, me inventé un personaje que iba desarrollando ante Lucía. —Tragó saliva—. También le conté que, a mi juicio, te estabas echando a perder. Era evidente que muchos días llegabas mamado al programa; y si todavía no lo estabas, te mamabas durante la emisión... Perdóname si te he ofendido.

Le puse una mano en el hombro para tranquilizarla y buscar su complicidad:

—No me has ofendido en absoluto. Tienes toda la razón, me estaba echando a perder. Pero, gracias a Dios, aquello pasó... —Se me agrietó la voz—. Gracias a Lucía, sobre todo.

Se iluminó el rostro de Alba:

—¿Fuiste feliz con ella?

Aquella pregunta me sobresaltó. ¿Había sido feliz con ella? Normalmente, cuando la gente habla de felicidad está invocando una quimera inalcanzable; y mientras trata de alcanzarla, en una penosa caza del gamusino, acaba presa de la insatisfacción. Lucía había logrado algo mucho más cierto que llenarme la cabeza de quimeras: me había reconciliado conmigo mismo y con mi vocación perdida, me había devuelto las ganas de amar y escribir. Y ahora que se había ido, dejándome en soledad y llanto, me había devuelto las ganas de morir.

—Fui muy feliz con ella, Alba —respondí, sin entrar en matices—. Y en parte puede que te lo deba. Estoy seguro de que el personaje que creaste en torno a mí se ajustaba bastante a la realidad... —la halagué, antes de lanzar mi petición—: Me dijo Sandra que tenías llave de su habitación. Me encantaría poder pasar...

Mi petición la desazonó un tanto, como si le estuviera proponiendo un allanamiento, aprovechando la ausencia de la inquilina.

—Supongo que no hay nada malo en que pasemos, ¿verdad? —me preguntó, tratando de vencer sus últimos escrúpulos—. Quiero decir, Lucía siempre fue muy celosa de su intimidad... Y no le gustaba que nadie anduviera fisgoneando sus cosas...

—No vamos a fisgonear nada, Alba —la tranquilicé—. Es mejor que seamos nosotros y no cualquier extraño quienes pasemos primero, ¿no te parece?

Alba asintió, reprimiendo un escalofrío, y tomó la llave de un cajón de su mesilla, rescatándola de un revoltijo de calcetines y bragas sucias. Me precedió hasta la habitación de Lucía, que se hallaba hacia el final del pasillo, y estuvo hurgando en la cerradura un buen rato, hasta conseguir abrirla. La habitación tenía algo de celda monacal, como si quien en ella había vivido se hubiese preocupado de irse despojando antes de desaparecer, para no dejar huellas de su presencia, o para dejar sólo aquellas que le convenían. En el armario, como suponía, no había apenas ropa colgada de las perchas; y la que había estaba muy atildadamente dispuesta, lavada y planchada, sin ningún

tipo de documentación u objeto revelador en los bolsillos; y lo mismo ocurría con las prendas dobladas meticulosamente en los cajones. Mientras yo palpaba y revolvía las ropas, Alba se había sentado a un extremo de la cama de somier sufrido y colchón magro: y allí permanecía encogida, tal vez intimidada de mi registro, con la mirada clavada en la alfombra con flecos que asomaba parcialmente por debajo del catre.

—Permíteme —le dije—. Levanta un momento los pies.

Extraje la alfombra, que era de modesto tamaño, como convenía a una habitación tan angosta. La rodeaba una orla con motivos geométricos; y en su centro había un gran arco lobulado. Enseguida entendí el significado de aquel arco: representaba un *mihrab*, la pequeña pieza, pegada al muro de la *quibla*, orientada hacia La Meca, que en las mezquitas indica a los fieles el lugar al que deben mirar mientras rezan. ¿Me habría mentido Lucía cuando me aseguró que había padecido triquinosis de niña, para justificar su aversión a la carne de cerdo? Procuré que no se me notase la turbación:

—Una alfombra moruna, comprada en cualquier bazar de medio pelo — dije, en un tono pretendidamente desentendido—: O tal vez se la regalase algún amigo musulmán. ¿Le conociste alguno?

Alba me miró desconcertada o miedosa:

—Creo que no... En realidad, a Lucía no le conocí amigos, en el sentido verdadero de la palabra. —Se detuvo a meditar, o a rescatar algún recuerdo borroso—. En un par de ocasiones la vi charlando con un tipo en un bar por aquí cerca, pero no tenía pinta de moro, sino más bien lo contrario: alto y bastante cachas, y con el pelo tirando a rubio, si no me falla la memoria...

—Bueno, hay musulmanes de todas las etnias, aunque nosotros siempre pensemos en los moros —dije—. También hay musulmanes caucásicos, por ejemplo. Y asiáticos.

Debí sonarle en exceso didáctico o condescendiente, porque frunció el ceño:

—Pero no creo que Lucía tuviese amigos musulmanes. Más bien diría que todo ese rollo del islam le daba yuyu. Recuerdo que, en el pasado carnaval, Sandra nos dejó montar una pequeña fiestuqui en casa e invitar gente. Una amiga mía vino disfrazada con un burka con aberturas laterales hasta más arriba de la cintura por las que se le veían unas medias de rejilla y una lencería muy picante... —Alba se detuvo por un instante, sorprendida de mi gesto preocupado—. Y Lucía se cogió un rebote tremendo, no hubo manera de calmarla y acabó largándose para no tener que estrangular a mi amiga... Créeme, el rollo islámico la ponía de los nervios.

En su conmovedora candidez ni siquiera se le ocurría pensar que aquella reacción de Lucía no estuviese dictada por la histeria, sino porque consideraba que aquella amiga suya se había disfrazado de modo irreverente. Preferí no desengañarla, sobre todo por no inspirarle sospechas sobre Lucía que pudieran ponerla histérica también a ella. En las paredes desnudas sólo había un par de baldas atestadas de libros en ediciones de bolsillo, con los lomos abrumados de arrugas. No había entre ellos ningún libraco sobre nazis prófugos o penitentes; y, en general, denotaban un gusto literario bastante elevado. Más de la mitad estaban en catalán, confirmando la hipótesis que un rato antes había lanzado Sandra Escolar sobre los orígenes de Lucía: libros de Carner y Sagarra, de Maragall y Rodoreda, un poco maltratados por el paso del tiempo, descolados y con las páginas amarillecidas. Y entre los libros en castellano descubrí —con una mezcla de orgullo y zozobra— mis novelas juveniles. Estaban todas ellas muy fatigadas por el uso, subrayadas y anotadas en muchos pasajes, y con recortes doblados de periódicos y revistas entre sus páginas. Cuando los desdoblé, reconocí reportajes carroñeros publicados en revistas del corazón, en los que se desvelaba mi relación («tórrida», la calificaban los titulares) con la famosa pintora Rosario Tena; al volver a ver aquellas fotos sórdidas, hechas subrepticamente en alguna discoteca penumbrosa, sentí una bofetada de bochorno. Entre los recortes también se contaban varias entrevistas que me habían hecho años atrás: en una de ellas, de tono crepuscular y melancólico, explicaba mi apartamiento de la vida social (precisamente después de mi relación «tórrida» con la pintora Rosario Tena) y mi reclusión en la casa de Las Rozas, que por entonces acababa de adquirir. En otra entrevista más liviana, a modo de cuestionario rápido, me inquirían por mis gustos y aficiones, incluida mi canción favorita, a lo que respondía: «*Hecha a la medida*, de Mayte Martín». También los recortes, al igual que las novelas, estaban profusamente subrayados, para resaltar aquellas respuestas que a Lucía se le antojaban más reveladoras o aprovechables para su engaño. Un engaño que, sin duda, llevaba urdiendo mucho tiempo.

—Como ves, estaba obsesionada contigo —dijo a mis espaldas Alba—. Todo lo tuyo le interesaba. Tampoco se perdía ninguna de tus apariciones en la tele. Me pedía que la avisase con tiempo.

Me volví como un autómatas y se lo agradecí con una sonrisa tétrica. Luego devolví los libros con los recortes a las estanterías, mientras la pululación del miedo se infiltraba en mi sangre.

V

—¿Y qué? —pregunté a Lucía, poniendo ojos de cordero degollado—. ¿No te animas a leer mis novelas juveniles?

Durante semanas se lo había insinuado de mil maneras. Primero había probado a colocarlas estratégicamente en los anaqueles más visibles de la biblioteca, esperando que Lucía se tropezase antes o después con ellas y, aunque sólo fuera por compromiso, se decidiera a leerlas, o siquiera a hojearlas. Pero Lucía paseaba la mirada por los lomos de mis novelas juveniles como la habría podido pasear por un campo de alfalfa; y, a continuación, se lanzaba sin rebozo a los anaqueles donde se hacinaban los bodrios más peregrinos. Así que probé a intercalar mis novelas juveniles entre la morralla preferida por Lucía (o entre la morralla que fingía preferir), pero volvió a desdeñarlas sin inmutarse, o tal vez inmutándose un poco, porque a veces descubría en su rostro, mientras hacía sus donosos escrutinios, una sonrisita irónica, un leve mohín malévolos, un fruncimiento de ceño que revelaba pillería. Ya por último, me las ingenié para dejar mis novelas juveniles en lugares que no podían pasar inadvertidos, en la mesilla donde se apilaban los libracos que Lucía escogía para affligirme (siempre de escritores fétidos o asuntos rocambolescos), o sobre el aparador de la cocina, o junto al equipo de música, o en el sofá en el que tanto le gustaba tenderse para leer o pensar en las musarañas, o incluso en el cuarto de baño, en una especie de gincana o carrera de obstáculos que me hacía sentir a la vez ridículo y pelmazo. Pero todas mis tretas y añagazas se revelaban igualmente inútiles; pues Lucía, o bien no se daba por enterada, o bien devolvía mis novelas juveniles a la biblioteca, sepultándolas traviesamente en sus rincones más recónditos (de donde luego yo las rescataba, para empezar otra vez aquel delirante juego). Llegué a la conclusión de que lo hacía por chincharme o ponerme los dientes largos; pues

concluir que lo hacía simplemente por desinterés o rechazo hería demasiado vivamente mi orgullo.

—Es que prefiero hacerlo en otro momento... —se excusó con voz tímida, cuando ya por fin me decidí a reprochar sus repetidos escaqueos.

—Pero ¿en qué momento? —insistí, un poco escamado—. Si ya hemos pasado por todos los momentos posibles, mujer. Te aseguro que no soy el escritor más inepto ni el más aburrido de la historia...

Mi reproche debió de sonarle hiriente, porque se retrajo:

—Si no es por eso, Alejandro.

—¿Y entonces por qué coños es? —me exasperé.

—Es que... esos libros pertenecen a tu pasado —trató de explicarse, compungida—. Yo me enamoré de la persona que eres ahora; y me enamoro más a cada día que pasa, a medida que lo que eres se va transformando en algo todavía mejor. No quiero que el hombre del pasado interfiera en la imagen que tengo de ti.

—¡Pero eso es absurdo! —me sublevé—. ¿Es que temes tropezarte con un monstruo o qué?

Lucía se enfurruñó, o fingió enfurruñarse:

—No es eso. Pero ahora no me encuentro con fuerzas para asomarme a tu pasado —se justificó—. En esas novelas juveniles me voy a encontrar, inevitablemente, con pensamientos tuyos que me resultarán chocantes, o con episodios que se basan en experiencias vividas, o con personajes inspirados en mujeres de las que estuviste enamorado. Y esos pensamientos, o episodios, o personajes pueden desconcertarme, o desilusionarme, o enfadarme. O todavía peor, pueden despertar en mí sospechas, pueden provocarme la tentación de averiguar cosas de ti que no tengo por qué saber. Cosas que a estas alturas tal vez sean agua pasada; pero que mi lectura puede resucitar, hasta que lleguen a afectarme más de lo que quisiera... —Le temblaba un poco la voz, merodeada por las lágrimas, o quizá estuviese improvisando excusas y el fingimiento le impedía hablar con firmeza—. No creo que sea conveniente andar resucitando el pasado. En una relación amorosa, de hecho, me parece lo más inconveniente y peligroso.

Y de nuevo se extendió sobre sus facciones ese velo de sombra que en ocasiones las tornaba más tortuosas o atribuladas, exagerando su leve asimetría. Sus explicaciones me dejaron un tanto

turbado, pues no se me había ocurrido que lo que hemos escrito en el pasado pueda despertar curiosidades malsanas que se proyecten sobre el presente hasta ensuciarlo, mucho menos que pueda suscitar celos retrospectivos (porque algo así parecía haberme sugerido Lucía) o una venenosa ansia de saber lo que no debe saberse, porque nos hará daño o sembrará la desconfianza. Pensé entonces (el veneno también empezaba a infiltrarse en mis pensamientos) que tal vez Lucía no quería asomarse a mi pasado para no tener que mostrarme el suyo; pensé que tal vez su pasado escondiese episodios funestos o sórdidos que podrían anegarme con su turbiedad, o cambiar por completo mi percepción sobre ella, destruyendo mi amor. Pero yo estaba convencido de que mi amor era indestructible.

—A mí no me importaría conocer tu pasado —dije, fatuamente—. De hecho, espero que me lo cuentes con pelos y señales algún día...

Iba a añadir que más bien lo que podía envenenar nuestra relación era el ocultamiento del pasado, pero preferí callar, por no hostigarla más. Lucía había adoptado un gesto hermético, como si así pretendiera atrincherarse contra mi curiosidad:

—Todo se andará... —dijo sin entusiasmo. Y procuró aliviar la tensión—: Además, no quiero que pienses que soy una mitómana que se arrima al escritor famoso.

—Nunca se me hubiese ocurrido pensar tal cosa...

Me besó largamente y me propuso salir a dar un paseo hasta el parque próximo. A medianoche, la urbanización parecía embalsamada de silencio, desierta y fósil como el sueño de un metódico burgués. Caminábamos escoltados por farolas que convocaban un sínodo de polillas, arrullados por el zumbido intermitente de los aspersores que regaban jardines menos escuálidos que el mío. Cuando alcanzamos el parque, el terreno se hacía ondulante y ya no había otra luz que guiase nuestros pasos sino la luz de la luna, que se iba posando en los árboles como una lechuza fisgona.

—Espero, al menos, que lo que a partir de ahora escriba no te dé miedo leerlo...

Lucía pegó un respingo, casi un brinco exultante:

—No sólo no me da miedo, sino que me muero de ganas por hacerlo. —Y se abalanzó sobre mí, ofuscándome con su pelo lleno de noche—. ¿Vas a ponerte a escribir al fin?

Por una carretera que bordeaba el parque avanzaba muy lentamente un coche sigiloso que sólo distinguí por el ronroneo del motor, pues no había encendido los faros. Muy dulcemente, Lucía me llevó de la mano hasta una especie de soto que había en un recodo del parque, como si quisiera asegurarse de que nadie pudiera espiarnos. Se sentó en la hierba con su característico desparpajo y yo me senté a su vera, dejando mis cuidados entre las azucenas olvidados.

—¿Es que necesitas que te lo diga? —le pregunté, para chincharla yo también—. Tenía entendido que mi mente no guardaba secretos para ti...

Soltó una carcajada risueña que trepó a los árboles como una ardilla.

—Era... ¿cómo se dice? Una pregunta retórica. ¡Por supuesto que tu mente no guarda secretos para mí!

En cambio, Lucía guardaba muchos secretos; era un estuche lleno de secretos que no osaba desentrañar. Pero me conformaba con dejarme invadir y conquistar por ellos, en busca del cielo o del infierno. La estreché contra mí, obligándola a rodar sobre el césped.

—Mañana mismo empiezo a tomar notas. En un par de semanas estaré en disposición de ponerme a escribir —susurré.

Y mientras la abrazaba, notaba germinar dentro de mí la inspiración que durante tantos años había permanecido hibernada, la notaba echar raíces en mi alma y crecer vigorosa, abriéndose paso entre capas de hojarasca que la habían mantenido sepultada, hasta que Lucía irrumpió en mi vida. Bajo la hierba mullida, la tierra me comunicaba su calor intrépido y el hormigueo de mil faunas diminutas que trepaban por mi cuerpo, celebrando que al fin volvía a ser fecundo. Allá en lo alto, las estrellas parecían formar un enjambre, huidas de la contaminación de Madrid.

—¡Tan pronto! —se sorprendió Lucía, inundada de mi misma vibración juvenil—. ¿Y de qué va a tratar esa novela, si puede saberse?

El coche que se agazapaba en la oscuridad encendió los faros y se alejó raudo, dejándonos por fin completamente solos. Probé a exponer a Lucía el argumento de mi novela, que imaginaba como una mezcla de testimonio autobiográfico e historia de aparecidos, con ese aire fantasmal (o tal vez angélico) que tienen las ensoñaciones. Pero

enseguida desistí, porque hablar de lo que todavía se está gestando en el alma es tan estéril como tratar de encerrar en un hoyo excavado en la arena toda el agua del mar.

—Será un libro muy nacido de dentro de mí, en cualquier caso — resumí—. Muy desgarrado y confesional, aunque a simple vista pueda parecer fantasioso. Porque lo que quiero contar es... la historia de un rescate. —Me ruboricé y aturullé un tanto, porque tal vez sonase algo petulante—. La historia de mi rescate. Y la protagonista serás tú.

Lucía se sobresaltó, halagada por la responsabilidad:

—¡Ni se te ocurra! —exclamó—. Yo no quiero protagonismos...

—Lo decía en sentido figurado, mujer —precisé, improvisando sobre la marcha—. Quiero decir que la protagonista estará inspirada en ti. ¡Por algo eres mi musa!

Y como las musas son huidizas o evanescentes, Lucía se zafó de mi abrazo y corrió a refugiarse entre los árboles, fundiéndose con la maleza. Pero se hacía distinguible por los destellos rojizos de su colgante.

—Lo importante es que sea un libro nacido de dentro de ti, en eso sí estoy de acuerdo. —Pero, más que mostrarme su aquiescencia, parecía estarme lanzando un reto—: Me gustan los escritores que se desnudan sin miedo, enseñando sus llagas. Y a ti te gusta ponerte demasiados disfraces.

Me alcé yo también de la hierba y la busqué entre los árboles, un poco atolondradamente, sin acertar a discernir dónde se hallaba. Me quejé:

—¡Pero si no has leído mis libros! No puedes saber si me disfrazo o me expongo.

—Recuerda que no necesito leerlos para saber de qué pie cojeas —bromeó—. Te gusta hacer como el calamar, usas la tinta para esconderte.

Y soltó otra carcajada juguetona. Aquello no era presciencia, sino más bien penetración psicológica; pero igualmente me perturbó. Me pareció que la risa de Lucía sonaba a la vez procedente de varios lugares, como si se paseara entre los vivos y los muertos.

—Nadie se esconde tanto como tú... —le reproché, haciéndome el mártir.

—Y, ante todo, no utilices ese recurso que tanto gusta a los malos escritores, ese narrador sabelotodo y controlador que se conoce al

dedillo la vida y milagros de todos los personajes —dijo, en el mismo tono festivo—. No hay cosa que más me fastidie cuando leo una novela que ese narrador...

—Omnisciente.

—Como se diga, ya sabes que no tengo estudios —me zahirió—. Detesto que me cuente la novela un tipo que sabe más que yo. A mí lo que me gusta es saber tan sólo lo que saben los personajes de la historia, para poder acompañarlos en la intriga.

No me parecieron observaciones de una chica sin estudios; y hasta sospeché por un instante que hubiese leído mis novelas juveniles, lastradas por el puñetero narrador omnisciente, que se me subía a la chepa y no había manera de sacudírselo.

—Trataré de seguir tu consejo —acepté, pero rezongué un poco—: Aunque estás tú hecha una musa un poco totalitaria. Casi mejor que no te leas mis libros...

—Pues este me lo pienso leer de pe a pa, majete, y desde el primer momento —dijo, con una voz que parecía venir de lo alto. Absurdamente, pensé que se había encaramado en un árbol, como un narrador omnisciente cualquiera—. Cada capítulo que termines tendrá que ser supervisado por tu musa, para que te dé el visto bueno.

—¡Ahora la musa me sale censora también! —protesté.

Entonces Lucía me asaltó por detrás y me besó en el cuello, dejándome un rastro de saliva incandescente, a la vez que me susurraba al oído:

—Censura estalinista desde el minuto uno. Y jornadas de trabajo estajanovistas. ¿Qué te habías pensado?

Me volví para abrazarla y besarla en la boca, que me convocaba con la indescifrable llamada de sus dientes.

—Sólo pienso lo que mi dueña dicta y ordena... Pero si luego los críticos me ponen a parir, te echaré la culpa.

—Bah, no te preocupes, los rebuznos del asno no suben al cielo —dijo, y soltó otra carcajada que hizo tintinear las hojas de los árboles—. Voy a pedir en el restaurante que me pongan en el turno de noche, para estar a tu lado mientras escribes. Porque imagino que escribirás por las mañanas, ¿no?

—No tienes por qué cambiar nada... —empecé.

Pero me atajó con un chistido:

—Me vas a tener a tu lado todo el tiempo. ¿Dónde se ha visto que una musa deje en la estacada a su artista?

No respondí a su pregunta retórica, limitándome a asentir reverencialmente. Mientras besaba su rostro amado, sentí que mi cuerpo flotaba en el aire, como un vilano o una brizna de hierba. Al día siguiente me pondría a trabajar y ya no me detendría hasta llegar al final, hasta desnudarme por entero y consumir mi rescate. Así cada mañana durante seis meses, ininterrumpidamente, con Lucía a mi lado ejerciendo de centinela o ángel de la guarda.

5

Volví a casa, después de mi visita al piso de Sandra Escolar, hecho un manojito de nervios, todavía agitado por la pululación del miedo. Algo me hacía sospechar que todos los descubrimientos que allí había hecho no eran accidentales, sino calculados minuciosamente por Lucía, antes de pasar al reino de los muertos. Y aquella sospecha (que, poco a poco, iba adquiriendo los contornos de una certeza) me llenaba de una zozobra aún mayor; pues se afianzaba en mí la conciencia de haber sido víctima de una burla siniestra. Lucía había urdido una impostura cuyo alcance aún no podía vislumbrar; pero cada vez tenía más claro (más dolorosamente claro) que yo estaba en su meollo. Y no precisamente porque fuese su razón de ser (más bien me veía como un patético instrumento), sino porque la impostura requería de mi concurso, para proporcionar a Lucía una coartada sólida o siquiera verosímil a los ojos de quienes ella había deseado eludir o engañar. O ni siquiera una coartada; tan sólo un señuelo que apartase la atención de otras actividades que Lucía deseaba mantener ocultas y cuya naturaleza no me atrevía ni siquiera a imaginar (no podía quitarme de la cabeza la alfombra de oración que acababa de descubrir en el piso de Sandra Escolar). No cabía duda, en cualquier caso, de que Lucía se había burlado de mí de un modo alevoso: el anzuelo de la canción de Mayte Martín para seducirme o el fingimiento en torno a mis novelas juveniles, que siempre había negado conocer, no permitían otra interpretación. Era como estar inmerso en una pesadilla cuyo significado no podía captar.

Para descifrarla (o al menos intentarlo) tenía los teléfonos que Lucía había dejado anotados. Eran mi único hilo de Ariadna; y también una tímida esperanza a la que necesitaba aferrarme. Cuando por un instante pude sobreponerme a la devastación, marqué el segundo de los números. Mientras pulsaba las teclas del teléfono advertí que lo conocía perfectamente; pues era el número que más había marcado durante las últimas semanas, hasta llegar a aprenderlo casi de memoria. Empezaba a vislumbrar que aquella pesquisa iniciada un tanto insensatamente, con el propósito quimérico de desvelar la

verdadera identidad de Lucía, me iba a desvelar también que Lucía había manejado mi vida a su antojo. Escuché al otro lado de la línea la voz apremiante y a la vez aliviada de Ramiro Cifuentes, mi editor:

—¡Álex! —me saludó—. ¡Menos mal que al fin das señales de vida! Llevo un par de días llamándote y enviándote emails sin descanso...

Hablaba atropelladamente, ajeno por completo a mis tribulaciones.

—Había desconectado el teléfono. Y llevo varios días sin consultar el correo...

—¡Pues tampoco es para tanto, hombre! —me reprendió en un tono jovial—. Entiendo que corregir las pruebas de una novela exija cierta concentración, pero no creo que hasta el punto de quedarse uno incomunicado... —Pero no perseveré demasiado en sus quejas, sino que fue derecho al grano—: Te comprometiste a revisar las pruebas en un par de días y han pasado cuatro. Tenemos que meter el libro en imprenta mañana a más tardar, porque de lo contrario no llegaremos a tiempo para la distribución...

—No he corregido las pruebas del libro, Ramiro —lo corté bruscamente, antes de que me aturciera por completo—. Te llamo por otra razón muy distinta. Verás... Mi novia, una chica llamada Lucía, murió en el accidente de Airjet...

Noté que la revelación lo había abrumado. Al rato musitó:

—Dios santo, qué terrible noticia. Por supuesto, olvídate de la corrección de las pruebas...

—Lucía había anotado tu número de teléfono personal, así que entiendo que os conocíais. —Empleé un tono entre dolorido y recriminatorio, aprovechando que la revelación lo había enmudecido—. Yo no estaba al tanto. Te ruego que me cuentes todo lo que sepas de ella.

Pero mi tono había sido conminatorio. Cifuentes guardó de nuevo un largo silencio, esta vez más desazonado.

—Vente a mi casa a eso de las ocho —me propuso—. Esta tarde tengo un montón de reuniones en la editorial y no estaríamos tranquilos.

Acepté su propuesta y entretuve (o más bien maté) la tarde ante el televisor, cambiando de canal a cada poco, en un estado de completa indolencia. Comprobé que seguían devanándose en el loco empeño de explicar la causa del accidente aéreo: que si una avería en el motor, que si un fallo humano, que si patatín, que si patatín; como si determinar esa causa, o poder señalar al responsable, fuese a traer consuelo a quienes habían perdido a sus familiares entre un amasijo de hierros calcinados. Por supuesto, la patulea que se disputaba el grito en estos programas carroñeros sólo quería

excitar la curiosidad morbosa de sus espectadores; y también cargar con el mochuelo al gobierno, que en último extremo era responsable de la seguridad aeroportuaria, o bien exonerarlo por completo de culpa (según el papel que el canal televisivo tuviese asignado en la demogresca). De vez en cuando conectaban con ayuntamientos, sedes de partidos o ministerios, donde una caterva de politiquillos leían compungidas declaraciones institucionales infestadas de grimosos lugares comunes, o celebraban grotescos minutines de silencio, o prometían —impostando una voz solemne— que pronto se determinarían responsabilidades, etcétera. También abundaban en todos los canales las reconstrucciones virtuales del accidente, que incorporaban una pista de despegue sembrada de baches (si el canal pretendía cargarle el mochuelo al gobierno) o un piloto somnoliento (si el canal pretendía que el gobierno se fuese de rositas), y entrevistas a ingenieros aeronáuticos de izquierdas o derechas que avalaban la tesis que interesase al canal, azuzados por las preguntas capciosas de presentadoras infladas de bótox. Naturalmente, toda esta cháchara aturdidora no tenía otro objeto sino asegurarse de que nadie se hiciese las grandes preguntas. Y así, de paso, llenaban con especulaciones el hueco de las explicaciones oficiales, que seguían sin producirse. Apagué el televisor, con el firme propósito de no volver a encenderlo nunca.

Y conduje hasta el ático de Ramiro Cifuentes, allá en el paseo de la Castellana, próximo a unas torres o rascacielos inclinados por los pelotazos financieros. Ramiro Cifuentes había sido, diez años atrás, el descubridor gozoso de mi talento recién estrenado. Acababa de fundar por entonces Astrágalo, una editorial muy pequeña y coqueta; pero ya era un editor veterano y con espolones, muy respetado (venerado casi) en el gremio, que había trabajado durante décadas para los sellos de mayor ringorrango, donde había probado sus dotes de zahorí literario. Según se rumoreaba en los mentideros, Cifuentes había sido un casanova allá en sus años mozos; pero había abjurado por completo de sus devaneos cuando conoció a la que luego sería su mujer, una célebre actriz tristemente fallecida de cáncer poco antes de que yo lo conociera. Desde entonces, resignado a la viudez y con los hijos dispersos por el mundo, Cifuentes se había consagrado en cuerpo y alma a la editorial Astrágalo, en la que había invertido todos sus ahorros (y los de su difunta esposa), despreocupado de la cuenta de resultados. Hacía una década que yo no pisaba el ático de Cifuentes, que había llegado a frecuentar asiduamente, cuando me convertí en su autor predilecto, antes de traicionarlo para llevarme la pasta del Premio Saturno, convocado por una de aquellas

editoriales de ringorrango a las que Cifuentes había dado lustre, antes de independizarse. Pero los años no habían pasado por el ático, cuyas paredes seguían exhibiendo los retratos que la pintora Rosario Tena hizo de su esposa cuando ya la carcoma del cáncer la devoraba. Tampoco habían pasado por Cifuentes, que se mantenía ágil y enjuto a pesar de ser casi octogenario, con el cabello níveo y las facciones cortadas a golpe de hacha, muy profundamente hendidas por las arrugas, pero sin las flacideces propias de la edad. Me abrazó muy sentidamente con sus brazos huesudos bajo el traje siempre impecable.

—Cuánto lo siento, muchacho, cuánto lo siento —susurró, en verdad compungido—. Qué tragedia tan horrorosa.

Me condujo hasta el salón de la casa, separado de la terraza por una gran cristalera a través de la cual podía contemplarse Madrid, parpadeando bajo el cielo tapiado por la polución como una nueva Babel de la quincalla. La luz tibia e indirecta del salón hacía más desgarrados los retratos de Rosario Tena, entre Egon Schiele y Francis Bacon, en los que una mujer muy madura, casi anciana, mostraba sin pudor su torso con un seno amputado. Pero quizá mi desasosiego se incrementaba porque aquellos retratos de la difunta mujer de Cifuentes me recordaban mis devaneos pretéritos con Rosario Tena.

—Ante todo, Álex, quiero pedirte disculpas por haberte metido presión con las puñeteras pruebas de la novela. —Juntó las manos en actitud suplicante—. Olvídate por completo de ellas, ya encargaré a un corrector que haga el último repaso. ¿Te apetece un *brandy*?

Ya estaba sacando la botella del mueble bar, junto con dos copas panzudas. También diez años atrás aquel *brandy* añoso y aromático era su bebida predilecta; en lo que volvía a probarse que Cifuentes era hombre leal a sus gustos (yo, en cambio, me había probado veleidoso al abandonar su editorial). Accedí a cambio de que me dejase fumar unos cuantos cigarrillos, que tanto apaciguaban mi ansiedad. Me senté o derrengué en el sofá desde el que se avistaba, a través del ventanal, la noche madrileña, de un color a la vez renegrado y pálido, como de perro rabioso que agoniza entre espumarajos.

—Haz con la novela lo que te apetezca, por mí como si la tiras a la basura —dije, sin pretender sonar acre—. Lo que quiero es que me cuentes todo lo que sepas de Lucía. Todo lo que recuerdes me resultará de ayuda. Tuve que ir a reconocer su cadáver destrozado al Ifema; y luego un inspector de policía, un tal Avendaño, vino a casa a decirme que Lucía había usurpado la identidad de otra persona, tal vez huyendo de alguna amenaza. O tal vez para esconder alguna intención criminal. —Se me oscureció de rabia la voz, por contagio de

la noche madrileña—. Luego he sabido que muy probablemente fuese catalana, y hasta musulmana. Me pregunto si no tendría nada que ver con el accidente del avión...

—Calla, Álex, por Dios —me atajó Cifuentes—. No digas cosas sin ton ni son. Esa chica no era ninguna terrorista, ni nada parecido.

Prendí el primer cigarrillo sin pedir permiso a Cifuentes; y empecé a darle bocanadas ansiosas, hasta avivar la brasa.

—Entonces ayúdame a limpiar su nombre —le imploré.

—¿Limpiar su nombre ante quién?

—Ante mí mismo, Ramiro —respondí, acuciado por las lágrimas—. Estaba enamorado de Lucía como nunca lo había estado. Salí del agujero gracias a ella. Pensar que todo lo que viví con ella fue un simulacro, una pantomima, me destroza.

Me entregué a un llanto sin convulsiones ni pamemas, como un sigiloso desangramiento. Cifuentes removía el *brandy* en su copa y abismaba la mirada en su remolino.

—Ante todo, Álex —empezó, con una serenidad sanadora—, tiene que quedarte claro que publicar la novela es el mayor homenaje que puedes hacerle a esa chica. Sin su ayuda, esa novela se habría quedado en agua de borrajas.

—Pues claro, Ramiro. Nunca hubiese podido escribirla sin la ayuda de Lucía.

Denegó con la cabeza levemente, como si me quisiera rectificar:

—Tal vez la hubieses escrito, tarde o temprano, mejor o peor. No lo pongo en duda. Pero yo no te la habría publicado si ella no hubiese intercedido por ti. —Tragó saliva y masculló, un poco cohibido—: No soy hombre especialmente rencoroso, pero te la tenía jurada. No había logrado perdonarte tu... —Pensé que diría traición, pero se había detenido hasta encontrar un eufemismo—: Tu marcha.

—Yo tampoco he logrado perdonármela —reconocí, mientras aplastaba en el cenicero el cigarrillo y buscaba el mechero para encender otro—. ¿Y cómo la conociste?

La noche se abalanzaba sobre el ventanal, para lanzarme sus dentelladas y excavar las arrugas de Cifuentes.

—Trabajaba en un restaurante muy cercano, un asador del que soy cliente desde hace más de veinte años —me respondió, con voz memoriosa y melancólica—. Allí iba a cenar siempre con mi mujer, nos tenían preparado un reservado muy discreto; y tras quedarme viudo he seguido cenando en el

mismo reservado. —Se pasó la mano por el pelo níveo, como si espantase algún pensamiento desconsolador—. Así puedo imaginarme que sigo con ella. No me he acostumbrado a vivir solo en esta casa. Incluso me suelo llevar un poco de trabajo para la sobremesa...

Dejé que se explayara, por respeto a su duelo de diez años, antes de intervenir:

—Lucía era una cocinera extraordinaria. Seguro que mejoró la calidad de los platos de ese restaurante.

—¿Cocinera? —se extrañó Cifuentes—. Sin embargo, en ese restaurante trabajaba de camarera. Al menos hasta donde yo sé...

Supuse sin sorpresa que Lucía también me habría engañado en este punto, como en tantos otros. Pero no era mentira que fuese una excelente cocinera.

—En cualquier caso, duró poco allí —prosiguió Cifuentes—. Tal vez ni siquiera un mes; o al menos ese fue más o menos el tiempo en que estuvo atendiéndome. Era una de las chicas más inteligentes que he conocido en mi vida, con un olfato literario fuera de lo común. ¡Me hubiese gustado ficharla para Astrágalo! —exclamó, sin asomo de hipérbole—. Era muy... cuidadosa, siempre atenta a todo.

Se recostó en el sofá, con una sonrisa indecisa, como si quisiera favorecer la evocación. El resentimiento me culebreaba en la boca, como una lombriz malherida:

—Supongo que llevar una vida fingida exige muchos cuidados. Viviría en un constante sinvivir. A mí logró convencerme de que tenía alergia a los móviles y a todo tipo de ondas; pero tan sólo quería evitar que pudiesen localizarla. A saber de quién huía.

—Recuerdo la primera vez que me atendió —continuó Cifuentes, ajeno a mi despecho—. Me trató con una amabilidad exquisita, me preguntó si me molestaba el aire acondicionado, si quería más o menos sal en la comida, si prefería servirme yo mismo el vino... Cuando uno llega a ciertas edades, estas atenciones adquieren gran significado, sobre todo en un mundo tan zafio como este en el que me va a tocar morir. Cuando, hacia el final de la cena, me preguntó si deseaba postre y yo le contesté que tomaría lo que tomaba habitualmente, una manzanilla, ella se interesó: «¿Habitualmente quiere decir siempre, don Ramiro?». —La sonrisa de Cifuentes se hizo más cálida y franca—. Por un momento no supe si tomarme esta pregunta como una cortesía o más bien como una impertinencia propia de una quisquillosa de la precisión lingüística. Pero no me inmuté. «Habitualmente quiere decir todos los días menos los domingos, en que me permito un helado de chocolate», le dije. En

realidad, no me gustan demasiado los helados, y no particularmente los de chocolate, pero es un homenaje que rindo a mi mujer, a la que le pirraban. — Hizo una larga pausa, saboreando un pasado que lograba recuperar a través de estos mínimos detalles—. ¿Querrás creer que pasaron tres o cuatro días y cuando llegó el domingo, caramba, me sirvió un helado de chocolate sin necesidad de que yo se lo pidiera?

Se le ablandó la voz, como si la remembranza de Lucía ejerciese sobre él alguna especie de encantamiento.

—No me cuesta ningún esfuerzo creerlo —murmuré.

—Y me dijo también que ese homenaje dominical a mi mujer revelaba que yo era un hombre muy delicado; y que sin duda ella había sido una mujer muy afortunada —me confesó, todavía rendido ante el halago—. De acuerdo, de acuerdo, luego me di cuenta de que estaba dándome jabón para embaucarme. Pero eso no quita para que fuese una muchacha muy perspicaz, se daba cuenta de cosas que el común de la gente ni huele. —Cifuentes bebió un pequeño sorbo de *brandy*, tan pequeño que apenas alcanzó a aclararle la voz. Carraspeó, pues se disponía a contar una historia—: A este restaurante suelo llevarme algún manuscrito que estemos sometiendo a consideración en la editorial, le hago unas calas durante la cena y, si lo encuentro interesante, me pongo a leerlo durante la sobremesa, a veces incluso (si la lectura resulta absorbente, cosa que rara vez ocurre) puedo quedarme hasta que echan la persiana al restaurante, aprovechando que soy cliente de confianza. Por aquellos días, andaba a vueltas con un manuscrito particularmente problemático que no sabía si publicar o desechar, la típica novela archirrepetida de una vieja gloria narcisista y marchita que suple con toneladas de oficio su declinante musa. —Sus labios se afinaron, en un rictus malévol—. Uno de esos libros que te garantizan gran atención mediática y ventas fulminantes entre las masas cretinizadas, pero que no te procuran ninguna remuneración espiritual como editor. Lucía debió de notar que mi lectura era algo atribulada y me preguntó la razón. Yo le expuse mis cuitas; y ella se ofreció a leer el manuscrito y hacerme un dictamen. Su ofrecimiento me pareció a la vez osado y delirante; pero me resultaba irresistiblemente divertido hacer depender del juicio de una camarera el destino de un tipo tan envanecido como el que había escrito aquella novela... —Tomó otro sorbo mínimo de *brandy* para aclararse la voz, esta vez enronquecida por cierto regocijo melancólico—. Para mi sorpresa, Lucía se trajo al día siguiente el manuscrito leído de cabo a rabo, con anotaciones al margen y subrayados incluidos. Y había hecho una lectura increíblemente perspicaz y exhaustiva.

Conocía libros anteriores de aquella vieja gloria; y había advertido que se repetía más que la fabada (utilizó esta expresión), también que su ego tenía el tamaño de una próstata nonagenaria y sus mismos problemas de incontinencia (te juro que empleó exactamente estas palabras); y ya por último me señaló varios pasajes inverosímiles o tan sólo ridículos, casi todos pretendidamente eróticos, donde a su juicio quedaba probado que a la vieja gloria no se le levantaba ni con poleas. —Se rio recatadamente, como si se avergonzase de hacerlo en aquellas circunstancias—. Y tal vez tuviese razón, porque aquellos pasajes eróticos duraban páginas y páginas; y a la vez que el protagonista mantenía la erección martirizaba a sus amantes con lucubraciones dementes y desvaríos ególatras, un repertorio de naderías y chocheces muy campanudas, en un estilo salmódico que daba grima. Aunque te parezca increíble, decidí hacer caso a Lucía; o tal vez su dictamen me ratificó en la decisión que ya había tomado, en mi fuero interno. «Es muy triste leer a esas viejas glorias que han perdido por completo la capacidad para sorprender y siguen escribiendo una y otra vez el mismo libro, como si les hubiesen dado cuerda», se quejó, con esa falta de indulgencia tan propia de la juventud. Mucho más benévolo o resignado que ella, le pregunté: «¿Y qué escritor nos sigue sorprendiendo, una vez que adquiere oficio?». Recuerdo que era domingo, porque me había traído de postre un helado de chocolate que casi se me atraganta cuando me respondió: «Alejandro Ballesteros». —Y Cifuentes reprodujo un gesto mixto de asfixia y estupor—. Te reconozco que, cuando me recuperé de la conmoción, me puse como un basilisco. No sólo por la jugarreta que en su momento me hiciste, no sólo porque me dejaras plantado con un contrato firmado y una novela en pruebas que de repente descubro que acaba de ganar el Premio Saturno, o Cuaresma, o cualquiera de esos quilombos que organizaba la todopoderosa editorial Hermes... ¡Es que, además de haberme traicionado, estabas acabado! Tus últimos libros habían sido un fiasco, recuelos zarrapastrosos tal vez aliñados por algún negro; y encima te habías o te habían convertido en un zascandil de esos que sueltan mentecateces en la tele. ¡Me habías dejado en la estacada y habías tirado tu carrera a la basura, vaya! —resumió, para justificar la iracundia o el escándalo que le habían provocado entonces las palabras de Lucía—. Y ella, después de escuchar el chaparrón sin inmutarse (pero como quien oye llover), me dijo muy tranquila: «Olvídese de todo eso; Alejandro ha dejado atrás esa etapa. Ahora está escribiendo una novela maravillosa». —Me golpeó de repente una ola de ternura que chocó contra mi devastación. Era una sensación muy extraña, como si un paladar acostumbrado al acíbar se

tropezase de repente con un dulzor inesperado—. Me pareció chocante que asegurase tal cosa con tanta rotundidad. Denotaba una gran intimidad contigo y tal vez la ceguera propia del amor. Pero al mismo tiempo acababa de hacerme un dictamen muy atinado de la novela pitopáusica de nuestra vieja gloria nacional. Así que me puse tomasista: «Si no lo veo, no lo creo», le dije. Pensé que así quedaba zanjada la discusión. Pero Lucía, mientras me retiraba el platillo del helado, que estaba casi intacto pero completamente deshecho, me aceptó el envite: «Está bien. Le traeré algunos capítulos de la novela que está escribiendo —me propuso—. Pero con una condición: Alejandro nunca debe saber que esta conversación ha existido, nunca debe saber que usted y yo nos conocíamos, mucho menos que le di a leer un anticipo de su novela. ¿De acuerdo?». Sus condiciones me parecieron enervantes y grotescas, sobre todo porque yo por entonces no hubiese dado un duro por ti; pero el énfasis que Lucía ponía en tu defensa acabó por ablandarme. Si tú me hubieses mandado esos capítulos, pidiéndome una lectura desprejuiciada, los habría mandado directamente a la papelería. Pero viniendo de aquella chica tan desconcertante y cautivadora decidí darte una oportunidad. Me trajo los famosos capítulos, los leí un poco a regañadientes, pero, en efecto, me encandilaron. Era lo mejor que nunca habías escrito. Pero te juro que, si no hubieses tenido a Lucía de promotora, no me habría dignado leerte, por capullo y por desagradecido.

Acaté sus denuestos, que sin embargo había lanzado eutrapélicamente. Había conseguido conmoverme hasta las lágrimas, que la humareda del tabaco hacía más difíciles de contener. Apuré de un trallazo la copa de *brandy*, que me abrasó la garganta y me serpenteó en las tripas, como un río de lava.

—No tenía ni idea de ese episodio —musité, atolondrado—. Pensé que cuando te envié la novela te había pillado completamente por sorpresa.

—Eso te hice pensar, para cumplir la palabra que le había dado a Lucía —dijo Cifuentes—. Aunque para entonces ya hacía varios meses que Lucía había desaparecido sin dejar ni rastro. De la noche a la mañana abandonó el trabajo en el restaurante sin dejarme ningún tipo de recado... —Hizo una mueca contrariada, pero también comprensiva—. Supongo que consideraba que ya había cumplido con su misión y que debía cambiar de aires.

Miré hacia la noche que embestía contra el ventanal y elevé la vista al cielo, en busca de la fractura o linde que separa el reino de los vivos del reino de los muertos. Me pregunté si sería posible, como aseguraba Rilke, que Lucía ya se hubiese destetado dulcemente de lo terrestre y se hubiese desentendido de cuanto había dejado aquí, también de la persona a la que a un

mismo tiempo engañaba y rescataba del derrumbe. Yo, en cambio, no podía desentenderme de ella, no podía aceptar que ya no habitase la tierra; y no podría encontrar la paz hasta que no descifrara su secreto.

—¿Y todo eso que me has contado cuándo ocurrió? —pregunté.

—Fue el verano pasado, en pleno mes de agosto —me respondió Cifuentes sin dubitación—. Lo recuerdo perfectamente porque el restaurante estaba mucho menos concurrido que de costumbre. La mayoría de sus clientes habituales estaban de vacaciones y los advenedizos cenaban en la terraza para pasar calor, los muy majaderos.

Nunca se privaba de deslizar sus vituperios contra un mundo que juzgaba demasiado plebeyo o gregario. Me agitaba cierta trepidación:

—¿Y durante cuánto tiempo dirías que estuvo trabajando en ese restaurante?

—No creo que más de un mes —calculó—. Al menos atendiendo a los clientes, ignoro si antes le asignaron algún otro trabajo, por ejemplo en la cocina, como tú antes aventurabas... —Elevó la vista hacia el techo, tal vez buscando también la linde o fractura que yo había buscado en la noche—. Una chica inolvidable, esa Lucía. Leyendo tu novela advertí que estaba presente en cada línea. Te había subyugado por completo. No me extraña, tenía un magnetismo especial... Parece mentira que haya muerto. —Y su voz ensimismada se volvió de súbito tajante—: Pero, desde luego, lo que es mentira sin ningún género de dudas es que encubriese alguna intención criminal. Puede que tuviese razones de peso para esconder su identidad; pero los ángeles no se dedican a sabotear aviones.

Guardamos ambos un silencio reverencial. A nuestra aflicción parecían sumarse los retratos de la difunta esposa de Cifuentes pintados por Rosario Tena, que pese a mostrar los avances del cáncer en su organismo no resultaban morbosos ni truculentos, sino más bien extrañamente consoladores. Se me ocurrió de repente:

—Me imagino que ese restaurante contratará de forma legal a sus trabajadores... Si es así, Lucía tendría que aportar su número de afiliación a la Seguridad Social para que le pudieran formalizar el contrato, ¿no te parece? —Aplasté otro cigarrillo más en el cenicero, provocando la primera mirada reprobatoria de Cifuentes—. Tal vez podríamos pedirle al encargado o al dueño del restaurante que...

—Ya lo hice yo en su momento —me cortó, desinflando mis esperanzas—. ¿Piensas que cuando Lucía dejó de trabajar allí no me preocupé de hacer mis indagaciones? Y no te creas que fue tan sencillo, no señor. Aunque soy

uno de los mejores clientes de la casa, la encargada me arrugó el morro cuando pregunté por Lucía y le pedí que me proporcionara algún dato que me permitiese localizarla, mismamente el número de afiliación que mencionabas. A la encargada de inmediato se le mudó el semblante; y aunque me trataba con una simpatía impostada, se notaba que había logrado incomodarla. «Esa información es confidencial, don Ramiro. No puedo facilitársela», se excusó. En la sonrisa revirada se le notaba que estaba mintiéndome. Le insistí tanto y me inventé tantas excusas que terminó reconociéndome la verdad, tras arrancarme la promesa de que no se la contaría a nadie. —Mostró las manos vacías y después las dejó reposar sobre las rodillas, en señal de chasco—. Resulta que Lucía les había facilitado un número de afiliación erróneo. En cuanto se lo advirtieron al restaurante desde la Seguridad Social, hablaron con Lucía, que les prometió que de inmediato revisaría el dato. Pero ese mismo día abandonó el trabajo y desapareció sin dejar ni rastro. Ni siquiera pidió que le abonaran el mes que llevaba trabajando. En el restaurante estaban convencidos de que era una periodista infiltrada que se había colado con cámara oculta y que cualquier día saldrían en alguno de esos programas basura en los que muestran las tripas de los restaurantes, las cocinas mugrientas, los camareros que escupen en las cazuelas y tal.

Cifuentes me miró ceñudo, o simplemente intrigado. La noche había asaltado definitivamente el salón de su casa, huyendo de la polución exterior, y tornaba casi indiscernibles sus facciones.

—¿Y eso cómo lo interpretas? —le pregunté.

—Pienso que se había empleado en el restaurante con el único objetivo de tener un acceso fácil a mí —me respondió sin dudar—. Se había tomado muy en serio tu rehabilitación como escritor y se propuso allanarte el camino. Una vez cumplido su cometido decidió que ya no pintaba nada sirviendo comidas. Y se esfumó. O más exactamente, volvió contigo. Porque imagino que durante todo este tiempo, mientras escribías la novela, estuvo a tu lado, ¿no?

Me levanté del sofá, desazonado, y me asomé al ventanal, desde donde se avistaba una ciudad con relumbres de baratija, como la manta donde muestra su género el chamarilero. Absurdamente, buscaba entre el enjambre de luces el destello rojizo del colgante de Lucía.

—Más o menos —respondí—. Entraba o salía de casa, según como le diese la ventolera. Era culo de mal asiento.

Y a mí ya sólo me restaba dar vueltas en torno a todas aquellas entradas y salidas, recreando obsesivamente cada circunstancia, en busca de pistas que

me descifrasen su secreto. Temí que en este proceso Lucía se fuese convirtiendo lenta e insidiosamente en una mujer cada vez más imaginaria, cada vez más idealizada y hecha a la medida de mis sueños; o, más exactamente, hecha a la medida de los sueños que ella misma me inspirase, a través de los testimonios de las personas que la habían conocido. Pero tal vez este proceso fuese necesario, si deseaba sobrevivir a la devastación. Cifuentes se había levantado también del sofá y me había echado un brazo benefactor por encima de los hombros, como hacía diez años atrás, cada vez que tenía que presentarme en público, orgulloso de su nuevo descubrimiento.

—Hazme caso, Álex —me aconsejó—. Esa chica estaba loca por ti. En eso al menos no estaba fingiendo.

Asentí, confortado por sus palabras. La algarabía remota de los cláxones, allá al fondo de la ciudad, parecía carcajearse de mi credulidad.

VI

La mañana marcada en el calendario para empezar a escribir mi novela me despertó el aroma rubio de los cruasanes recién horneados. Me levanté pletórico de optimismo, como si todo mi ser bullera de palabras, después de tan largo barbecho, deseoso de derramarlas sobre el teclado del ordenador. Lucía trajinaba en la cocina, preparando un desayuno que hubiese colmado las expectativas de Gargantúa; y la mañana resplandecía como un arrecife de coral, con un cielo que parecía de esmalte, exiliado de rascacielos repetidos y nubes de polución, con pájaros trinando desde los jardines vecinos. Grité desde el baño, exultante, mientras me chapuzaba:

—¿No te parece que tú y yo tendríamos que casarnos de una maldita vez?

Creo que fue la efusión natural de mi gratitud, que me inspiraba ideas temerarias, o tan sólo que me había despertado con un torrente de palabras dentro de mí que no controlaba. Pero Lucía se lo tomó completamente en serio, o eso parecía, porque guardó silencio desde la cocina y al poco entró en el baño, con un gesto a la vez abrumado y reverencial:

—¿Y no te parece que eso de casarse es un paso demasiado serio? —me reprochó—. A más a más, no creo que hacer una proposición desde el cuarto de baño sea demasiado apropiado, la verdad.

—Perdona, chica —me excusé, esforzándome para sonar jocosos, pero también para que Lucía no interpretase que había hablado a humo de pajas o por tirarme un farol—. Pero las proposiciones, si son honestas, son apropiadas siempre, no importa dónde se hagan. Lo que las hace deshonestas no es el lugar, sino la intención. ¿No te parece?

Se metió en el baño, donde apenas cabíamos ambos, y se contempló en el espejo, mientras yo me secaba después del chapuzón. Su reflejo parecía todavía más serio que ella misma; y la agitaba un temblor íntimo que le asomaba en la barbilla.

—He conocido a mucha gente casada infeliz —murmuró.

—Tal vez ya fuesen infelices antes de casarse. La gente suele proyectar sus problemas constitutivos sobre sus circunstancias vitales —repliqué.

En el reflejo del espejo parecía una novia marchita. Pero era demasiado joven para parecer tal cosa; era, incluso, demasiado joven para casarse. Siguió resistiéndose:

—No me gustaría pensar el día de mañana que estás a mi lado por obligación, porque te has comprometido a hacerlo.

—¡Pero comprometerse es el acto más radical de libertad! — exclamé, haciéndome un hueco a su lado. Miraba su reflejo y ella miraba el mío, con ojos en los que anidaba la noche. Procuré contagiarle mi optimismo—: ¡No me negarás que compartir lavabo es ya la antesala misma del matrimonio! Siempre había odiado tener gente alrededor cuando estaba lavándome o afeitándome. Contigo eso no me pasa. No digo yo que sea razón suficiente para casarse, pero...

—Pero hoy te has levantado como una moto —me cortó, para espantar aquel asunto embarazoso o prematuro—. Me alegra verte tan contento y con tantas ganas. De momento, no estaría mal que por unos meses te casases con la escritura, antes de cualquier otra cosa. Te he preparado un desayuno que no se lo salta un gitano, para celebrar este día; pero no te pienses que siempre va a ser así, ¿eh? —Me sacudió una palmada en el culo, casi un azote, y se dirigió al salón—. ¿Te gusta escribir con música?

Intuí que me había hecho una pregunta retórica cuya respuesta ya conocía.

—Con música clásica —precisé—. Me ayuda a mantener la concentración. Y se acompasa con lo que escribo. Las palabras también tienen su música, también necesitan su ritmo, para sonar bien.

—He pensado que esta es la más adecuada para la novela que vas a escribir —me dijo.

Encendió el equipo de música y sonó una melodía que llevaba dentro de sí una pena desgarrada que se extendía como un páramo sin límites, acechada por el miedo. Era una música tan doliente que casi me hacía sentir culpable de estar vivo.

—¿De quién es? —pregunté.

—Shostakóvich. Octava sinfonía —me respondió—. ¿Verdad que es lo más bello que uno puede escuchar? Más bello todavía que Mozart.

Shostakóvich era un Mozart que venía de la noche y se había asomado al corazón purulento del miedo. Era una música lúgubre, pero también exquisitamente delicada, que poco a poco iba cobrando un aire a la vez épico y macabro, como un río subterráneo discurriendo entre tumbas.

—Pero es una belleza tétrica...

—Espérate entonces a escuchar otras composiciones tuyas —me dijo—. Esta sinfonía está escrita en el verano del año cuarenta y tres, tras la victoria de Stalingrado, cuando los alemanes ya estaban perdiendo la guerra. Se suponía que le habían encargado una sinfonía victoriosa, pero Shostakóvich volvió la vista atrás, hacia el infierno que se había quedado enterrado en la nieve. Shostakóvich había mirado de frente el horror de la guerra, no en vano se chupó gran parte del asedio a Leningrado. Y durante años, padeció la persecución de los estalinistas, que lo acusaron de hacer una música formalista y burguesa, le retiraron de la circulación varias composiciones, lo señalaron desde los periódicos oficiales...

No me sorprendía que Lucía atesorase aquellas erudiciones sobre Shostakóvich, porque me había acostumbrado a que todo en ella fuese inesperado y sorprendente. Recordé una cita de una película célebre:

—Es toda una experiencia vivir con miedo. Eso es lo que significa ser esclavo.

—Pero lo más interesante de Shostakóvich es que logró convertir ese miedo en inspiración, casi te diría que en el meollo mismo de su obra. Demostró que el miedo también puede ser fecundo —dijo con unción. Hablaba como si lo hiciese por experiencia propia—. Convirtió el miedo esterilizante que paraliza en un miedo que lo empujó a crear obras inmortales. —Hizo una pausa muy larga, para dejar que la música fluyera, herida de remordimientos, transida de una pena

cósmica y a la vez íntima—. Creo que para entender plenamente el dolor del que nace el verdadero arte hay que escuchar a Shostakóvich.

Asentí, sin atreverme a añadir nada más, convencido de que aquella música le despertaba y a la vez apaciguaba algún dolor pasado que anidaba en su alma y del que todavía no quería, o no se atrevía, a hablarme. Cerré los ojos, para adentrarme yo también en aquella música pavorosa y genial: era como entrar en una casa a oscuras y de repente sentir que se posaban sobre mi rostro mil polillas blandas y aleteantes, unas en las mejillas, otras en la frente, otras en el pelo y en la boca, hasta convertirlo en una máscara temblorosa, mientras el polvo de plata venenoso y dulcísimo que desprendían sus alas se infiltraba en mis pulmones. Y ese polvo podían ser las cenizas de miles de muertos, o también el polvo dorado de la inspiración; o ambas cosas a un tiempo. Abrí los ojos, para espantar el aleteo de las polillas.

—Ahora ya puedes lanzarte a escribir —me susurró Lucía.

Y me besó en la frente, con un beso a la vez tembloroso e intrépido como la música de Shostakóvich.

6

¿Qué estaba buscando? Había dejado de saberlo; y tampoco sabía lo que iba a encontrar al final. Aunque empezaba a sospechar que a la postre encontraría lo que Lucía desease; pues, después de todo, era ella la que desde ultratumba estaba guiando mi búsqueda, era ella la que me había proporcionado el hilo de Ariadna que guiaba mis pasos, seguramente con el propósito de redimirse ante mis ojos. Así parecían indicarlo las confianzas de Ramiro Cifuentes, en las que Lucía se convertía, de repente, en un abnegado ángel de la guarda, exorcizando las zozobras y recelos que me había suscitado la visita al piso de Sandra Escolar. Regresé a Las Rozas muy tarde, pues me quedé en el ático de Cifuentes hasta bien avanzada la noche, desahogando penas, ahuyentando pensamientos tenebrosos, apaciguando o alimentando sospechas; y, en fin, recobrando el pulso de nuestra amistad, que habíamos dado por desahuciada durante una década. Al llegar a casa descubrí que el inspector Avendaño me había dejado en el contestador un recado en el que primeramente me reprochaba que no tuviese un teléfono móvil, para facilitar nuestros intercambios; y en el que me anunciaba después que ya le estaban seleccionando las grabaciones de las cámaras del aeropuerto en las que aparecía Lucía, desde su llegada a la terminal hasta su embarque en el avión, y que esperaba poder revisarlas en los próximos días, de lo que prometía mantenerme informado. Entretanto —añadía con fastidio—, seguían investigando las causas del accidente, que pronto harían oficiales; pero ya me podía confirmar que Lucía no había tenido ninguna participación en el siniestro, como yo en algún momento de angustia había llegado a temer. Aunque las palabras de Avendaño me resultaron gratificantes, su efecto enseguida se disipó, al recordar que el cadáver de Lucía seguiría aguardando turno en la cola de las investigaciones policiales, tapizado de escarchas en la cámara frigorífica de la morgue. Decidí recurrir otra vez a los barbitúricos, para espantar aquella visión y amanecer a la mañana siguiente, como el resto de un naufragio amanece en la orilla, sin que nadie pueda explicar cómo ha llegado hasta allí.

Salí de aquel pozo de fango y de brea cuando ya casi era mediodía y reanudé enseguida mis pesquisas. Marqué el tercer teléfono de la lista que Lucía había escrito en el libracó de nazis prófugos o penitentes con el presentimiento de que reconocería a la persona que me contestase. Me saltó, sin embargo, un buzón de voz; pero la persona que me hablaba desde ese buzón me resultaba, en efecto, muy familiar, aunque no la tratase desde hacía mucho tiempo. Me había cuidado de hacerlo, precisamente, para evitar el peligro de reincidencia en una relación que había acabado siendo tormentosa; y desde que había conocido a Lucía ni siquiera había vuelto a pensar en ella, al menos hasta los últimos días. Se trataba de Rosario Tena, la pintora Rosario Tena, con la que había mantenido, allá en la juventud, un idilio un poco desaforado que, a la postre, había resultado nefasto para mi carrera. Pues en brazos de la mujer madura (Rosario Tena me sacaba casi diez años) había aprendido a beber veneno por licor suave, a olvidar el provecho y amar el daño, a creer que un cielo en un infierno cabe y demás calamidades anunciadas por Lope; y todo ello, para más inri, sin llegar nunca a estar verdaderamente enamorado, sino tan sólo entregado a una pasión carnal devoradora. Colgué el auricular al escuchar la voz enlatada de Rosario Tena; y empecé a pensar, todavía entorpecido por la resaca de los barbitúricos, en el modo más aséptico de exponer, en apenas un minuto, el motivo de mi llamada. Me producía un fastidio de plomo volver a hablar con Rosario Tena, como nos ocurre siempre con las viejas amantes, que vienen como fantasmas a resucitar recuerdos que ya creíamos sepultados para siempre. Pero ¿quién podía imaginar que aquellas peligrosas alegrías que corrí a su lado, diez años atrás, se convertirían con el tiempo en recuerdos tristes y vergonzantes? Sonó entonces el teléfono; y era Rosario Tena, que me devolvía la llamada. Tampoco ella había reconocido mi número:

—Perdone, acaba de llamarme y no pude atenderle... —dijo, con una voz que, aun pretendiendo ser rutinaria, sonaba escabrosa—. Dígame, por favor, qué desea.

—Hola, Rosario, soy Álex —solté sin preámbulos.

Rosario Tena guardó un silencio largo, no sé si incrédulo o sulfuroso. Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono declaradamente beligerante:

—¿Y qué te pasa, si puede saberse? ¿O vas a decirme que marcaste mi número por equivocación?

Me pareció poco diplomático aclararle que había marcado su número de teléfono sin saber que era ella la titular. Balbucí:

—No, Rosario... Yo... en realidad...

—Espera, espera, no me digas nada más —me interrumpió. Su beligerancia se había teñido de un regodeo o complacencia maligna—: Te has quedado sin inspiración y necesitas volver a las andadas, para contar en otra novela todas las cochinadas que hicimos juntos. Y, por supuesto, dejando suficientes pistas para que cualquier lector pueda descubrir que tu personaje femenino es en realidad la pintora Rosario Tena, como hiciste antaño. ¿Llamabas por eso, pedazo de cabrón? —Se había embalado y no atendía mis balbuceos—. Aunque te advierto que tú saliste mucho peor parado que yo. Aparte de que siempre se desprestigia el que cuenta sus intimidades, me temo que quedaste como el típico pringado al que le gusta que lo castiguen.

En mi última y patética novela antes del derrumbe, había contado una relación tortuosa y clandestina entre un joven inexperto y una mujer casi diez años mayor que él que acababa convirtiéndolo en un lamentable pelele. La novela era la peor de todas las que había escrito durante mi juventud, como un recuelo de Stephen Vizinczey y Sacher-Masoch; pero la crítica panoli me había emparentado con Heinrich Mann, Pierre Louÿs y hasta Vladimir Nabokov, y el bodrio se había vendido como los churros, bien embadurnadito en el chocolate del escándalo.

—Nunca me cansaré de pedirte perdón, Rosario —exageré—. Precisamente porque me arrepiento de lo que hice he dejado de reeditar ese bodrio. —Estaba mintiendo; en realidad, nadie me había propuesto reeditarlo últimamente—. Pero te llamaba para algo bien distinto. Lucía Álvarez ha muerto. Viajaba en el avión de Airjet que se estrelló en Barajas. Tengo entendido que os conocíais... —tanteé.

Volvió a guardar silencio, esta vez para mudar su ira en consternación:

—¿Lucía? ¿La chica flaca que llevaba el pelo recogido como en un nido?

—La misma.

—¡Pobrecilla! —exclamó. Y su voz me pareció sincera, aunque la amargura propia de Rosario podía teñir de sinceridad lo que tal vez sólo fuese una pesadumbre protocolaria—. Hace algo más de un año posó para un cuadro mío que todavía no he expuesto... Y me preguntaba mucho por ti... Pensé que lo hacía por el morbo de conocer mi intimidad. —Se detuvo ahí, para no ensuciar la memoria de Lucía—. Pero veo que os conocíais.

—Estábamos saliendo juntos —dije, para dejarlo todo claro desde el primer momento. Y precisé—: Pero sólo desde hace un año exactamente. Así que supongo que cuando posó para ti todavía no nos habíamos conocido.

—Vaya, pues no sabes cuánto lo siento —afirmó expeditiva—. Pero me alucina que todavía haya mujeres que puedan enamorarse de ti. Yo, después

de leer las indecentes patrañas que escribiste en aquella novelucha, me lo pensaría muy mucho. Lo que entonces me hiciste a mí podrías hacérselo a cualquier otra.

Su resentimiento estaba en carne viva. Rogué al cielo que Rosario Tena no hubiese revelado a Lucía que, para escribir aquel bodrio del que ahora tanto me avergonzaba, me había inspirado en la relación tormentosa que ambos habíamos mantenido. Rogué también que Lucía no le hubiese preguntado a Rosario Tena qué escabrosidades de la novela eran inventadas y cuáles verídicas.

—¿No te importaría que nos viésemos, Rosario? —imploré, a la vez que trataba de aplacarla—: Tal vez podrías venderme ese retrato de Lucía y contarme lo que sepas de ella. Hablar contigo me traería mucho consuelo...

—¡Lo que me faltaba! ¡Servir de pañuelo de lágrimas al niño! —se burló, pero debió de sentirse miserable y cambió su actitud—: A mí nadie me consoló cuando en los corrillos la gente cotilleaba que la pervertida que sacabas en tu novela estaba inspirada en mí. Tuve que vivir con esa afrenta durante años, Álex... Y aguantar que tíos cerdos me lanzaran las insinuaciones más asquerosas, pensando que podrían hacer conmigo las marranadas que describías. Hasta mi hija tuvo que soportar que se burlasen de ella en la escuela...

Me encogió el ánimo aquella catarata de reproches, que además no eran exagerados (a diferencia de la recreación novelesca de mi relación con ella) y me confrontaban con las vilezas del hombre que fui, con aquella versión abominable de mí mismo que Lucía había enterrado para siempre.

—Perdóname, Rosario, no calculé entonces las consecuencias de lo que hacía —mascullé—. Era un engreído borracho del éxito... —Y mi voz sonaba perentoria, casi desesperada—: Pero necesito hablar contigo. Resulta que Lucía había adoptado una identidad falsa, a saber por qué extrañas razones. Tal vez tú sepas algo de ella que me ayude a resolver este maldito embrollo.

Y rompí a llorar ridículamente. No sé si esta muestra de debilidad conmovió a Rosario Tena (desde luego, hubiese regocijado al personaje cruel y dominante que yo había construido en mi bodrio juvenil, exagerando los rasgos de Rosario), pero inopinadamente me proporcionó la dirección de su casa y me propuso que fuese a verla aquella misma tarde. Se había instalado a las afueras de Torrelodones, en las estribaciones de la sierra, en un lujoso chalé que se habría agenciado merced a los ingresos que le proporcionaban las ventas de sus cuadros cotizadísimos (muy lejos quedaba ya el estudio menesteroso del barrio de Chamberí que sirvió de cobijo a nuestros fogosos

encuentros). Conduje hasta la dirección que me había indicado, dirigido por el navegador, y descubrí con una mezcla de asombro y zozobra que se trataba del mismo chalé en el que, mucho tiempo atrás, había vivido un escritor de cuyo nombre no quiero acordarme, tan genial como tóxico y autodestructivo, que había sido mi maestro y torturador, allá en mis años de principiante, y también —según supe luego— el padre renegado de la hija que Rosario Tena había tenido que criar en soledad (y que para entonces ya sería una adolescente). Aquel escritor de cuyo nombre no quiero acordarme, tras gozar de inmensa fama y dilapidar sus extraordinarias dotes, había caído en desgracia y desaparecido sin dejar ni rastro, huyendo de los acreedores y del anatema de sus contemporáneos, y desde entonces nada se había vuelto a saber de él. Que Rosario Tena hubiese adquirido aquella casa, durante años en manos de los bancos que habían desahuciado a su anterior propietario, me resultó muy perturbador; pues delataba un carácter mucho más retorcido de lo que yo hubiese podido imaginar (mucho más retorcido, desde luego, que las fantasías que yo había urdido en mi bodrio juvenil). El chalé se erguía sobre la suave ladera de un promontorio, apartado de las colmenas de adosados que habían proliferado como setas por aquella zona, para nutrir de comisiones a todos los alguaciles de los contornos. Tenía una insólita arquitectura escalonada, mitad rural y mitad escuela de Bauhaus, al modo de un zigurat, y sus paredes estaban levantadas con lajas de pizarra. Aparqué el coche por los alrededores y llamé, todavía algo conmocionado, al timbre de la verja que rodeaba la propiedad. Me franquearon la puerta desde el interior de la casa, sin preguntarme siquiera el nombre, y ascendí por la vereda que conducía hasta el porche, a través del jardín agreste que Rosario Tena había decorado con grotescas esculturas que representaban faunos y orcos y sirenas, como un parque de Bomarzo en miniatura. Dejé a un lado la piscina de teselas doradas y aguas ondulantes que el escritor de cuyo nombre no quiero acordarme utilizaba como cementerio de los libros que no le gustaban. Y entonces vi aparecer en el porche a Rosario Tena, que contemplaba mi ascenso con los brazos cruzados y el gesto hosco.

—Estarás sorprendido de que me haya comprado esta casa. Pero como se te ocurra hacer algún comentario chungo te pongo de patitas en la calle —me advirtió, antes de saludarme.

En realidad, prefirió prescindir de saludos o preámbulos protocolarios. Esperaba tropezarme con una Rosario Tena de cintura borrosa y culo con impedimenta, pero comprobé que seguía vistiendo como antaño le gustaba hacer, con unas mallas y un top muy prietos que le marcaban hasta el

bajorrelieve de las vacunas. Su impresión sobre mi aspecto no debía de ser, en cambio, tan ponderativa, porque cuando estaba completando mi ascenso hasta el porche me zahirió:

—Te estás poniendo bastante foquita. Como sigas así vas a terminar pareciéndote a tu querido Chesterton. —Y por si no le hubiese bastado con esta mofa, especificó—: Quiero decir en el físico, en lo otro ya quisieras tú.

Y se ahuecó la melena azabache, como una cascada de pecados sin confesar, antes de darme la espalda y precederme hacia la casa, que había redecorado por completo, tirando tabiques y levantando techos, para después forrar suelos y paredes de una madera encerada que transmitía una sensación de austera opulencia y cubrir los ventanales con cortinas de un tejido muy psicodélico, que a la vez que permitía ver el exterior diáfananamente velaba la luz del sol. De las paredes pendían cuadros de gran tamaño, paradójicamente (o no tanto) todos de época barroca, con muchas Magdalenas greñudas y penitentes y muchos San Jerónimos macilentos que se golpeaban el pecho con una piedra, mientras corregían la Vulgata. Rosario Tena subió por una escalera de peldaños flotantes que conducían al altillo de la casa y me indicó con un ademán adusto que la siguiera, sin pronunciar una sola palabra; yo la obedecí sin rechistar, fijando la mirada en sus pantorrillas, que parecían hechas de raíces entretejidas. Enseguida comprendí que me estaba guiando hacia su taller, muy amplio y abuhardillado, fragante de pintura al óleo y aguarrás, donde, por contraste con la matizada penumbra de la planta baja, la luz restallaba y hería los ojos, como una llama blanca. Sobre las paredes se recostaban lienzos de gran tamaño en sus bastidores (Rosario siempre había preferido los cuadros de gran tamaño para expresar su arte siempre osado y descomunal), entre los que destacaba uno en el que reconocí a Lucía de inmediato. Aunque, desde luego, era un retrato muy poco convencional: de forma oblonga, la mostraba desnuda y yacente, en actitud muy similar a la de *La maja desnuda* de Goya, aunque mucho más obscena, pues estaba abierta de piernas (más todavía que la mujer del célebre cuadro de Courbet); pero el tratamiento era tan singular que toda su obscenidad quedaba por completo diluida o incluso borrada. Pues Rosario Tena había tratado el cuerpo flaco de Lucía como si de una cadena montañosa se tratase, con los pies nervudos como riscos, las rodillas picudas como cimas montañosas, la cadera apenas tapizada de piel como una cárcava, los senos copiosos como suaves mesetas, las clavículas y el esternón como nervaturas de una cordillera a vista de pájaro y la vulva abierta como una gruta tapizada de musgo. Todas sus formas corporales estaban, en realidad, tapizadas de vegetación, hasta llegar al cuello,

cuyos tendones eran tallos leñosos de los que brotaba el rostro de Lucía, captado en cambio con un naturalismo perturbador, con su perfil de máscara trágica, su nariz griega, sus ojos vulnerados de una secreta tristeza y sus labios apretados de vida, y todos sus rasgos enmarcados por una yedra que se arremolinaba sobre su cabeza y después descendía en catarata sobre los hombros, alargando sus últimos pedúnculos hasta los pezones. Me mantuve suspenso durante más de cinco minutos, completamente anonadado ante aquella obra maestra, a la vez pánica y primaveral.

—Es... increíble, Rosario —balbucí al fin—. Algo prodigioso. No... no sé por dónde empezar.

—¿Crees que he logrado captarla? —me preguntó.

Había vuelto a cruzarse de brazos y adoptado el gesto adusto con el que me había recibido. Reparé entonces, a la luz cegadora del estudio, que sus facciones estaban algo más demacradas, que sus brazos estaban más pellejados y su cuerpo más amojamado. Y descubrí que el tono azabache de su melena ya no era natural, sino tintado. En cambio, el azul vivísimo de sus ojos zarcos seguía siendo el mismo, tan intimidante como diez años atrás.

—Plenamente —respondí—. Has captado todo su misterio y su dolor. Y has hecho de ese misterio y ese dolor algo... no sé, agreste, panteísta, cósmico. Nunca había visto una maravilla semejante, en serio. Y luego esa cara tan... tan pálida y desgarrada, esa belleza de Lucía tan...

—Asimétrica —completó Rosario Tena, sin ablandarse ante mis halagos—. Sí, fue lo que más me llamó la atención, desde que la vi por primera vez. Tenía un rostro de muchísima fuerza, con algo de rompecabezas raro, como un homenaje al cubismo. —Y deslizó una pullita—: Jamás hubiese pensado que te gustase una mujer así.

Lo decía, sin duda, porque no se parecía nada a ella, que era de una belleza agitanada y armónica, de piel muy morena y formas prietas, pero redondeadas, sin esas aristas que caracterizaban el cuerpo de Lucía, que parecía siempre a punto de desvencijarse. Pero hice como que no la entendía:

—¿Así? ¿Qué quieres decir?

—Pues así, tan desmadejada, tan frágil. —Y me miró por un instante con un furor que hizo fosforecer sus ojos—: Y tan joven. Antes te gustaban otro tipo de mujeres.

Me avergonzó que dejara traslucir la envidia, sobre todo porque la mujer que había pintado aquel cuadro portentoso no merecía mancharse de esa pasión mezquina. Cambié de tema:

—Me gustaría comprarte el cuadro, Rosario. Pero tendré que pagártelo a plazos. Ya imagino que costará un potosí.

—Te lo regalo —dijo muy resueltamente, casi con fiereza, como si de repente quisiera librarse de él—. Puedes llevártelo, con tal de que pagues tú el embalaje y el transporte.

—No, mujer, no puedo aceptar ese regalo, es demasiado valioso...

Rosario Tena chasqueó la lengua, en señal de impaciencia y exasperación:

—Tómalo entonces como una condena y no como un regalo —dijo—. El cuadro te recordará a la vez a la mujer a la que destrozaste y a la mujer que te destrozó. No está mal la carambola, ¿no te parece?

Y esbozó un rictus a la vez sarcástico y desdeñoso que me hizo temblar, porque era el mismo que esbozaba antaño, cuando iniciábamos algún juego peligroso. Tal vez yo no hubiese exagerado tanto en mi novelucha juvenil, después de todo.

—No digas eso, Rosario —intenté mostrarme compungido—. Di mejor las dos mujeres que más me han marcado en la vida.

Rosario Tena dio por terminada la visita al taller y por contestada mi zalamería con un gesto brusco de la mano, como si espantase una mosca o un alfeñique. Hice amago de salir por la puerta por la que habíamos entrado, pero me tomó del brazo:

—No, por favor, si no te importa hablaremos en la terraza trasera —me dijo—. Mi hija está estudiando y no querría que se enterase de que has venido. Ya le causaste suficiente trauma en la infancia con tu basura. No me gustaría que se lo reavivases ahora.

Y me llevó —me empujó, más bien— hasta una puerta angosta, casi una poterna, por la que se accedía a otra escalera voladiza, esta vez con peldaños de piedra, que desembocaba en efecto en una terraza con techumbre de pizarra, a juego con las paredes maestras de la casa. Nos sentamos en sendas sillas de rafia y respaldo muy alto, que me obligaban a permanecer un poco envarado (tal vez Rosario las hubiese elegido así para que no me sintiese cómodo y de este modo abreviar la conversación). Encendí un cigarrillo, para anestesiar los remordimientos.

—¿Cómo conociste a Lucía? —le pregunté, emboscado por el humo.

—Bueno, a Lucía o como se llamase, ¿no? Porque si su identidad era falsa, a saber cuál sería su nombre... —me volvió a zaherir—. Fue en la inauguración de una retrospectiva de mi obra, en la galería de Soledad Lorenzo. Así que ya puedes imaginarte que allí estaba el todo Madrid, como se decía antes, para pelotillar a Soledad sobre todo, pero también a mí. Me

encanta ver a esos críticos machistas o maricones doblando la rodilla e inclinando la cabeza ante tías que sabemos más que ellos, como Soledad o como yo —dijo, en un tono jocoso—. Lucía llegó con un grupo de fantoches, ya conoces el percal, gafapastas y *hipsters* de baratillo que se fingen los reyes del mambo aunque anden lampando por ahí, por ver si les encargan un texto o textículo para un catálogo.

Se rio despectiva y ensañadamente, exactamente igual que la protagonista de mi bodrio juvenil. Imaginé que aquellos fantoches a los que se refería Rosario serían los mismos que la acompañaban cuando la vi por primera vez, en el garito para noctámbulos donde me cantó *Hecha a la medida*, u otros cortados por el mismo patrón.

—No era la típica chica que se arrima al mundillo cultureta —prosiguió—. Te tengo que reconocer que Lucía era distinta a la mayoría; quiero decir que no era una petarda de esas que van en busca de un pintor famoso para sacarle los higadillos a cambio de cuatro mamadas. Se le notaba estilo a su manera desaliñada y caótica. Ya se lo noté cuando me la presentaron en medio del mogollón, pero sobre todo al final de la fiesta, cuando apenas quedaba gente y pudo librarse de los fantoches que la acompañaban. La sorprendí ante uno de mis cuadros más crudos, de cuando me dio por pintar mutilados, con Soledad Lorenzo, que aquella noche iba muy elegante con un esmoquin; hacían una pareja de flacas chulísima, si las hubiese pillado Helmut Newton les habría hecho unas fotos de quitar el hipo. Yo agucé el oído porque noté que tu chica le estaba explicando a Soledad algo sobre la técnica del cuadro, que ya hace falta ser osada. Pero resulta que la técnica de aquel cuadro precisamente era muy compleja y yo no había querido revelársela a nadie, había usado veladuras transparentes sobre la pintura seca, para darle un toque casi genital a los muñones del mutilado, y el efecto de la lluvia o chaparrón que caía sobre él, empapándolo, lo había logrado con una brocha casi seca, frotándola sobre el cuadro ya acabado. Además, al fondo le había dado relieve con una pasta de arena y *gesso* que en su día causó furor pero cuya fórmula nadie supo describir. ¡Y allí estaba aquella mocosa describiéndoselo con pelos y señales a Soledad Lorenzo! —Se golpeó ambas rodillas con las palmas de las manos, tan atezadas como todo su cuerpo. Reparé que tenía las uñas largas y esmaltadas de carmín, señal inequívoca de que no había pintado en los últimos días, tal vez también de que tuviese algún monigote que le hiciese la manicura—. Me acerqué a ellas y Soledad me dijo: «Deberías pedirle a esta chica que escribiese algo sobre ti. Conoce tu obra a la perfección, me ha desvelado secretos que ni yo conocía». Entonces tu chica se

excusó, aduciendo que no sabía escribir, que no sabía hacer la o con un canuto dijo exactamente; y echándole morro añadió que me admiraba tanto que lo que de verdad le haría ilusión sería posar para uno de mis cuadros. Y Soledad, con solidaridad de flaca, va y se pone de su parte: «Oye, pues sabes que esta chica parece hecha adrede para que la pintes tú, concretamente tú». Yo intenté escaquearme, o remolonear un poco, pero Soledad dale que te pego, insistiendo hasta ruborizar incluso a tu chica. Finalmente tuve que invitarla a venir aquí, para que al menos viese cómo trabajo.

Se cruzó de brazos otra vez, apretando sus pechos bajo el top y ahondando el canalillo entre ambos, donde la piel morena se notaba más ajada y flácida, tal vez también pecosa. Alcé la mirada para rehuir el peligro, fingiendo que seguía el ascenso de las volutas de humo.

—Y seguro que te cogió al vuelo la invitación...

—En menos de una semana ya la tenía en casa —asintió Rosario Tena, con un suspiro benigno—. La chica demostró ser una apasionada de mi pintura, se conocía al dedillo toda mi evolución, desde mis imitaciones juveniles de Magritte y Delvaux hasta la actualidad, pasando por mis etapas más crudas y baconianas. Imagino que se habría empollado muchas cosas, pero es evidente que sabía verdaderamente de arte.

—Y, sin embargo, no tenía estudios —dije, todavía apegado al personaje que Lucía había construido—. Estudios superiores, quiero decir. Pero tenía una sensibilidad muy especial.

Rosario Tena me miró como se mira a un bobalicón, con una especie de soliviantada condescendencia:

—Pero... ¿tú te chupas el dedo o qué? Esa chica sabía más que Lepe. Tenía conocimientos de pintura que muy pocos tienen; y sabía cómo posar. No me extrañaría que hubiese trabajado de modelo en alguna facultad de bellas artes. —Me dirigió una mirada que tal vez fuese aviesa—. Desde luego, a mí me demostró ser una modelo excepcional. Primero le hice varios esbozos que no te he enseñado, tendría que andar rebuscando carpetas. Luego hicimos ese retrato. No le importaba posar horas y horas desnuda. Y para ese cuadro posó durante varios días...

Desde la terraza se avistaban las estribaciones de la sierra, que tenían algo de bosque fallido, asfixiado de matojos y pedregales.

—Desde luego, no hay más que ver tu cuadro para comprobar que la experiencia fue positiva para ambas... Se nota que hubo conexión espiritual entre vosotras —dije—. Supongo que tuvisteis que hablar mucho. ¿Notaste que te mintiera?

No encontré un cenicero en el que tirar la colilla y la tuve que sostener estúpidamente en la mano, como quien sostiene una vela a la que se le acaba el pabilo, entre estertores humeantes. Rosario Tena reparó en la incomodidad, pero no hizo nada por remediarla.

—He estado dándole vueltas a este asunto, desde que me dijiste que esa chica había usurpado una identidad que no le pertenecía —empezó, mordiéndose el labio inferior y frunciendo el ceño—. No tengo muy claro que pueda ayudarte demasiado. No era una de esas personas a las que pillas tan fácilmente en un renuncio o en una contradicción. Lucía... o como se llamase, no mentía ocasionalmente; sus mentiras no eran pinceladas ocasionales que se dan aquí y allá, su mentira era el cuadro entero. —Había más admiración que animosidad en el juicio de Rosario Tena, más allá de que también hubiese sido víctima del engaño—. Había decidido tapiar su vida anterior y no dejaba ningún boquete abierto por el que te pudieras deslizar. Si le preguntabas por su pasado, siempre respondía con evasivas o vaguedades demasiado genéricas. Todo lo contrario de lo que hace un mentiroso profesional, el impostor al uso, que se inventa multitud de detalles sobre su pasado, todos perfectamente verosímiles. He conocido a muchos especímenes de este género, llegan a creerse sus mentiras tanto que las lucen como si fueran galas, o joyas, para deslumbrar a su interlocutor; así actúan muchos fantoches del mundo cultureta, por ejemplo, a los que tanto tú como yo estamos cansados de tratar. Son una fábrica incesante de mentiras; y, por lo general, terminan siendo desenmascarados porque no controlan toda su producción y acaban contradiciéndose. Lucía hacía exactamente lo contrario: envolvía su pasado de misterio, lo convertía en una niebla impenetrable. Así conseguía resultar más atractiva para cualquiera que se acercase a ella. Fatalmente atractiva.

Me miró por vez primera con cierta piedad o empatía; pero no bajé la guardia, para no dejarme embaucar. Soplaba un biruji marceño y Rosario había empezado a frotarse los brazos, en los que ya florecía la granulosa carne de gallina.

—Y así también transmitía una sensación de desvalimiento y soledad —añadí—. Aunque probablemente fuese mucho más fuerte que todos nosotros.

—Parecía desguarnecida y a la intemperie, pero había levantado un parapeto que la protegía contra la curiosidad de quienes la rodeaban —prosiguió—. Y no te creas que es fácil lograr algo así. Hay muy poca gente que pueda ignorar las reglas que establece el trato social y encerrarse en una concha inexpugnable. En realidad, esa actitud de Lucía sólo la había visto

antes en artistas muy seguros de sí, a quienes les importan un pito todas las lucubraciones que la gente haga sobre sus vidas. Detrás de esa actitud misteriosa puede haber despreocupación, pero también mucho cálculo. Yo diría que en su caso era más bien lo segundo; pero había conseguido que su misterio pareciese espontáneo. Y luego tenía una habilidad especial: a la vez que ocultaba su pasado sabía sonsacarte y averiguar el tuyo...

Parecía como si el viento frío la hubiese destemplado; y la carne de gallina, al erizarle la piel, revelaba su verdadera edad, oculta bajo el bronceado.

—Me temo que conocía lo nuestro —murmuré, en un tono afligido—. Al menos una parte. Descubrí que guardaba unos recortes de revistas, de la época en la que nos perseguían los *paparazzi*.

—Y lo que no supiera por las revistas lo supo por mí —reconoció—. Sabía más de la cuenta, en realidad. Daba por hecho que todo lo que narrabas en tu novelucha había ocurrido realmente. Tuve que convencerla de que habías inventado muchas cosas.

—¿Y crees que inventé tantas? —me atreví a deslizar, cohibido.

Pero un instante después ya me arrepentía de mi desliz. Rosario Tena me dirigió entonces una mirada preñada de odio, como si toda una trastienda de agravios nunca resueltos se concentrase en sus ojos:

—Le aclaré las que eran verdad y las que eran invenciones de tu mente calenturienta —dijo, con una calma muy fría—. Se lo aclaré con pelos y señales, y mostró mucho interés por lo que le contaba, como si quisiera ponerlo en práctica.

Pero Lucía se había mostrado siempre una mujer muy dulce y delicada en las lides del amor, nada que ver con lo que Rosario Tena sugería. De nuevo evité seguirle la corriente:

—¿Algo más que te llamase la atención en ella?

Se levantó de la silla de rafia y empezó a pegar pequeños brincos y hacer torsiones, como si deseara entrar en calor o tentarme. El viento le zarandeaba la melena que fue de azabache, pero ya sólo era una melena teñida de un negro opaco y sin irisaciones; y al zarandeársela, parecía como si deseara amordazarle la boca.

—Conocía Barcelona bastante bien —dijo—. Conocía perfectamente la Lonja y las salas de exposiciones principales, también los centros culturales. En una fiesta que organicé en casa unos colegas un poco creídos empezaron a presumir de lo consideradísimos que eran en Barcelona y ella les preguntó dónde habían expuesto y qué instituciones les habían dado coba. Y, a cada

nombre que mencionaban, ella les bajaba los humitos, asegurando que eran todos lugares de segunda fila, y poniendo ejemplos de su programación bastante cutrecilla que lo demostraban. —Se rio con una risa un poco resabiada, mientras seguía con sus ejercicios—. Los colegas un poco creídos se quedaron más corridos que una mona y con unas ganas tremendas de estrangularla que quizá todavía les duren.

Se llevó la mano a la boca, consciente de que la mención que acababa de hacer era de mal gusto (y ni siquiera sabía que el cadáver de Lucía reposaba en una cámara frigorífica de la morgue, tapizado de escarchas).

—¿Crees que podía ser de Barcelona? —pregunté—. No sé si notaste que soltaba catalanadas al hablar...

Pero ni siquiera yo lo había notado mientras duró nuestro noviazgo, tal vez porque estaba demasiado ensimismado o embebido en mi amor. Rosario Tena, en cambio, reparaba en detalles todavía más intrincados o sutiles:

—Yo diría que no —respondió—. Conocía la ciudad, pero de ese modo propio de quienes son forasteros. ¿No te ha ocurrido alguna vez que alguien ha visitado tu ciudad y te cuenta entusiasmado que ha estado en lugares que tú apenas conoces de oídas, o ni siquiera eso? Pues con Lucía ocurría algo semejante. Creo que Barcelona, con su cosmopolitismo y su oferta cultural y tal, la había deslumbrado en algún momento del pasado; tal vez hubiese estudiado allí, por ejemplo. Pero no creo que fuese oriunda de Barcelona, ni que hubiese vivido allí toda su vida. Mis amigos barceloneses no muestran tanto fervor por la actividad cultural de Barcelona. Para mí que Lucía era más bien una chica de provincias, o incluso de pueblo; esa procedencia explicaría mejor sus ansias de acercarse a artistas y escritores.

Aquella última observación me pareció un poco impertinente o peyorativa; pero no supe si Rosario la había lanzado intencionadamente, y tampoco si su dardo se dirigía contra Lucía o contra mí. Seguía brincando, como si saltase una comba imaginaria, y sus muslos de suave musculatura vibraban ante mí, delineados y contenidos por las mallas, también sus nalgas como frutos del árbol del Edén todavía en sazón, aunque ya a punto de desprenderse de la rama. Me pregunté si, entregándome otra vez en brazos de la mujer madura, conseguiría anestesiar mi devastación; pero concluí que sólo lograría agudizarla.

—¿Llegaste a conocerle algún amigo o amiga, alguna persona que pueda proporcionarme más pistas sobre ella?

Rosario interrumpió sus ejercicios, un poco acezante. Me levanté yo también de la silla de rafia, anquilosado por la postura y por el frío.

—En cierta ocasión...

Se detuvo, con un énfasis dilatorio que sin duda pretendía agitarme, tal vez mortificarme incluso.

—¿Qué pasó en cierta ocasión? —la urgí.

—Estuvo posando hasta muy tarde, ya en la fase final del cuadro, y le propuse que se quedara a dormir en casa. —Sonrió con suficiencia o perfidia—. Pero ella se excusó de forma muy poco convincente, asegurando que tenía un compromiso en Madrid. Me ofrecí entonces a llevarla en coche, pero insistió mucho en que no me molestase, que tomaría el autobús sin problema. Insistió tanto que me escamó; y decidí seguirla a distancia para comprobar si se dirigía hacia la marquesina. Tomó en efecto la dirección de la carretera, pero antes de llegar a ella salió a su encuentro un coche oscuro. Era ya casi noche cerrada, pero no tenía encendidos los faros. A la luz de una farola pude ver que lo conducía un tío, yo diría que rubio y cachas, pero no me haga mucho caso. Supongo que sería su maromo.

Y desvió la mirada pudorosa y maliciosamente hacia mi barriga de foquita, como si estuviera comparando mi estampa con la de aquel chófer o maromo. Recordé un coche sigiloso y sin luces que en alguna ocasión me había parecido entrever, durante mis paseos nocturnos con Lucía por el parque de mi urbanización.

—No a todas las mujeres les gustan los tíos cachas, ni a todos los hombres nos gustan las mujeres con curvas —dije, haciendo ademán de marcharme—. Se me ha hecho muy tarde. Por favor, si recuerdas algo más que consideres que puede resultarme útil no dejes de llamarme... Y, por supuesto, enviaré a alguien a recoger el cuadro. No sabes cuánto te agradezco ese regalo.

Bajé bordeando la casa, hasta tomar la vereda que conducía hasta la verja. Rosario Tena sólo me siguió hasta el porche, desde donde me gritó:

—Este sábado daré una fiesta en casa para celebrar mi cumpleaños. Pásate si puedes. Entre los invitados hay alguna persona que llegó a conocer a Lucía. Están citados a las nueve.

Me volví, pero apenas la distinguí entre las sombras movedizas de los árboles y las estatuas grotescas que la defendían de intrusos, agazapadas en el jardín.

—Intentaré pasarme —dije, sin demasiada convicción y sin saber hacia dónde dirigir mi voz.

Entonces se encendieron, no sé si automáticamente, unas luces que flanqueaban a ras de suelo la vereda; y también las luces del porche, que recortaron la silueta de Rosario Tena, sus curvas en exacta sazón.

—Deja que los muertos entierren a los muertos, Álex —me dijo, tentadora
—. No te dejes arrastrar por su muerte.

VII

Nunca antes había escrito con tanto ímpetu y dedicación. Era como si las palabras, enmudecidas durante tanto tiempo, saliesen de mí en tromba o tropel, codiciosas de poseer todas las letras del alfabeto, ágiles como arañas o leopardos, prestas a derramarse en un hormigueo gozoso por las yemas de mis dedos, que al posarse sobre las teclas del ordenador parecían hacerlo más bien sobre las teclas de un piano. Me había convertido en un pianista de palabras, capaz de pulsar las notas más recónditas del idioma, capaz de probar sus acordes prohibidos y sus compases más insolentes o audaces, hasta penetrar en su médula misma, para volver a bautizar el mundo. Mi vocación literaria, que estaba muerta, había vuelto a la vida; estaba perdida y había sido hallada.

Y era Lucía quien había obrado el milagro o provocado la catarsis. Todas las mañanas, antes de marchar al trabajo, me despertaba, puntual como la sangre que acude a la herida, con un beso que me dejaba un sabor salado y blanco, como si depositase en mi lengua, mezclado con su saliva, un grano de sal que, al disolverse en la mía, me inundaba de un brío y una vibración nuevas. Así, bajo el patrocinio y protección de aquel beso, me ponía a escribir durante horas y horas, sin despegar las manos del teclado, con la vista clavada en la pantalla del ordenador, que emitía una luz espectral —luz de niebla o de morgue— y a veces me parecía la puerta que separaba ficción y realidad, regiones que yo transitaba con natural fluencia, sin saber muchas veces si lo que escribía me había ocurrido o era tan sólo fruto de mi fantasía, como debe de ocurrirles a los ángeles cuando se mueven entre la región de los vivos y la región de los muertos. Y mientras escribía sin descanso durante horas y horas, sonaba siempre, como un agua sigilosa, la música de Shostakóvich que Lucía me había descubierto, la música del hombre que había mirado de frente el miedo y lo había convertido en inspiración fecunda.

Acababa exhausto cuando ya empezaba a declinar la tarde, vacío de palabras hasta el día siguiente; pero mi inspiración se regeneraba en unas pocas horas, sin más barbecho que el sueño. Lucía, que leía cada capítulo apenas lo terminaba de escribir, nunca me imponía sus criterios, pero tenía la inteligencia de insinuármelos con mucha delicadeza, sin hacerme nunca violencia; de tal modo que sus consejos y sugerencias se fueron convirtiendo discretamente en el faro que guiaba mi escritura, y también en el cauce por el que discurría, a veces en anchas avenidas, a veces en rápidos meandros. Y mis personajes, en lugar de rebelarse contra su autor, acataban las recomendaciones de Lucía y se dejaban modelar mansamente tal como ella me proponía, tal como me susurraba al oído, con palabras que muy dulcemente me obligaban. Cuando marchaba, dejándome lleno de ideas y esbozos de ideas, de ocurrencias felices y soluciones argumentales que a mí no se me habrían ocurrido, corría a anotarlas con letra premiosa en una libreta. A veces, me preguntaba si era yo quien estaba escribiendo aquella novela o si más bien era el médium que escribía al dictado de Lucía.

Sólo descansaba de mi labor febril los domingos, coincidiendo con la libranza de Lucía en el trabajo. Habitualmente nos quedábamos en casa, dando cuenta de las cenas opíparas que ella preparaba, antes de disfrutar de una sesión —doble o triple, según nos acuciase el sueño— de cine clásico. Lucía, que en sus lecturas no permitía que le influyesen mis gustos, en cambio se reconocía bastante lega en materia cinematográfica y dejaba que fuese yo quien seleccionase los títulos en aquellas sesiones que a veces se estiraban hasta el alba, mientras el frescor y el relente de la noche entraban por las ventanas, aliviando los ardores estivales. Si ver los títulos más señeros del cine clásico es siempre reparador y jubiloso, hacerlo en compañía de alguien que se asoma a ellos por vez primera resulta emocionante, porque en su vibración nueva, en sus risas y lágrimas, en su horror y en su alivio, recuperamos los sentimientos que aquellas películas también despertaron antaño en nosotros; y así podemos llegar a olvidarnos de que nosotros las hemos visto mil veces, y gozar de su argumento archisabido como si se hubiese borrado de nuestra memoria.

Entre todas las películas que vimos juntos durante aquellos meses ninguna gustó tanto a Lucía como la sublime *Vértigo*, que la mantuvo

en vilo de principio a fin, tiritando de intriga y de belleza mientras el detective Scottie espía por cementerios y museos a la errabunda y bellísima Madeleine, mientras la persigue en automóvil por las empinadas calles de San Francisco y la rescata de las aguas de su bahía cuando ya está a punto de ahogarse, mientras se interna con ella en un umbroso bosque de secoyas y la ama ardientemente ante las olas que rompen furiosas en la orilla. Pero todos los desvelos y cuidados devotos de Scottie no evitan que Madeleine se quite la vida, arrojándose desde lo alto del campanario de una misión española, adonde Scottie no ha podido seguirla porque padece vértigo. Y tras la muerte de Madeleine, Scottie tiene que ser internado en un sanatorio mental; y cuando parcialmente se repone, se dedica a buscar obsesivamente a Madeleine en las facciones de otras mujeres que vagamente la evocan, hasta que finalmente tropieza con una muchacha mucho más vulgar que Madeleine, pero también más fresca y juvenil, que dice llamarse Judy (pero el espectador enseguida sabe que Judy es en realidad la misma Madeleine, que no murió en aquel fatídico campanario, sino que se avino a participar en un timo que utilizó al detective Scottie como tonto útil). Scottie empieza a cortejar a Judy (que es pelirroja y un poco chabacana, frente a la refinada Madeleine, tan rubia platino), empieza a llevarla a los mejores restaurantes y tiendas de ropa, ignorante de lo que el espectador ya sabe para su zozobra y ansiedad; pero sus agasajos y atenciones no tienen otro objeto que resucitar a la muerta, no anhelan otra cosa sino transformar paulatinamente a la paleta Judy en la distinguida Madeleine, hasta conseguir que Madeleine usurpe el cuerpo y el alma de Judy, que accede a regañadientes a la metamorfosis, porque se ha enamorado sinceramente del detective Scottie y anhela ser feliz a su lado el resto de su vida, enterrando para siempre aquel episodio canallesco de su pasado. Y así Judy, por contentar a Scottie y alimentar su quimera, accede a vestir los mismos trajes exquisitamente entallados que vestía Madeleine, en lugar de sus acampanadas faldas de basta tela; accede a calzarse finísimos zapatos de tacón de aguja, en lugar de sus planos zapatos de suela gastada; accede a teñirse los cabellos pelirrojos de un rubio platino que casi la hace idéntica a la artificiosa Madeleine que Scottie cree muerta. Pero para que esa identidad sea plena, Judy debe recogerse el pelo en una suerte de moño espiral, tal como Madeleine hacía; así

se lo suplica Scottie a una Judy cada vez más acongojada, que se resiste y pugna pero finalmente cede. Este tira y afloja transcurre en la habitación del hotel de medio pelo en el que Judy se hospeda; y mientras el obsesivo y necrófilo Scottie aguarda al pie de la ventana, iluminado desde el exterior por un letrero de neón verde, Judy se recluye pudorosamente en el baño, como si en lugar de disponerse a recoger sus cabellos fuese a desnudarse o a realizar algo todavía más íntimo y vergonzante (si es que hay algo más vergonzante que acceder a la petición enfermiza de un hombre que quiere resucitar a una muerta). Scottie aguarda a que Judy cumpla su ruego, desasosegado y apremiante de deseo, bañado por la luz del letrero de neón; y al poco Judy abre la puerta del baño, se detiene por un instante en el umbral, nimbada de una neblina verdosa y funeral, extrañamente onírica, que nos impide todavía distinguir sus facciones, hasta que finalmente empieza a caminar muy lentamente hacia Scottie, en volandas de la música de Bernard Herrmann, bellísima y algo envarada, pues no en vano acaba de alzarse de la tumba, o al menos así lo siente el detective Scottie, que al fin puede contemplar a Madeleine con ojos trémulos, casi llorosos, en los que se agolpan el aturdido deseo y la gozosa incredulidad, la veneración rendida y el conmovido consuelo, porque acaba de completarse el milagro y su amada, que creía desaparecida para siempre, ha resucitado y camina hacia él, envuelta en una luz verdosa y funeral, camina hacia él dispuesta a entregarse, mientras el tiempo se suspende y las fronteras entre la vida y la muerte se disgregan, hasta que al fin Judy, ya transformada en Madeleine, se funde en un abrazo apasionado con Scottie, lo besa con labios que no son yertos y azulosos, sino palpitantes y carnales; y mientras se besan y abrazan, encadenados cual vid que entre el jazmín se va enredando, mientras recíprocamente se arrebatan el aliento y buscan su dulce amado centro, la cámara los envuelve y circunda, la cámara celebra su reencuentro y gira en derredor de ambos como un carrusel de irrealidad, acercándose tanto a los amantes que parece querer incluirse en su abrazo y fundirse en su abandono. Pero apenas un minuto después el desengaño herirá al detective Scottie, cuando se percate de que el rico colgante de rubíes que Judy le pide abrochar es el mismo que usaba Madeleine. Entonces, en un instante vertiginoso y

sobrecogedor, Scottie cae del guindo y entiende, con desolada rabia, que ha sido engañado; y que ya sólo le resta rendirse a la fatalidad.

—Nunca había visto una película tan hermosa —me dijo Lucía, con la voz velada por la emoción.

Detuve el avance de *Vértigo* en su plano final, con el detective Scottie encaramado en el campanario fatídico que vuelve a ser escenario de su desgracia, esta vez definitiva. Mientras había durado la película, había notado cómo Lucía se estremecía ante la exhibición de belleza que se ofrecía en cada secuencia, en cada plano, en cada elección cromática. Su colgante, mucho menos valioso que el colgante que servía a Scottie para desenmascarar a la resucitada Madeleine, latía en la noche como si también lo agitase la emoción.

—Nunca la verás —dije yo, muy enfático—. Es una película única e irrepetible.

Lucía me besó y frotó su nariz trágica contra mi mejilla, para comprobar que yo también había llorado como ella, mientras veía *Vértigo* en la oscuridad.

—Si yo muriese, ¿también intentarías resucitarme? —me preguntó, no supe si entristecida o juguetona.

—No lo dudes —le respondí—. Y no pararía hasta lograrlo.

Me abrazó como Judy y Madeleine abrazaban al detective Scottie, hasta arrebatarme el aliento o fundirse con él.

—¿Y hasta dónde estarías dispuesto a llegar para conseguirlo? —insistió.

—Hasta el mismísimo infierno —dije, tal vez con fatuidad. Pero también la fatuidad puede ser la expresión más sincera de nuestro ánimo.

—¿Y si descubrieras que has sido engañado, como le ocurre a Scottie?

Su voz, de repente, se había vuelto extrañamente presagiosa. Pero yo me esforcé por mantener el tono desenfadado:

—Fingiría que no me he dado cuenta. Sería capaz de cualquier cosa, con tal de no dejarte marchar otra vez.

—¿Y no querrías cambiarme físicamente?

Su voz volvió a temblar y a velarse, pero ya no podía ser por la emoción estética que le había producido la película, sino por otra emoción secreta que se me escapaba; o que ella dejaba escapar para mantenerme en el desconcierto.

—Me gustas tal como eres —respondí, un poco confuso—. Y me gustarías tal como volvieres a mí. Incluso si volvieres como ángel y ya no fueras más mujer de carne y hueso. Incluso así me gustarías.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó.

—Completamente en serio —contesté, como si estuviese formulando un juramento.

—¡Vaya! ¡A esto se le llama poner la casa patas arriba!

Tras la sorpresa inicial, el inspector Avendaño avanzó hacia el salón, a través del camino que le indiqué, apenas un sendero zigzagueante entre rimeros de libros como obeliscos a punto de derrumbarse, baldas de estanterías y muebles patas arriba. Todo aquel zafarrancho lo había provocado el retrato de Lucía pintado por Rosario Tena, que a la mañana siguiente de nuestro encuentro había ordenado recoger en su casa de Torrelodones a una empresa especializada en el transporte de obras de arte. Y cuando lo tuve en mi poder había decidido colgarlo en el salón, para lo que previamente había tenido que desmontar la biblioteca y cambiar la disposición del mobiliario. Yo mismo me había encargado de asegurar el anclaje del cuadro en la pared, resucitando mis mañas para el bricolaje.

—Me perdonará el desorden, inspector —dije, guiándolo hasta el sofá que había cubierto con una sábana, para protegerlo de la nube de polvo que durante todo el día se había extendido por la casa—. Decidí cambiar la decoración.

Aparté la sábana, para que Avendaño pudiera sentarse sin ensuciarse demasiado. Pero se había quedado anonadado ante el cuadro de Rosario Tena, que colgado de la pared de mi salón parecía desbordar el lienzo, como si los riscos y cárcavas, grutas y promontorios tapizados de vegetación que componían el cuerpo yacente de Lucía se lanzasen en avalancha sobre el visitante. Finalmente se sentó sin hacer comentario alguno, todavía intimidado.

—Perdóname tú a mí por no dar antes señales de vida —dijo Avendaño, con voz cansada—. Han sido días agotadores. Pero parece que la investigación, al menos por nuestra parte, toca a su fin. La duda principal que teníamos era determinar si la negligencia había sido de los pilotos o de los mecánicos. Parece que más bien ha sido de estos últimos. Por lo que indican las cajas negras, el piloto detectó una temperatura excesiva en una toma de aire, que comunicó a los mecánicos. Y los mecánicos se limitaron a desactivar

el sensor de temperatura, una práctica no del todo ortodoxa pero admitida en la práctica aérea. Sólo que, al hacerlo, desactivaron también por error un sistema que alerta si la configuración de los *flaps* es la correcta. Y por eso los pilotos del avión despegaron sin saber que los *flaps* no funcionaban.

Asentí, mientras rumiaba sus revelaciones.

—¿Y cree que fue una negligencia o más bien...?

—Eso tendrá que determinarlo un juez —se apresuró a contestar Avendaño—. Pero, en nuestra opinión, fue un simple despiste. A los mecánicos los pueden condenar por homicidio imprudente. Y la compañía tendrá que pagar tantas indemnizaciones que probablemente quiebre. En último término, y más allá de las negligencias técnicas, lo que se va a demostrar es que Airjet mantenía su flota en muy mal estado.

Contemplé el rostro de Lucía en el cuadro que Rosario Tena había captado con tan perturbador naturalismo, contemplé sus ojos vulnerados de secreta tristeza que parecían estar asistiendo a su propia muerte anticipada.

—Pero si se probara que fue algo más que una negligencia... —insistí.

Me pareció que Avendaño se removía incómodo en el sofá, como si no acabara de encontrar la postura que le convenía, o el modo de persuadirme.

—En ese caso, el problema ya no lo tendría tan sólo Airjet, sino también la Agencia Estatal de Seguridad Aérea. —Me miró largamente, como si quisiera trasladarme el pavor que le producía esa posibilidad, por improbable que fuera—. Significaría también reconocer que las organizaciones terroristas han logrado colarse entre el personal de mantenimiento de los aeropuertos. Contra terroristas que tratan de colarse en un avión con armas o sustancias peligrosas puedes combatir extremando las medidas de seguridad. Contra mecánicos dispuestos a sabotear aviones no hay modo de combatir. La histeria que de inmediato se desataría en todo el mundo sería incontenible y paralizaría la navegación aérea. Sólo pensarlo acojona —dijo. Lo que añadió a continuación, sin embargo, fue mucho más desasosegante—: A nadie le conviene que se haga realidad esa hipótesis.

—Ya imagino —murmuré—. Pero supongo que la verdad debe prevalecer sobre la conveniencia, ¿no?

Avendaño esbozó una mueca ambigua, a mitad de camino entre el gesto de condolencia y la risa sardónica:

—Así debería ser, desde luego —dijo, elípticamente—. En cualquier caso, no hemos hallado en nuestra investigación ningún indicio que nos permita ni siquiera contemplar esa hipótesis. Aún tenemos que interrogar a la azafata superviviente; parece que en un par de días ya podremos hacerlo, pues

evoluciona favorablemente de sus heridas. —Calló y volvió a quedarse absorto ante el cuadro de Rosario Tena—. Es una pintura soberbia. Y sospecho que la mujer del cuadro es... tu novia, ¿me equivoco? —Asentí, compungido—. No creo que tener ese cuadro presidiendo el salón de casa te ayude a olvidarla...

Avendaño me había asegurado que tarde o temprano superaría el trauma de la muerte de Lucía; y que ocurriría sin que yo lo advirtiera («ocurre y ya está», me había asegurado). También Rosario Tena me había aconsejado evangélicamente que dejase que los muertos enterrasen a los muertos. Pero, para superar un trauma, como para vaciar una mente de pensamientos fúnebres, tiene que actuar la voluntad; y mi voluntad no parecía dispuesta a levantarse del ataúd.

—El problema es que no quiero olvidarla —reconocí—. Y, aunque quisiera, no podría.

Avendaño me miró con ofendida piedad, tal vez con una mezcla de piedad y exasperación:

—Entiendo que estés todavía enamorado de ella, aunque sepas que te engañó. También cuando una mujer nos deja por otro, por ejemplo, tardamos en reponernos; incluso, bajo la impresión del abandono, podemos llegar a creer que estamos más enamorados que nunca —dijo. Y añadió, en un murmullo pesaroso—: Pero no conviene engañarse ni idealizar a quien nos engaña.

—No estoy haciendo ninguna de las dos cosas —me defendí, un tanto molesto—. Simplemente, creí que Lucía era la mujer que siempre había estado esperando. Todavía me cuesta creer que no fuese así, a pesar de las evidencias. Y me desespera no poder preguntarle a ella por qué me engañó. Simplemente, no encuentro alivio.

—Otros lo hemos encontrado —me contradijo Avendaño, atemperando la dureza de sus palabras con una pátina de resignación—. No tienes por qué ser diferente a los demás. Llegará un momento en que superes lo ocurrido y aceptes las cosas como son, por pura supervivencia.

—En realidad, nunca superamos nada de lo que nos sucede —dije, antes de ensimismarme, como si fuese presa de un hechizo—: Cuando nos operan de apendicitis no nos convertimos en alguien distinto porque nos hayan extirpado el apéndice. Nos convertimos en alguien distinto porque nos dejan en la barriga una cicatriz que nos recordará siempre que no tenemos apéndice. Una cicatriz que nunca se borra.

Avendaño no parecía dispuesto a ceder en esta disputa, tan incongruente con su oficio (o con los prejuicios que tenemos sobre los que a este oficio se dedican):

—Tal vez la cicatriz no se borre, pero en unos pocos días quien ha sido operado puede hacer vida normal. No tiene por qué estarse mirando la cicatriz todo el tiempo, como quien se mira el ombligo.

—Pero la cicatriz sigue ahí, en cualquier caso. —Se me escapó una risa floja o despectiva—. Las personas queridas, cuando se marchan, nos dejan una cicatriz que no podemos borrar. Del mismo modo que podemos seguir amando a alguien que esté... en Barcelona, aunque nosotros estemos en Madrid, podemos seguir amando a alguien que esté muerto, aunque nosotros estemos vivos. —Y recordé la elegía de Rilke—: Quizá los muertos puedan perder el hábito de amar a los vivos, como el niño pierde el apego por los pechos de su madre. Pero nosotros no podemos, los seguimos necesitando.

Avendaño se quedó meditabundo durante largo rato, tal vez haciéndose preguntas que no había querido hacerse hasta entonces, tal vez atreviéndose por primera vez a pensar si se habría casado y tenido hijos precisamente porque no había logrado olvidar del todo a su lejana novia devorada por la leucemia. Murmuró con una voz repentinamente cavernosa, como si todo el cansancio de la investigación del accidente aéreo hubiese caído de golpe sobre sus hombros:

—En cualquier caso, no creo que tener ese retrato colgado de la pared te ayude demasiado.

—Ni me ayuda ni me perjudica —dije, y me encogí de hombros, como si el cuadro hubiese amanecido en la pared por sorpresa—. Hay mucha gente viuda que, al volverse a casar, retira los retratos del difunto y todos los objetos que lo recuerdan. Pero sin pretenderlo recuerdan la risa del difunto, el timbre de su voz, cualquier gesto habitual en él, y se sienten culpables, como si los hubiesen pillado en flagrante bigamia. Cuando una persona amada se nos muere abruptamente, aunque nos haya hecho una faena o nos haya defraudado, permanece dentro de nosotros... —Advertí, entonces, que estaba logrando entristecer a Avendaño, que se creía curado de todas sus cicatrices—. Pero perdóneme estos desahogos, inspector. Estoy exhausto y confundido; y me temo que he empezado a delirar. Entiendo que, si la investigación sobre el accidente está a punto de concluir, podré pronto enterrar o incinerar el cuerpo de Lucía...

Avendaño adoptó una actitud compungida:

—Me temo que no tan pronto. Antes habrá que hacer algunas comprobaciones...

—¿Qué comprobaciones? —me sobresalté—. ¿Es que han logrado averiguar su identidad?

—Oh, no, no, nada de eso —se apresuró a aclarar—. Su equipaje estaba por completo calcinado y no es posible reconstruir sus huellas digitales. Tampoco las pruebas de ADN han servido de nada; porque, en efecto, no contamos con registros previos en nuestros bancos de datos... —Volvió a mirar el cuadro, esta vez con renovada curiosidad, y me preguntó respetuoso —: ¿No te importa si le hago unas fotos? Los rasgos del rostro parecen pintados de forma realista y podrían servirnos, a falta de fotografías de la difunta.

Le di permiso para hacerlo, naturalmente. Avendaño se levantó del sofá y tomó con su móvil varias fotografías del cuadro desde diversas perspectivas, algunas de detalle, otras de conjunto.

—Y si no han sacado nada en limpio, ¿por qué no me entregan el cuerpo de Lucía y santas pascuas? —le pregunté.

Había dejado de mirarme de frente, tal vez avergonzado de su respuesta:

—Tendremos que revisar una a una todas las denuncias de desaparición no resueltas que en estos momentos haya en España, para ver si alguna se corresponde con ella. Luego habrá que dejar pasar un periodo de tiempo, por si algún familiar reclama el cadáver. Entretanto, permanecerá en el Instituto Anatómico Forense.

Imaginé el cadáver de Lucía tapizado de escarchas que, poco a poco, irían adquiriendo el grosor de una costra de hielo. Lo imaginé con la piel azulosa, con todo su sistema vascular como una hiedra marchita, pero con el corazón latente, como una brasa encendida dentro del hielo.

—Pero... eso es una crueldad —farfullé, golpeado por el estupor—. ¿Y a qué se refiere cuando dice «un periodo de tiempo»?

—Depende de una decisión judicial, Alejandro. Si por mí fuera, mañana mismo te entregaría ese cuerpo —dijo, tratando de sonar generoso—. Tengo la casi absoluta certeza de que no lograremos determinar su identidad. Y, por supuesto, puedes contar con mi ayuda para reclamarlo. Habrá que dar muchas explicaciones; pero al menos así evitaremos que lo arrojen a una fosa común. Que es el destino final de todos los cadáveres sin identificar.

Y como la imaginación, una vez que se desboca, ya no puede detenerse, imaginé el cadáver de Lucía guardado en un fardo de tela y arrojado junto a otros fardos en una fosa excavada en las traseras de algún cementerio

clandestino, después espolvoreado de cal viva y tapado con una leve capa de tierra, sin que nadie la llorase, sin que nadie rezase por su alma ni esperase la resurrección de su carne. Pero yo no me había resignado a que se hubiese marchado al reino de los muertos y mucho menos me iba a resignar a que corriese ese destino.

—No puedo permitir que hagan eso con ella... —musité. Y cambié bruscamente de asunto—: Me dijo que iba a pedir que le seleccionasen las grabaciones de las cámaras del aeropuerto en las que apareciese...

Avendaño asintió con una sonrisa tímida y extrajo de un bolsillo de su gabardina un disco plateado metido en una funda que sostuvo con temor, como si fuese radiactivo.

—En este DVD están todas, desde que llegó al aeropuerto hasta que embarcó en el avión. Las hemos revisado de principio a fin y no hemos detectado nada sospechoso. —Frunció los labios, en un rictus contrariado—. Estuve dudando si hacerte una copia, no creo que sea muy saludable que te pongas a mirar unas imágenes en las que aparece tu novia un rato antes de morir. Es demasiado morboso...

Pero yo estaba dispuesto a chapotear en todas las morbosidades, para así mantener siempre fresca mi cicatriz.

—Puede dejármela, inspector, no tenga miedo. No creo que me atreva a verla durante un tiempo, pero me gustaría tenerla conmigo... —mentí—. ¿Y entonces Lucía no hizo nada antes de montar en el avión?

—Nada fuera de lo común, se entiende —matizó Avendaño—. Se compró una revista para matar el rato, entró al servicio para asearse, también llamó desde una cabina nada más llegar... —Y añadió, anticipándose a mi curiosidad—: Por supuesto, hemos comprobado a quién llamó. Se trata de una tal Valentina, una chica del Este que trabaja como camarera en un restaurante en el que también trabajó tu novia. Al parecer eran amigas. ¿Conoces a esta Valentina? —Denegué con la cabeza, lastimado una vez más al comprobar que seguía sabiendo muy poco sobre Lucía—. Bueno, fue una llamada sin importancia, imagino que querría despedirse de ella o comentarle alguna cosa sobre el trabajo. Pero el caso es que la tal Valentina no oyó la llamada y no contestó. Ya hemos hecho todas las comprobaciones, uno de mis agentes se entrevistó con Valentina, que se quedó muy triste al saber que su compañera había muerto en ese avión. Al parecer, tu novia le había contado llena de ilusión que os ibais a Canarias...

Procuré no mostrar demasiado interés ni ansiedad:

—¿Y podría darme el teléfono de esa Valentina? Me gustaría poder hablar yo también con ella...

Avendaño me tendió el disco con las grabaciones de las cámaras del aeropuerto. Dentro de la funda estaba atrapada una tarjeta con un número de teléfono escrito a bolígrafo.

—Te lo he anotado ahí —dijo, con leve condescendencia—. Te advierto que la chica no sabe más que superficialidades sobre tu novia. Y habla un español detestable. —Me miró preocupado, como si estuviese escrutando mi alma—: En cualquier caso, deberías intentar dejar atrás este episodio, Alejandro.

Pero su piadosa recomendación era inútil. Pues empezar a desvelar un misterio es como tratar de sacar a un leopardo de una cueva. Una vez que lo has azuzado, ya no puedes detenerlo, ya no puedes impedir que te persiga hasta darte caza, hasta clavarte sus dientes y devorarte. Me decidí a tutearlo yo también:

—¿Y cómo lo dejas atrás, amigo? Tú mismo me dijiste que uno se olvida de su desgracia sin darse cuenta, sin hacer nada por olvidarse. A mí todavía no me ha llegado ese día.

Avendaño asintió, cabizbajo. De nuevo, le costaba mirarme a los ojos.

—A mí me ayudó la fe —me confesó sin circunloquios, y me preguntó a bocajarro—: ¿Tú crees en Dios?

La pregunta me descolocó un tanto, es posible que en otras circunstancias me hubiese molestado incluso. Pero no descubrí en Avendaño ninguna intención capciosa ni entrometida, mucho menos burlona.

—Bueno, no lo tengo completamente claro... —vacilé—. Cuando eres feliz, no tienes la sensación de necesitar demasiado a Dios; si acaso le agradeces lo que tienes y notas que a Dios le agrada tu gratitud. Pero... cuando estás desesperado y hundido, acudes a Él y... ¿con qué te encuentras? Con una puerta que se te cierra en las narices. Oyes un cerrojazo de doble vuelta y después el silencio, el más terrible silencio. El silencio de una casa lóbrega y completamente vacía...

Mi voz también se había vuelto lóbrega. Avendaño me sorprendió:

—Exactamente lo mismo le ocurrió a Jesucristo. ¿Lo recuerdas? Le pregunta a Dios desde la cruz: «¿Por qué me has abandonado?». Pero no obtiene respuesta. Muere sin obtenerla. Luego, a los tres días, comprobamos que Dios no lo había abandonado. Tal vez sólo se trate de tener un poco de paciencia. Los tiempos de Dios no son los tiempos de los hombres.

Creo que esta vez Avendaño logró molestarme un poco, y a punto estuve de recomendarle que abandonase la policía y se metiese cura (o al menos pastor evangélico, si no podía desprenderse de su familia). Logré, sin embargo, refrenarme, al reparar en su gesto fraternal; en cambio no pude evitar ironizar sobre la resurrección, recordando a Scottie, el protagonista de *Vértigo*:

—Cuando se nos quita una cosa, nunca se nos devuelve exactamente la misma —dije—. Ni siquiera Dios nos puede devolver la felicidad del pasado. Si nos parece que nos la ha devuelto es porque padecemos un espejismo.

Avendaño había enmudecido, mohíno. Tal vez estuviese rezando por mí.

VIII

A medida que nos adentrábamos en el verano, la urbanización se iba quedando vacía y sin tráfico, como una geografía soñada. Lucía y yo paseábamos entre setos como murallas altivas, entre chalés como mastabas en cuyos sótanos se pudrían fajos de dinero negro, entre jardines como huertos baldíos para pijos estresados. A cada poco nos tocaba sortear rotondas superfluas, seguramente diseñadas para justificar las mordidas de los concejales de urbanismo, en las que algún automovilista extraviado u ocioso daba vueltas y más vueltas, nostálgico del tiovivo. Al fondo de nuestros paseos se hallaba una iglesia horrenda, toda de hormigón, con un campanario entre mesopotámico y masónico y una escalinata de acceso digna de cualquier casino de Las Vegas.

—Una de las razones por las que hay que tomarse en serio las creencias religiosas —me dijo Lucía— es por su resistencia a la fealdad. A mí una persona que asiste a misa o entra a rezar en un sitio tan espeluznante y mantiene la fe me parece un héroe.

Pero no debían de ser muchos los vecinos dispuestos a tales sacrificios heroicos, porque durante los meses estivales la iglesia se había cerrado al culto, para hacer en ella algunas reformas. Imaginé que el hormigón empleado en la construcción del engendro habría provocado las iras divinas y enfermado de aluminosis. Subimos por la escalinata tan presuntuosa como hortera, todavía sobrecogidos por aquella aberración arquitectónica. La puerta principal estaba abierta, para facilitar el trasiego de los albañiles que trabajaban en su interior. Me dispuse a entrar como si tal cosa; pero percibí que Lucía se quedaba rezagada, temerosa de franquear el umbral. Me extrañaron sus prevenciones:

—¿Por qué no pasas? —le pregunté.

—Nunca me ha parecido muy respetuoso andar entrando en los templos para fisgar —se excusó—. Y, además, no creo que hayamos

venido con la ropa más adecuada.

Ambos vestíamos, en efecto, pantalones cortos de domingueros; y Lucía, además, llevaba una camiseta de tirantes que apenas contenía sus senos copiosos. Pero sorprendí en sus ojos una sombra de zozobra que no podía estar motivada por tan nimios motivos indumentarios.

—No seas tonta —le dije—. Los albañiles están trabajando con el torso desnudo. Seguramente habrán desacralizado la iglesia, mientras duran las obras.

Y no la engañaba, pues en el altar no se atisbaba la luz de la lámpara que advierte a los fieles que el sagrario guarda formas consagradas. Aunque el altar de aquella iglesia era, desde luego, tan mesopotámico o masónico como el campanario; y tampoco pude distinguir sagrario alguno, ni retablo mayor ni barandilla del presbiterio ni ninguno de los elementos característicos de las iglesias católicas de antaño, sino tan sólo un altar que recordaba una mesa de merendero y unos ambones que hubiese envidiado el portavoz o portavoz de cualquier grupo parlamentario de nuestro opíparo Estado de derecho.

—Está bien —accedió a disgusto Lucía, por no provocar una disputa—. Pero te ruego que no te enrolles mucho.

El interior de la iglesia era enteramente abominable, sin concesiones mínimas al buen gusto; pero la profusión de andamios y de lonas de construcción aliviaba un tanto el espectáculo de apabullante fealdad. En el techo como de hangar o nave industrial se atisbaban las grietas de la aluminosis, abnegadas en su caritativa labor de arruinar el engendro, que extendían sus zarcillos hasta los murales del altar, de un estilo entre cubista y neobizantino que provocaba vahídos, como si Picasso y Rublev hubiesen procreado un hijo tonto y lo hubiesen puesto a pintarrapear paredes. En uno de los murales se distinguía a un Dios venerable que contemplaba la expulsión del Edén; aparte de la composición burda e inarmónica, resultaba llamativo —ridículamente llamativo— que el anciano que representaba a Dios esbozase una sonrisa afable, como si no estuviese castigando a Adán y Eva de por vida (y a toda su descendencia, de paso) por una grave culpa, sino más bien bendiciendo su venial travesura. Y tampoco Adán y Eva parecían demasiado afligidos por el castigo, pues caminaban juntos de la mano y muy erguidos, con cara de panolis orgullosos participando en una

excursión campestre o manifestación pacífica. Me volví hacia Lucía para preguntarle jocosamente:

—¿Qué me dices de este engendro?

Lo contempló en silencio, todavía merodeada por el desasosiego y a la vez incrédula de la necedad del pintamonas.

—Es la obsesión por hacerle creer a la gente que Dios es buenecito —susurró, temerosa de alzar la voz—. Un Dios que parezca el rey de un cuento de hadas.

—Supongo que así es más fácil atraer a la clientela —dije, tomándolo a pitorreo.

En cambio, Lucía empleaba un tono de voz cada vez más grave:

—Pues se equivocan de cabo a cabo. En realidad, lo que les ocurre es que quieren hacer un pelele a su imagen y semejanza. Y como ellos se creen muy buenecitos tienen que hacer un Dios a su medida, que no castigue a nadie...

Aunque seguía con el rostro elevado hacia el mural, parecía que hubiese dejado de verlo, a juzgar por la fijeza de su mirada y la voz abstraída. Su colgante brillaba en la penumbra como la lámpara del sagrario que faltaba en la iglesia. Traté de bromear:

—Hay que volver al Dios cruel, al sádico cósmico que se burla del dolor del hombre.

Mis palabras la escalofriaron; y una vez más descendió sobre ella un velo de ceniza mientras hablaba:

—No, no se trata de eso. Pero la mayoría de cristianos han perdido tanto el sentido de la culpa que ya no sólo no aceptan el castigo divino, sino ni siquiera la existencia del mal. No pueden admitir que su Dios buenecito permita el mal, no pueden concebir que no lo impida. Y como el mal está ahí, tan cierto como el sol, acaban dejando de creer en Dios. Es lógico que así ocurra.

Lo había dicho con una contundencia que podía interpretarse como ensañamiento.

—Bueno, tampoco creo que a un ateo la existencia del mal lo alivie demasiado... —repliqué.

—Ninguna cuestión difícil alivia a nadie —asintió Lucía—. Pero tratar de rehuir las cuestiones difíciles con respuestas bobaliconas es propio de gilipollas y enanos mentales. Sobre esto me contaron una anécdota muy buena, protagonizada por Sheij Al-Alawi, un místico argelino. Un terremoto había causado decenas de muertos y gran

destrucción en Orán y Al-Alawi paseaba entre los escombros y los cadáveres con un misionero cristiano. «No entiendo cómo los musulmanes podéis pensar que Dios haya permitido que suceda esto», dijo el misionero, horrorizado ante la tragedia. El místico musulmán precisó: «Alá no lo ha permitido, querido amigo. Alá *lo ha hecho*». Tal vez sea un poco exagerado, pero me parece un punto de partida más valiente que el postureo buenista.

Había echado a andar por el pasillo central de la iglesia en obras, dándome la espalda. Le pregunté candoroso:

—¿Es que te vas a convertir al islam o qué?

Sólo quería resultar gracioso. Lucía refugió ambas manos en los bolsillos de su pantaloncito vaquero, para contener su temblor. Aquel lugar parecía provocarle un malestar físico.

—Sólo digo que me parece un punto de partida mejor. Sin temor de Dios no se puede montar una religión seria —me contestó.

—Pero si convertimos a Dios en causa del mal, volvemos al sádico cósmico —objeté—. Un Dios cruel, revanchista e irracional. Entonces, ¿para qué hace falta el demonio?

—Vale, te compro eso de que Dios no puede ser causa del mal —dijo—. Pero castigar al malvado no es hacer ningún mal; al contrario, es el único modo de restablecer el bien. Por supuesto que Dios puede castigar, es su derecho y su obligación. Sería un dios de coña si no castigase. No lo hace por crueldad ni por revanchismo, sino por justicia. Lo irracional sería que no castigase. Ya lo dice el refrán: «Quien bien te estima, bien te castiga».

Aunque el día estaba radiante y empezaba a hacer ese calor viscoso que prefigura el bochorno, Lucía seguía temblando. Desde lo alto de la escalinata, las urbanizaciones de los alrededores parecían módulos de un infierno repetido. Volví al tono jocoso, en un esfuerzo por espantar su pesadumbre:

—Todo eso suponiendo que Dios exista, claro. Que ya es mucho suponer.

Pero no logré espantarla, sino más bien teñirla de algo parecido a la angustia. Me miró con ojos que venían de la noche y habían visto el corazón del miedo, como la música de Shostakóvich:

—Cuando has vivido de cerca ciertas cosas prefieres creer que Dios existe —me dijo, con una voz agónica—. Sólo Dios tiene fuerza

para cargar con todo el dolor del mundo. Si nos quedásemos solos, tanto dolor nos aplastaría.

Pero no me quiso decir qué cosas había vivido de cerca. Aunque no buscó mi apoyo, la tomé de la mano, notando que se tambaleaba, débil como una cigüeña caída del nido.

8

Con frecuencia imaginamos —incluso cuando no creemos en la vida de ultratumba, o sólo nebulosamente— que los muertos nos miran desde alguna atalaya o palco. E imaginamos también que, cuando nos miran, lo hacen con mucha mayor perspicacia y penetración que cuando estaban vivos. Tal vez esto ocurre porque, como explica Rilke, no podemos aceptar que ellos hayan perdido el hábito de lo terrenal y se hayan desentendido de nosotros; no podemos aceptar que puedan existir sin preocuparse de nosotros, puesto que nosotros no podemos prescindir de ellos. Tal pensamiento ya había hecho presa en mí, con efectos reparadores: pues, mientras pensaba que Lucía me estaba mirando desde su atalaya o palco de ultratumba, mi dolor parecía apaciguarse. Y así, además, podía imaginar que mis pesquisas estaban siendo inspiradas directamente por ella. Telefoneé sin éxito a los dos números que me restaban de la muy escueta lista que Lucía me había dejado anotada en el libracó de nazis prófugos o penitentes, también al teléfono de aquella Valentina para mí por completo desconocida a la que Lucía había llamado (igualmente sin éxito) desde el aeropuerto. Y para compensar aquellos reveses decidí asistir a la fiesta de cumpleaños de Rosario Tena, en la esperanza de poder hablar con alguien que hubiese conocido a Lucía. Aquel sábado estuvo cayendo durante todo el día una lluvia muy tupida y torrencial, como si Dios hubiese decidido castigar la maldad de los hombres (era su derecho y su obligación). Pensé que sin duda aquel diluvio restaría brillo y concurrencia al cumpleaños de Rosario Tena, incluso que podría obligarla a suspender la convocatoria; pero preferí no llamarla para preguntárselo, un poco supersticiosamente, pues deseaba en cualquier caso volver a verla (y no para hacer nada reprobable ni reavivar viejos rescoldos, pues Lucía me estaba mirando). Compré, de camino hacia su casa, un ramo de rosas blancas en una floristería; y conduje por carreteras que la tromba de agua apenas me permitía vislumbrar a través del parabrisas. Fue una conducción casi submarina que me dejó exhausto y sin aire para ascender por el sendero que conducía hasta la casa de Rosario Tena. Los árboles que lo flanqueaban me protegían a

medias de la tormenta con su bóveda vegetal; o, más exactamente, creaban dos lluvias con distinta velocidad: una lograba colarse entre el follaje; la otra era detenida en su descenso por las hojas, que acababan finalmente dejándola caer también, pero más lenta y blandamente, despojada ya de su furia castigadora.

—No esperaba que vinieses —me saludó Rosario Tena desde lo alto de la loma, cobijada por el porche—. Y, además, eres el primero en llegar.

Deduje que el cumpleaños sería más bien desangelado, o bien que Rosario Tena me habría citado con cierta antelación (tal vez para forzar que estuviésemos un rato a solas), pues ya pasaba casi un cuarto de hora de las nueve, que era la hora a la que supuestamente comenzaba la fiesta.

—Feliz cumpleaños —dije, cuando por fin alcancé el porche, tendiéndole el ramo de rosas que la lluvia había magullado—. Me parecía muy descortés no aceptar tu invitación. Además, como me dijiste que entre los invitados habría alguna persona que llegó a conocer a Lucía...

Lo señalé para que desde el principio no hubiese equívocos sobre la razón de mi visita. Rosario Tena había elegido para la ocasión un vestido poco acorde con las inclemencias del cielo, muy largo y vaporoso, de una gasa o cendal blanco que transparentaba o al menos traslucía su figura, muy escotado y ceñido a la cintura por un ancho cinturón dorado. El vestido la favorecía enormemente; y realzaba sus piernas apenas veladas por la gasa, que se conservaban muy firmes y juveniles, como a veces ocurre en ciertas mujeres maduras, que pueden quitarse años a los ojos de quien las pondera con tan sólo desviar su atención a las pantorrillas milagrosamente indemnes a los estragos de la edad. La seguí hacia el interior de la casa, después de que un mayordomo o camarero muy enjaezado para la ocasión me tomase el abrigo empapado, como antes había tomado el ramo de rosas de manos de Rosario Tena, poco complacida con la ofrenda floral (o con su código cromático). El repiqueteo de sus zapatos de tacón se acompasaba con el contoneo de sus nalgas, que al moverse parecían decir: «Para ti, para mí; para ti, para mí». Abrió las puertas plegadizas de un camarín que parecía apartado de las estancias principales, sin más mobiliario que un diván de terciopelo rojo de formas ondulantes, al estilo del que Dalí diseñó inspirándose en los labios de Mae West, y un velador con una cubitera de hielo, una botella de *amaretto* y un par de vasos. Rosario Tena me hizo una leve señal para que cerrase herméticamente las puertas plegadizas y se sentó sobre el diván, cruzando las piernas.

—El otro día, cuando te fuiste —empezó—, me quedé con remordimientos por no contarte todo lo que sé sobre Lucía.

Depositó suavemente la mano sobre el diván, invitándome a sentarme a su lado. Además de muy vaporoso, su vestido tenía rachas en los costados, y sus piernas cruzadas asomaban esbeltas y bronceadas como un Stradivarius, y con su mismo brillo oleoso y destellante, como si las hubiese untado con algún aceite corporal. Sólo en los pliegues y arrugas que resquebrajaban sus rodillas asomaban los estragos de la edad; pero ese arañazo de decrepitud la hacía todavía más deseable.

—Pues tú dirás, soy todo oídos —dije, arrimándome lo máximo al extremo del diván (a la comisura de sus labios de terciopelo), para evitar malentendidos.

Rosario Tena sostenía entre las manos un móvil que recibía constantemente mensajes y los anunciaba con un campanileo parecido al de una caja registradora. Imaginé que serían los convidados a la fiesta, que le anunciaban su retraso por culpa de la lluvia, que no había declinado en su violencia, aunque hasta el camarín apenas llegase un eco de remota metralla líquida y el incesante trajín de los canalones, como un río en desbandada por toda la casa. Rosario cerró su móvil y lo dejó sobre el velador, antes de servir con parsimonia sendas copas de *amaretto*, cada una con sus respectivos hielos, y tenderme una.

—¿Qué fue lo que no me contaste? —la acució, tomando un brevísimo sorbo de aquel brebaje que sabía a la vez a albaricoque y almendras amargas.

Rosario Tena bebió, en cambio, un largo trago de su copa, como si necesitase armarse de valor para la confidencia. Procuré rehuir la visión de sus muslos, tan finos al tacto como el papel biblia. O así los recordaba yo, al menos.

—Lucía tenía miedo —dijo al fin—. Estaba siempre asustada.

Yo no me habría atrevido a afirmarlo con tanta rotundidad. Pero sabía que la asediaba algún secreto dolor, o tal vez la sombra de una culpa, por haber vivido de cerca cosas que nunca me había declarado; cosas que trataba de mantener a buen recaudo, aunque a veces enturbiasen su mirada, o la hiciesen temblar, o la agitasen en sueños.

—¿Y te contó a qué o a quién tenía miedo? —me interesé.

—Nunca. Ya sabes que era una persona muy reservada. Puede que estuviese enferma.

—¿A qué te refieres? ¿Te lo reconoció o insinuó ella? —pregunté.

—Todo lo contrario. —Sus ojos de un azul vivísimo parecían querer escudriñar algún sótano de la memoria—. En alguna ocasión llegué a preguntárselo y me lo negó. Me aseguró que estaba físicamente sana, que sólo tenía un poco de tensión por el trabajo. Pero en al menos un par de ocasiones le vi unas recetas médicas en el bolso. Varias recetas de tranquilizantes y ansiolíticos. Lo propio de alguien que está recibiendo un tratamiento intensivo.

Había empezado a sonar reiteradamente el timbre, anunciando la llegada de los primeros invitados, que el camarero conducía hasta alguna dependencia lejana de la casa, evitándonos el barullo.

—Entonces... estás diciéndome que padecía algún tipo de trastorno mental —deduje, un poco molesto—. Que estaba paranoica o algo parecido.

—Eso dependería de si su miedo estaba fundado o era producto de su imaginación —se defendió—. Habría que saber si estaba huyendo de algo cierto o tan sólo de sus fantasmas.

Apuré la copa sin rebozo, acuciada por una rara ansiedad. Tal vez se la provocase recordar a una mujer muerta; tal vez cumplir años y tener que mostrarse risueña ante sus invitados, para no delatar sus íntimas desolaciones; o tal vez mi proximidad la turbase de algún modo, tras las pruebas de hostilidad y desapego que me había dispensado en mi anterior visita. Los amores antiguos pueden reavivar su rescoldo de los modos más imprevistos o alambicados, o envenenarse de un deseo intempestivo, o de una aborrecible nostalgia. Por eso siempre conviene mantenerlos lejos.

—El otro día me porté como una bruja contigo... Quiero pedirte disculpas —murmuró Rosario Tena, apurando su copa.

Su mirada se había amansado; y se habían dulcificado sus facciones. Pero, durante mi anterior visita, su comportamiento no me había extrañado, tal vez porque se correspondía exactamente con lo que yo esperaba de una amante antigua y despechada, tal vez porque juzgaba que no merecía otro mejor. Intenté eximirla de culpa:

—No tienes que disculparte por nada, Rosario. A fin de cuentas...

—Claro que tengo que hacerlo —me cortó, con humillada contrición—. Aquel hombre del que te hablé, rubio y cachas, que estaba esperando a Lucía en un coche con los faros apagados... Te hice pensar de forma malintencionada que podía tratarse de un tío con el que estuviese liada. En realidad, la impresión que me llevé en su momento es que se trataba más bien de una especie de guardaespaldas o escolta. No se dieron ningún beso cuando Lucía entró en el coche, ni se dedicaron ninguna otra muestra especial de

cariño. Puede que Lucía estuviese perseguida por alguna extraña razón y que la hubiesen metido en algún programa de protección de testigos o algo por el estilo. Eso explicaría también que anduviese por ahí con una identidad falsa.

El rumor del agua haciendo borborismos por los canalones se mezclaba con el barullo sordo de los invitados, que ya empezaban a ser numerosos. Rechacé esta hipótesis:

—No lo creo, Rosario. Si así hubiese sido, la policía me lo habría dicho. Al consultar sus bases de datos habrían descubierto la verdad.

Me miró con una cierta condescendencia, como perpleja de mi candor:

—¿Y quién te dice a ti que la policía estaba al tanto? Tal vez esas cuestiones las decidan en las altas esferas, no creo que los servicios secretos compartan con la policía ciertas cuestiones.

Logró infundirme un abrumador desasosiego, haciéndome sentir de repente insignificante ante un misterio demasiado vasto e impenetrable. Pero tal vez Rosario Tena estuviese haciendo lucubraciones fantásticas, incluso paranoicas; mucha gente tiende a hacerlas, cuando su raciocinio no alcanza a explicarse ciertas complicaciones de la vida, es un recurso delirante al que nos ha acostumbrado el periodismo sensacionalista. Preferí desviar nuestra conversación por otros derroteros:

—¿Y desde cuándo la notaste asustada?

Rosario se sirvió otra copa de *amaretto*, esta vez sin preocuparse de reponer el hielo, hasta que el vaso estuvo más que mediado. Mientras lo hacía miré por el rabillo del ojo sus muslos lustrosos e inconcebiblemente jóvenes; parecían ríos de lava y desprendían su mismo calor peligroso.

—Desde siempre, creo yo. Pero al principio confundí ese miedo con el desvalimiento —respondió, cuando acabó de servirse—. Pensé que le imponía mi presencia, que su admiración hacia mí era tan grande que la paralizaba. Luego pensé que tendía a identificarme con el personaje absurdo de tu novela y eso la intimidaba; me había ocurrido antes con otras personas. Pero, poco a poco, fui dándome cuenta de que se trataba de algo más profundo. A veces, mientras estaba pintando el cuadro que te llevaste, advertía que la expresión de su rostro variaba por completo. Si se lo señalaba, Lucía siempre decía que había tenido una bronca con una amiga, o que estaba harta de su trabajo. Pero el miedo y el enojo tienen expresiones faciales muy distintas, cualquier retratista con un poco de experiencia lo sabe. Para expresar enojo, crispamos las facciones, las apretamos y contraemos. Cuando nos invade el miedo, hacemos exactamente lo contrario: los rasgos se dilatan y distienden. Las cejas se fruncen cuando estamos enojados; se elevan cuando estamos

asustados. Nos mordemos los labios cuando estamos enojados; pero cuando estamos asustados nuestra boca se entreabre con una flojera a veces temblorosa. La mirada enojada se concentra en un punto; la mirada miedosa está siempre perdida. Y lo mismo sucede con nuestras manos: las cerramos instintivamente en un puño o las extendemos según estemos hechos un basilisco o un flan. —Y acompañaba su descripción con gestos y visajes—. Lucía estaba constantemente asustada. A veces era un temor discreto que lograba disimular, otras un terror incontrolable que la sacudía por entero. Pero el miedo era su estado de ánimo habitual. Y vivir con miedo tiene que ser lo más parecido al infierno.

Suspiró compasiva y entrecerró los ojos. Se había recostado sobre el respaldo del diván, encajando la cabeza en la hondonada o curvatura que en el labio superior llamamos figuradamente arco de Cupido. Habían empezado a corroerme los remordimientos:

—Yo también reparé muchas veces en lo que cuentas, pero no lo supe interpretar, o no le presté la atención debida.

Rosario Tena me tomó la mano y la apretó fuertemente, condoliéndose de mi postración.

—Por lo que fuera, Lucía no quería compartir con nadie sus temores. No tiene sentido que te martirices.

Pero menos sentido aún tenía ignorarlo, menos sentido aún tenía pretender que nuestras omisiones no son culpables ni acarrear un castigo. Como había afirmado Lucía en cierta ocasión, tratar de rehuir las cuestiones difíciles con respuestas bobaliconas es propio de gilipollas y enanos mentales. Rosario se alzó del diván y entreabrió las puertas plegadizas del camarín. El barullo de la fiesta me golpeó como una carcajada siniestra.

—Tengo que atender a mis invitados, de lo contrario van a pensar que soy una anfitriona penosa —se excusó, con un mohín de lástima—. Pero te ruego que me acompañes. He invitado a alguien que conoció a Lucía.

Seguí sus pasos (el repiqueteo de sus tacones), aplastado por la culpa y como si me moviese por las antecámaras del infierno, buscando la cola de los réprobos. A Rosario Tena los invitados la asaltaban a cada paso, bulliciosos y zalameros, la felicitaban efusivamente y le dedicaban los piropos más encendidos, la besaban y abrazaban en un torbellino de hipocresía y adulación, como me habrían besado y abrazado a mí cuando era un escritor de moda. Los más atrevidos le ceñían la cintura, denotando ante el resto una especial intimidad con la anfitriona; o se esforzaban en retenerla, codiciosos de sus favores. Pero a todos los despachaba Rosario Tena con una suerte de

displicente cortesía, prometiéndoles que enseguida se reuniría con ellos; y cuando se ponían un poco insistentes me tomaba de la mano, escenificando una reconciliación con el viejo amante que dejaba a los invitados (seguramente acostumbrados a despellejarme ante ella, para ganarse su confianza) desconcertados o cohibidos, tal vez temerosos de que mi rehabilitación les deparase más pronto que tarde una condena al ostracismo. Así logramos al fin llegar al fondo del salón, donde Rosario Tena había ordenado disponer una barra libre atendida por un camarero que no lograba dar abasto ante la avalancha de ganapanes modernillos con ansias de gorronear una copa. Parecían todos repetidos, con sus corbatas de tirilla y sus trajes muy ceñidos que les empitillaban el pitilín y sus barbitas ahuecadas y fragantes de champú. También había mujeres que se pretendían juveniles (pero pertenecían al gremio de las mozas viejas), vestidas al modo de pordioseras *chic*, con zamarras lanudas y tintineantes de dijes o monedas falsas y botas llenas de flecos, camisolas flojas con estampados étnicos y sombreros de ala ondulante, como nenúfares mustios, sobre sus cabezas de chorlito. Hasta una de estas petardas me condujo Rosario Tena, apartándonos a ambos del barullo circundante.

—Alejandro, te presento a Paula, que escribe para varias revistas femeninas —nos presentó sumariamente—. Alejandro no necesita presentación, ya lo conoces de sobra. Quería que le contases aquella anécdota sobre Lucía, la chica que posó para mí el año pasado... —Como la petarda Paula parecía *in albis*, Rosario entró en detalles—: Sí, mujer, la que llevaba el pelo con aquel moño en la cocorota que parecía un nido. La conociste el día en que se presentaba la retrospectiva de mi obra, en la galería de Soledad Lorenzo...

La petarda Paula frunció el ceño y apretó los labios (como si recordar la enojase), hasta que al fin recuperó de las brumas del pasado a Lucía, y entonces alzó las cejas y abrió la boca (como si haber recordado le infundiese miedo).

—¡Anda, pues claro, ya sé a quién te refieres! —exclamó, procurando que no se le notase demasiado el desagrado, para no ofenderme—. La verdad es que fue una escenita un poco desagradable...

—Creo que ocurrió en un bar o cafetería o algo así... —la azuzó Rosario para que arrancara.

—En la Cervecería Alemana de la plaza de Santa Ana, para ser más exactos —prosiguió—. Recordarás que al acabar la inauguración te quedaste atendiendo a unos reporteros de la televisión y quedamos en reunirnos allí. La

chica esta se nos había pegado... —se detuvo, al tropezarse con mi mirada desaprobatoria—. Quiero decir, que en nuestra pandilla ninguno conocía a Lucía; pero como la habíamos visto hablando contigo y con Soledad Lorenzo en la galería imaginamos que sería una buena amiga tuya, lo dimos por hecho, vaya. La chica estaba bastante calladita y no probó el alcohol, eso lo recuerdo bien porque, cuando hicimos el pedido al camarero y nos pusimos a contar las copas que tenía que traer, Lucía se descartó, insistiendo además varias veces, por si el camarero todavía no se había enterado. —Nos lanzaba miradas de cotilla aviesa, escrutando nuestras reacciones, pero procurábamos mantenernos impasibles—. Bueno, el caso es que allí seguimos esperándote hasta las tantas, luego resultó que nunca llegaste porque te surgió no sé qué contratiempo. En el grupo había una chica siria, refugiada de la guerra, que por entonces era novia de aquel concejal de distrito un poco perroflauta que te dio la murga para que pintases unos grafitis en el Patio Maravillas, al estilo de Banksy, no sé si te acuerdas... —Rosario seguramente se acordase, pero lo despachó con un rictus hastiado; supuse que el concejal perroflauta habría pretendido que pintase gratis los grafitis—. Durante un buen rato ninguno habíamos reparado en que la novia del concejal fuese musulmana, porque tenía rasgos bastante occidentales, era relativamente mona, no llevaba velo ni abría la boca o sólo la abría para reírle los chistes a su novio perroflauta, que tenía la gracia en el culo. Bueno, el caso es que en un momento dado la chica siria, que apenas chapurreaba español, se puso a contarnos sus experiencias en un campo de refugiados turco en el que había pasado un par de semanas, antes de que le dieran visado para venir a España, donde al parecer su padre ejercía como médico desde antes de que se montara allí el jaleo...

Paula se detuvo un instante, temerosa de que la palabra elegida para designar la guerra que había desangrado aquel país durante años y lo seguía desangrando hubiese sonado demasiado frívola. Reparé en que tenía el labio superior un poco remangado, señal inequívoca de que se chutaba bótox o alguna otra guarrería semejante; y también reparé en que había recurrido a otras tretas de moza vieja para mantener una tersura facial que era un puro trampantojo.

—¿Y qué pasó entonces? —la urgí.

—Bueno, la chica siria inevitablemente se convirtió en el centro de atención de todos los que allí estábamos reunidos; pero a Lucía se le notaba cada vez más incómoda, sobre todo cuando empezó a despotricar del presidente sirio en un español macarrónico —dijo, sacudiendo a la vez la mano, como si quisiera ponderar la virulencia verbal de la refugiada siria, o

tal vez la división de opiniones que sus palabras habían suscitado en la reunión—. Yo noté que Lucía se mordía la lengua y hacía esfuerzos para no estallar; pero cuando ya no pudo aguantar más fue, paradójicamente, cuando la conversación tomó derroteros más relajados y la siria anunció que sabía leer el futuro en las hojas del té. Lucía se puso entonces frenética y le espetó que una verdadera creyente no puede hacer adivinaciones. —Paula adoptó entonces un gesto medroso, sus rasgos se dilataron y sus cejas se alzaron hasta donde lo permitía el bótox, como si estuviese reviviendo la escena—. La siria al principio se tomó a broma el reproche, lo mismo que todos nosotros, que no encontrábamos demasiada diferencia entre la adivinación y la religión, aunque por supuesto yo respeto que la gente crea en lo que le dé la gana, siempre que no pongan en peligro la convivencia democrática y el Estado de derecho. Pero Lucía no estaba de broma, se había alterado bastante y alzó la voz, dirigiéndose a la siria. «¿No te enseñaron que sólo Alá tiene las llaves de lo oculto?», le dijo muy borde. Y logró cortarnos a todos el rollo, menos a la siria, que bajo su pinta de modosita se ve que era bastante chunga y pidió entonces al camarero que le trajeran hojas de té, que iba a leerle el futuro a Lucía. —Sacudió otra vez la mano, esta vez todavía con más énfasis y energía—. ¡La que se montó entonces! Lucía le dijo que, si se le ocurría leerle el futuro, le sacaría los ojos y de paso la llamó cerda, ante lo cual el novio concejal y perroflauta se puso serio e intervino, rogando a Lucía que pidiese disculpas por sus ofensas. Pero Lucía se negó a hacerlo y abandonó la reunión de muy malos modos. —Extendió los brazos, en un gesto de consternación o perplejidad—. Nunca supimos qué es lo que la había puesto tan rabiosa. Luego me enteré de que te había camelado y había trabajado para ti de modelo, Rosario. Me quedé de piedra. Espero que contigo no fuera tan desagradable.

Rosario sonrió de forma un poco estereotipada o desvaída, como queriéndose librar de la petarda, una vez que había cumplido su cometido:

—Como no me dedico a leer el futuro no tuve ningún problema con ella —dijo, en tono de chanza—. Supongo que tuvo una mala noche, como la podemos tener cualquiera.

Paula nos miraba recelosa:

—¿Y por qué querías que le contase a Alejandro esta anécdota?

—Conocí a esa chica tiempo atrás —mentí, anticipándome a la mentira de Rosario Tena—. Me hizo alguna entrevista hace años. Luego le perdí la pista. Cuando vi que Rosario la había retratado me vino a la memoria, nada más.

Rosario Tena tuvo que intervenir para que la petarda nos dejase un instante a solas, prometiéndole (como un rato antes había hecho con los invitados que la sobeteaban) que enseguida se reuniría con ella. Cuando nos quedamos a solas, me preguntó intrigada:

—¿Qué te ha parecido? Yo no me creo que Lucía se enfadase porque el islam prohíba la adivinación del futuro, sinceramente... Seguro que eso le importaba un bledo. Para mí que le preocupaba mucho más que le adivinasen el pasado que el futuro. En el pasado guardaba todos sus secretos.

Los guardaba, en realidad, tanto en el pasado como en el futuro, y tal vez fuesen secretos cogidos de la mano, tal vez viniesen del pasado para proyectarse sobre el futuro, tal vez se moviesen entre ambos tiempos como los ángeles se mueven entre el reino de los vivos y de los muertos. Tampoco tenía yo tan claro que a Lucía le importasen un bledo las prohibiciones del islam, porque creía en un Dios que castiga; y consideraba que castigar al malvado era el único modo posible de restablecer el bien. Pero no iba a confiar a Rosario Tena mis temores.

—Ya no sé qué pensar sobre nada —me excusé; y no estaba mintiendo—. Todo resulta demasiado confuso para mí. Creo que haré mejor marchándome, no tengo el cuerpo para fiestas.

Rosario Tena esbozó una sonrisa lastimada y me acompañó hasta la salida, evitando el salón en el que se congregaban sus invitados, por habitaciones que lo rodeaban a modo de girola. La lluvia seguía arrojando su metralla sobre el mundo; y en el tejadillo del porche repiqueteaba con furia, como si tratase de acompañar el tumulto de mis pensamientos, cada vez más tentados por el abismo, cada vez más asediados de zozobras. Un relámpago rasgó el cielo, como un costurón teológico que definiese las fronteras entre el reino de los vivos y el reino de los muertos.

—¿Volveremos a vernos? —me preguntó Rosario Tena, desde el reino de los vivos.

Había abandonado por un instante la protección del porche, para tratar de retenerme, y enseguida la lluvia empapó su vestido de gasa o cendal, ciñéndoselo al cuerpo, que mis manos recordaban fibroso y ofidio como el de una hurí. El fragor de la lluvia se tragó mi respuesta:

—Espero que sí, Rosario. Pero tienes que darme un poco de tiempo. Necesito antes enterrar a mis muertos.

IX

En mitad de la noche, cuando la casa era una inmensa oreja que auscultaba el silencio, en esa hora exacta en que el mundo entero se ha quedado dormido y los sueños se vuelven minerales, el miedo visitaba a Lucía. A veces lo hacía de forma casi imperceptible, agitaba su cuerpo dormido con leves contracciones que parecían picotear muy adentro de su conciencia, como el cuervo picotea una carroña con el propósito de catarla antes de lanzarse desenfrenado al festín, y el cuerpo de Lucía se estremecía muy brevemente, como si le faltara el suelo bajo los pies o la hubiese sacudido el espectro de un seísmo. Entonces el miedo podía retraerse, sorprendido de que alguien que creía frágil se defendiera contra sus picotazos, y salir despavorido; y el sueño de Lucía volvía a pacificarse, su respiración se acompasaba con la mía y buscaba mi respaldo, hasta desembocar en el alba. Pero otras veces, después de esos picotazos tentativos, el miedo seguía merodeándola, yendo y viniendo como un péndulo, escribiendo arpegios sobre su cuerpo (el miedo siempre sabe pulsar las teclas que nos someten y desmoronan), dejándole dentro un frío que no podían apagar las mantas ni tampoco mi abrazo, que además no era todo lo consistente que puede ser un abrazo, porque era un abrazo dormido, abrazo de arena que no podía erguirse como muralla o parapeto frente al miedo. Y entonces la respiración de Lucía, todavía sumergida en el sueño, se tornaba desigual y acezante como si le faltase el aire, se tornaba dificultosa y agónica como si unas manos de sombra la estuviesen estrangulando, se tornaba jadeo, sollozo inarticulado, a veces incluso súplica hecha de palabras ininteligibles, como si Lucía hablase una lengua jeroglífica, anterior al alfabeto, o sólo una lengua que se iba dejando sonidos por los pasillos del sueño, que se iba chocando en todas las esquinas hasta brotar de sus labios como una estampida o tropel, palabras en fuga hacia la noche, palabras pánicas que venían del corazón del miedo, que habían contemplado el rostro

del horror, como la música de Shostakóvich. Y a veces el miedo la hacía temblar inconteniblemente, la hacía sudar copiosamente, la hacía revolveirse furiosamente entre las sábanas, la hacía gritar con un alarido repentino y alzarse sobrecogida de la cama, como si hubiese recibido una descarga eléctrica, haciendo añicos el silencio de la noche, quebrando mi sueño mineral, un alarido seco que chocaba contra el techo y se daba topetazos contra las ventanas, como una bandada de murciélagos que buscasen en vano la salida.

—¿Qué te pasa, cariño? —me despertaba, alarmado—. ¿Qué ha ocurrido?

Tenía el cabello empapado en sudor, convertido cada mechón en una culebrilla o sanguijuela, muy pegado a la piel tan fría y tan pálida que parecía verdearle, como la piel de Judy cuando por fin completaba su resurrección y se convertía en la llorada Madeleine. Parecía que los pulmones querían treparle hasta la boca, entre ansias y ahogos, pero poco a poco se iban aquietando, poco a poco volvían a acompañar su respiración y el corazón desbocado se refrenaba, sístole y diástole, sístole y diástole, hasta que por fin podía responder:

—Soñé con algo que me hizo miedo. Fue un mal sueño, nada más.

Y se arrimaba contra mí, se pegaba muy fuertemente contra mi carne, para que yo la rodease con un abrazo que ya no era de arena, sino abrazo verdaderamente protector (o así lo creía yo, con típica fatuidad masculina) que trataba a la vez de brindarle refugio e infundirle calma, para que pudiera quedarse otra vez dormida, antes de que llegara la hora de despertar. Yo aceptaba su explicación que ni siquiera merecía este nombre, tal vez porque era la más tranquilizadora, un mal sueño lo tiene cualquiera, es un agua negra que se marcha por el desagüe de los días sin dejar huella. Pero me engañaba a propósito, porque los sueños no nacen de la nada, se alimentan de la vigilia (a veces de sus yacimientos más antiguos, de recuerdos que creíamos perdidos para siempre y, sin embargo, siguen coleando allá al fondo) y a la vigilia vuelven, para ensuciarla con su aliento. Y con frecuencia los sueños nos traen a la vigilia a personas que ya están muertas, personas a las que amamos u odiamos allá en el pasado (a las que tal vez dimos vida con nuestro amor o ayudamos a matar con nuestro odio), personas que rescatan del cementerio del olvido y devuelven a nuestras cavilaciones. Tal vez los sueños sean

esa puerta que permite el eterno fluir entre el reino de los vivos y el reino de los muertos, arrastrando consigo todas las edades. Así lo creían los antiguos, que utilizaban los sueños como vía de comunicación con el mundo de ultratumba. Y tal vez también Lucía se asomase al otro mundo en sueños, o recibiese la visita de dioses extraños que le susurraban mensajes al oído; pero no eran mensajes que le inspirasen victorias en la batalla ni le señalasen rutas de regreso a casa, como hacían los dioses del Olimpo con sus héroes, tampoco eran las profecías que Yahveh inspiraba a sus elegidos, sino mensajes que, incluso cuando el eco del sueño se desvanecía, seguían ejerciendo su lenta carcoma, como esa humedad que corroe las paredes de una casa y las reblandece sigilosamente por dentro. Yo trataba de ayudarla a ahuyentar el miedo, mientras la apretaba contra mí.

—Olvídate de ese mal sueño, Lucía —le dije, tratando de pacificarla—. Intenta volver a dormir.

—En cierta ocasión, leí que el miedo consistía en despertar en medio de la noche y descubrir que tus manos están ensangrentadas, sin saber por qué —murmuró ella—. Pero no es cierto.

El temblor que la había hecho despertar volvió a sacudirla pálida y fugazmente, como la réplica de un terremoto. Calló durante un rato en el que la casa volvió a ser una inmensa oreja que auscultaba el silencio. Como yo no decía nada, prosiguió:

—El miedo consiste en despertar en medio de la noche y descubrir que tus manos están ensangrentadas, sabiendo perfectamente por qué lo están. El miedo no consiste en ignorar; el miedo consiste en saber.

Permanecimos ambos en vela hasta el alba, fingiendo que dormíamos.

9

¿Pueden los muertos hablarnos desde ultratumba? Recordé un cuento de Cortázar en el que un hombre, recién levantado y despejado ya de las últimas hilachas del sueño, descubre con una mezcla de zozobra y sobrecojimiento que la persona fallecida con la que acaba de soñar sigue viva, no sólo en el sueño del que apenas recuerda unos pocos retazos, sino también en la vigilia, en la que esa persona se ha infiltrado misteriosamente, para no desaparecer nunca. Y así me ocurría a mí: Lucía me visitaba en sueños, como el miedo la visitaba a ella, y dejaba sobre mi frente un beso de escarcha, pidiéndome que la sacara de la cámara frigorífica donde la quería dejar el olvido de los hombres, sin que nadie la llorase ni añorase, sola en una noche de hielo perpetua, hasta que un juez diese permiso para arrojar su cadáver anónimo en una fosa común.

Tuve que armarme de valor para atreverme a revisar el contenido del disco que me había traído el inspector Avendaño. Recopilaba una serie consecutiva de imágenes registradas por las cámaras de seguridad distribuidas en diversos lugares del aeropuerto; en todas ellas aparecía Lucía, desde su entrada en la terminal hasta su embarque en el avión siniestrado. En la primera de las grabaciones recopiladas, Lucía todavía no había acabado de agitar la mano con la que se despedía de mí. Aunque las imágenes eran borrosas y sin color, aunque Lucía llevaba el pelo recogido en un gorro de lana blanca muy holgado (salvo algún mechón que se le escapaba) y la mirada velada por unas gafas de sol muy sicodélicas y setenteras, se podían distinguir sus facciones un poco descompuestas o tristonas tras la despedida; y también sus andares de cigüeña caída del nido, que las zapatillas doradas y destellantes hacían más aturcidos. Las grabaciones se sucedían en cortes bruscos, a veces en secuencias muy breves si el tiro de la cámara era corto o el paso de Lucía muy rápido (y aunque al entrar en el aeropuerto su paso era pesaroso, poco a poco iba haciéndose más decidido y firme). En ocasiones, Lucía apenas se distinguía entre la multitud por su gorro de lana; en ocasiones, pasaba tan cerca de la cámara que los rasgos de su rostro se volvían nítidos e

inconfundibles. La vi avanzar, siempre con la maleta de ruedas a rastras (y las ruedas a veces se atascaban, dificultando su avance) por pasillos atestados de gente, por alfombras deslizantes en las que se detenía pensativa a descansar, por una explanada donde se alineaban los mostradores de todas las compañías aéreas. La vi extraer su tarjeta de embarque de una máquina en la que antes tuvo que teclear la clave de su reserva y encaminarse hacia el mostrador de Airjet; la vi hacer cola pacientemente (o no tanto, porque se mordía las uñas, también bufaba y resoplaba) y consultar en tres o cuatro ocasiones el reloj hasta que por fin llegaba su turno y un empleado de Airjet la atendía maquinalmente, sin prestarle demasiada atención (sin duda, un perfecto majadero), y le facturaba el equipaje, dejándola libre de impedimenta. Esta secuencia era mucho más larga que las anteriores; y en ella se veía a Lucía en la media distancia, no tan cerca como para que sus facciones resultasen distinguibles, pero no tan lejos como para que sus gestos no me resultasen familiares. Y tras deshacerse del equipaje se quedaba por un instante dubitativa, miraba a derecha e izquierda y por fin se alejaba a toda prisa hacia algún lugar que quedaba fuera de campo. La siguiente secuencia, en cambio, ofrecía un primerísimo plano de ella (y además se había alzado las gafas de sol, que sujetaba sobre su frente, a modo de diadema), de tal modo que podían verse sin dificultad sus ojos todavía llorosos o al menos irritados, ojos que tenían un candor de trigo en el iris y un fondo de tiniebla en la pupila, ojos excesivos y atolondrados que primeramente buscaban torpemente una ranura donde introducir una moneda (enseguida comprendí que se hallaba ante uno de los escasísimos teléfonos públicos que subsisten en los aeropuertos) y después, por contraste, ni siquiera necesitaban fijarse en las teclas del teléfono, donde marcaba un número que tenía plenamente memorizado. Pero Lucía no solía utilizar el teléfono, al menos mientras estábamos juntos, por eso la celeridad y soltura con las que marcaba el número de aquella Valentina con la que todavía no había logrado ponerme en contacto resultaban más insospechadas para mí. Pero mucho más sorprendente aún resultaba que, después de marcar el número a una velocidad endiablada (con el auricular sujeto entre la mandíbula y el hombro), Lucía no dejaba pasar mucho tiempo antes de colgar, seguramente no más de tres tonos de espera, cuatro a lo sumo, insuficientes en cualquier caso para dar por hecho que no le fuesen a contestar. Es verdad que podría haberle saltado un exasperante buzón de voz, también uno de esos mensajes enojosos que nos advierten que el teléfono requerido está apagado o fuera de cobertura; pero Lucía no registraba ni por un instante el más leve gesto de disgusto, no había ningún signo de

contrariedad en su semblante (fuera de los residuos de tristeza que aún le asomaban en la mirada, pese a que ya había transcurrido más de un cuarto de hora desde nuestra despedida), como si en realidad le diese lo mismo que Valentina le respondiera, o incluso prefiriese que no le respondiera, para evitarse una conversación engorrosa. Pero si hubiese preferido que Valentina no le respondiese, Lucía al menos habría denotado cierto alivio al colgar; si le hubiese saltado un buzón de voz, habría dejado algún mínimo recado (pues, de lo contrario, Valentina no sabría quién la había telefoneado); y si hubiese oído un mensaje anunciando que el número estaba fuera de cobertura, Lucía habría mostrado de algún modo su decepción, tal vez con una mueca de fastidio. Ninguna de estas reacciones se podía atisbar, sin embargo, en su rostro, que mientras hacía la llamada se mantenía en primerísimo plano; era un rostro por completo impasible, incluso desentendido de lo que estaba haciendo, como si aquella llamada no significase nada fuera de sí misma, como si Lucía no pretendiese mantener ninguna conversación con la persona a la que estaba llamando, como si fuese una llamada de mero trámite, la llamada perdida que hacemos a alguien para que le sirva de aviso. Era exactamente eso: una llamada perdida que no espera respuesta. Tal vez una llamada previamente concertada con aquella Valentina. Y Lucía, tras dejar sonar los tonos de espera acordados, colgaba el auricular. Y se iba.

Detuve por primera vez la grabación y la rebobiné (según se decía antes, cuando nuestras voces e imágenes quedaban registradas en una cinta o bobina), para volver a contemplar la secuencia. Seguramente al inspector Avendaño y a sus colaboradores les habría pasado inadvertido aquel detalle porque no habían tratado a Lucía y, por lo tanto, desconocían su repertorio mímico; pero yo había estudiado todos y cada uno de sus gestos (y, desde su inesperada muerte, los había recreado en la memoria obsesivamente, para que no se difuminaran), y podía afirmar sin temor a equivocarme que no había expectación alguna en su rostro, tampoco contrariedad cuando nadie le respondía, sólo la concentración imprescindible para contar los tonos de espera acordados, uno, dos y tres, ni siquiera cuatro, tres tonos de espera y al instante Lucía colgaba el auricular sin premura ni premiosidad, como quien cumple escrupulosamente una rutina. No había sido una llamada para despedirse de aquella presunta amiga, como había supuesto Avendaño, no había querido hablar con aquella chica del Este que al parecer trabajaba o había trabajado con ella en el mismo restaurante. Era una llamada por la que comunicaba a la tal Valentina un mensaje previamente convenido: ya estoy aquí, puedes estar tranquila; o bien: me marchó, hasta la vista; o incluso: en

unos minutos tomo el avión, nos vemos a la vuelta. Pero, cualquiera que fuese el mensaje convenido, el siniestro del avión y la muerte de Lucía hacían impenetrable su significado.

Aún volví a ver tres o cuatro veces aquella grabación, para cerciorarme de que mi primera impresión no era errónea o inducida por ese pensamiento mágico que a quienes atraviesan un periodo de duelo les hace buscar sentidos esotéricos en cualquier reliquia o testimonio de la persona llorada. Inevitablemente, me rondó la sospecha (pero tal vez fuese otra manifestación del detestable pensamiento mágico) de que aquella señal convenida tuviese algo que ver con el posterior accidente del avión. Pero esa insidiosa sospecha me obligaba a aceptar que Lucía se había inmolado a sabiendas; me obligaba a asumir que Lucía era una terrorista dispuesta a morir matando, con tal de servir a un credo o disciplina fanáticos. Y esa hipotética Lucía fanatizada no se correspondía con la mujer que yo había conocido, por más que después de su muerte hubiese reparado en indicios que me obligaban a pensar que no había llegado a conocerla del todo.

Detuve la grabación, congelándola en el gesto desentendido de Lucía mientras contaba mentalmente los tonos de espera. Y, mientras ese rostro coagulado de Lucía palpitaba en la pantalla del televisor, sonó el teléfono de casa, como si obedeciese a una señal también convenida. Tomé el auricular antes de que sonase tres veces y escuché una voz femenina de sintaxis deplorable y resonancias eslavas; cuando comprendí que era la voz de Valentina tuve que esforzarme para no sucumbir al pensamiento mágico. Hablaba o chapurreaba en un español deficiente, mientras al fondo se oían los sollozos o berridos (berridos y sollozos en fluida alternancia) de un niño muy pequeño, a buen seguro un bebé todavía lactante, lo que obligaba a Valentina a repetir lo que pretendía decirme:

—Señor estuvo llamando a mí una vez y otra, muchas veces.

—Así es, Valentina —confirmé, mientras apagaba con el mando a distancia el televisor donde aún palpitaba el rostro de Lucía—. Me llamo Alejandro y soy (o fui) el novio de Lucía Álvarez, la chica que murió en el avión de Airjet. La policía me facilitó su número de teléfono, al parecer usted fue amiga de Lucía y ella la llamó desde el aeropuerto, poco antes de morir.

Casi me hacía estallar el tímpano el llanto del niño, que Valentina trataba de apaciguar con palabras diáfananamente eslavas, con resultados infructuosos, como si no estuviese del todo acostumbrada a bregar con recién nacidos. Me hablaba en los breves lapsos en los que el niño tomaba aire para seguir berreando:

—Perdone, señor Alejandro, no llamé antes porque estuve mucho trabajando, tampoco sabía que usted es o fue novio de Lucía —me dijo, reproduciendo mi dubitación verbal, que en sus labios sonaba burlona—. Perdone, quiero decir sí lo sabía que usted es o fue novio, porque Lucía hablaba mucho de usted a mí, pero no lo sabía que era usted que estuvo llamando una vez y otra.

Esperé por si aún quería añadir algo. Afortunadamente, el niño se declaró vencido y renunció a sus gemidos estridentes.

—Me encantaría verme con usted... contigo —dije, titubeando en el tratamiento—. En cualquier momento que no interfiera con tu trabajo, por supuesto.

—Ahora no trabajo, podemos vernos si quiere —me propuso Valentina, muy resuelta y sin circunloquios—. Pero viene usted a mi casa, le pido. No puedo dejar niño solo ni salirlo a la calle porque está enfermito.

Me enterneció aquel diminutivo como una flor aterida sobreviviendo entre los escombros sintácticos. Quedamos en vernos en menos de una hora, apenas el tiempo necesario para coger el coche y plantarme en un periquete en su casa, que se hallaba en plena calle Princesa, muy cerca de la plaza de España, una zona que me pareció impropia de una camarera que, a buen seguro, no cobraría un sueldo demasiado rumboso. Valentina vivía en un edificio mastodóntico de apartamentos alquilados, idóneos para gentes de paso recién llegadas a Madrid que desean a un tiempo vivir en un lugar céntrico y ampararse en el anonimato: turistas, adúlteros, viajeros, prostitutas, tal vez también camareras que esperan conseguir pronto un piso de alquiler económico que aún no ha quedado libre o se alojan provisionalmente a la espera de poder compartir piso con una amiga o un marido que no han conseguido todavía el visado preceptivo. Entré en el portal, sin que el portero encerrado en una garita acristalada levantase siquiera la mirada; señal inequívoca de que los inquilinos del edificio, lo mismo que las visitas, valoraban que se les dejase llevar una vida escurridiza y anónima, tal vez salpicada de actividades clandestinas o pecaminosas. Tomé el ascensor, que me llevó hasta un piso bastante elevado, y caminé por un pasillo muy largo, como de colmena soviética u hotel abandonado, con sendas hileras de puertas a ambos lados, todas gemelas y de una madera un tanto gastada o endeble, con rotulitos que indicaban el número del apartamento (los pares a un lado, los impares a otro, como equipos enfrentados). Cuando al fin llegué al apartamento de Valentina, toqué el timbre muy someramente, para no despertar ni alborotar al niño enfermito; y como no escuché ninguna

resonancia en el interior golpeé también someramente la puerta con los nudillos. Valentina tardó casi un minuto en abrirme (ya empezaba a pensar que me había equivocado de piso o pasillo), después de correr cerrojos y trancos y pestillos.

—Buenas tardes, señor Alejandro —me saludó.

Ignoro por qué razón la había imaginado cuarentona y oronda como un samovar, con el pelo greñoso y envuelta en una bata con lamparones de vómito infantil. Pero Valentina ni siquiera alcanzaba la treintena y era terriblemente guapa y esbelta, muy alta y con un aspecto de ángel flamígero o zarina apócrifa. Tenía el cabello rubio recogido en una cola de caballo, muy prieto y tenso en las sienes, y unos ojos glaucos y gatunos, de párpados rasgados y expectantes. Llevaba un suéter muy ajustado que revelaba la forma de sus senos, plena y hasta exuberante; y unos pantalones vaqueros de cintura muy baja que dejaban al aire su ombligo con algunos centímetros (más bien pocos) de un vientre liso en el que no podían detectarse los estragos de un embarazo reciente (ni tampoco remoto). Valentina me hizo un gesto muy expresivo para que no alzase la voz y me guio hasta una habitación bastante revuelta, de un mobiliario escueto y desfasado, por la que se desperdigaban pañales y biberones, baberos y chupetes, sonajeros y dinosaurios de plexiglás. En medio de la habitación había una cuna con el niño enfermito al que una hora atrás había oído berrear atronadoramente por teléfono, para entonces durmiente por extenuación o influjo de alguna medicina que, a la vez que mataba los microbios, lo sosegaba o atontaba. El olor que reinaba en la habitación, en el que se mezclaban todos los fluidos corporales del bebé y los potingues cosméticos que se prodigan a los niños (desde polvos de talco a colonia Nenuco), era en verdad nauseabundo. Tal vez nadie hubiese abierto una ventana en aquel apartamento desde que el niño había nacido; y tal vez nadie pensaba abrirla hasta que el niño no aprendiese a caminar, o por lo menos hasta que dejase de estar enfermito. En la pared del fondo había un armario empotrado con la puerta ligerísimamente entreabierta; decidí que allí guardaba Valentina los cadáveres de todos los visitantes que habían muerto sofocados.

—Puede sentarse en sofá, señor Alejandro. Yo sentaré en silla.

Como les ocurre a casi todos los esclavos, Valentina se liaba con el uso de los artículos (tal vez porque su lengua materna prescindía de ellos) y pronunciaba muy deficientemente las erres, además de probar los más variopintos (y estrafalarios, para el oído español) sonidos sibilantes con las eses. Se había sentado, en efecto, en una silla que le permitía tener al alcance

de la mano la cuna en la que dormía el niño y meterle el chupete en la boca, en caso de que se le cayese. Pese a este rasgo de solicitud maternal, Valentina no tenía ninguna pinta de madre, tampoco de camarera, sino más bien de modelo o puta de lujo, una de esas mitológicas *escorts* eslavas. Me senté enfrente de ella, en el sofá indicado, que a diferencia del suéter de Valentina tenía lamparones de vómito o papilla, así como algunas humedades indiscernibles pero de inequívoca procedencia infantil. También había sobre uno de los brazos del sofá (el más apartado del lugar en el que yo me había sentado) un cenicero con un par de colillas en las que no había sombra de carmín. Los labios de Valentina, en cambio, estaban pintados de carmín, en furioso contraste con su rostro de piel lechosa y sin maquillar; supuse que habría estado fumando alguna otra visita anterior, para combatir el tufo del apartamento. Pero fumar en un espacio tan reducido y con un niño enfermito revelaba una gran falta de consideración.

—Puede fumar si desea, señor Alejandro —me dijo—. Los occidentales muy miedosos de que niños queden enanos o tontos de cabeza si respiran los humos de tabaco, pero es mentira de propaganda. —Se mantenía algo rígida sobre la silla, con la espalda muy tiesa sobre el respaldo, y se pasaba las manos sobre los muslos muy largos y esbeltos—. Mi padre fumaba dos paquetes de los cigarrillos y me echaba humo todo el tiempo en cara, pero no soy enana ni tonta de cabeza.

Y sonrió con algo de picardía, pero también con la majestad de un cisne, a la vez que aspiraba el aire cargado del apartamento, como en otro tiempo habría hecho con el humo que expelía su padre, revelando todavía más la redondez y pugnacidad de sus senos. Advertí entonces que no llevaba sujetador, pues los pezones se le marcaban en la lana como pitorros.

—Muchas gracias, Valentina —dije, un poco cohibido—. Pero creo que no fumaré, por si acaso. No habría que descartar que metan en el tabaco sustancias venenosas adrede, para que la propaganda tenga razón.

—Como prefieras, señor Alejandro —concedió—. Pero niño nunca se queja de tabaco, aunque está enfermito.

Y el niño dejó escapar un ronroneo, como si quisiera confirmar las palabras de su madre, si es que Valentina lo era de verdad.

—¿Cómo se llama? —se me ocurrió preguntar, para no parecer del todo un panoli.

Valentina me miró por un instante como si no hubiese entendido mi pregunta, o no supiese a quién me refería, o sólo quisiera introducir pausas

entre preguntas y respuestas para calibrar mi grado de resistencia a sus encantos.

—Román, se llama Román —me respondió al fin—. Nació en Madrid y por eso se pone enfermito en poco a poco. Madrileños tenéis los microbios y las bacterias muchas, aire muy contaminado. —Y me sonrió de un modo a la vez cándido y sugerente—: ¿Te gustan niños?

Mi sonrisa, en cambio, fue más bien forzada y un poco pavisosa; y se me había contagiado su indeterminación lingüística:

—Depende, supongo que sí —farfullé—. Pero ahora mismo no creo que esté preparado para tenerlos...

—A Lucía le habría creo gustado tener los niños de ti y de ella —me soltó abruptamente—. Uno, dos, muchos. Me lo dijo.

Y Valentina me lo decía a mí como si me lanzase un reto o una mortificación, para que me afligiera por no haber satisfecho el desiderátum de Lucía o, simplemente, para que advirtiera que Lucía y ella habían llegado a tener mucha familiaridad.

—¿Te dijo eso de veras? —sonreí otra vez, también de forma pavisosa pero enternecida, mientras Valentina asentía—. Pues me das un alegrón tremendo. Yo, desde luego, de tener hijos, sólo los habría tenido con ella.

—Y ella sólo contigo —remachó Valentina, que hablaba de forma más solemne, como si le estuviesen tomando declaración—. Estaba muy enamorada contigo. Siempre hablaba y hablaba a mí de lo enamorada que ella estaba contigo. Me hablaba de cosas que os gustaba hacer y de comidas favoritas tuyas. Y de las manías tuyas también.

Buscó mi complicidad con su risa, que entonces me pareció un poco sarcástica o sucia, como si por «manías» no se estuviese refiriendo tan sólo a veniales excentricidades, sino también a otras rarezas o caprichos de naturaleza más íntima. Me sonrojé sin poder evitarlo.

—¡Qué pena que, en cambio, Lucía no me hablase nunca de ti! —me lamenté.

—Lucía era muy reservada —dijo Valentina, utilizando un adjetivo que exigía un conocimiento bastante fino de la lengua (que ella, desde luego, no tenía), o bien dedicarse a algún oficio en el que la reserva fuese muy apreciada—. Y celosa también. No le gustaba que conocieras a las otras mujeres. Pero yo era amiga mejor suya y me dijo que pronto de las vacaciones nos veríamos los tres juntos.

Esta última alusión a un encuentro ya irrealizable, a menos que Lucía volviese del reino de los muertos, trajo entre nosotros la sombra de una pena,

tan evidente que hasta el enfermito Román lloriqueó un poco.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunté.

—Trabajando en un restaurante de Castellana —me contestó. Calculé que podría ser el mismo donde Ramiro Cifuentes iba cenar cada noche—. Lucía se marchó antes de yo, pero después éramos amigas también y hasta... el fin —dijo, arrastrando las dificultades sintácticas como si fuesen un fardo de guijarros—. Me enseñaba a leer en alfabeto vuestro.

Sin embargo, me daba la impresión de que Valentina, bajo cierta pátina de mujer un poco ruda, sabía latín y desde luego gramática parda; sabidurías mucho más importantes para desenvolverse que los alfabetos al uso.

—Y entiendo que las dos trabajabais de camareras en el restaurante... —dije.

—No, no, Lucía trabajaba en la cocina y hacía los platos muy ricos —me contradijo, con candor pero también con picardía—. Sólo se puso a trabajar como camarera con señor editor que publicaba los libros a ti. Para ayudarte.

Asentí, complacido y melancólico:

—Ramiro Cifuentes. Él mismo me lo confirmó. Y vaya si me ayudó.

El llanto de Román se hacía insistente, pero su supuesta madre no mostraba excesiva preocupación. Valentina tenía algo de estatua y algo de fruta, en increíble aleación; y una belleza hermética y mareante, como los signos del alfabeto cirílico.

—Te ayudó mucho —dijo, sin intención hiperbólica—. Lucía convenció a señor Ramiro que publicara tu libro. Ella me decía: «Tengo que camelarlo, tengo que camelarlo». Y camelarlo consiguió.

—Pero después de camelarlo, dejó de trabajar en ese restaurante, según tengo entendido... —continué.

—Dejamos de trabajar las dos, primero Lucía y segundo yo —me rectificó—. Nos echaron porque no querían hacer contrato legal, querían esclavas sin los derechos —afirmó, enfadada.

Pero yo sabía bien que había ocurrido exactamente lo contrario. Me lo había asegurado Ramiro Cifuentes; y, sobre todo, es lo que se correspondía con la necesidad que Lucía tenía de ocultar su verdadera identidad. Seguramente, no era la primera mentira que Valentina me deslizaba; y no iba a ser tampoco la última:

—A mí dejaron en calle con Román a punto de nacer —prosiguió—. Tenía barriga muy gorda y dijeron: «A clientes no gusta que camareras vayan embarazadas». Pero eran mentirosos. No querían pagar baja de la maternidad. ¡Dios los castigará!

Y no por crueldad ni por revanchismo, sino por justicia; es su derecho y obligación, de lo contrario sería un dios de coña. Aunque el enfado de Valentina era teatral, había conseguido alterar al niño, que empezó a patear en la cuna y a llorar con un llanto enconado que tal vez exigiese que le cambiasen los pañales. Pero Valentina le untó el chupete en un jarabe rojizo y se lo acercó a la boca, obligándolo a chupar. Repitió la operación varias veces, hasta lograr que Román callase. Me pregunté si Román estaría en verdad enfermito y aquel jarabe aliviaría su fiebre; o si más bien extrañaba a su verdadera madre y aquel jarabe servía para adormecerlo, mientras durase la pantomima que Valentina tenía que improvisar ante mí.

—¿Y cómo te las has ingeniado para sobrevivir, durante estos meses, con un niño tan pequeño y sin trabajo? —le pregunté.

Más incisivo hubiese sido preguntarle cómo se las había arreglado para mantener aquel tipazo tras el parto; y cómo se las arreglaba para mostrarse fresca como una lechuga, teniendo un bebé enfermito que no cesaba de llorar. Valentina respondió sin inmutarse:

—Gracias a gente buena que compartió su dinero conmigo. Lucía compartió. Y algunos compatriotas compartieron. Y en nuestra iglesia —añadió— se recoge dinero para soco... ¿cómo se dice?

Me pregunté si la iglesia de Valentina predicaría el temor de Dios o se habría pasado también a las pachangas buenistas.

—Socorrer —la ayudé—. ¿Para socorrer a quien pasa necesidad?

—Es así —asintió Valentina, después de conseguir que el niño Román sucumbiera a los efectos del jarabe antipirético o somnífero—. Generosidad de los amigos nos ayuda a vivir.

Procuré ceñirme a la razón principal de mi visita, a sabiendas de que Valentina trataría de escurrirse:

—La policía descubrió que Lucía te llamó desde el aeropuerto, apenas media hora antes de montar en ese avión maldito... —dije, con la voz velada—. Fuiste la última persona con la que quiso hablar...

Pero yo sabía que Lucía no había querido hablar con ella, sino tan sólo lanzarle un aviso o ejecutar una clave convenida. Para mi sorpresa, Valentina se desmoronó de repente, su cuerpo se aflojó y la sacudieron convulsiones que anticipan el llanto. Pero era un llanto muy sigiloso, como si temiera despertar a Román.

—¡Me habría gustado tanto, tanto, tanto hablar con Lucía! Pero no llamó para hablar a mí... —titubeó, ante las dificultades expresivas que le planteaba

la explicación—. Habíamos hablado días anteriores de vuestras vacaciones en la isla canaria. Lucía me contó problema raro que tenías tú, no entendí bien...

—Se complicó la publicación del libro que estaba preparando y decidí retrasar un par de días mi marcha —dije, con mal contenida rabia—. Precisamente por ello no viajé con Lucía... Hubiese preferido hacerlo y morir con ella...

Valentina se inclinó entonces hacia mí, abandonando por completo la compostura que hasta entonces había mantenido, y alargó los brazos en actitud oferente, como si me fuese a abrazar. Pero sólo me tomó las manos.

—¡No digas eso, señor Alejandro! Si te oye Lucía, se enfada contigo mucho...

—Lamentablemente, lo digo porque lo pienso —dije, inconsolable. Pero traté de recomponerme—: Me estabas contando que Lucía no llamó desde el aeropuerto para hablar contigo. Entonces... ¿para qué lo hizo?

Seguía agarrando mis manos, para infundirme fortaleza; y, a la vez que las agarraba, las acariciaba con los pulgares, tomándose excesivas confianzas. Noté que las yemas de sus dedos no eran ásperas ni callosas; ni sus manos, en general, tenían la piel enrojecida o cuarteada, como se supone que las tendría una camarera que, además, tiene que bregar con un crío recién nacido.

—El día antes Lucía no sabía si ella marchar a isla canaria delante de ti o si esperar que tú terminabas —explicó, con su sintaxis aborrecible—. Me dijo que si marchar me hacía llamada perdida, así yo sabría.

—¿Y por qué necesitabas saber que se marchaba? —me extrañé.

—Dijo que si no marchaba a la isla canaria venía a ver Román. Me hizo la llamada perdida para que yo supiera que se iba a la isla canaria... —Quedó callada y cabizbaja durante unos segundos—. Demás, también quería...

Se detuvo, como impedida por el pudor. Había logrado intrigarme:

—¿Qué es lo que quería?

—Lucía... me pidió que... —volvió a trabarse, avergonzada o protegiéndose contra una posible reacción de enojo. Y luego lo soltó de sopetón—: Me pidió que cuando ella falte yo me ocuparía de usted. De ti. Que yo me ocuparía de ti, señor Alejandro.

En ese momento hubiese deseado encender un cigarrillo, para apaciguar mi desconcierto, aunque su humo perjudicase al enfermito Román. Pero no podía hacerlo, porque Valentina aferraba muy fuertemente mis manos.

—¿Cómo? —pregunté, sobresaltado—. No entiendo nada...

Valentina se levantó al fin de la silla, corriéndola con un estruendo que despertó y enfureció al amodorrado Román, que empezó otra vez a berrear.

—No te alarmes, señor Alejandro —me dijo Valentina, mirándome muy cálidamente con sus ojos glaucos—. No tienes que alarmarte. Lucía no quería que estés solo. Entonces yo te digo que si estás tú solo puedes llamarme y nos vemos para pasear, para hablar, para ir a los cines, para lo que tú quieras... — En la breve enumeración había empleado un tono comercial y a la vez aséptico, como de vendedor de lavadoras—. Yo puedo dejar niño con el canguro que lo cuide. —Me miró enternecida, con una sonrisa tan insistente que logró en verdad impresionarme. Y entonces, de súbito, me preguntó—: ¿De verdad eres escritor?

La miré ceñudo y a la vez perplejo, sin saber si había empleado esa palabra con intención aviesa o inducida tan sólo por su precario conocimiento del español. Los berridos y sollozos de Román apenas me permitían alzar la voz; y hundido en el sofá húmedo de secreciones infantiles, me sentí todavía más empequeñecido, sobre todo porque Valentina era muy alta:

—Soy escritor, sí. O al menos lo intento. ¿Por qué me preguntas eso?

Puso los brazos en jarras, tal vez para resaltar su cintura de ánfora. Y dijo:

—Pensé que Lucía me engañaba. Eres demasiado guapo para ser... escritor.

Me erguí del sofá, para lo que tuve que apoyarme con ambas manos en los cojines salpicados de vómito infantil. Tal vez Valentina esperaba que le correspondiese, asegurando que ella también era demasiado guapa para ser camarera, pero decidí que sería mejor no seguir tentando la suerte.

—Esa ha sido una estupenda línea de despedida, Valentina —dije—. Gracias por el piropo.

El llanto del enfermito Román atronaba el apartamento. Valentina se volvió entonces y tomó el frasco del brebaje antipirético o somnífero con el que antes había untado el chupete, que rescató de la cuna. Y al agacharse, amplió la franja de espalda desnuda entre el suéter demasiado corto y el pantalón de cintura demasiado baja, hasta mostrar el arranque de sus nalgas de piel blanquísima. Pero no reclamaron mi atención sus nalgas, sino el tatuaje que Valentina enseñaba, a la altura de la rabadilla. Era una estrella roja de cinco puntas, idéntica a la que se había tatuado en el mismo lugar Lucía, la misma que me había servido para identificar el cadáver de Lucía. Me invadió un escalofrío de la cabeza a los pies, como si se me hubiera escarchado la sangre. Valentina, entretanto, había logrado aplacar a Román y se dedicaba a hacerle unos arrumacos, ofreciéndome todavía un poco más la contemplación de sus nalgas apenas contenidas por el pantalón, cuyo efecto turbador sobre un hombre tenía tal vez calculado; pero cuando se volvió de nuevo hacia mí

no se tropezó con el tipo de turbación que esperaba. Retrocedí aturullado hasta la puerta del apartamento.

—Gracias... Muchas gracias, Valentina —farfullé—. Ha sido de gran ayuda hablar contigo. Pero ahora debo marchar...

—¿Ahora marchar? —se sorprendió—. Puedo hacer té en samovar y...

—Otra vez será, Valentina. Tengo otra cita y no puedo retrasarme ni un minuto más...

Seguramente no creyó mi excusa demasiado premiosa y poco elaborada; pero tampoco quiso insistir más, para no delatarse:

—Ya entiendo lo que Lucía ver en ti —me dijo, en un tono mucho más ceremonioso o menos impúdico, mientras me acompañaba hasta la puerta—. Demás de guapo eres un hombre muy enamorado y fiel. Lucía tuvo mucha suerte contigo.

Me alivió, en cuanto asomé la cabeza al pasillo, no seguir respirando el aire enrarecido del apartamento. Procuré mostrarme cortés, para que Valentina no advirtiera las alteraciones que me había producido descubrir que repetía el tatuaje de Lucía.

—Eres una chica estupenda, Valentina. Gracias de corazón por todo. Prometo volver a llamarte, cuando todo esto haya pasado.

Pero ambos sabíamos que estábamos mintiendo. Mientras avanzaba por aquel pasillo muy largo y desangelado, como de colmena soviética u hotel abandonado, tuve la certeza de que Valentina no había cerrado del todo la puerta de su apartamento; y que estaría pegada a la rendija entre la hoja y la jamba de la puerta, observando a escondidas mi marcha, como de niño tenía la certeza de que mi madre me observaba desde el balcón, cada vez que salía de casa, para comprobar si había quedado con alguna novia o amigo poco recomendable.

No podía dejar de pensar en aquel tatuaje.

X

Se prolongó el verano hasta bien entrado el mes de octubre, que resultó el más caluroso en muchos años, como un viento simún arrastrándose por el asfalto de Madrid. Por las noches, aquel calorón madrileño se daba un garbeo por los suburbios como leproserías abrasadas, por las urbanizaciones como ruinas aztecas, y las besaba con su beso de fuego, provocando sofocos y desmayos entre sus inquilinos. Lucía y yo salíamos a pasear por el parque vecino pasada la medianoche, que era cuando empezaban a funcionar los aspersores, muy hábilmente programados para sucederse en el riego, como en una carrera de relevos de ida y vuelta que llenaba el silencio de una música para murciélagos. Lucía no tenía rebozo en exponerse a las ráfagas de agua que la atacaban siempre por el lugar menos pensado, codiciosas de pegarle la ropa a la piel. Al final del paseo terminaba empapada y feliz, y se derrumbaba sobre el césped mustio, elevando la mirada hacia la luna, que parecía de barro, como un sol pobretón salido de las manos de un alfarero. Desde la parte más alta del parque, se oteaba el lejano trasiego de los automóviles en la autovía; pero aquellas noches de octubre, el aire estaba tan turbio que sólo se distinguían sus faros.

—¿Cómo es posible que haya bruma baja con esta temperatura? —me preguntó Lucía, señalándome una hilera de luces fantasmales. Y, al reparar en la extrañeza de su expresión, rectificó—: Niebla, quiero decir.

—No es niebla, sino calima —le aclaré—. El aire se llena de vapor de agua, por efecto del calor. Mira, los faros de los coches parecen ánimas en pena haciendo cola en el purgatorio.

Un segundo después de aventurar este símil me arrepentí, temeroso de despertar en Lucía la reminiscencia del miedo que anidaba en sus sueños. Pero aquella noche Lucía no parecía merodeada por el miedo, sino más bien por el humor negro:

—¿Sabes lo que más me fastidiaría, si mañana me muriese?

Se había estirado sobre el césped y entrelazado sus manos debajo del cogote, a guisa de almohada, como si quisiera ponerse morena de luna. Me resistí a seguirle la broma macabra y hablé en un tono censorio perfectamente papanatas:

—Morirse antes de tiempo malogra todos nuestros proyectos.

Lucía lanzó al bochorno de la noche una carcajada que enmudeció los aspersores y ahuyentó los murciélagos.

—Siempre nos morimos antes de tiempo, aunque muramos más viejos que Matusalén —me dijo, muy atinadamente—. Así que siempre se nos quedan mil proyectos malogrados. Pero no me refería a eso. Lo que más me fastidiaría es dejarte solo.

No sabía si enfadarme o conmovirme. Probé a pellizcarla en los ijares, buscando las notas que dormían entre sus costillas, como el pájaro duerme en las ramas, esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas. Logré que Lucía volviese a reír, mientras trataba de repeler mis pellizcos.

—¡Oye, que yo ya soy mayorcito! —protesté—. Se me puede dejar solo sin problema.

—Ser mayorcito puede ser el mayor problema, en realidad —me replicó, cuando al fin logró contener la risa—. Los jovencitos se amoldan a la nueva situación fácilmente, pero los mayorcitos os aferráis al pasado, no os resignáis a los cambios. —Y me preguntó, juguetona—: ¿Qué ibas a hacer tú sin mí? ¡Sólo de imaginarlo me da un síncope!

Recordé algunos fragmentos de una elegía de Rilke que iban y venían por mi memoria, como ráfagas de agua de un aspersor. Los que se fueron temprano ya no nos necesitan, suavemente van perdiendo el hábito de lo terrenal; pero nosotros, que necesitamos de tan grandes misterios, ¿podríamos existir sin ellos?

—Creo que sin ti no daría pie con bola —concedí—. Tienes razón, me he hecho demasiado mayorcito.

Quizá la calima me estuviese poniendo un poco enfático o calenturiento. Lucía volvió a bromear:

—Creo que en ese caso tendría que dejar encargado a alguien que cuidase de ti.

—¿Alguien? —me alarmé—. ¿A qué te refieres? ¿A una niñera? ¿Tal vez a un vigilante?

Volví a buscarle las cosquillas, pero ya no logré hacerla reír. Y su voz se había tornado cavilosa, o al menos lo fingía:

—Algo de niñera y algo de vigilante debería tener, desde luego. Pero seguro que también te surgirían otras necesidades...

—¿Es que estás pensando en buscarme una novia de repuesto? —la corté, burlón—. ¡Eres una completa degenerada!

—¿Tendrás jeta? —se revolvió, propinándome un cachete—. El cuervo le dice negra a la garza. ¡Tú sí que eres un degenerado! No estaba pensando en una novia de repuesto, pedazo de cerdo, sino... en un ángel de la guarda.

Me estiré yo también sobre la hierba mustia, haciéndome el enfurruñado, y contemplé la luna de barro, borrosa por culpa de la calima.

—Está bien, te lo acepto. Pero procura que el ángel esté de buen ver, por favor.

—Así lo haré —me dijo al fin. Y se miró retadoramente—: Después de todo, una vez muerta, yo misma podría ser tu ángel de la guarda, ¿no te parece?

10

La estrella de Valentina, del mismo color y tamaño y tatuada exactamente en el mismo sitio que la estrella de Lucía, me había dejado por completo turbado y como perdido en un laberinto de suspicacias al que no encontraba salida. Permanecí en vela durante horas, tratando en vano de desentrañar las causas ocultas detrás de esa coincidencia, que no podía ser fortuita (ni tampoco un rasgo de esa tendencia imitativa o gregaria que se da entre adolescentes). Y sólo cuando ya estaba a punto de dormirme con ayuda de los barbitúricos, tuve lo que podría denominarse un embrión de certeza, una de esas revelaciones tan fulgurantes como efímeras que se manifiestan en la duermevela y cuyo análisis consciente nos reclama que nos desvelemos por completo (pero, al desvelarnos, descubrimos consternados que la revelación que un segundo antes resplandecía nítida se ha desleído como un terrón de azúcar). Durante un instante sentí que había descifrado algo decisivo, aunque al siguiente instante no tuviera ya la menor idea de qué era lo que había descifrado, porque ya los barbitúricos me habían arrastrado a su pozo de fango y de brea. Fue una sensación semejante a la de tener una palabra en la punta de la lengua sin poder verbalizarla.

Me desperté muy tarde, pasado el mediodía, después de bregar con sueños confusos que me hicieron creer que la estrella tatuada de Valentina y Lucía era un jeroglífico donde se escondían enigmas milenarios como las pirámides. El accidente de Airjet volvía a colonizar todos los canales televisivos, en esta ocasión porque al fin se había convocado una rueda de prensa, presidida por el ministro de Fomento, en la que se habían brindado explicaciones oficiales del siniestro, una vez terminada la investigación policial. Las conclusiones coincidían aproximadamente con lo que ya me había avanzado el inspector Avendaño; y, a juzgar por el tono con que las resumían los reporteros y las glosaban los tertulianos carroñeros, habían resultado más bien insatisfactorias, no tanto por inconsistentes como porque no alentaban ninguna hipótesis conspirativa o especulación morbosa que atizase el fuego del sensacionalismo. En la rueda de prensa, el ministro había aparecido

flanqueado por altos mandos de la Policía y la Guardia Civil que competían en condecoraciones y charlatanería. Si las preguntas que hacían los periodistas resultaban muy comprometedoras, el ministro delegaba en los altos mandos, y estos, a su vez, en algún subalterno encargado de la investigación, que subía al estrado para hacer las aclaraciones pertinentes. Así fue como intervino el inspector Avendaño (vestido de uniforme para la ocasión), que tuvo que explicar los protocolos seguidos para la identificación de cadáveres y las dificultades que su equipo se había tropezado cuando se hallaban despedazados (insinuó que algunos fragmentos de aquel sopicaldo humano todavía no habían sido entregados a sus familiares, pero no aludió al cadáver de Lucía, que seguía abandonado en alguna cámara frigorífica, tapizado de escarchas). En general, me pareció que las explicaciones oficiales, aunque exhaustivas, dejaban algunos cabos sueltos, como si la urgencia por aquietar la inquietud popular y atajar las lucubraciones del periodismo carroñero hubiese precipitado la rueda de prensa. Así se lo hice saber al inspector Avendaño, al que telefoneé un par de horas más tarde, dándole tiempo a reponerse del mal trago. Aunque intentaba mostrarse exultante y presentaba como un éxito sin paliativos la comparecencia del ministro, se le notaba un tanto forzado, como si el traje del triunfalismo le tirase en las costuras.

—¿Y al final pudieron interrogar a la azafata superviviente? —le pregunté, en el curso de la conversación.

Noté que mi curiosidad lo había puesto en un brete.

—Sí, finalmente lo hicimos... —respondió a regañadientes—. Pobrecilla, menuda vida le espera.

—Perdone si me he metido donde no me llaman... Perdona, quiero decir.

Me sonaba un poco ridículo tutearlo. Íntimamente sabía que era manía enfermiza de esta época obsesionada con declarar abolidas todas las barreras en el trato (incluso aquellas barreras que hacen posible el trato); pero esta familiaridad me ayudaba a sonsacarlo, porque tornaba a Avendaño más proclive a la confidencia.

—En absoluto, Alejandro, en absoluto —me disculpó—. Pero al preguntarme por ella me has hecho recordar la situación de esa mujer. Tiene quemaduras en casi la mitad del cuerpo; y el rostro completamente destrozado por el fuego. Tendrán que someterla a muchas operaciones, antes de que pueda hacer una vida medio normal. —Resopló consternado—. Pero guardaba una memoria muy nítida de los momentos previos a la tragedia, tal vez un poco alterada por su estado de ánimo, que ya te puedes imaginar que

no es como para lanzar cohetes. —Hizo una larga pausa, vaciló antes de seguir, pero finalmente se lanzó—: También recordaba a Lucía... Habló con ella justo antes del despegue, al parecer tuvo que pedirle que apagara algún artilugio electrónico y que se quitara los cascos.

Todavía me abochornaba pensar que Lucía hubiese logrado convencerme de que padecía electrosensibilidad. Para espantar la sombra de ese bochorno pregunté:

—¿Podría hablar con la azafata?

Avendaño no disimuló su contrariedad:

—Si sigues hablando con la gente que conoció a Lucía, sólo conseguirás hacerte daño. Además, la azafata no la conocía de nada, lo único que hizo fue pedirle que se quitara los cascos. —Chasqueó la lengua y, por asociación de ideas, se interesó—: ¿Hablaste finalmente con esa tal Valentina a la que tu novia telefoneó desde el aeropuerto?

Cerré los ojos, para mentir con mayor aplomo:

—Hablé, hablé. Habían trabajado juntas, en un restaurante del paseo de la Castellana, del que Lucía se marchó cuando le pidieron los datos para inscribirla en la Seguridad Social. Lo cierto es que no pude sacarle nada de interés... Supongo que Lucía la llamó para pasarle información sobre alguna oferta de trabajo o algo parecido —mentí.

—Pues si hablar con Valentina no te ha aportado nada, hablar con la azafata te aportará todavía menos —trató de convencerme Avendaño—. Su intercambio de palabras con Lucía no debió durar ni medio minuto.

Pero medio minuto daba mucho de sí. Ante quien creemos que, como nosotros, va a morir, podemos desahogarnos y declarar los pormenores más comprometedores, pensando que se los llevará consigo a la tumba, que será también la nuestra. Además, yo me había convertido en un pordiosero de testimonios sobre Lucía. Ya que no iba a recuperarla, ya que tendría que resignarme a existir sin ella, al menos quería recolectar, a modo de limosnas, los recuerdos borrosos o incidentales de quienes la habían llegado a tratar someramente, incluso pasando de largo sin apenas reparar en ella. Con eso me bastaba.

—Por favor, Emilio... —imploré al inspector Avendaño—. Déjame ver, aunque sólo sea medio minuto, a esa mujer.

Y Avendaño terminó cediendo a mis requerimientos, tras un breve forcejeo; y me instruyó sobre el modo de llegar hasta la azafata superviviente, que se llamaba Isabel Novoa y se hallaba internada en la clínica de la Concha, que es como castizamente los madrileños siguen llamando a lo que

oficialmente se designa con otro nombre más laico y pretencioso. Al parecer, la azafata Isabel Novoa se hallaba en el área más recogida de la clínica, reservada a los internos con seguro médico. Avendaño me recomendó que me pasase a las diez de la noche, cuando ya se han marchado todas las visitas y se ha completado la ronda nocturna para recoger los restos de las cenas. También me aconsejó que me registrase en la recepción del hospital, para que nadie pudiera acusarme (empezando por la propia azafata, a la que tal vez no agradase mi visita) de haberme colado subrepticamente o con oscuros propósitos. Esa misma noche me decidí a probar fortuna, después de que mis insistentes llamadas a los dos teléfonos restantes de la lista que Lucía me había dejado escrita en el libraco de los nazis prófugos o penitentes se revelasen infructuosas: uno de ellos sonaba hasta cortarse la comunicación sin que nadie respondiese; en el otro saltaba de inmediato un contestador que proporcionaba con voz robótica un horario matinal y muy restringido de atención al público. El horario de los recepcionistas de la clínica debía de ser, en cambio, extenuante, o bien ellos eran flojos y desganados, porque se les notaba hechos trizas, hartos del trasiego del día y deseosos de echar una cabezada. Observé que el ala del hospital reservada a los enfermos con seguro médico estaba señalada con indicadores y no registré mi visita, desatendiendo el consejo del inspector Avendaño (pero la indolencia de los recepcionistas era una invitación tácita para que los visitantes se colasen alegremente). Avancé primero por un pasillo con fluorescentes en el techo que zumbaban como tábanos y salas de espera con sillas de sórdido metacrilato donde algún enfermo aguardaba turno de consulta, entre retortijones o vahídos, rodeado de familiares acongojados. Después tuve que tomar un ascensor que me elevó un par de pisos y avanzar todavía por otro pasillo en el que se alineaban los quirófanos, como morgues anticipadas con ajetreo de camillas y batas verdes. Tomé finalmente otro ascensor camuflado en un recodo del pasillo que me condujo hasta el área más reservada del hospital, donde seguramente por orden gubernativa habían alojado a la azafata superviviente, tras su paso por la unidad de cuidados intensivos, para que se repusiese de sus heridas. Reinaba allí un silencio endulzado por el hilo musical, que derramaba melodías jubilosas y optimistas (no eran sinfonías de Shostakóvich, desde luego), para que los internos no pensarán en sus llagas y tumores, en sus derrames y cardiopatías. Pasé por delante de una garita acristalada donde dormitaban o conversaban lánguidamente dos enfermeras de guardia; y dejé atrás una sala de espera con las consabidas sillas de sórdido metacrilato, en la que sólo esperaba un hombre alto y fornido, tranquilamente cruzado de

piernas y parapetado detrás de algún periódico sistémico, cuya lectura interrumpió con leve desagrado, apenas por un instante, cuando oyó que me acercaba, para mirarme con unos ojos casi grises de tan azules, ojos hiperbóreos que tal vez hubiesen contemplado la taiga y la tundra. Pero volvió de inmediato a su lectura, viendo que yo pasaba de largo, demasiado pendiente de localizar la habitación de la azafata, cuyo número me había facilitado Avendaño. Era la más apartada de todas, al fondo del pasillo, y me pareció que también al fondo del inmenso edificio del hospital. Muy delicadamente golpeé con los nudillos la puerta entreabierta.

—Buenas noches —saludé en un susurro, a la vez que asomaba la cabeza por el hueco de la puerta—. ¿Isabel Novoa?

La habitación estaba a oscuras, o más exactamente iluminada por el resplandor de un televisor colgado de la pared al que habían quitado el volumen. Distinguí una de esas camas eléctricas cada vez más comunes en los hospitales, con el respaldo incorporado y las barandillas alzadas. Más me costó distinguir a la mujer que yacía en ella, que me respondió con una voz hecha añicos:

—Soy yo. ¿Qué desea? ¿Nos conocemos?

Y entre los añicos asomaba una desfallecida alarma. Aunque empujé la puerta, permanecí quieto en el umbral, para no violentar a la azafata Novoa y dejar que fuese ella quien me diese permiso para entrar. Mis ojos se iban poco a poco acostumbrando a la oscuridad, pero seguían sin discernir las facciones de la azafata; hasta que finalmente se apercibieron de que no había facciones que distinguir, pues Isabel Novoa tenía la cabeza completamente vendada, con pequeños orificios para los ojos (que al resplandor mudo del televisor parecían agitados) y para la boca, que parecía una ranura de tejido membranoso. El resto del rostro era una máscara de impávida blancura que me recordó la una momia, según la iconografía divulgada por las viejas películas de monstruos. Enseguida me avergoncé de esta licencia de mi imaginación, siempre ansiosa de buscar símiles.

—No creo que me conozca —aventuré—. Me llamo Alejandro Ballesteros.

—¿El escritor? —preguntó estupefacta, tras unos segundos de vacilación—. Claro que te conozco, somos de la misma quinta y me acuerdo de tus éxitos juveniles. —Y, aunque me tuteó, su voz se tornó lastimera o recelosa—: ¿Qué te trae por aquí?

Aunque no me había dado permiso expreso para pasar, entendí que podía hacerlo, siquiera medrosamente.

—Perdí a una persona muy querida en el accidente de Airjet... —empecé.

La azafata Novoa se alborotó y empezó a removerse en la cama, que era casi una cárcel. Tenía un brazo escayolado y en cabestrillo; y pude contemplar entonces, a la luz pálida del televisor, el pavor en sus ojos sin párpado, o con párpados reconstruidos con piel injertada. Tal vez la humillara mi escrutinio, porque se tapó la cara vendada con ambas manos, o tal vez fuese una expresión de abatimiento.

—¿Tú también quieres echarme la culpa?

Adiviné su gesto implorante bajo el vendaje. Había empezado a acezar.

—¿La culpa? ¿De qué culpa hablas, Isabel? Jamás se me ocurriría echarte la culpa de nada.

Me atreví a acercarme hasta la barandilla de su cama, donde dejé posadas las manos. La azafata Novoa hablaba con palabras descompuestas, una estampida de palabras azuzadas por el miedo y pronunciadas deficientemente, porque el tejido membranoso que sustituía los labios no podía modularlas:

—He recibido anónimos de gentuza, ¿sabes?, cartas que envían al hospital, llenas de amenazas. Me llaman puta, me acusan de haberme ido de juerga con los pilotos la noche anterior, de haberme emborrachado y drogado con ellos. Piensan que estaríamos resacosos y que por eso no pudimos despegar el avión...

Alargué una mano hasta su hombro, lo justo para acariciarlo muy levemente, temeroso de que bajo el camisón también tuviese heridas o quemaduras, apósitos o vendajes, temeroso también de que la agitación de la azafata Novoa atrajese a las enfermeras que dormitaban o conversaban lánguidamente en la garita de guardia.

—Tranquilízate, Isabel. Ni loco pensaría esas burradas. No he venido a reprocharte nada...

—Y hasta he tenido que aguantar que algún familiar se colase hasta aquí y me insultase a la cara, acusándome de ser la culpable de la muerte de su marido o de su hija —prosiguió, todavía agitada—. En este hospital no se vigila a quienes entran, es una vergüenza. No hay derecho a que se me meta gente rabiosa en la habitación. ¡Yo no maté a nadie! No estaba al mando el avión, no estaba al tanto de sus averías. Las azafatas sabemos poco más que los pasajeros...

El resplandor del televisor resaltaba todavía más su angustia, blanqueaba su vendaje y esmaltaba su mirada de una especie de fiebre fría y alucinada que tal vez fuese el primer síntoma de la locura.

—Pide que te pongan un vigilante en la puerta, Isabel —dije, para intentar ganarme su confianza—. O que te lleven a otro hospital...

Pero ella no me escuchaba, necesitaba expulsar todas las palabras que había almacenado durante la convalecencia. Me pregunté si eran palabras dictadas por la misma fiebre o locura que esmaltaba su mirada:

—¡Nadie ha pagado un precio tan alto como yo por lo ocurrido! —exclamó muy excitada—. Ojalá hubiese muerto al instante, como le ocurrió a la inmensa mayoría de los pasajeros. Hubiera sido preferible a este suplicio que estoy pasando. He estado casi diez días entre la vida y la muerte, con quemaduras por todo mi cuerpo. —Apartó de un empujón las mantas y sábanas que la cubrían para mostrar sus piernas también vendadas—. Y llevo ya dos operaciones en las que me han injertado piel de los muslos en la cara... ¡para dejarme hecha un adefesio! Ni con veinte lograrán que parezca un ser humano medio normal.

Lloró con un llanto calcinado en el que ya no restaban lágrimas.

—No digas eso, Isabel —traté de consolarla—. La cirugía reparadora ha mejorado una barbaridad. Podrás llevar una vida normal.

Estas últimas palabras me brotaron sin convicción, lanzadas a humo de pajas para infundirle falsos ánimos y ganarme su voluntad. La azafata Novoa seguía llorando sin lágrimas a la vez que hablaba, su voz era casi un gañido:

—Será un viacrucis horrible. Decenas de operaciones de resultado incierto. En el mejor de los casos, tendré que convivir con una cara que no es la mía, tendré que evitar que me dé el sol, tendré que renunciar a mi trabajo y resignarme a vivir siempre sola... —Se rio tétricamente, como si anticipase los repudios que tendría que padecer hasta su muerte—. Nadie quiere contratar a alguien que puede asustar a sus clientes. ¿Y quién se va a enamorar de un monstruito? —Se volvió hacia mí, ansiosa—: ¿No tendrás un cigarrillo?

Su petición me dejó por completo turbado:

—Sí... Pero no creo que debas... No creo que dejen fumar en el hospital. Tendrán un detector de humos en cada habitación y saltarán las alarmas...

Pero mis reparos y excusas no le resultaron suficientemente disuasorios. Con el brazo que no tenía escayolado se aferró a la barandilla para bajar de la cama.

—Cierra la puerta, por favor —me indicó—. Luego me ayudas a sentarme en esa silla de ruedas y me acercas a la ventana. La abrimos y echamos el humo a la calle...

Su voz sonaba tan suplicante y anhelosa que logró convencerme. Antes de cerrar la puerta, me asomé al pasillo y comprobé que nadie hubiese oído su petición: las enfermeras de la garita acristalada se hallaban demasiado lejos y dormitantes y el pasillo estaba por completo vacío, incluso el hombre absorto en la lectura del periódico sistémico se había marchado, dejándolo muy manoseado y con la tinta borrosa sobre las sillas de metacrilato. Cerré la puerta con un sigilo casi teatral y ayudé a la azafata Novoa a sentarse en una silla de ruedas que había al pie de la cama, sin tocarla apenas, más bien ofreciéndome como apoyo o sostén en su movimiento, que las vendas y escayolas convertían en un suplicio. Empujé la silla de ruedas hasta la ventana, que abrí después de algunos forcejeos; cuando por fin logré hacerlo, entró en la habitación un aire frío y seco, idóneo para curar jamones y tal vez también para sanar quemaduras de tercer grado. A la luz de la luna, más discreta y matizada que el resplandor mudo del televisor, la azafata Novoa me recordó —de nuevo la insidiosa imaginería cinematográfica— al Fantasma de la Ópera, aquella criatura atormentada que refugiaba su deformidad detrás de una máscara y se escondía en las catacumbas de París. Le tendí un cigarrillo, que ella misma se llevó a los labios (o a la ranura de la boca) con ansiedad; y se lo encendí con el mechero, temeroso de que la llama le prendiese alguna hilacha del vendaje. La azafata Novoa pegó una primera calada muy honda que avivó la brasa hasta convertirla en un corazón incandescente (como el diminuto colgante de Lucía, nunca recuperado), y dejó que el humo inundase placenteramente sus pulmones y se repartiese por toda su sangre, como si fuera un narcótico capaz de anestesiar sus padecimientos y aquietar sus angustias, antes de expulsarlo en una bocanada tumultuosa.

—¡Oh, Dios mío, cómo lo necesitaba! —suspiró, gustosa—. No sabes cuánto te lo agradezco... Dime, por favor, a qué has venido.

Hablaba con el cigarrillo pegado a la comisura de los labios, antes de aspirar una segunda calada igualmente reparadora que avivó todavía más la brasa. Buscó con la mirada algún lugar donde esconder las cenizas y más tarde la colilla, pero no se le ocurrió dónde. Yo corrí al lavabo de la habitación, del que rescaté una pequeña papelera metálica; la aligeré de desperdicios en la taza del váter y la dejé a sus pies.

—Puedes usarla como cenicero —le propuse—, pero convendría que la vaciaras luego, o que te la vacíe algún familiar o persona de tu confianza, antes de que lo hagan las limpiadoras del hospital... De lo contrario, podrías tener problemas. —Yo también encendí un cigarrillo, contagiado por la sensación de bienestar, seguramente efímero, que transmitía la azafata Novoa,

y expulsé el humo a la noche—. Te comentaba que perdí a mi novia en el accidente... El inspector Avendaño, que al parecer estuvo aquí, haciéndote algunas preguntas, me dijo que la recordabas bien, porque tuviste que pedirle antes de despegar que se quitara unos cascos y apagara algún aparato.

Me tendió su cigarrillo para que yo mismo me encargase de descargarlo de ceniza en la papelería y, en cuanto se lo devolví, volvió a llevárselo codiciosa a la ranura de la boca. Pensé entonces que debía advertirle que no lo apurase demasiado, para evitar que la brasa quemase el vendaje.

—¡Ah, tu novia era esa chica! —exclamó, compungida—. La recuerdo perfectamente. Llevaba un gorro de lana blanco en la cabeza, y unas deportivas muy chulas, ¿no es así? —Asentí, expectante—. La recuerdo a la perfección porque había muy pocos pasajeros en preferente. Cuando el avión ya iba a despegar, me senté a su lado. Entonces vi que estaba escuchando música con los cascos puestos y le recordé que estaba prohibido el uso de dispositivos electrónicos durante el despegue. Sospecho que no me entendió bien, pero se los quitó y recogió pidiendo excusas... Tu novia hablaba un español penoso. ¿Qué era? ¿Nórdica? ¿O eslava, más bien?

Miré fijamente su rostro vendado, buscando en sus ojos algún brillo delator de la locura; y pensé que tal vez la nicotina tenía efectos alucinatorios, en combinación con algún fármaco que le estuviesen administrando.

—¿Un español penoso? —pregunté, sin ocultar mi extrañeza—. Bueno, alguna vez metía alguna catalanada al hablar, pero ni siquiera se le notaba el acento. Y, vaya, tenía unos rasgos muy... meridionales y bastante acusados. Y un pelo moreno que llamaba la atención...

La azafata Novoa fumaba compulsivamente, como si la sacase de sus casillas que le llevasen la contraria. Me entregó otra vez el cigarrillo para que lo descargase de ceniza, pero yo aproveché para apagarlo. Me pidió entonces otro y esta vez me arrebató el mechero, para encendérselo ella misma, como si le ofendiese mi cortesía o la confundiese con una muestra de piedad oprobiosa.

—Entonces no estamos hablando de la misma persona —afirmó, muy tajante y poco dispuesta a discutir—. Yo te estoy hablando de una chica de unos veintimuchos años, no creo que llegase a los treinta, más bien flaquita...

—Sí, sí, hasta ahí parece que estamos hablando de la misma persona. Pero te juro que no era nórdica ni eslava ni nada parecido... Te repito que tenía el pelo...

—Un pelo rubio precioso —me cortó la azafata Novoa, todavía más tajante—. Rubio natural, para ser más precisa. Al quitarse los cascos se quitó

también el gorro, y entonces quedó libre la melena. ¡Qué envidia y qué maravilla! Yo soy... yo era, quiero decir, rubia de bote, como todas las españolas; y me impresionan mucho esas melenas rubias naturales que tienen algunas mujeres de esos países... Un rubio que no se parece en nada al rubio de tinte... —Se abismó en un silencio lacerante, mientras hacía palpitar la brasa de su cigarrillo—. Pero yo ya no podré ni siquiera ser rubia de bote, ni tampoco morena. He quedado calva como un huevo, y tendré que usar toda la vida peluca. ¿Quién quiere una vida así?

Su vendaje, en efecto, prefiguraba un cráneo mondo; y probablemente no fuese a encontrar a nadie que se lo acariciase. Una experiencia tan traumática —pensé— tendría que haberle dejado también secuelas mentales y no sólo físicas; y sin duda esa melena rubia natural que adjudicaba a Lucía era una prueba fehaciente de que sus percepciones habían quedado averiadas. No quise alterarla más:

—Supongo que estamos hablando de personas distintas.

Pero no estaba dispuesta a rendirse:

—No, Alejandro, estamos hablando de la misma persona... —Era, en verdad, exasperante, que se atreviese a disputar conmigo tal cuestión; pero decidí no entrar al trapo, en atención a su estado—. Me fijé en su tarjeta de embarque y me sorprendió que una chica con aspecto de extranjera tuviese un nombre español; pero estas cosas cada vez son más habituales, la gente se cruza de las formas más raras y adopta niños de países lejanos. Cuando se quitó los cascos y el gorro, vi su melena rubia natural... Si contigo era morena sería porque se ponía peluca, a las mujeres a veces nos gusta despistar a los hombres. —Y añadió un comentario taimado o locoide—: Tal vez jugara al despiste contigo.

Lucía, en efecto, había jugado dolorosamente al despiste conmigo; pero todavía más dolorosa era la condena del recuerdo, la certeza de que ya no podría pedirle cuentas de todas sus mentiras y ocultaciones ni desvelar las razones que la habían obligado a mentirme. Pero al menos del color de sus cabellos estaba seguro; al menos en esto sabía que no me había engañado. Miré apenado a la azafata Novoa.

—Tal vez Lucía jugara al despiste con todos —accedí, derrotado—. ¿Hay alguna otra cosa que me puedas contar?

Era una petición un poco masoquista o desesperada, pues resultaba obvio que el testimonio de la azafata Novoa estaba manchado de perturbaciones y distorsiones cognitivas, por efecto del trauma padecido. Pero ya no podía

retractarme ni acallarla, hablaba en un tono memorioso y críptico, como hablaría una médium:

—Cuando el avión se salió de la pista la vi troncharse como un junco. Y vi su preciosa melena convertida en una antorcha de fuego... Algo así no se olvida tan fácilmente.

Tal vez la imagen del pelo de Lucía pasto de las llamas le había hecho creer que era rubia. No podía soportar descripciones tan vívidas:

—Déjalo, Isabel, por Dios te lo pido. La culpa ha sido mía por preguntarte.

La azafata Novoa empezaba a apurar también el segundo cigarrillo y le hice un gesto para que lo arrojara ya a la papelera. Mientras pegaba la última y ávida calada reparé en su boca membranosa, fruncida en torno al filtro como un esfínter. Ni siquiera la oprobiosa piedad pudo mitigar mi horror.

—El fantasma de esa chica va a perseguirme siempre —susurró, con voz súbitamente enronquecida por la nicotina—. Mientras ardía su melena rubia me alargaba las manos, implorándome auxilio... Hasta que un amasijo de hierros la golpeó en la cabeza, destrozándosela. —Se estremeció y quedó desvencijada en la silla de ruedas, como una marioneta a la que acabasen de cortar los hilos. Quise aprovechar su silencio para iniciar la retirada, pero la azafata Novoa me tiró muy fuertemente de la manga—: Por favor, Alejandro, déjame los cigarrillos. Te prometo que seguiré tus instrucciones y sólo fumaré con alguna persona de confianza cerca.

Me resistí, poco convencido de su promesa, pero me suplicaba de forma tan vehemente que acabé regalándole el paquete casi entero y el mechero, que dejé entre sus manos a la vez que las estrechaba. Cerré luego la ventana y la ayudé a encaramarse otra vez en la cama con barandillas, donde se tumbó muy delicadamente, sin apoyar su brazo escayolado, para no reabrir sus heridas.

—Era rubia, rubia como el oro —susurraba, como en una salmodia—, rubia como las princesas de los cuentos...

Le acaricié muy someramente el cráneo mondo y vendado y me despedí también en un susurro, antes de marchar todavía con mayor sigilo del que empleé al entrar. Mientras desandaba los pasillos hasta la salida, sus palabras me retumbaban, delirantes y a la vez tentadoras, haciéndome concebir otra vez (como ya me había ocurrido después de visitar a Valentina) sospechas o fantasías embrionarias que no llegaban a formularse, como revelaciones de la duermevela que un instante después se difuminan. Desde la calle, montado ya en el coche, contemplé el edificio de la clínica, tratando absurdamente de

localizar la ventana de la azafata Novoa, que sería un mordisco más de sombra entre los cientos de mordiscos de sombra que abarrotaban la fachada (apenas había habitaciones con la luz encendida, aunque todavía no era medianoche); y me pareció ver en una de ellas —pero sin duda se trataba de una distorsión cognitiva— el destello de una brasa, como un diminuto corazón palpitante, y un rostro sin facciones asomado a la oscuridad. Rechacé esa visión insensata con un repeluzno; pero en cambio no pude rechazar las palabras de la azafata Novoa, que habían empezado a taladrar mi incredulidad, con la insistencia de un berbiquí. Aquella Lucía de melena rubia era, sin duda, el producto de una mente ofuscada y delirante; pero para entonces yo estaba dispuesto a abrazar cualquier delirio, estaba dispuesto a llegar hasta el mismísimo infierno, con tal de resucitar a Lucía.

Llegué a casa en un estado de excitación mental próximo al desvarío. Encendí entonces el televisor, para seguir revisando el disco con las grabaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto. Retrocedí un poco desde el punto en el que lo había dejado, para ver otra vez a Lucía en primerísimo plano, mientras hacía la llamada al teléfono de su amiga o compinche Valentina sin esperar respuesta, con gesto desentendido, y después colgaba al tercer tono de espera y desaparecía de campo. Luego se sucedían varias tomas lejanas, en las que Lucía se encaminaba con paso tranquilo, más pesaroso que decidido, hacia el control de pasajeros; y varias en las que hacía pacientemente cola ante dicho control, después de deslizar su tarjeta de embarque por un lector óptico que le franqueaba el paso al recinto. Ante el arco detector de metales, después de dejar su bolso en una bandeja de plástico que avanzaba lentamente hacia el escáner, un segurata pedía a Lucía que se descalzase (seguramente sus deportivas doradas y destellantes incorporasen algún herraje o tachuela que hacía pitar aquel artilugio) y también que se quitase el gorro (o esto ella lo hacía por añadidura, para evitar que le diesen más la tabarra), y aparecía entonces su larga cabellera fosca, como una yedra desordenada, que no se volvía a recoger y cubrir hasta que por fin le permitían recuperar sus prendas y volverse a calzar, apoyada en una mesa donde otros pasajeros que también acababan de pasar el control se aglomeraban, reuniendo sus pertenencias. Las siguientes secuencias —todas ellas perfectamente correlativas, como demostraba el sucederse de segundos y minutos en la esquina inferior derecha de las imágenes— mostraban a Lucía descendiendo en unas escaleras automáticas hacia la zona de embarque, atravesando un bazar que las autoridades aeroportuarias y sinvergüenzas interponían en el camino de los pasajeros, para inducirlos u obligarlos al gasto

superfluo, con expositores abarrotados de potingues cosméticos y licores empalagosos. Lucía sorteaba los expositores sin detenerse ante ninguno, hasta llegar al último, donde se demoraba tan sólo por darse el gustazo de desordenar la morralla que en él se exhibía (y confesaré que este gesto gamberro me conmovió). Al calarse otra vez el gorro tras su paso por el arco detector de metales, un mechón rebelde se le había quedado suelto, un mechón inequívocamente moreno que de vez en cuando se apartaba de los ojos mientras avanzaba a través de la terminal, mientras se subía a las alfombras deslizantes que acortaban las distancias, mientras se detenía en un quiosco y adquiría una revista de modas o científica (el plano bastante lejano y la imagen granulosa no permitían distinguirlo), mientras al fin alcanzaba su puerta de embarque y lograba milagrosamente encontrar un asiento libre entre muchos otros ocupados, todos ellos de sórdido metacrilato, igual que los asientos de las salas de espera de la clínica. Allí se quedaba sentada Lucía, durante más de veinte minutos, allí se alzaba al fin sus gafas de sol de montura sicodélica y setentera (que se encajaba a modo de diadema, sobre la frente cubierta por el gorro), enfrascada en la lectura de su revista de modas o científica, mientras pasajeros más nerviosos que ella se levantaban y otros venían a ocupar su sitio, mientras en su derredor se hacía una cola para el embarque donde todos los imbéciles cagaprisas corrían a alinearse. Sólo cuando la cola empezaba a acortarse abandonaba Lucía la lectura de la revista, tomaba su bolso y se alzaba del asiento, con las gafas todavía apoyadas sobre la frente; pero no todavía para sumarse a la cola de los imbéciles cagaprisas, sino para encaminarse hacia los baños. Así se probaba en la siguiente toma, de una cámara que enfocaba desde bastante distancia la puerta del baño de señoras, en el que Lucía entraba esta vez con paso ligero, temerosa tal vez de que no le diese tiempo a aliviarse antes de que se cerrase el embarque. Y la toma se mantenía durante casi cinco minutos, mostrando a otras mujeres que entraban por coquetería o acuciadas por un apretón en el mismo baño y luego salían en cualquier caso relajadas, hasta que por fin salía también Lucía, cabizbaja y con las gafas de sol otra vez puestas, de súbito apresurada y a la carrera, porque probablemente para entonces ya hubiesen embarcado todos los imbéciles cagaprisas y sólo estuviesen esperando por ella (tal vez, incluso, estuviesen reclamando su presencia por la megafonía del aeropuerto). La última secuencia de la grabación mostraba de espaldas a Lucía, llegando a la carrera al mostrador de embarque, ante la mirada censoria del empleado encargado de revisar las tarjetas, que le solicitaba también su documento identificativo. Lucía lo sacaba de su bolso, un poco aturullada, a la

vez que extraía también unos cascos que forzaba un tanto para encajar en la cabeza, sobre el gorro de lana blanca. Frenaba entonces su carrera, que no había sido tan desgarrada como en ella era habitual, y el empleado le devolvía la tarjeta de embarque y el documento acreditativo, se los devolvía con un gesto que ya no era censorio, sino más bien risueño y complaciente, gesto propio del ligoncete inoportuno que trata de entablar palique con la pasajera apresurada; pero Lucía no le hacía demasiado caso y lo despachaba sin demasiados miramientos. Entonces, al enfilarse hacia la puerta de embarque, Lucía mostraba por un segundo de perfil, mientras volvía a apartarse un mechón de pelo de la cara. Estaba tan lejos de la cámara, y tan emboscada por el gorro y las gafas, que sus facciones no se distinguían, eran un borrón informe, pero se distinguía perfectamente el color del mechón que se apartaba de la cara. Y era un mechón rubio, rubio como el oro, rubio como las princesas de los cuentos.

Sentí que el corazón se me detenía, interrumpiendo el flujo de la sangre, y tardé varios minutos en dominar el temblor que invadió mi cuerpo. Rebobiné entonces un poco la grabación, para ver de nuevo el momento en que Lucía se volvía de perfil hacia la cámara y se llevaba la mano a la cara para apartar el mechón de pelo que le estorbaba. Lo rebobiné una vez, y otra, y otra, para fijarme mejor en la mano retirando una vez, y otra vez, y otra más el mechón de la cara. Y el mechón era rubio una y otra vez, siempre rubio como me había asegurado la azafata Novoa, inequívocamente rubio, como corresponde a una mujer tal vez nórdica o eslava.

Aquella mujer rubia no era Lucía, que se había quedado en el baño y había vuelto a jugar al despiste conmigo. Aquella mujer rubia había muerto en lugar de Lucía, su cadáver estaría encerrado en alguna cámara frigorífica, tapizado de escarchas, mientras Lucía acaso estuviese en algún lugar insospechado, moviéndose de incógnito entre los vivos y los muertos.

Y yo iba a encontrarla. Iba a encontrarla y a pedirle cuentas de todas sus mentiras y ocultaciones.

XI

Y cuando por fin se marchó aquel calor incongruente y tardío, bien entrado ya el otoño, llegaron los incendios de los setos, como hogueras de San Juan rezagadas o piras funerarias de las que hubiese desertado el muerto.

El primer seto ardió allá por noviembre, cuando la urbanización entera dormía, después de que hubiesen enmudecido todos los aspersores y se hubiesen apagado todas las lámparas. Aunque teníamos las ventanas de la casa cerradas y las persianas bajadas, llegaron hasta nuestro sueño los ladridos de los perros, que empezaron siendo aislados y hoscos, hasta convertirse en un coro de aullidos. Me desperté sobresaltado cuando Lucía ya se aupaba sobre el alféizar de la ventana, para localizar la causa del alboroto. Enseguida se llenó la casa con el perfume de la chamusquina.

—¡Pero si es casi al lado, como quien dice! —exclamó, alarmada.

Y me señaló una casa, a unos trescientos o cuatrocientos metros, que siempre nos había llamado la atención por su seto de ciprés, alto como un farallón y muy pulcramente podado, tan espeso que apenas permitía atisbar la propiedad que circundaba. Nos vestimos a maticaballo con lo primero que pillamos, que era inevitablemente cutre y mal conjuntado; pero lo mismo habían hecho otros vecinos de la urbanización, que caminaban entumecidos y a trompicones, como sonámbulos o resucitados a quienes convocan las trompetas del Juicio Final, en pijama o camisón, con batas repescadas de algún armario apolillado, con sudaderas harapientas y chándales mugrosos, a veces con mantas echadas sobre los hombros, o con gabardinas y chambergos tapando apenas los paños menores. Todos avanzaban, guiados por los ladridos y aullidos de los perros, hacia el seto incendiado, que crepitaba en la noche y alzaba sus llamas, como largas cabelleras rubias o espadas flamígeras, desprendiendo mil pavesas que querían competir con las estrellas o sembrar el cielo de

luciérnagas; pero al poco fracasaban en su loco ascenso y caían convertidas en una nieve cenicienta. Al resplandor de las llamas, vi caer esta nieve sobre los vecinos atónitos, también sobre Lucía, que al pasarse la mano por la frente, en ademán pesaroso, quedó tiznada cuaresmalmente. Enseguida llegaron un camión de bomberos y un par de coches patrulla, con mucha escandalera de bocinas ululantes y derrapes en las curvas.

—No se acerquen al fuego —empezaron a gritar los policías, en cuanto abandonaron los coches patrulla—. ¡Atrás! ¡Atrás!

Eran prevenciones un poco tardías, porque el fuego ya había alcanzado su máximo esplendor y empezaba a declinar, sustituyendo el ímpetu de las llamas por una humareda espesa y resinosa, como de bosque calcinado, que se pegaba como una telaraña a la garganta y emborrachaba la pituitaria. Mientras los bomberos desenrollaban las mangueras, los policías examinaban unas manchas o charcos al pie del seto, en los que terminaron por mojar los dedos con un repeluzno, como en una pila de agua sacrílega.

—Gasolina. Empaparon el seto de gasolina, para que ardiera más fácilmente —dictaminaron.

Reparé entonces en los dueños de la casa y en sus hijos, que hacían piña, llorosos y estupefactos, incapaces de comprender la tropelía. Los manguerazos a presión acosaban el fuego desde diversas posiciones, entre gritos de los bomberos todavía más estridentes que los ladridos de los perros. Pronto la crepitación de la madera cedió ante la avalancha de agua; pero, cuando por fin los bomberos apagaron el incendio, todo un lateral del seto se había quedado pelado por completo, con los troncos de los cipreses como mástiles de soledad o lanzas sin fe ni esperanza. El olor del humo, que apenas unos minutos antes era fragante y embriagador como la savia, se había vuelto de repente nauseabundo.

—¿Saben de alguien que les desee algún mal? —interrogaba un policía al dueño de la casa—. ¿Algún enemigo acérrimo, algún cliente arruinado, algún empleado despedido...?

Los dueños de la casa escuchaban atónitos el repertorio de posibles autores de la fechoría; y algo parecido nos ocurría a los vecinos, que hasta entonces apenas habíamos padecido robos o intentos de allanamiento, mucho menos vandalismos y destrozos feroces, como sabíamos que ocurría en otras urbanizaciones de la

zona. Pero la nuestra se había salvado siempre de tales trapisondas, tal vez por quedar un poco a trasmano o disponer de sistemas de alarma muy avanzados (o eso, al menos, nos habían asegurado los promotores inmobiliarios).

—Pueden haber sido también unos gamberros que eligieron su casa al buen tuntún —prosiguió el policía, al que se le daban mucho mejor las hipótesis que las conclusiones—. Cada vez hay más pandillas de chavales que se organizan para hacer este tipo de estragos. Yo de ustedes consideraría la posibilidad de contratar un servicio de vigilancia, como hacen en otras urbanizaciones.

El desparpajo o desahogo del policía provocó una oleada de quejas airadas entre los vecinos, que ilusamente pensaban que pagando las tasas e impuestos municipales se aseguraban protección y seguridad.

—Extremen su atención, en cualquier caso —alzó la voz el policía antes de que las quejas degenerasen en tumulto—. Normalmente, los autores de este tipo de fechorías suelen conocer muy bien el terreno. Vigilen a las amistades de sus hijos, a los repartidores y mensajeros, a cualquier individuo o grupo de individuos que vean merodear por aquí. Denuncien cualquier comportamiento que les parezca sospechoso y nosotros nos encargaremos de investigarlo.

Pero ya el runrún de la protesta y el desánimo se había extendido entre los vecinos, que se reunían en corros para lamentar su indefensión o despotricar contra la desidia del alcalde y sus alguaciles o alguacilesas, que sólo eran diligentes para proyectar nuevas rotondas y rebañar comisiones. Los más protestones se atrevían, incluso, a acusar de pasotas a los policías, que habían hecho un aparte con los dueños de la casa y los interrogaban, antes de redactar el atestado, mientras el camión de los bomberos iniciaba las maniobras para marchar. También lo hacían los vecinos más frioleros, frotándose los cuerpos apenas abrigados para entrar en calor o espantar el miedo. Lucía se había quedado mirando el seto arruinado, con un gesto muy atribulado (o tal vez el tizne exagerase su tribulación).

—Pensé que vivías en un lugar más seguro... —murmuró.

Me pareció que, al fondo de sus palabras, alentaba cierta sombra de reproche, como si yo le hubiese asegurado que mi urbanización

estaba blindada contra este tipo de percances. Pero era un reproche tan insensato que no me lo tomé demasiado en serio:

—Ya te podrás imaginar que no tenemos controlados a todos los gamberros del planeta. Pero tampoco creo que por una gamberrada, por muy aparatosa que sea, pueda decirse que vivo en un lugar inseguro.

Lucía se apartó al fin del seto arrasado por el fuego, arrebujiándose dentro del poncho que se había echado encima del pijama. A la luz pálida de una farola me pareció que su rostro estaba desencajado, como si le hubiesen brotado nuevas aristas y angulosidades que acentuaban la asimetría de sus rasgos.

—Hoy puede ser un gamberro, mañana un ladrón y pasado un violador o un asesino —rezongó.

Me desconcertó aquella hosquedad excesiva que parecía dirigida contra mí, como pude comprobar cuando refugió las manos dentro del poncho para rehuir las mías, que en un par de ocasiones habían buscado entrelazarse, como solíamos hacer en nuestros paseos.

—¿Desde cuándo eres tan agonías? —me solivianté—. Al gamberro que haya quemado ese seto lo pillarán enseguida, ya lo verás.

Me detuve un instante, buscando su complicidad, pero Lucía siguió caminando hacia casa, moruga.

—Ya lo veremos —dijo, con escasa convicción. Y, al darse cuenta de que no me hallaba a su lado, se volvió hacia mí—: Pero me hace mucho miedo.

Achaqué a ese miedo un uso verbal tan pintoresco. Y en su rostro el miedo adquiría una fuerza aflictiva, como si estuviese a punto de llorar.

11

—Alejandro, nos vemos en una hora en la Dehesa de Navalcarbón, si te parece bien —me propuso el inspector Avendaño, sin saludarme siquiera, sin dejar tampoco que yo lo saludase, en cuanto atendí su llamada—. Pero antes te ruego que eches un vistazo a la televisión.

No había pegado ojo en toda la noche, después de descubrir que en lugar de Lucía había embarcado en el avión siniestrado una mujer rubia de complexión similar y ataviada exactamente igual que ella. Había repasado la grabación no menos de veinte veces, desde la llegada de Lucía al aeropuerto hasta el embarque de su suplantadora o sosias rubia, en busca de alguna imagen más o menos desvaída que me brindase pistas o me ayudase a entender las razones de aquel escamoteo que seguía desafiando mi capacidad de asombro. Parecía evidente que la sustitución se había consumado en el baño al que Lucía había entrado antes de embarcar en el avión (donde, a buen seguro, su suplantadora la estaría esperando); pero en los fragmentos de grabación que Avendaño me había ensamblado no se percibía ningún gesto delator o actitud equívoca en Lucía desde su llamada perdida a Valentina (que, sin duda, había servido para activar el dispositivo que había culminado en el baño). A buen seguro, en alguna de aquellas imágenes que inspeccioné minuciosamente, plano a plano, entre los pasajeros que pululaban por doquier como hormigas febriles, se ocultaría algún agente infiltrado (pero al servicio de quién), algún secuaz disfrazado (pero con qué propósito), algún capataz o maestro de ceremonias coordinando un *ballet* invisible y perfectamente sincronizado. Pero todos estos enredos y artimañas se escapaban a mis ojos poco avezados; y, al escaparse, no hacían sino confundirme más y sumirme en un océano de perplejidades. Consideraré si poner a Avendaño al tanto de mis descubrimientos; pero decidí reservármelos.

—¿Me has oído lo que te he dicho? —preguntó, impaciente.

Tuvo que repetirme otra vez sus instrucciones, a la vez sucintas y apremiantes. Llamaba con el topónimo de Dehesa de Navalcarbón (que todavía figuraba en los mapas) a lo que los habitantes de la zona conocíamos

más modestamente como Pinar de Las Rozas, que había sido dehesa en otra época, antes de que la voracidad urbanística achicase sus lindes y su vegetación originaria de encinas y carrascas fuese esquilmada y sustituida por pinos. Imaginé que me citaba en un lugar tan a desmano porque deseaba ponerme al tanto de algún asunto o circunstancia que requería una especial discreción y no quería que nos viesen juntos. Imaginé también que, para comprender del todo aquel arrebatado de prudencia, debía echarle un vistazo a la televisión, tal como me había solicitado.

—Allí nos vemos en una hora —dije.

Lo que había descubierto aquella noche me había vuelto más suspicaz y reticente. Pero todas mis suspicacias y reticencias no habrían acertado a prever la noticia que los noticiarios matinales y los programas de sucesos estaban divulgando en aquellos momentos, con gran fanfarria de unidades móviles y comentaristas carroñeros. Se había declarado un incendio en el hospital antaño conocido como clínica de la Concha, que afortunadamente sólo había afectado a su ala más apartada. Salvo la paciente que, según todos los indicios, había provocado el incendio y perecido entre sus llamas, la azafata Novoa, el resto de enfermos habían podido ser evacuados por el personal sanitario, con ayuda de los bomberos desplazados hasta el lugar. Todos los canales repetían las mismas imágenes, en las que unas llamas como melenas rubias brotaban de la habitación en la que la noche anterior, al partir en coche, yo había visto o imaginado la brasa de un cigarrillo, como un diminuto corazón incandescente. Los bomberos, encaramados en escaleras desplegadas, dirigían sus mangueras hacia la ventana de aquella habitación donde la azafata Novoa había muerto achicharrada por el fuego o asfixiada por el humo. Cuando al fin un par de bomberos lograban entrar en la habitación, el objetivo de la cámara se ceñía al marco de la ventana; y retrataba el gesto de los rescatadores tardíos, que sacudían la cabeza consternados y se aflojaban los barboquejos, para quitarse los cascos ignífugos, en señal de duelo o vasallaje ante la muerte. Repetían una y otra vez estas imágenes desgraciadas, mientras los presentadores de los noticiarios leían los primeros comunicados policiales, todavía muy escuetos, y los comentaristas carroñeros de los programas de sucesos empezaban a preguntarse si el incendio habría sido accidental o provocado, y también si la azafata Novoa habría hallado la muerte por azar o la habría buscado adrede. Ni siquiera yo podía responder a estas preguntas; pero sabía que el incendio, en última instancia, lo había provocado yo, al entregar irresponsablemente

(por piedad, o más bien por matar mis remordimientos) un paquete de cigarrillos y un mechero a la azafata Novoa.

Al cansancio de la noche en vela, al océano de perplejidades en el que naufragaba, se sumaba de repente una culpa con la que no contaba, pesada como una lápida. Y con esa culpa encima, reducido a migas o escombros, conduje hasta la dehesa o pinar donde Avendaño me había citado. Caminé errabundo durante un rato por el lugar, pisando las agujas de pino reblandecidas por las lluvias recientes, tambaleándome a veces y recostándome sobre los troncos lagrimeantes de resina, en los que mi aturdimiento y desolación se quedaban enviscados. Y alzaba la vista a los mordiscos de cielo que asomaban entre las copas oscuras, en busca de una explicación que no llegaba. En el pinar había casamatas y parapetos de cuando la Guerra Civil que la humedad y la acumulación de hojarasca habían ido carcomiendo hasta asemejarlos a restos arqueológicos de alguna civilización babilónica. De uno de estos parapetos semiderruidos emergió el inspector Avendaño, como un aparecido o un zapador de otro siglo.

—Fui a verla anoche —le confesé abruptamente, sin mediar saludo—. A Isabel Novoa, la azafata.

Avendaño me escrutó y arrugó el ceño, como si no hubiésemos hablado el día anterior y mi revelación lo pillase por sorpresa:

—¿Fuiste a verla? ¿Estás seguro? Sin embargo, no figuras en el registro de visitas.

No reparé todavía en la intención de sus palabras. Estaba demasiado anegado por los remordimientos:

—Decidí no seguir tu consejo y pasé sin registrarme —dije, un poco avergonzado—. Pero seguramente fui la última persona que la vio con vida. Y también el responsable de su muerte...

Avendaño miró a izquierda y derecha, temeroso de que alguien pudiera escucharnos. Pero por el pinar sólo correteaban algunos pijos estresados, que acudían allí para concertar o consumir sus adulterios, fingiendo que hacían deporte. Me tomó del brazo.

—¿Responsable de su muerte? ¿Por qué dices eso?

—Le pregunté sobre Lucía. Y mis preguntas la desazonaron, le trajeron a la memoria momentos demasiado traumáticos. —Callé durante unos segundos, omitiendo las respuestas de la azafata Novoa—. Además, cometí el error de dejarle un mechero y un paquete de cigarrillos. Estaba tan ansiosa por fumar...

Nos habíamos adentrado por los senderos menos transitados del pinar que en otro tiempo había sido dehesa y línea de defensa durante una guerra de memoria nunca cicatrizada. Eran los mismos senderos que había caminado en otras ocasiones con Lucía, en la luz oblicua de la tarde, cuando la niebla borraba los contornos del mundo. Tal vez Lucía estuviese viva; pero no hallaba cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte.

—Puedo imaginarme cómo te sientes en estos momentos, Alejandro —me aleccionó Avendaño—. Entiendo que estés hecho un trapo. Pero no puedes ir por ahí diciendo sandeces. No puedes ir insinuando que has matado a esa mujer. —Me miró con gesto preocupado y admonitorio—. Mis jefes están muy, pero que muy nerviosos. Justo cuando empezaban a quitarse de encima el marrón del siniestro de Airjet va y se suicida esa azafata. A más de uno, en la presente coyuntura, le encantaría cargarte con el mochuelo. No se te ocurra decir lo del tabaco y el mechero; ni siquiera digas que ayer estuviste en ese hospital. Por fortuna, no tenían el circuito de cámaras operativo; se les había estropeado un par de semanas atrás, y no tenían presupuesto para repararlo.

Me pareció que Avendaño estaba prevaricando; o tal vez tan sólo tratando de protegerme. Se había sentado sobre los restos de una casamata que nos protegía de las miradas fisgonas de los pijos estresados.

—¿Quieres que niegue que estuve anoche allí? ¿Me estás pidiendo que mienta?

—Te he pedido que calles, no que mientas —distinguió con una calma a la vez piadosa y cínica—. Son cosas bien distintas. Te has metido tú solito en un lío de cojones; y sólo trato de ayudarte a salir de él. Y también lo hago por mí, no quiero que me arrastres al abismo contigo. A fin de cuentas, yo fui quien te dijo dónde estaba la azafata y cuándo te convenía ir a visitarla. Estaría bien que me contases qué sucedió exactamente entre vosotros.

Había decidido guardarme para mí los descubrimientos de las últimas horas. Fuesen ciertos o producto de un espejismo, formaban parte de una pesquisa que desde el principio había realizado al margen de la policía, y por encomienda directa de Lucía. O así me gustaba imaginarlo, así me gustaba fantasearlo.

—Entré en el hospital como Pedro por su casa —dije, procurando ser a la vez sucinto y creíble—. El personal de la recepción andaba remoloneando descaradamente; y el área donde se hallaba la azafata Novoa estaba por completo desierta, fuera de unas enfermeras de guardia que tampoco repararon en mí. —Recordé entonces al hombre que leía el periódico sistémico, luego desaparecido como por arte de ensalmo, pero preferí pasarlo

por alto—. La azafata estaba angustiada ante el futuro que le aguardaba, de quirófano en quirófano y sin esperanza de recuperar un aspecto mínimamente agradable...

—Razón por la que seguramente decidió quitarse la vida —intervino Avendaño con gran convicción, o con el propósito de convencerme.

—No digo que no —murmuré, aunque era una explicación demasiado sencilla—. Pero mis preguntas la sacaron de quicio. La obligué a recordar algo que le causaba un dolor muy profundo y era la causa de su desdicha... La vi tan destrozada que accedí a darle un cigarrillo cuando me lo pidió, también a fumar con ella a hurtadillas y con la ventana abierta, para que no saltase el detector de humos. Y me dio tanta pena verla en aquel estado que accedí a dejarle mi paquete de cigarrillos y mi mechero...

—¿Qué hora calculas que sería cuando te marchaste? —preguntó Avendaño, muy expeditivo.

—No lo sé con exactitud... Las once u once y pico. Antes de las doce, sin duda.

Se sacudió una palmada en las rodillas que casi me pareció jubilosa:

—Y el incendio se declaró aproximadamente a las siete de la mañana —dijo—. ¿Qué culpa puedes tener tú de que una señora se prenda fuego siete u ocho horas más tarde de vuestra conversación? ¿Que le dejaste un mechero? ¿Y qué? ¡Por esa regla de tres, habría que demandar a la compañía del gas, cada vez que alguien se suicida en la cocina!

Me desconcertaba actuar como abogado del diablo contra mí mismo, mientras Avendaño trataba por todos los medios de limpiarme de culpa. Pero era el papel que tácitamente nos habíamos asignado.

—Quizá le dijese algo que la hirió, o la dejó tocada... El mero hecho de refrescarle las imágenes del accidente... —insistí.

—¡También nosotros se las refrescamos cuando fuimos a interrogarla, maldita sea! —se exasperó—. Te recuerdo que eres una persona pública y una perita en dulce para muchos carroñeros deseosos de escándalo. Mientras sea posible, te recomiendo que te mantengas al margen del caso. —Me echó un brazo sobre el hombro, como si fuese a hacerme una propuesta adulterina, al estilo de las que se hacían los pijos estresados que correteaban por el pinar—. Y haz el favor de descansar un poco. Tienes aspecto de no haber pegado ojo en un mes.

No en un mes, pero durante las últimas dos semanas no había conocido el sueño reparador. Avendaño estaba logrando convencerme; tal vez necesitaba que me convenciese, para tranquilizar mi conciencia.

—Lo haré, lo prometo —accedí mansamente.

—Por cierto... —dijo, como al desgaire—, ¿te contó la azafata algo revelador sobre... tu novia?

Había dejado de mirarme; y la vista se le perdía en el horizonte.

—Nada revelador, por desgracia —mentí—. Apenas lo que tú mismo ya me habías anticipado.

Avendaño asintió, crédulo; o simplemente asentía a lo que le convenía creer.

—Procuraré que nadie te moleste —me dijo—. Y te avisaré si las cosas se tuercen. No creo que nadie se ponga en contacto contigo sin que yo me entere. Pero, si ocurriese así, ni se te ocurra mencionar lo del mechero.

La casamata, sin techo y con las paredes desmigajadas, tenía algo de tumba profanada y a la intemperie; y la mañana tenía un aire funeral y desangelado en el sentido estricto de las palabras: una mañana llena de muertos y vacía de ángeles.

—¿Por qué haces todo esto por mí? —le pregunté.

Avendaño excavaba con un palitroque entre la hojarasca, como si clasificara capas arqueológicas.

—Supongo que me siento responsable de haberte metido en este embolado —respondió—. Si no te hubiera comunicado que tu novia había adoptado una identidad falsa, ahora estarías mucho más tranquilo. No voy a permitir que el nerviosismo de mis jefes te roce. Ya te hemos hecho sufrir bastante.

—Es la segunda vez que me dices que tus jefes están nerviosos... —lo azucé—. No entiendo muy bien por qué. Acaban de salir a dar una explicación oficial que por el momento nadie discute.

Llenó sus pulmones de aquel aire que mataba la esperanza.

—Pero la explicación oficial puede resquebrajarse —masculló—. El jefe de mantenimiento de Airjet, tal vez por miedo a que le carguen el mochuelo, afirma ahora que personalmente subió a la cabina, antes de que se iniciaran las maniobras del despegue, y que pidió al piloto que comprobara si el trabajo de los mecánicos había resuelto el problema. Pero el piloto no habría hecho las verificaciones. Naturalmente, todo esto puede ser una argucia del jefe de mantenimiento, o de sus abogados, para tratar de descargar la responsabilidad sobre los pilotos muertos.

Sin embargo, el tono sombrío de su voz parecía augurar que tal vez se tratase de algo más que una mera argucia legal.

—Y eso de que el piloto no hiciese las verificaciones de rigor... ¿significa que podría tratarse de un... terrorista?

—No necesariamente —dijo Avendaño, demasiado mustio para contradecirme con mayor brío—. Podría haber sido por negligencia, a veces los pilotos tienen la cabeza ocupada por preocupaciones personales, o familiares, o lo que sea, y se les va el santo al cielo. En fin, no conviene deslizar sospechas sobre quienes no pueden ya defenderse, sobre todo cuando por el momento no hay nada claro. —Hizo una larga pausa, antes de proseguir. Y cuando lo hizo su voz sonaba consternada—: Pero mis jefes no tienen miedo de una posible negligencia de los pilotos; tampoco de que mañana un grupo terrorista reivindique el accidente como un atentado. Lo que se puede explicar a la opinión pública, por muy dementes que sean las razones, no compromete a nadie. Lo que mis jefes, lo mismo que el gobierno, de verdad temen son los atentados terroristas no reivindicados. De estos la gente no tiene noticia, porque se presentan como accidentes motivados por causas poco claras. A veces, en todo caso, dan lugar a teorías conspiranoicas y rocambolescas, o a hipótesis paranormales, como antaño ocurrió con aquel «triángulo de las Bermudas». Pero se suele aceptar que estos accidentes ocurren por causas desconocidas y, tras un paripé de investigación, se acaban archivando de forma más o menos discreta; la avalancha de noticias que padecemos favorece, además, que olvidemos hoy lo que ayer nos perturbó extraordinariamente. Tras unos pocos días de gran revuelo informativo, la gente (mucho más manipulable de lo que ella misma piensa) acepta que fueron accidentes causados por motivos ignotos y se olvidan. Pero casi siempre son atentados, a veces ni siquiera encubiertos por sus autores, sino más bien por los gobiernos.

Empezó a soplar un aire frío, como un aliento de ultratumba que aventase las almas errabundas y descatalogadas de todas las víctimas de esos atentados. Me atreví a preguntar:

—Pero ¿qué sentido tiene para unos terroristas que sus fechorías no sean luego aireadas?

Pasaron por una vereda próxima un adúltero y una malmaridada, a la búsqueda de alguna casamata en la que poder pegarse un achuchón, antes de regresar a sus respectivos paraísos conyugales. Avendaño dejó que se alejasen antes de responderme:

—Los terroristas reivindican sus atentados cuando quieren sembrar el miedo entre la población, reducir los ingresos turísticos de un país o responder a una determinada acción antiterrorista. Pero hay muchas

situaciones en las que no les interesa reivindicar nada, sino más bien lanzar un aviso sin publicidad. —Se mordió los labios, que el frío funeral había empezado a entumecer o amoratar, como si se arrepintiese de facilitarme una información altamente comprometedor—. Por ejemplo, se pueden utilizar estos atentados para advertir a un gobierno demasiado belicoso que debe dejar de participar en tal o cual conflicto bélico. O, por el contrario, para urgir a un gobierno demasiado débil o pacifista a sufragar las guerras que conviene sufragar. A veces estos atentados que nadie reivindica son pagados por Estados enemigos, que así se aseguran la sumisión de los gobiernos díscolos, o por Estados que quieren saldar viejos agravios, guerras que perdieron y no pueden volver a declarar a las claras, o tratados comerciales que les perjudicaron gravemente, o injerencias que se habían quedado sin castigo. O pueden ser puras acciones de fuerza, atentados intimidatorios para que los gobernantes del país afectado por el atentado se dejen mangonear o firmen un tratado que los perjudica. O pueden ser también ajustes de cuentas entre terroristas, o entre organizaciones mafiosas, o entre servicios secretos: se quiere eliminar a un pasajero de ese vuelo que es agente enemigo; y para que su eliminación pase inadvertida y no provoque conflictos diplomáticos, se elige el momento en que viaja en avión, para que su muerte quede difuminada entre una gran mortandad... —Hizo un gesto abrumado, como si pretendiera significar que podía tirarse horas enteras aportando ejemplos de este tipo de atentados no reivindicados cuya existencia yo hasta entonces ignoraba ilusamente—. Todas estas masacres pasan inadvertidas para el común de la gente, a la que se engaña miserablemente, haciéndole creer que son accidentes sin causa conocida, fruto de alguna avería misteriosa o del descuido de un piloto resacoso; y el común de la gente se lo traga y sigue viviendo tan feliz en su democracia con tuiters, porno gratis y manifiestos teledirigidos. —Se rio lúgubrementemente—. Pero el gobierno que ha recibido el recadito se entera pronto de lo que verdaderamente ha ocurrido: a veces, mientras investiga las causas de la catástrofe; a veces, porque se lo hacen saber por conductos extraoficiales. Por supuesto, siempre que se perpetra un atentado de estas características, lo primero que hacen los gobiernos es elaborar una explicación oficial que abone la tesis del accidente.

Se había eclipsado por completo la luz pálida del sol, como si una bandada de murciélagos retenidos en algún sótano o mazmorra hubiese escapado por algún escotillón y ensombrecido el cielo. Me parecía escuchar su aleteo membranoso y su griterío de ratas con ínfulas. El miedo favorece este tipo de espejismos acústicos.

—¿Y se supone que en este caso nos hallamos ante un atentado no reivindicado?

—No lo parecía, al menos hasta ayer —respondió Avendaño, con una expresión tan neutra que no supe si pretendía mostrar desconcierto o reticencia—. Las declaraciones de ese técnico de mantenimiento nos habían parecido la artimaña de alguien que busca salvar su culo cargando la culpa sobre los pilotos muertos. Pero lo ocurrido con la azafata Novoa ha hecho que mis jefes reconsideren su postura.

—¿Quieres decir que tal vez no se tratase de un suicidio? —me asusté.

Y pensé en aquel hombre alto y fornido que fingía leer un periódico sistémico, cerca de la habitación de la azafata Novoa. Pero decidí no mencionarlo, al menos por el momento.

—Podría ser un suicidio, desde luego —dijo Avendaño, en el mismo tono neutro—. Esa pobre mujer estaba muy deprimida, las quemaduras la habían desfigurado por completo. Pero su muerte ha hecho saltar las alarmas. Desde Jefatura nos han comunicado que la Unidad Central de Inteligencia, especializada en terrorismo, se incorpora a la investigación. Esta tarde tenemos una reunión con sus mandos, para pasarles toda la información que poseemos. La evaluarán debidamente y harán sus indagaciones. —Me lanzó una mirada cómplice, en un esfuerzo por envolver de altruismo su prevaricación, que buscaba sobre todo ocultar mi desliz—: No les diré nada de tu visita de anoche al hospital. Pero les tendré que poner al corriente de que tu novia tenía una identidad robada...

—Por supuesto, por supuesto —fingí alegrarme—. Tal vez así logremos resolver el misterio. Tal vez ellos tengan datos que a nosotros se nos escapan.

Esbozó un gesto de indisimulado escepticismo, a la vez que se levantaba:

—En los programas de protección de testigos, desde luego, no figuraba. Y, honestamente, me parece imposible que en la Unidad Central de Inteligencia actúen con documentación robada a una chica de Cuenca. Ellos tienen los medios y la capacidad para crear identidades falsas... —Había arrancado a andar, internándose por una vereda que conducía hasta el aparcamiento donde a buen seguro habría dejado su coche—. En cualquier caso, seguro que nos aportarán datos reveladores. A los medios no trascenderá nada, por supuesto; pero te mantendré informado si surge algo que pueda afectarte.

Nos separamos en aquel punto, en medio del pinar donde los pijos estresados arrimaban cebolleta con sus vecinitas, lejos de la vigilancia conyugal. Lo vi alejarse, recortado en la luz oblicua de la tarde, mientras yo

volvía a recorrer los lugares que previamente había recorrido con Lucía, en excursiones todavía recientes. No sabía si su falsa identidad pretendía protegerla de alguna amenaza que se había hecho realidad en el accidente o atentado del avión de Airjet. No sabía si el escamoteo final que me había parecido descubrir en las grabaciones de las cámaras del aeropuerto formaba parte de ese plan. No sabía si la muerte truculenta de la azafata Novoa había sido un suicidio o un asesinato. Tampoco sabía, en caso de que hubiese sido un asesinato, si la habían matado para que no pusiese a la policía sobre la pista del escamoteo de Lucía, como me había puesto a mí. No sabía, en fin, si mi propia vida corría peligro. En realidad, no sabía casi nada, salvo que Lucía quizá no estuviese muerta; y tal vez lo más cuerdo fuese confiar todo lo que sabía a Avendaño, o a esa Unidad Central de Inteligencia que iba a hacerse cargo de la investigación, y pedirles a la vez protección, para que no me sucediese lo mismo que a la azafata Novoa. Pero sabía íntimamente que no iba a hacerlo, aunque fuese una locura. Tenía la certeza —acaso insensata— de que Lucía, a la vez que había planificado su desaparición, había urdido la manera de que yo pudiese encontrarla; y que, del mismo modo que en otro tiempo había guiado mi inspiración, entonces estaba guiando mis pesquisas, hasta que por fin pudiera conocer la verdad de su propia boca y aclarar lo que entonces me parecían engaños y ocultaciones. Por un instante, tuve la impresión de que la inteligencia de Lucía, dondequiera que ella estuviese, se aliaba con la mía, y experimenté un íntimo júbilo.

Pero esta momentánea impresión jubilosa se desvaneció mientras regresaba a casa, al pensar en el reguero de muertes que Lucía había dejado a su paso, seguramente sin ser responsable (pero alguien tendría que serlo). Ese reguero concluía por el momento en la azafata Novoa; pero tal vez no tardara en reanudarse fatídicamente. De estas lucubraciones sombrías me extrajo, cuando ya llegaba a casa, la música más triste del mundo. Procedía de un coche oscuro que se hallaba aparcado al lado de mi casa, con las ventanillas bajadas a pesar del frío, para que la música de Shostakóvich pudiese volar libre, como mil polillas blandas que descendían sobre mi rostro (también yo había bajado la ventanilla del coche), embadurnándome con su polvillo mortuario. Había empezado a anochecer; y las calles desiertas de la urbanización parecían esperar el desfile de un sepelio, o se habían quedado vacías para acoger aquella música perfecta en su belleza y horror, como el gemido lastimero de un alma en el infierno. Apagué yo también los faros y me acerqué al coche que hacía guardia al lado de mi casa.

—Buenas tardes, Alejandro. Me alegra que al fin podamos hablar tranquilamente —me saludó el hombre que conducía el coche.

Era también la única persona que lo ocupaba. Se había reclinado sobre el reposacabezas de su asiento y entrecerraba los ojos como si desease paladear más intensamente la música de Shostakóvich. Pensé que había llegado mi hora, que enseguida iba a incorporarme al reguero de muertos que Lucía dejaba a su paso, sin poder siquiera volver a verla. Pero el hombre del automóvil seguía escuchando a Shostakóvich sin alterarse lo más mínimo ni incorporarse en el asiento, como invitándome a hacer lo propio.

—¿Cuántas veces nos hemos visto ya? —le pregunté, procurando que no me temblase la voz.

—Unas cuantas, Alejandro, unas cuantas —respondió con una sonrisa cansada—. La primera en aquel bar en el que conociste a Lucía, hace más de un año. La última anoche, en el hospital. Y alguna más entre medias. Pero has tardado mucho en fijarte en mí. Demasiado, diría yo, para un hombre que por su oficio está obligado a la observación del prójimo. ¿Cómo se puede ser escritor y al mismo tiempo tan despistado?

Había introducido en sus palabras un retintín jocoso con el que sin duda quería escarnecerme. Aunque hablaba un español exquisito, no podía disimular sus esfuerzos para pronunciar las letras sibilantes; en cambio, no tenía dificultades con la sintaxis, ni con los modos y tiempos verbales, ni con la pertinencia o impertinencia de los artículos determinados, como le ocurría a Valentina.

—Tal vez porque, aunque uno sea escritor, no puede imaginar que le ocurran cosas en la vida que contadas en una novela nadie creería —me defendí—. ¿Cómo se llama, si puede saberse?

—*Cuarteto de cuerdas número 8 en do menor*, de Shostakóvich. Más conocido como Opus 110 —me respondió, sin abrir los ojos ni inmutar el semblante, pero seguramente consciente de que no me estaba respondiendo a lo que yo le había preguntado—. Lo compuso hacia el final de su vida, enfermo de poliomielitis, durante una visita a Dresde, impresionado por la vista de la ciudad destruida por las bombas. Shostakóvich, después de terminarla, comentó entre lágrimas: «Por fin he escrito la obra que quisiera que tocasen en mi entierro».

La versión que sonaba, orquestada, la conocía sobradamente porque Lucía me la había hecho escuchar muchas veces, mientras escribía mi novela. Los violines sonaban como un zumbido de avispas dentro de una calavera.

—Todo eso ya lo sabía, Lucía me lo contó —dije, no sin cierta jactancia—. Preguntaba por su nombre de pila.

El hombre del coche rio, casi afectuoso, y se frotó con ambas manos el pelo cortado a cepillo.

—Puede llamarme Víctor, si le parece bien —condescendió, y siguió a lo suyo, en un español correctísimo y de casi perfecta dicción—: ¿Verdad que es la música más tenebrosamente bella que jamás se haya compuesto? Cierro los ojos y me parece ver la lluvia de fósforo que arrojaron sobre Dresde, para acelerar la combustión ocasionada por las bombas. Shostakóvich tenía experiencia en bombardeos. Había visto caer las bombas alemanas en Leningrado, había escuchado los gritos de terror de sus vecinos despedazados por la metralla o agonizantes de hambre, había olido la peste de los cadáveres corrompidos que se amontonaban en la calle, cuando llegaba el deshielo... Escuche, escuche este prodigio: en la música de Shostakóvich las bombas nunca dejan de caer. —Su voz se había quebrado de una rara emoción—. Los críticos occidentales dicen que es la expresión quintaesenciada de un dolor típicamente eslavo. ¡Tonterías! —Me sobresaltó su repentino y momentáneo enfado con los críticos de música, que seguramente sería infinitesimal, comparado con el que yo le provocaba—. Lo que Shostakóvich plasma aquí es el dolor universal que nunca cesa, a veces terrorífico como un bombardeo, a veces melancólico como el otoño en un cementerio. Y, de repente, ese estallido del segundo movimiento, como esquirlas de metralla desgarrando los cuerpos y las almas. Tan hermoso y tan atroz... —Y parecía dejarse mecer por aquella belleza macabra. Pero, tras una larga pausa, abrió los ojos, alzó la cabeza y se dirigió a mí con una voz mucho más tajante—: Alejandro, deje de hacer lo que está haciendo, se lo ruego. Para renovar el dolor del mundo ya está la música de Shostakóvich. Si sigue hurgando donde no le llaman, el dolor acabará pillándolo. Es un consejo de amigo.

Me miró con sus ojos hiperbóreos que habían contemplado la tundra y la taiga. No era exactamente la mirada de un amigo, sino más bien la de quien avisa (y, por lo tanto, no es traidor) antes de asestar el golpe. Aún me atreví a alegar, con un hilo de voz:

—Sólo quiero recuperar a Lucía... Dígame dónde está y no seguiré hurgando en ninguna parte.

Al escuchar el nombre de Lucía, Víctor se alarmó y salió del coche, cerró la portezuela con violencia y se acercó al mío, aunque apenas nos hallábamos a un par de metros de distancia. Se agachó hasta casi meter la cabeza por la ventanilla abierta.

—Lucía murió en ese avión, maldita sea —masculló—. Lo que estás intentando hacer ya lo intentó antes que tú Orfeo, cuando bajó al Hades en busca de Eurídice. Eres un hombre culto, seguro que conoces el trágico final de la historia. No la repitas.

Lo sorprendente era que Víctor fuese tan culto como para conocerla también, y que hablase castellano con tanta pulcritud y casi sin acento. Desde su coche la música de Shostakóvich seguía sonando, ahora más aquietada y ensimismada, como si gotease muerte en los silencios entre sus notas.

—Está viva —insistí, un poco puerilmente—. Sé que está viva. Ustedes metieron a otra mujer en su lugar en ese avión.

Me agarró de la pechera de la camisa con una violencia inusitada, como si su mano se hubiese transformado de repente en una zarpa. Me miró con una frialdad perturbadora:

—¿Es que te has vuelto loco? Te digo que Lucía murió en ese avión.

Tal vez yo me hubiese vuelto loco, en efecto, y lo que había visto o creído ver en aquellas grabaciones de las cámaras del aeropuerto fuese un engaño de los sentidos, pero ya todo me daba igual. No pensaba retractarme. No pensaba amedrentarme.

—Quiero que me la devuelvan —dije, obstinado.

Víctor me soltó de un empellón, admirado de mi terquedad, y volvió a sacar la cabeza del coche. Su voz se había vuelto atribulada:

—Ojalá estuviera en nuestra mano devolvértela —dijo—. Pero Lucía nos dejó para siempre. Soy consciente de que su muerte te hace sufrir mucho, Alejandro. Soy consciente de que los misterios que la rodean te están haciendo enloquecer. Y créeme que he buscado el modo de aliviar tu pena.

—¿Cómo? —le pregunté sarcástico—. ¿Poniéndome de cebo a esa Valentina, por ejemplo? ¿Pensaba que me liaría con ella y que así me olvidaría de Lucía?

Víctor me miró con ofendida piedad, como se mira a un trastornado:

—Valentina no hizo más que cumplir con la voluntad que en más de una ocasión le expresó Lucía. Valentina no es ningún cebo; Valentina es una mujer muy sacrificada dispuesta a echar una mano a su amiga, incluso después de que se haya muerto —dijo, casi con devoción. Y añadió, disgustado—: Lucía le pidió que fuese tu ángel de la guarda, si algún día ella faltaba.

Aproveché que se había apartado de la portezuela de mi coche para salir yo también. Pude comprobar entonces que Víctor era, en efecto, mucho más alto y corpulento que yo. Me pregunté si sería un asesino; pero me costaba

aceptar que un asesino conociese la mitología clásica y venerase la música de Shostakóvich.

—No necesito ángeles de la guarda. Puedo arreglármelas solito —aseguré, presuntuoso.

—Entonces olvídate de Lucía. De lo contrario, atente a las consecuencias. —Se volvió hacia su coche y rezongó—: Si todavía sigues vivo, es por lo mucho que Lucía te quiso.

Aunque fuese una mentira piadosa, sus palabras me resultaron reparadoras. Se sentó otra vez en el coche y encendió el motor. Me armé de un valor desquiciado, ese valor que a veces demuestran los condenados a muerte, y le pregunté:

—Fueron ustedes quienes mataron a la azafata Novoa, ¿verdad? No quieren dejar con vida a nadie que pueda delatarlos.

Las manos de Víctor se aferraron al volante y empalidecieron, mientras asomaban los nudillos bajo la piel, como un sarpullido de ira mal contenida.

—Preocúpate de que no te maten a ti —masculló sin mirarme.

Y arrancó sin hacer ruido y sin encender los faros, dejándome solo en la urbanización, llevándose consigo la música sublime y tétrica de Shostakóvich. Cerré los ojos, para imaginarme cómo sonaría el día de mi entierro.

XII

En las semanas siguientes siguieron ardiendo los setos de la urbanización, como premoniciones de una invasión bárbara. Setos de boj y aligustre, de tejo y evónimo, esculpidos con mimo durante años por la podadera, y también setos más informales de yedra o hibisco, de adelfa y lentisco, se encendían en medio de la noche, como crines de caballos despavoridos, crepitaban y se consumían en un loco empeño por asaltar los cielos, que llenaban primero de pavesas — como una danza de luciérnagas borrachas— y después de cenizas — como una nieve fracasada y sucia—, antes de que el agua de los bomberos los convirtiera en esqueletos humeantes. Se habían contratado inútilmente vigilantes jurados y las patrullas policiales recorrían la urbanización todas las noches, procurando no repetir nunca su itinerario ni anunciarse con estrépito de luces y sirenas, en un intento de pillar al pirómano o pirómanos in fraganti; pero todos los esfuerzos resultaron vanos. Durante un par de meses, no hubo semana en la que no ardiese al menos un seto, preferentemente los más longevos o mejor cuidados, siempre en hogueras devoradoras, alimentadas con gasolina. En aquella ocasión comprobé que mantener el jardín famélico también tenía sus ventajas.

Aunque no corríamos el riesgo de convertirnos en víctimas de aquellos vándalos que habían logrado atemorizar al vecindario, Lucía nunca más recuperó el sosiego. Muchas veces la sorprendí desvelada, atisbando la calle desierta a través de los visillos, o vigilando a vecinos inofensivos y provecos, en los que de repente descubría comportamientos sospechosos. Y en alguna ocasión, arrastrada por sus aprensiones, llamó incluso a la policía —siempre a mis espaldas, siempre sin mi permiso—, denunciando a repartidores atolondrados que se extraviaban por las calles de la urbanización, o a parejas de novios que alargaban sus encuentros en el asiento trasero de un coche. Yo andaba por entonces terminando mi novela,

demasiado embebido en la escritura como para prestar atención a tales pejugueras y tiquismiquis; pero cada vez que Lucía me reprochaba mi pasividad ante el creciente deterioro de la urbanización, procuraba contentarla haciendo una ronda por las casas próximas, inquirendo a vecinos, telefoneando a oficinas municipales, para terminar constatando que nadie sabía nada sobre los incendiarios, fuera de su preferencia por los setos más lustrosos y de su conocimiento de la zona, que les permitía burlar vigilancias y elegir escondrijos con una desenvoltura impropia de forasteros.

Tratando de alejar a Lucía de aquel ambiente de presentidos celos y hostilidades latentes, multiplicábamos nuestras caminatas y excursiones por parajes que hasta entonces no habíamos frecuentado. Así fue como descubrimos el pinar que antaño había sido Dehesa de Navalcarbón, como un bosque enjaulado entre el hormigón armado de los polígonos industriales y los centros comerciales. Allí se refugiaba, en los meses más crudos del invierno, una niebla que expulsaba a los pijos estresados que en otras estaciones del año se congregaban en el lugar, para disfrazar sus adulterios de carreritas párvulas y ejercicios gimnásticos perfectamente memos. La niebla difuminaba los contornos del pinar, haciéndolo tan vasto como la imaginación desease, envolviéndolo de lejanías sordas e infinitas lontananzas. Y añadía misterio a las ruinas campamentales de la Guerra Civil, convirtiendo los parapetos en acueductos ruinosos y las casamatas y los fortines de mampostería en dólmenes de una religión drúidica o mastabas donde se pudría el cadáver de algún príncipe bastardo.

—Parece el Reino de la Bruma Baja —me dijo Lucía en cierta ocasión.

Paseábamos cogidos de la mano por el pinar inundado de niebla, que se dejaba guedejas entre las copas preñadas de piñas que a veces caían al suelo, como granadas pegajosas con la espoleta muy retardada. Lucía solía recoger las piñas que nos encontrábamos por las veredas del pinar, que luego, de regreso, metía en el horno de la cocina, donde se abrían lentamente y soltaban unos piñones todavía tiernos y lechosos. Otras veces tratábamos de seguir el trazado de la línea defensiva republicana, con sus atrincheramientos y polvorines de piedra caliza que se habían convertido poco a poco en paredes indecisas y escaleras como trampolines a la nada. Y nos

adentrábamos en las casamatas de estructura cilíndrica, con las troneras por las que en otro tiempo las ametralladoras escupían plomo, invadidas de malezas que apenas dejaban pasar la luz. En una de estas casamatas descubrimos accidentalmente las latas de gasolina que estaban empleando para quemar los setos de la urbanización. Habíamos entrado a ciegas, palpando las paredes cubiertas de verdín, sin esperar a que las pupilas se habituasen a la oscuridad; y, al tropezarme con una de las latas allí guardadas, me derrumbé aparatosamente, sin que a Lucía le diera tiempo a amortiguar mi caída. Noté dentro de mí un chasquido como de resorte que salta y enseguida un dolor muy seco, seguido de un hormiguillo muy similar al de un miembro que se queda sin sangre. Solté un aullido.

—¿Qué ha pasado? —se sobresaltó Lucía.

La lata en la que había tropezado había vertido su contenido, llenando la casamata de un olor que emborrachaba la pituitaria.

—Creo que me he dislocado el hombro... —mascullé, mordiéndome las lágrimas.

Pero Lucía parecía más preocupada por el descubrimiento de las latas de gasolina que allí se almacenaban, alineadas contra la pared, abolladas algunas por mi embestida.

—¡Hemos pillado el arsenal de esos pirómanos cabrones! — exclamó, alegre—. Hay que avisar a la policía.

Traté de apoyar el brazo con el hombro dislocado en el suelo para alzarme, pero tuve que desistir, abrumado por el dolor. Lucía se abrió paso entre las latas de gasolina y los escombros; se puso en cuclillas y me palpó el brazo, hasta llegar al hombro tumefacto. Noté que lo hacía con manos muy expertas.

—Antes de avisar a la policía quizá tengamos que pasarnos por el ambulatorio —me atreví a sugerir modestamente.

Lucía siguió palpándome la zona dolorida, sin hacer demasiado caso de mis aullidos, hasta comprobar que el húmero se había salido, en efecto, de su cavidad. Su colgante palpitaba en la oscuridad, como un carbunclo encendido; así imaginé que palpitaba también la cabeza de mi húmero.

—No seas quejica, Alejandro —me regañó—. Vamos a arreglar ese hombro en un periquete. —Se alzó y apartó con el pie los

escombros y hojarascas del suelo, también algunas latas de gasolina. Luego me ordenó—: Túmbate con cuidado bocarriba.

Y volvió a agacharse para ayudarme. Aunque la dejaba hacer, no lograba vencer mis prevenciones.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Segurísima —me respondió, algo ofendida. Y cuando me tumbé, siguió dándome instrucciones—: Tienes que arrimar el brazo al cuerpo... —Y ella misma lo arrimó, viendo que me resistía—. Ahora te pido que te hagas el fuerte, porque te va a doler.

Me quejé, irónico:

—¿Más todavía?

Pero no hizo caso de mis ironías (que eran el recurso último del miedo). Dobló mi brazo, tomándolo muy firmemente con ambas manos (con una me asía la muñeca, con la otra el codo); y a continuación empezó a alzármelo muy lentamente y con gran firmeza, provocando la resistencia de mi hombro dislocado y un efecto de tracción en todo mi tronco.

—No cedas, Alejandro —me pidió, mientras seguía haciendo fuerza—. Todo depende de que no cedas.

El dolor era cada vez más intenso, hasta que finalmente la cabeza del húmero se deslizó por debajo del omóplato, como un polluelo que busca su nido, y se alojó otra vez en su cavidad. Mi grito retumbó en la casamata como un trueno.

—¿Ves como estaba chupado? —me dijo, alzándose de un brinco.

Y me invitó a que moviese el brazo con entera libertad, para comprobar que ninguna lesión me lo impedía. Pude hacerlo sin esfuerzo: el dolor se había desvanecido como por arte de ensalmo; y el hormiguillo poco a poco cedía paso al flujo de la sangre. Me alcé yo también deseoso de abandonar la casamata. Pero no salía de mi asombro:

—¿Cómo has podido hacerlo? Ni que hubieses estudiado medicina...

Lucía caminaba muy deprisa, tanto que la niebla ya se la tragaba.

—Qué tontería, eso te lo enseñan en cualquier cursillo de primeros auxilios —me habló desde los pinos—. ¿Quieres darte un poco de prisa? Te recuerdo que tenemos que avisar a la policía del descubrimiento.

Me masajeeé todavía incrédulo el hombro milagrosamente restablecido y la perseguí por aquel Reino de la Bruma Baja, como el ciervo vulnerado persigue por ínsulas extrañas y valles solitarios el vuelo de la paloma.

12

Durante toda la noche, aniquilado y trémulo, estuve repasando una y otra vez las grabaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto. Seguramente fuese un desvarío fundar toda mi esperanza en una imagen borrosa que apenas duraba un instante y en el testimonio exaltado de una mujer como la azafata Novoa, que no parecía en sus cabales y unas pocas horas más tarde tal vez se hubiese suicidado (con mi irresponsable ayuda). Pero no tenía otro asidero al que agarrarme.

Y, además, yo tampoco estaba en mis cabales. Había recibido amenazas nada veladas de aquel Víctor venido del frío, mientras sonaban los violines de Shostakóvich como avispa dentro de una calavera. Y Avendaño me había advertido que las explicaciones oficiales sobre el accidente aéreo tal vez fuesen pura filfa; y que lo que a simple vista parecía una concatenación de averías y negligencias podía tratarse de un atentado encubierto y no reivindicado. Sabía que me estaba metiendo en la boca del lobo; o puede que ya estuviese dentro de ella, atrapado entre sus fauces. Pero había prometido a Lucía que la buscaría hasta en el mismísimo infierno; y aunque el precedente de Orfeo (que Víctor me había recordado malignamente) no era demasiado halagüeño, debía demostrar que no había hecho aquella promesa a humo de pajas. Volví a la lista de números de teléfono que Lucía había escrito de su puño y letra en el libracó de los nazis prófugos o penitentes, donde aún restaban un par de números de los que no había obtenido respuesta. Y me propuse que no desistiría hasta lograrla. A las ocho de la mañana (y era una mañana de sábado) empecé a marcarlos frenéticamente: uno de ellos en vano (sonaban los tonos de espera hasta el agotamiento, como extraviados en un vacío sideral); pero en el otro (donde anteriormente me había tropezado con un contestador automático) asomó la voz aseada y afable de una mujer:

—Consulta del doctor Portabella, ¿dígame?

No sabía quién podía ser aquel doctor Portabella, mucho menos su especialidad. Tras algún titubeo inicial, probé a presentarme como un paciente que requería sus servicios; pero enseguida comprobé que debía de

tratarse de un hombre muy atareado (o al menos le convenía aparentarlo), porque su secretaria o enfermera, tras consultar su agenda, pretendía adjudicarme cita en quince días. Cambié entonces de táctica e intenté exponer sucintamente la razón auténtica de mi llamada, presentándome como el novio de una paciente del doctor, fallecida en el accidente de Airjet. Al principio, la secretaria o enfermera reaccionó con recelo (su voz afable se hizo esquinada y precavida); pero la mención de la tragedia aérea pareció ablandarla y me pidió que le repitiera el nombre de la paciente. Rogó que me mantuviese a la espera (que se me hizo eterna, aunque tal vez no durase más allá de dos o tres minutos) y volvió con una voz de nuevo afable:

—El doctor Portabella lo recibirá con mucho gusto. Tiene toda la mañana ocupada; pero puede hacerle un hueco a las dos de la tarde, antes de marcharse a comer, una vez acabadas las consultas.

Agradecí efusivamente, conmovido hasta las lágrimas, la cortesía. La secretaria o enfermera me proporcionó una dirección en pleno barrio de Salamanca, rogándome puntualidad en la cita. Para llenar las horas de espera, hice varios rastreos por interné, para saber quién era aquel doctor Portabella. Encontré información copiosa sobre él, pues se trataba de un médico tan eminente como controvertido (y, en consonancia, mucha de la información era tendenciosa, tanto en el panegírico como en el vituperio). El doctor Enrico Enrique Portabella (pues con ambos nombres se referían a él sus partidarios y detractores) era un veterano neurólogo, tal vez ya septuagenario (aunque las biografías no determinaban su edad), especializado en «medicina del sueño», muy discutido en la profesión por la naturaleza de sus tratamientos. En su juventud, había provocado gran revuelo con su tesis de doctorado, en la que vindicaba el uso de la regresión hipnótica para la anulación o siquiera hibernación de recuerdos traumáticos causantes de insomnios y otros trastornos conexos. Las teorías de Portabella habían sido muy discutidas por sus colegas neurólogos, a juzgar por la ingente cantidad de literatura médica que habían generado, bien para glosarlas y reconocerlas reverencialmente, bien para refutarlas, a veces con mesura, a veces con un encono casi patibulario. Durante algún tiempo, Portabella había disfrutado de una carrera ascendente, con ponencias resonantes en congresos y simposios internacionales; pero, poco a poco, su estrella había empezado a decaer. Se le acusaba de fundar sus teorías en la pura especulación, antes que en el método empírico; y sus prácticas clínicas habían empezado a ser cuestionadas, deploradas, reprobadas y escarnecidas. A mediados de los años noventa, hostigado por colegas envidiosos que lo tachaban de curandero o charlatán,

Portabella había decidido abandonar Cataluña y trasladarse a Madrid, desde donde seguía defendiendo la eficacia de sus terapias. También había publicado varios libros de éxito infrecuente, en los que no se conformaba con defender las bondades de la hipnosis en la curación de los trastornos del sueño, sino que (haciendo gala de un inequívoco olfato comercial) extendía sus virtudes terapéuticas al tratamiento de la depresión y la ansiedad, así como de las adicciones más frecuentes: alcohol, tabaco, pornografía, etcétera. No pude discernir, a la borrosa luz de la información recolectada en interné, si Portabella era un genio visionario o, por el contrario, un charlatán embaucador. Pero a cambio, confirmé que en neurología (como en arte y literatura) todo está sometido a modas fluctuantes; y que sólo logra triunfar quien se atrincherara numantamente en sus convicciones, no importa cuán desfasadas o revolucionarias parezcan a sus contemporáneos (que, por lo demás, suelen ser un hatajo de zascandiles veleidosos que se apuntan a las sucesivas modas). Portabella tenía su consulta en un edificio de portal palaciego, con un portero vestido de traje y un ascensor con cabina de madera que se movía como un catafalco lentísimo. La secretaria o enfermera de Portabella me recibió con esa piadosa cordialidad que se dispensa a los viudos recientes y me condujo directamente hasta el despacho de su jefe a través de pasillos con suelo de mosaico que repetían aturdidamente los mismos motivos geométricos. En el despacho de Portabella, extenso como un salón y con un ventanal que parecía albergar todo el cielo anubarrado, había una luz monástica, claustral, que simplificaba el mobiliario. Las paredes las cubrían anaqueles de libros encuadernados en piel y una tumultuosa colección de diplomas académicos y honoríficos. Portabella era, en efecto, septuagenario, pero conservaba una prestancia juvenil, a lo que paradójicamente contribuía su cabello completamente cano (y me pareció que estaba cortado a navaja). Sus facciones, muy enjutas y afiladas, podrían haber inspirado a El Greco; pero lo que de inmediato cautivaba —magnetizaba casi— la atención del interlocutor era su mirada, a la vez acariciante e incisiva, como si en su iris leonado conviviesen mansedumbre y barbarie. Se había levantado de su bufete y me tendía una mano sarmentosa y sin embargo llena de vigor.

—Le agradezco mucho su amabilidad al recibirme —dije, un tanto cohibido—. No sé si su secretaria le ha contado...

—Me ha contado, me ha contado... —dijo, con un gesto compungido—. Y me ha causado un efecto muy hondo. Hacía ya casi un año que Lucía no venía por mi consulta, pero la recuerdo como si la hubiese visto ayer mismo. Era una chica muy distinta de todas, a la vez muy reservada y con una

psicología... riquísima. Me hubiese gustado trabajar más con ella, su caso estaba lleno de aspectos interesantes; pero, por desgracia, se resistía a mis terapias —lo dijo sin reproche, pero con un gesto levemente contrariado—. No me malinterprete, no pretendo insinuar que fuese conflictiva ni de trato hosco, sino que se mostraba un tanto esquiva y celosa de su intimidad. Y para las terapias de hipnosis es fundamental que el paciente abandone todas sus prevenciones, se ponga en manos de su terapeuta y se deje llevar... —se lamentó. Tenía una voz balsámica, casi narcótica; pero yo sabía bien que Lucía no se dejaba llevar tan fácilmente, más bien era ella quien llevaba siempre las riendas—. Por supuesto, colaboraré con mucho gusto en todo lo que pueda ayudarle. Perdón, pero no recuerdo su nombre...

En lugar de sentarse otra vez detrás del bufete, se dirigió hacia unos sillones en los que supuse que entrevistaba y tal vez hipnotizaba a sus pacientes, y me invitó a imitarlo con un elegante ademán de la mano. Era de una corrección adusta, sin pizca de ampulosidad.

—Alejandro Ballesteros —dije, añadiendo el apellido que no me había solicitado, para que me reconociese con mayor facilidad.

Pero no mostró ni el más leve indicio de reconocimiento, para castigo de mi fatuidad; o, si me había reconocido, lo disimulaba maravillosamente. Se sentó en uno de los sillones, tapizado en un cuero añejo y fragante, abrigado de cera; y me invitó a hacer lo propio.

—Pues adelante, Alejandro. En poco más de media hora tengo un compromiso familiar ineludible —dijo, procurando no mostrar demasiado apuro—. Pero seguro que nos dará tiempo a hablar lo que tengamos que hablar.

—Ante todo, quería informarme sobre el problema de salud de Lucía... —avancé.

Portabella frunció un poco el ceño:

—Bueno, yo no diría que Lucía tuviese ningún problema de salud. De hecho, era una chica bastante saludable. Físicamente, desde luego lo era —precisó—. Y, además, como usted sin duda sabrá mejor que yo, tenía conocimientos médicos.

Me llevé una mano al hombro que Lucía me había sanado, allá en la casamata donde los incendiarios de setos guardaban sus latas de gasolina.

—A mí me dijo que había hecho algún cursillo de primeros auxilios, pero tuvo que ser un cursillo muy bien aprovechado. Aunque lo suyo era más bien la cocina —dije, un poco bobaliconamente—. Era una excelente cocinera.

—No lo pongo en duda, Lucía era una persona muy creativa. Pero además tenía conocimientos médicos profundos, no me refiero a que hubiese hecho algún... cursillo. —Imprimió a la palabra un tono despectivo, casi petulante—. Enseguida distingo a las personas a las que no resultan ajenas las ciencias médicas. Dominan cierta jerga, designan con precisión términos anatómicos o patológicos que el común de la gente designa de forma vaga. No creo que fuese médico, más bien enfermera; pero, desde luego, no era lega en la materia... En alguna ocasión se lo comenté; pero ella rehuyó el tema, como si se avergonzara de haber abandonado la profesión, o como si no hubiese podido ejercerla. Ya le comenté que era muy reservada, demasiado reservada incluso. Por supuesto, no quise insistir en estas cuestiones. Nunca me ha gustado forzar a mis pacientes.

Se atusó cuidadosamente el pelo con los dedos, como si temiese que tanta blancura se fuese a desmoronar. Sin duda había percibido mi perplejidad; pero no quiso hurgar en la herida. Balbucí:

—Imagino que también notaría... que era catalana.

—Había logrado anular su acento por completo, mucho más que yo, que llevo viviendo en Madrid veinte años —dijo. Pero se notaba que le gustaba cultivar la música de la lengua catalana, adaptando su prosodia al castellano—. En cambio, se le escapaba de vez en cuando alguna catalanada. No sabría, sin embargo, decirle a ciencia cierta de dónde era; desde luego no de Barcelona, tal vez de alguna zona rural, de la Cataluña profunda... Lamento no poder ser más preciso, pero nunca me propuse averiguarlo. Y hace demasiado tiempo que la traté...

No hacía tanto, en realidad; pero, si era cierto que su agenda estaba tan concurrida de pacientes como su secretaria me había asegurado, era casi milagroso que recordase con tanta nitidez a Lucía.

—Lo entiendo perfectamente, doctor. ¿Y cuál fue la razón por la que acudió a su consulta? —le pregunté tímidamente—. Disculpe mi ignorancia, pero fuimos novios sólo durante un año. Cuando usted la trató todavía no nos conocíamos...

—Sin embargo, habría sido recomendable que hubiese seguido con el tratamiento —afirmó, algo molesto de que Lucía lo hubiese interrumpido—. En condiciones normales no le revelaría nada de lo que entonces hablamos, pero considerando que Lucía ha fallecido... Acudió a mí porque tenía problemas de sueño. O tal vez más bien para tratar de olvidar la causa de estos problemas.

—¿Para olvidar? —pregunté con cautela, temeroso de que un exceso de curiosidad provocara en Portabella un movimiento de repliegue—. Tenía entendido que la hipnosis servía más bien para recordar...

Vibró entonces en su voz una suerte de emoción profesional, como si estuviese defendiendo sus tesis ante un tribunal:

—La hipnosis sirve para ayudar a nuestra mente —puntualizó—. A veces la ayuda a recordar, otras a olvidar, según las necesidades del paciente. Pero, por lo común, nos hacen más daño los recuerdos que los olvidos. Todos, usted y yo y cualquier hijo de vecino, eliminamos cotidianamente información de la memoria para resultar «operativos»; de lo contrario, nuestra capacidad de adaptación al medio se vería seriamente amenazada. Usted es escritor, o al menos lo ha sido, ¿me equivoco? —me interpeló inopinadamente, desvelando de este modo un poco bellaco que antes había fingido no conocerme. O tal vez no hubiese fingido, y simplemente hubiese pedido a su secretaria que recolectase datos sobre mí en interné, donde se habría tropezado con todo tipo de bazofias escritas por malandrines, también con mis intervenciones en programas de friquis vociferantes, como yo me había tropezado con las filípicas y vituperios de sus detractores—. Recordará aquel cuento de Borges, «Funes el memorioso». Su protagonista no puede olvidar ni siquiera los acontecimientos más nimios de su existencia, las impresiones más fugaces y rutinarias, lo cual convierte su vida en un suplicio. Todos olvidamos intencionadamente un montón de datos inútiles o insignificantes; y, gracias a Dios, olvidamos también a todos los mentecatos y mequetrefes que se cruzan en nuestro camino. Pues bien, muchas personas que pasan por experiencias amargas o traumáticas también las olvidan. Así les ocurre a las víctimas de violaciones, de incestos o de torturas: extienden una cortina de amnesia sobre el trauma padecido, para poder seguir viviendo.

No me atreví a contradecirlo; pero yo sabía que nunca se olvida del todo lo que nos hace daño, siempre queda una cicatriz en la memoria.

—¿Y qué deseaba olvidar Lucía? —pregunté—. ¿Había vivido alguna experiencia traumática en su pasado?

Portabella no llegó a asentir plenamente, como si le faltaran seguridades:

—Digamos que había pasado por algún mal trago que le había dejado huella —respondió. Y su mirada leonada se tiñó de compasión—. Había estado en algún país en guerra, imagino que trabajando como voluntaria en alguna ONG. Nunca entraba en demasiados detalles. Pero había contemplado el horror de cerca: asesinatos tribales, hambrunas, guerras, éxodos... No sabría decirle con exactitud. Quiero decir que tenía experiencia directa de

alguna de estas calamidades; no como nosotros, que las conocemos por los telediarios. Y había sido una experiencia relativamente reciente, muy dolorosa para ella. En las sesiones de hipnosis que llegamos a hacer juntos asomaban retazos de aquel horror que no dejaba de torturarla en sueños. Había cuerpos despedazados y enterrados entre los escombros, había bombas estallando por doquier, y una polvareda que no le dejaba respirar... Era un ahogo físico, pero también moral.

Su voz se había rebajado al murmullo, como si reviviera aquel trance. Finalmente, guardó un silencio pesaroso, como si una reminiscencia de ese ahogo se le hubiese quedado prendida en la garganta. Recordé entonces lo que Lucía me había confiado al despertar sobresaltada y sin resuello de una pesadilla: «El miedo consiste en despertar y descubrir tus manos ensangrentadas, sabiendo por qué lo están. El miedo auténtico no consiste en ignorar; consiste en saber». Me invadió esa ansiedad con la que a veces despertamos de una pesadilla:

—¿Y no sabe de qué país estamos hablando?

Portabella clavó sus ojos del color de la cerveza en mí, con una rara intensidad:

—Si las sesiones hubiesen sido un éxito lo sabría, sin duda —dijo, en un tono calmoso y condescendiente—. Pero Lucía pretendía un imposible: quería superar un trauma que estaba enquistado en su alma, pegado a ella como el liquen a la piedra, pero a la vez pretendía ocultarme demasiadas cosas. Para tener éxito en las terapias de hipnosis hay que estar dispuesto a entregarse emocionalmente, sobre todo si quieres dejar atrás situaciones dramáticas y violentas. Hay que estar dispuesto a rememorar en toda su intensidad lo que vivimos en el pasado, para poder luego expulsarlo como una toxina. —Chasqueó la lengua, resignado—. Y Lucía, por desgracia, no estaba dispuesta a este nivel de entrega, no sé si por excesivo pudor, por remordimientos o por el temor a divulgar cosas que podían comprometerla... —Rio brevemente, con una suerte de tímida nostalgia—. Al final, me di cuenta de que sólo venía a mi consulta para conseguir que le firmase un montón de recetas de tranquilizantes y ansiolíticos... Y yo no he dedicado toda mi vida a defender la regresión hipnótica, en contra de la opinión de mis colegas, para terminar firmando recetas que cualquiera de mis colegas firmaría encantado... —Extendió los brazos, en un ademán de chasco o resignación—. La verdad es que Lucía podría haber sido una magnífica jugadora de cartas. Sólo decía aquello que no la comprometía, y ni una sola palabra más. Y era terca como

una mula. Nunca seguía mis consejos. Pagaba porque se los diese, pero nunca los seguía.

Y a buen seguro que habría tenido que pagarlos a un precio desorbitado, pues no parecía probable que los honorarios de Portabella fuesen modestos. Hice desfilar la mirada por la colección de diplomas que reconocían sus méritos y le pregunté desprevenidamente:

—¿Qué tipo de consejos?

—De todo tipo —contestó Portabella, en un tono calmado y condescendiente—. Le recomendaba ejercicios de relajación y no los hacía, vivía en un estado de constante desazón. Le recomendaba que aliviase su conciencia, si lo deseaba conmigo y si no con alguna persona de su confianza, pero prefería guardárselo todo para sí. Ni siquiera me hizo caso cuando le aconsejé que no se operase.

—¿Que no se operase? —repetí, intrigado—. ¿De qué quería operarse?

Enseguida noté que mi curiosidad incomodaba a Portabella, porque una ligera contracción endureció su rostro.

—¿Nunca se lo dijo? —me preguntó, contrariado—. Entonces me temo que he metido la pata hasta el fondo.

Sus manos pálidas y sarmentosas, como de caballero pintado por El Greco, empezaron a tamborilear nerviosas sobre el brazo de su sillón, dando por concluido el encuentro. Insistí:

—No, no me dijo nunca nada. Dígamelo usted, se lo ruego.

Portabella aún vaciló un instante, y arqueó las cejas en un gesto inquisitivo. Se incorporó del sillón con una elasticidad impropia de sus años.

—Bueno, supongo que no existe ninguna razón por la que deba ocultárselo —se justificó—. Lucía se hizo una operación de cirugía estética justo en la época en que empezaba a acudir a mi consulta. Se retocó la nariz, los pómulos, se cambió toda la expresión de la cara, en realidad. Nunca entendí la razón, pues era una chica muy guapa. Yo me atrevería a decir que más guapa antes de operarse que después. Debo de tener alguna foto suya por alguna parte...

Por un momento mi conciencia se eclipsó, como si sobre ella hubiesen desfilado esas nubes raudas que a veces ensombrecen los campos.

—Cirugía estética... —farfullé—. No tenía ni idea.

Portabella se había dirigido a su bufete y abierto un cajón archivador, sobre el que se inclinaba, buscando quizá el expediente de Lucía. Trató de restar hierro a la revelación:

—Hay que tener en cuenta que hoy en día las jóvenes se operan con la misma naturalidad con que se quitan una verruga —dijo—. Pero en el caso de Lucía nunca le vi el sentido, era una muchacha bastante agraciada. Y en aquel momento me faltaban elementos de juicio para determinar la razón por la que había decidido pasar por el quirófano.

—No creo que Lucía lo hiciese por frivolidad o por complejo, honestamente —murmuré, con más desánimo que acritud.

Portabella había extraído una carpetilla del archivador, después de mucho rebuscar. De su interior extrajo una ficha o formulario con una pequeña fotografía de fotomatón, sujeta con un clip en una esquina. Me la tendió, poniendo cara de circunstancias.

—Si hubiésemos tenido más confianza, habría tratado de impedirlo. Pero acabábamos por entonces de iniciar el tratamiento. Yo, como comprenderá, no era quién para impedirle que hiciese algo que estaba deseosa de hacer —adoptó un tono más hastiado que compungido—. Le aconsejé que no lo hiciera, pero desoyó mi consejo, como tantas otras veces. Y el caso es que después de operarse se la notaba muy satisfecha, como si estuviese orgullosa de su nuevo aspecto. Pero a mí siempre me pareció que estaba mucho más guapa antes de operarse. ¿Usted qué opina?

Me atreví al fin a mirar la foto. Sin duda no era demasiado reciente, mostraba a una Lucía muy juvenil, con el pelo recogido en una coleta, de rasgos más suaves o menos angulosos, una Lucía de rostro más armónico y risueño, menos trágico y adusto, sin ese zarpazo de sombra y esa levísima asimetría en sus facciones que yo había considerado absurdamente expresión de su personalidad y ahora descubría efecto del bisturí. Tal vez la Lucía de aquella fotografía fuese más guapa que la Lucía que yo había conocido, más convencionalmente guapa al menos; pero yo me había enamorado de la otra, era la Lucía rectificada en el quirófano la que yo había creído hecha a la medida de mis besos, de mis manos y de mis sueños, hecha a la medida de mi ser. Me invadió una sensación mixta de decepción y amargura.

—Puede que tenga razón... —dije al fin, aunque era un poco ridículo andar comparando avatares de Lucía—. Pero no me creo que cambiarse la cara la hiciera feliz. En todo caso, pensaría que de este modo huía de su pasado.

O tal vez de un castigo. Tal vez se hubiese alterado las facciones, como había pegado el cambiazco antes de embarcar en el avión (si las imágenes borrosas de las cámaras de seguridad del aeropuerto no me engañaban), para

sortear y despistar a sus perseguidores. Portabella comentó, con una voz algo magullada:

—Hay una chispa y una luz en ella que se desvanecieron en el quirófano. Pero todo eso, ¿qué importa ya?

A fin de cuentas, los que se fueron temprano ya no nos necesitan. Pero yo necesitaba demasiado a Lucía.

—¿Me permitiría que me quede con la foto? —pregunté a Portabella.

—Naturalmente que sí. Y para cualquier otra cosa que necesite, estoy a su disposición...

Sin embargo, Portabella no había vuelto a tomar asiento, denotando que prefería dar por concluida nuestra reunión, o al menos encauzarla hacia su conclusión. Me levanté de mi sillón pesarosamente, como si cargase con un fardo de piedras sobre la espalda, mientras guardaba la foto en la cartera.

—Antes comentó que Lucía vivía en un constante estado de desazón —me atreví a importunarlo un poco más—. Y también que tal vez sus terapias fracasaron con ella porque algún temor o remordimiento le impedía sincerarse... ¿Cree usted que Lucía podía ser una... no sé cómo expresarlo... una paranoica?

Como el cielo había permanecido anubarrado, nuestra conversación se había desarrollado en la penumbra. Pero de repente lució el sol y por el ventanal entró una luz cenital e invasora. Era una luz que hería la mirada, pero Portabella se resistía a parpadear, impertérrito.

—No tengo ningún inconveniente en responder a sus preguntas, Alejandro —dijo, con cierta contenida altivez—. Pero no responderé a una pregunta formulada de ese modo. Si desea una respuesta, debe formular su pregunta correctamente.

—No... no sé a qué se refiere... —murmuré, avergonzado.

—La paranoia, y en general todo lo que tiene que ver con la mente, no puede medirse como medimos... la presión sanguínea, por ejemplo. —Debió percibir alguna señal de turbación en mi semblante, porque distinguió—: Seguramente, en una conversación entre gente lega, Lucía podría ser considerada una paranoica: era una persona muy «particular» —alzó sus manos y, con los dedos índice y corazón de ambas, dibujó en el aire unas comillas—, muy poco gregaria, diferente en definitiva... Y, además, siempre parecía estar en tensión, siempre tenía una sombra de preocupación encima, siempre parecía llena de aprensiones. En un sentido frívolo, alguien podría llamarla paranoica, desde luego. Ahora bien, en un sentido técnico es evidente que no lo era: su juicio no estaba dañado, tenía un completo control de sus

emociones... Pero ¡maldita sea!, no pretendamos que todo sea blanco o negro. En mi opinión, hallarse en un estado de constante tensión, o padecer aprensiones, no significa ser paranoico. Lucía era una persona equilibrada y su juicio no estaba distorsionado; de modo que debo concluir que su preocupación debía de estar motivada. Paranoico es quien se preocupa de no pisar las juntas de las baldosas al caminar, o quien se desazona cuando descubre que las monedas que guarda en el bolsillo no brillan suficientemente. No es paranoico quien teme que le peguen cuatro tiros en un portal oscuro por haber denunciado los crímenes de la mafia, pongo por caso.

Su voz sonaba apaciguadora y su mirada parecía derramarse como un bálsamo sobre mí, como si tratase de hipnotizarme.

—Entonces, a su juicio...

—A mi juicio —concluyó Portabella, acompañándome hasta el pasillo—, si yo hubiese tenido que enfrentarme a la situación a la que Lucía se había enfrentado, sospecho que habría reaccionado como ella lo hacía. No creo en absoluto que fuese una paranoica. Más bien me inclino a pensar que estaba tratando de protegerse de algún peligro cierto.

—¿Tanto como para cambiarse la cara en el quirófano?

Portabella me tendió su mano sarmentosa; y, cuando se la estreché, me la retuvo, como si tratase de infundirme valor ante aquel peligro que había acechado a Lucía y tal vez aún no estuviese conjurado.

—Tanto como para querer borrar toda pista sobre su pasado —me dijo, mirándome de hito en hito con sus ojos leonados—. Y tal vez también sobre su futuro.

XIII

—¡Pues anda que no has tardado! —exclamó Lucía, saliendo a recibirme—. ¿Para qué te quería la policía?

Corrí a refugiarme al porche, antes de que me empapara el chaparrón que había lavado la atmósfera y disipado las nieblas de los últimos días. Al menos los agentes, después de acribillarme a preguntas, habían tenido la deferencia de devolverme a casa en uno de sus coches, viendo que habían empezado a caer chuzos de punta. Agité la mano desde el porche, en señal de gratitud, despidiéndome de la pareja que me había traído.

—Andan con la mosca detrás de la oreja. No creen que ese chaval haya quemado él solo los setos —dije—. Piensan que puede haber algún instigador, alguien que se haya aprovechado de su trastorno para saldar cuentas con los vecinos con los que estuviese enfrentado. —Me encogí de hombros—. Todo podría ser.

Después de que denunciáramos el hallazgo de las latas de gasolina en la casamata, a la policía le había bastado con apostar algunos agentes en el pinar, disfrazados de pijos estresados o adúlteros en chándal, para pillar in fraganti al pirómano, que había resultado ser un adolescente de la propia urbanización. Un muchacho probablemente desequilibrado, o al menos malcriado por unos padres ineptos y soplagaitas que, después de divorciarse, se habían dedicado a enviscar a su vástago contra el otro cónyuge, para entonces ya enemigo visceral al que había que ordeñar y mortificar cuanto fuese posible. El muchacho había crecido, como tantos otros niños ricos de su generación, rehén de todos los caprichos (que los papás le estimulaban, en reñida competencia) y zarandeado por ráfagas de odio alternas, según le tocase pasar la semana con su papá o con su mamá, hasta convertirse en un saco de pus o indignado de pacotilla.

—¿Y tú qué les has dicho? —me preguntó Lucía, mientras entrábamos en casa.

—¿Qué les iba a decir? He respondido a sus preguntas, hasta donde sabía. Estaban interesados, sobre todo, en conocer los entresijos de amistades y enemistades entre vecinos, para saber quién puede tener influencia o ascendiente sobre el capullo incendiario. Quizá, simplemente, tengan ganas de escarmentar a alguien. El capullo, como es menor de edad, se irá de rositas. Aunque espero que al menos a los papás majaderos les toque pagar con creces los estropicios que ha causado.

Tomé a Lucía de la cintura y la atraje hacia mí, para comprobar que seguía hecha a la medida de mis manos. Los incendios de los setos la habían tensado tanto durante las últimas semanas que era un recuperado gozo volverla a sentir con el corazón batiente (o era el eco de la lluvia envolviéndonos). Me besó largamente, mientras yo la mantenía ceñida y le buscaba el pulso en la garganta.

—A ese niño pijo lo ponía yo a cavar, así se le pasaba la tontería por la vía rápida —murmuró, divertida—. Pero ya verás como en cuatro días vuelve a las andadas.

—Se lo van a poner un poco difícil. Me dijeron los agentes que van a multiplicar sus rondas por la urbanización. Y que tienen proyectado ir casa por casa, entrevistando a los vecinos. Sobre todo a los chavales de su edad, en busca de cómplices.

—Pues que se pongan a la faena. Pero a nosotros que nos dejen en paz, que ya se lo hemos dado todo hecho —dijo. Y consultó su reloj, escandalizada—: ¡Pero si ya es casi la hora de comer! ¡Te han retenido toda la mañana!

Se adentró en la casa, acuciada por alguna prisa repentina. Tal vez tuviese algún plato succulento en el horno; tal vez hubiese recordado que había dejado algún capítulo de mi novela ya casi rematada a merced de la lluvia y el viento que se colaban por alguna ventana, convirtiéndolo en capítulo de novela volandera. Mientras me quitaba el chambergo y lo colgaba del perchero, pregunté alzando la voz, para que pudiera oírme:

—¿Y tú qué has estado haciendo todo este rato?

Me llegaron sus palabras desde los desvanes de la casa:

—Leyendo tu novela. A medida que se acerca el desenlace está mejor —dijo—. Te he señalado algunas erratas y alguna cosilla que

quería comentarte.

Al pie del perchero donde acababa de colgar mi chambergo, en un recodo de la pared, estaba recostado un paraguas todavía húmedo; y sobre el suelo un charquito de agua en el que se habían juntado todas las gotas que se habían escurrido de su tela. Procuré sonar despreocupado:

—¿Y no has salido siquiera a que te dé un poco el aire?

La oí azacanearse en algún cuarto de la planta de arriba, removiendo trastos (o tal vez ocultándolos a mi vista, antes de que yo subiera). Me descorazonó su respuesta, siempre nos descorazonan las mentiras, aunque sean veniales:

—¿Adónde iba a ir, con la que está cayendo?

El rumor de la lluvia envolvió con su mordaza los latidos de mi corazón, de repente azuzados por la sospecha.

13

Recordé aquel sueño de mis primeros días de duelo, en el que trataba de acariciar el rostro de Lucía y, al contacto con mis dedos, su piel se desprendía, como un levísimo epitelio. ¿Me había enamorado de una máscara? Así lo sentía entonces, mientras contemplaba la fotografía que me había procurado el doctor Portabella, en la que se me revelaba una Lucía que yo no había llegado a conocer, con unas facciones todavía no rectificadas por el bisturí, con una sonrisa indemne al miedo y una mirada que aún no se había embarcado en tortuosas expediciones al abismo. Escaneé la fotografía de aquella Lucía casi adolescente e imprimí varias copias ampliadas, como si estuviese imprimiendo su improbable esquela, o conjurándola para que volviese a mí. El doctor Portabella me había dicho que tal vez Lucía había querido borrar toda pista sobre su pasado y también sobre su futuro; pero sin duda había hecho una excepción conmigo, dejándome aquella pequeña lista de teléfonos. Llamé al último de los números de la lista, que tantas veces había marcado en vano; pero en aquella ocasión alguien descolgó al instante, antes incluso de que el teléfono diese tono, como si estuviese agazapado al lado del auricular. Era un hombre de voz clandestina y aflautada, como acechado por un sofoco o temeroso de que lo escuchasen.

—Creo que no nos conocemos —le dije, titubeante—. Me llamo Alejandro Ballesteros. Lucía Álvarez murió hace un par de semanas en el accidente de Airjet y me dejó su número de teléfono...

La voz al otro extremo de la línea sonaba lejanísima (aunque el teléfono tenía prefijo de Madrid), como si mi interlocutor apartase el auricular de la boca al hablar, por temor a que la línea transmitiese gérmenes. Me pareció que sollozaba de un modo muy recatado, o tal vez sólo estuviese cuchicheando una letanía o soliloquio ininteligible.

—Ya me extrañaba que no me llamase, había quedado en hacerlo —se lamentó sinceramente—. ¿Y dice que murió en ese accidente? ¡Qué desgracia tan grande!

—¿Podríamos vernos lo más pronto posible? —lo urgí—. Yo iría a donde usted me indicase... Perdona, no me ha dicho su nombre...

—Fernando Valiente —me respondió. Y esta vez su voz sonó orgullosa, o siquiera menos pusilánime, sugestionada por el apellido—. Pero apenas tuve ocasión de tratarla...

—Y, sin embargo, Lucía había anotado su teléfono —dije, para vencer sus reticencias—. Sin duda, tuvo que dejar en ella una impresión muy favorable.

Sus cuchicheos se tornaron entonces halagados; y con voz furtiva y meliflua me indicó una dirección del barrio de Canillejas, proponiéndome un encuentro esa misma tarde. Canillejas, en su origen un pueblecito de pan llevar, se había convertido en uno de esos distritos de la periferia que los alguaciles eligen como vomitorio de la fealdad urbanística. Sobrevivían, como reliquias de su pasado hidalgo, una iglesia mudéjar y algunas arboledas mustias, avasalladas por abominables estadios deportivos y otros templos del cretinismo contemporáneo. También sobrevivían, entre las colonias de viviendas repetidas, unas pocas e incongruentes casas rurales, indultadas por la mala conciencia de los alguaciles, que desafiaban la invasión del hormigón. La dirección que Fernando Valiente me había proporcionado se correspondía, precisamente, con una de estas casas, achaparrada y vetusta: recorría su fachada, como un gigantesco fósil, el tronco leñoso de una parra que en otro tiempo habría acogido bajo su sombra las alegrías de los hombres; pero que para entonces ya había renunciado a reverdecer, atufada por los efluvios de la gasolina. Llamé al timbre, que sonó en el interior de la casa como música de organillo, y salió a abrirme una anciana greñuda y flaca, con cara de malas pulgas y mirada extraviada, tal vez nublada por las cataratas o el alzhéimer.

—¿Qué se le ha perdido por aquí? —me preguntó a gritos, como si me increpase.

—Había quedado con Fernando Valiente... —comencé.

Pero, antes de poder explicarme un poco más, me atajó:

—¡Aquí no vive ningún Valiente!

Y me dio con la puerta en las narices. Me quedé como un pasmarote durante unos segundos, sacudido por la impresión, y luego anduve y desanduve la acera, cerciorándome de que no me había equivocado de calle o de número. También rodeé la casa, en la esperanza de que en su parte trasera tuviese acceso a otra vivienda, pero allí sólo había un exiguo solar donde crecían los cardos; prendido entre sus espinas descubrí con un repeluzno un gato muerto de pelaje pardusco, más tieso que una momia, con el cuello quebrado y el morro embadurnado de sangre reseca. Cansado de merodear,

volví a pulsar el timbre, a riesgo de que la anciana saliese esta vez armada con una escoba o un trabuco. Llegó hasta mis oídos el eco de una trifulca familiar, en la que la voz chillona de la anciana apenas dejaba meter baza a otra voz sojuzgada que enseguida reconocí como la de Fernando Valiente. Para que no desfalleciese del todo, volví a pulsar el timbre, ahora tres o cuatro veces seguidas, hasta conseguir que saliese a abrirme.

—Lo siento de veras, Alejandro —se excusó con gesto humillado en cuanto abrió la puerta—. Estaba en el baño y no te oí llamar. Espero que disculpes a mi madre, ha perdido por completo la cabeza.

Fernando Valiente era un cuarentón barbilampiño, de cara muy redondeada —casi lunar— y cuerpo grande y fofo, que se movía con mucha torpeza, como si acabase de aprender a caminar. Tenía los ojos muy abultados y la papada como un babero o cenefa de carne trémula; y sus labios no dejaban de musitar palabras en tumulto, o eran sólo espectros de palabras que no llegaba a formular del todo. Vestía ropas gastadas y deslucidas por la lejía que, además, le quedaban muy apretadas y se le hincaban en las carnes mantecosas. Me invitó a pasar y me guio hasta el interior penumbroso de la casa, que tenía algo de bajel hundido en algún tiempo muy remoto, como si la metamorfosis que se había operado en el barrio no se hubiese atrevido a penetrar allí. Los vanos de las puertas estaban cubiertos por cortinas de abalorios que Fernando Valiente apartaba y sujetaba con torpeza, cediéndome el paso, para después dejarlos caer con un tintineo fantasmal. Fuimos dejando atrás los rezongos de la madre, hasta llegar a la habitación más apartada de la casa (pero, al no haber puertas, ninguna habitación era apartada, ni garantizaba la intimidad). Se trataba de una salita con una camilla en medio, cubierta por un tapete de ganchillo; y sobre el tapete reposaba una lámpara panzuda, con tulipa de un cristal coloreado de verde, y varios cartapacios atestados de papeles. Fernando Valiente encendió la lámpara (que, inevitablemente, tenía un interruptor de pera) y me señaló una de las sillas en derredor de la camilla, todas ellas desencoladas y de una madera crujiente de carcomas. En el aire flotaba una reminiscencia de berza cocida y estufa mal purgada.

—Lo he estado llamando durante días... —comencé, medroso—. Pero nadie me cogía el teléfono.

—Es que de lunes a viernes estoy investigando en la Biblioteca Nacional, mañana y tarde —se justificó, en un susurro—. Y mi madre nunca contesta el teléfono.

Se sentó frente a mí, después de escoger la silla menos maltrecha, que sin embargo se quejó y tambaleó al recibir el peso de su corpachón. Posó las manos sobre su inmensa barriga, como dos sapos bondadosos, para taparse pudorosamente las aberturas que afloraban entre la botonadura de la camisa, a punto de estallar.

—Vaya con su madre, menudo carácter —dije—. ¿Y qué hace usted en la Biblioteca Nacional?

—Estoy trabajando en un gran manual de dialectología —me respondió Fernando Valiente, con un visible orgullo que aflautaba todavía más su voz—. Llevo trabajando casi veinte años en él. Empezó siendo una tesis doctoral, pero pronto advertí que se trataba de una obra demasiado ambiciosa para la mezquindad académica. ¡La obra de una vida entera! Pero, por favor, Alejandro, te ruego que nos tuteemos.

Sonrió tímidamente y alargó los brazos rollizos hasta los cartapacios que se apilaban sobre la mesa. Abrió uno de ellos y me mostró un mazo de folios abarrotados de una letra microscópica, como hileras de hormigas en mareante avalancha, sin separación de párrafos. Tuve que reprimir un vahído.

—Una obra muy ambiciosa, en efecto —comenté, sacudido por el horror—. ¿Cuándo crees que podrás terminarla?

Me empezaba a invadir un sentimiento de pánico, como si estuviese atrapado en una pesadilla. Fernando Valiente pasaba las páginas de su trabajo con delectación, como si me estuviese mostrando un álbum donde se congregasen los paisajes de su locura.

—Lo importante no es terminar, Alejandro, sino perseverar en el trabajo. Es algo que me repito cada mañana al levantarme. Terminar es una ambición propia de vagos —susurró, con un énfasis alucinado, próximo al arrobo—. Yo podría haber terminado mi tesis doctoral en unos pocos años y conquistado la cátedra universitaria. No tendría que haber hecho otra cosa sino especializarme en tal o cual variante dialectal, restringiendo el campo de mi investigación, como me pedía mi director de tesis... —Esbozó un puchero que se quedó colgado en sus labios carnosos como belfos, antes de exaltarse—: ¡Pero yo no soy un vago! Mi campo de estudio son las palabras, que no se agotan nunca. Mi campo de estudios es infinito, como infinita es la curiosidad humana. ¡La perseverancia es la madre de la ciencia!

Se había exaltado, sin llegar a alzar la voz, según se apreciaba en sus ojos abultados, que parecían burbujear de fiebre. Decidí que debía darle la razón en todo para no agitar su locura y ganarme su confianza:

—Hoy en día la gente está obsesionada por llegar. Pero lo verdaderamente importante es el camino —afirmé, rescatando algún pensamiento de almanaque.

Fernando Valiente asintió, halagado por mi docilidad. Guardó los folios de su inacabado libro de arena en el cartapacio, que apiló junto a los otros cartapacios, donde se amontonarían millones de palabras dormidas, tal vez ya fiambres.

—Pero no has venido aquí para que te aburra con estas cuestiones —musitó, antes de exhalar un suspiro atribulado—. Perdona, te habrá horrorizado mi falta de tacto. Me llamaste para que hablásemos sobre Lucía.

Fernando Valiente se borró con los dedos unas lágrimas incipientes que amenazaban con desbordar sus párpados. Pensé que en esas lágrimas que no había dejado fluir se compendiaban veinte años de soledad y escarnio, veinte años de desdenes y fracasos académicos, veinte años de sumisión a una madre despótica y trastornada y de búsquedas tan perseverantes como inútiles en los infinitos dialectos de la lengua.

—Nos conocimos hace un par de meses en la Biblioteca Nacional, un día de enero que cayó una fenomenal manta de agua... —empezó Fernando Valiente, en un bisbiseo de confesionario.

Recordaba bien aquel día, el único lluvioso de todo el mes, porque a mí la tormenta me había pillado prestando declaración a la policía, tras la detención del niño pijo que se había dedicado a incendiar setos en mi urbanización. Recordaba también el paraguas mojado de Lucía que entonces había suscitado mis celos.

—¿Fue por la mañana, por curiosidad? —le pregunté.

—Por la mañana fue, en efecto —me confirmó Fernando Valiente, algo contrariado por mi interrupción—. Yo había pedido unos libros y, mientras esperaba que me los sirvieran, me puse a curiosear en las estanterías que circundan la sala de lectura. Allí estaba también Lucía, a la que no recordaba haber visto nunca antes. Y soy muy observador, conozco bien a los asiduos de la sala, tanto a los investigadores verdaderos como a los cantamañanas que van a estudiar sus apuntes, o a hacer como que estudian. Los tengo fichados a todos y cada uno, son una plaga creciente, terminarán invadiendo la sala y expulsándonos a los pocos que vamos allí a investigar. —Le tembló la papada de irritación—. Pero Lucía tampoco era de estos últimos, se notaba a la legua que estaba un poco despistada. Yo le pregunté si buscaba algún libro en concreto o necesitaba ayuda, me gusta comportarme cortésmente con las mujeres siempre que puedo.

Lanzó una furtiva mirada a la cortina con abalorios, temeroso de que su madre estuviese escuchando sus confidencias. Seguramente no podría mostrar esa cortesía con las mujeres cuando ella estuviese delante.

—Me parece una conducta muy loable —lo elogí.

—Lucía no buscaba nada en concreto, simplemente curioseaba mientras hacía tiempo. Al parecer, según me confesó, se había citado allí con un amigo... —Me escrutó con curiosidad, para comprobar si me molestaba que Lucía se citase con otros hombres en lugares tan discretos y peregrinos—. Pegamos la hebra, o la pegó ella, yo nunca tomo la iniciativa, no quiero que nadie me confunda con un entrometido, mucho menos con un pelma. En cinco minutos ya había descubierto de dónde era, no tengo más que dejar hablar a la gente y enseguida detecto su procedencia.

Fernando Valiente se recostó complacido en la silla y entrecerró los párpados, a la vez que entrelazaba de nuevo las manos batracias sobre la tripa.

—Era catalana —dije, para sonsacarlo—. Se notaba a la legua, ¿no?

Lo sacudió una risa blanda que le hizo gorgoritos en la papada:

—Pero decir que era catalana es como no decir nada; para un dialectólogo, «Cataluña» es un término geográfico demasiado extenso —se pavoneó—. ¿Entiendes ahora por qué es necesario mi trabajo? A Lucía le apenó mucho el desorden que reinaba en las estanterías que rodean la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, donde la gente toma libros y no se molesta en devolverlos a su lugar, o si lo hace ni siquiera se preocupa de alinearlos debidamente. Pero en lugar de «alinear» utilizó el verbo «adobar». En catalán, «alinear» se dice igual que en castellano; o bien «arreglar», de donde viene nuestra «ringlera». Pero en catalán, «adobar», que se utiliza con tantos o más significados que en castellano, no significa nunca alinear. —Me miró con unos ojos que parecían querer saltar de sus órbitas, deseosos de cazar al vuelo cualquier palabra—. En otro momento de nuestra conversación, Lucía se quejó del tiempo que estaba haciendo, primero con una niebla que no se veía un burro a tres pasos y luego con aquella lluvia inesperada. Pero a la niebla la denominó «bruma baja». ¿Y sabes en qué comarca catalana se emplea esa expresión?

Un gozo indisimulable ensanchó su rostro. Lucía había deslizado mil veces esos mismos gazapos y otros similares mientras hablaba conmigo; pero nunca se me había ocurrido que aquellas pintorescas expresiones sirvieran para localizar con tanta precisión sus orígenes.

—¿En cuál? —lo azucé.

—¡El valle de Arán, naturalmente! *Broma baisha* llaman los araneses a la niebla —dijo, pronunciando con mucho esmero la *sh*, con un sonido de *ch* francesa—. Y utilizan *adobar* en el sentido en que Lucía lo había empleado. Cuando le pregunté si era de esta comarca, se quedó por completo estupefacta, casi me atrevería a decir que conmovida. Sacudió la cabeza, incrédula, y me reconoció que nunca nadie hasta entonces había sido capaz de descubrirlo. Sus palabras me llenaron de contento.

Y algo de ese contento todavía lo guardaba dentro de sí. A Fernando Valiente le había ocurrido con Lucía lo mismo que a don Quijote con los criados del palacio de los duques, que lo hicieron sentirse por primera vez caballero andante verdadero y no fantástico, pues lo agasajaron como había leído que eran agasajados los caballeros andantes en pasados siglos. Lucía había hecho sentir a Fernando Valiente, después de mil humillaciones familiares y desdenes académicos, filólogo verdadero y no fantástico; y aquella consoladora gratificación moral no podría olvidarla nunca.

—¡Dialecto aranés! —exclamé—. Pero eso apenas se habla, ¿no?

—¡Que lo hable poca gente no quiere decir que lo puedas despreciar! —alzó la voz, un tanto enojado—. El aranés es una variante del occitano, la noble lengua de oc, como el limosín o el provenzal. ¡La lengua de los trovadores, nada menos! ¿Es que nunca has estado en el valle de Arán? ¿Nunca te llevó Lucía a su tierra?

—Nunca —reconocí, mohíno—. Pero iré tan pronto como pueda.

Me prometí que lo haría de inmediato, convencido de que Lucía me estaba pidiendo que lo hiciese. Fernando Valiente reanudó su narración bisbiseada:

—Yo había empezado a explicar a Lucía el trabajo en que estoy ocupado cuando llegó el hombre con el que se había citado en la biblioteca. —Volvió a lanzarme otra mirada por el rabillo del ojo—. Un tipo muy alto, con el pelo cortado a cepillo y una mirada que metía miedo. Le hizo un signo a Lucía para que lo acompañase a un lugar menos concurrido, a salvo de oídos indiscretos. Lucía me prometió que volvería para despedirse; pero no aguanté la tentación de seguirlos sin que se diesen cuenta... Así pude escuchar algo de lo que hablaron.

Me pareció improbable que Fernando Valiente lograra pasar inadvertido, por mucho que se esforzara, pero pasé por alto esta menudencia:

—¿Y de qué hablaron?

—No llegué a enterarme bien. Pero Lucía trataba de tranquilizarlo, asegurándole que todo había sido una falsa alarma y una «chiquillada», recuerdo que empleó esta palabra. Se habían refugiado en un pasillo que

conduce a la sala de manuscritos por el que no suele pasar nadie. El hombre parecía alterado, le dijo a Lucía que no podían garantizar su seguridad, que la urbanización se había llenado de policías haciendo ronda. —Su rostro barbilampiño había empalidecido todavía más, mientras rememoraba la escena—. Yo me había agazapado detrás de los armarios donde se guardan los ficheros manuales que ya nadie consulta. Entonces el tipo reparó en mí y me lanzó una mirada heladora que me hizo temblar. Así que volví a la sala de lectura y me senté en mi pupitre sin moverme.

Tembló su papada, estremecida por la brisa del recuerdo. Como yo también había sido escrutado por los ojos de Víctor podía entender su miedo.

—¿Y no volvió Lucía para despedirse?

—¡Claro que volvió! —se alborozó Fernando Valiente—. Y no sólo a despedirse. Me pidió un teléfono y me aseguró que algún día seguiríamos hablando del valle de Arán, o de lo que se terciase. Me despedí de ella arriesgando un poco: «*A mès veir, matuquet*», le dije. *Matuquets* llaman familiarmente a los oriundos de Canejan, que pensé que podía ser el pueblo de Lucía. Y ella, cuando ya se marchaba, se volvió y agitó la mano, como si me quisiera pegar un cachete, y me precisó: «*Matuquet non, gràcies a Diu. ¡Cernalher! A mès veir, amic*».

Parpadeó como un pajarillo y guardó un silencio embelesado. Dejé que disfrutara de su ensoñación melancólica, antes de preguntarle:

—¿*Cernalher*? ¿Y eso qué significa?

—Es el gentilicio irónico con el que se designa en el valle de Arán a los naturales de Bausen, un pueblo a orillas del Garona, el más septentrional de todos los pueblos de Cataluña, muy próximo a Francia —me respondió. Y añadió, en un murmullo compungido—: Y ahora descubro que mi amiga aranesa ya no podrá llamarme nunca. Me habría gustado tanto poder seguir hablando con ella en la lengua de los trovadores...

Me pareció entonces que los abalorios de la cortina se habían agitado con un leve tintineo, como tañidos por un arpista espectral. Dirigí la mirada hacia el vano de la puerta y entreví una mano huesuda y muy arrugada que apartaba la cortina. Fernando Valiente iba a añadir algo más, pero se quedó boquiabierto, como paralizado por el estupor, cuando vio aparecer a su madre, arrastrando los pies.

—¡Largo de aquí, mamá! —alzó la voz, tratando de aparentar entereza, aunque había empezado a temblaquear—. ¡Nadie te ha llamado!

La anciana hizo caso omiso de sus palabras y terminó de apartar la cortina. Por un instante temí que se enredara con las cuentas de vidrio y diera

con sus huesos —que imaginé muy porosos y quebradizos— en el suelo.

—¡A mí nadie me llama ni me deja de llamar! —bramó—. ¡Estoy en mi casa y hago lo que me da la gana!

Fernando Valiente se levantó de la silla, que exhaló un gemido de alivio. Al hacerlo, embistió torpemente contra la camilla, como si hubiese perdido el dominio de sus movimientos.

—¿Es que no ves que tengo una visita? ¡Déjanos hablar en paz!

La madre de Fernando Valiente me miró haciendo pantalla con una mano, como si otease un paisaje muy lejano. Tal vez ya no recordaba que apenas un rato antes había intentado impedirme la entrada en su casa.

—¿Por qué no le ofreces al señor algo de beber? Un café y unas pastitas, aunque sólo sea —sugirió, con una voz de apariencia dulce.

Pero bajo la pátina de impostada dulzura bullía el ronroneo del rencor. Fernando Valiente enrojeció de vergüenza o de cólera, y su piel lechosa adquirió una tonalidad casi cárdena.

—No es necesario, señora, muchas gracias —dije, levantándome ya de la silla—. Me estaba despidiendo de su hijo, en realidad.

La madre de Fernando Valiente no reaccionó a mis palabras, tal vez ni siquiera las hubiese oído. Dirigía a su hijo reproches muy agrios:

—Tu padre siempre se preocupaba de tener preparado algo para las visitas. Pero tu padre ganaba un sueldo con el que nos mantenía a los tres. Tú, en cambio, eres incapaz de ganar un céntimo y vives de la pensión de una pobre viuda.

El temblor que agitaba a Fernando Valiente empezaba a degenerar en un amago de convulsión, como si estuviese a punto de darle un ataque epiléptico. Por un momento, temí que se fuese a abalanzar sobre la anciana y a estrangularla con sus manos como sapos quizá no tan bondadosos; pero se esforzó por mantener la compostura, o una apariencia de entereza. Su voz meliflua sonaba de repente impostada:

—Este señor no tiene por qué aguantar tus arrebatos de histérica, mamá. Es un hombre cultivado que se ha interesado por mi trabajo, que tú tanto desprecias.

—¡Tu trabajo! —gritó todavía más la anciana, hasta desgañitarse—. ¡Ya me dirás para qué sirven todos los conocimientos que almacenas en esa cabeza de chorlito! ¿Piensas enlatarlos y venderlos al peso? Porque todavía estoy esperando el día en que metas algo de dinero en casa. —Y, sin mediar aviso, le largó un par de bofetadas que sonaron en sus carnosos carrillos como el golpe de una sábana empapada de agua—. Si tu padre levantara la cabeza,

se avergonzaría de ti. —Y su voz se despeñó en tropel por el llanto—. ¡Si hasta te comes la comida de mi pobre gato, que tiene que salir a la calle en busca de ratones, para matar el hambre!

Y se derrumbó en una de las sillas que rodeaban la camilla, cubriéndose la cara con las faldillas del tapete, mientras su llanto se convertía en una especie de gáñido. Sospeché que aquella misma escena aborrecible se repetiría entre ellos cotidianamente; pero presenciarla me producía una incomodidad viscosa, como si chapoteara en un barrizal.

—Debo marcharme —anuncié, a punto de ahogarme—. Lo siento de veras, Fernando. Me ha resultado de gran ayuda tu testimonio.

Y decía verdad; aunque hubiese preferido conocer por otros medios menos desquiciantes la información que me había suministrado. No quise que me acompañase hasta la salida, hacia donde me dirigí a tientas, liándome con aquellas cortinas de abalorios que se aferraban a mis ropas como tallos de una zarza. Al llegar finalmente a la puerta descubrí que estaba trancada; y mientras forcejeaba para abrirla me alcanzó Fernando Valiente.

—No tienes por qué marchar tan apresuradamente, Alejandro —me dijo, con una voz cándida o taimada—. Mi madre es una tirana manipuladora que me quiere para ella sola y se las ingenia para espantar a cualquier persona que se interesa por mí.

Lo miré con piedad entreverada de congoja. Seguía sin saber si se trataba de una sufrida víctima o de un raro monstruo. Pero había logrado desatancar la puerta y no iba a quedarme a averiguarlo. El aire contaminado de Madrid se me antojó de repente salutífero, comparado con el hedor a berza cocida y estufa mal purgada que se respiraba allí dentro.

—Debo marchar, Fernando. Ya nos veremos con más calma —mentí, aliviado de pisar al fin la acera—. Por cierto, antes descubrí un gato muerto, en el solar que hay detrás de la casa... Espero que no sea el gato de tu madre.

Fernando Valiente entornó los ojos y aflojó los labios en una mueca que se pretendía coqueta. Se masajéo la papada con parsimonia, como si se estuviese ahuecando una invisible gorguera, y se miró las manos con fruición.

—Claro que era el gato de mi madre —dijo, con un gorgoteo de felicidad—. Yo mismo lo estrangulé.

XIV

El estruendo de los disparos rasgó la paz de la mañana. Ocurrió en el instante preciso en el que estaba entregando una copia de mi novela recién concluida al mensajero que debía llevársela a Ramiro Cifuentes. Fueron primeramente tres disparos secos y muy seguidos que retumbaron en los desvanes del cielo y provocaron la desbandada y algarabía de mil pájaros. A esos tres disparos se sucedió luego un rosario de gritos inconexos y, por fin, la salida en tromba de un automóvil que hacía rugir su motor hasta casi reventarlo y derrapaba en las curvas, mientras se perdía en la lejanía, perseguido todavía por algunos disparos ya tardíos y deslavazados, seguramente lanzados al buen tuntún, como desahogos contra un malhechor que ha conseguido fugarse y ni siquiera está al alcance de las balas. Y tras estos últimos disparos, se escucharon algunos improperios policiales y peticiones desesperadas de auxilio.

Lucía y yo nos quedamos al principio paralizados por el estupor, como el mensajero al que ya habíamos entregado el paquete y abonado el importe del envío, luego invadidos por el miedo. Un policía se desgañitaba reclamando una ambulancia y de las casas vecinas empezaban a salir vecinos que acudían, todavía de forma titubeante, al lugar donde se había producido el tiroteo, armados de sus infalibles teléfonos móviles, con los que llamaban a emergencias y tal vez luego grabasen la escabechina, para poder exhibirla entre los amigos y con un poquito de suerte vendérsela a algún programa carroñero. Resolví sumarme a esta corriente de vecinos samaritanos o sólo cotillas.

—¿Estás loco? —me retuvo Lucía, con el rostro desencajado por el miedo—. ¿Adónde vas?

—Han disparado a alguien, seguramente a un policía —grité—. Podría estar muriendo. ¿No te parece que es nuestra obligación acudir?

Me siguió a regañadientes, como si se resistiera a aceptar un cáliz demasiado amargo pero a la vez supiera que la reclamaba el deber. El tiroteo había ocurrido al otro extremo de la urbanización, en una calle perpendicular a la nuestra, en medio de la calzada; y los vecinos se congregaban allí como pasmarotes, incapaces de tomar iniciativa alguna (salvo grabar majaderamente la fechoría con sus móviles). Las víctimas del tiroteo habían sido una pareja de policías municipales que tal vez estuviesen rondando las calles de la urbanización y tratando de entrevistarse con los vecinos, para inquirirles sobre su relación con el adolescente vándalo que había quemado casi una docena de setos durante los meses anteriores, como me habían advertido que harían. Uno de los policías había recibido un disparo a la altura del hombro, pero no parecía gravemente herido, porque se mantenía en pie (aunque recostado contra el coche patrulla) y hablaba por el *walkie* con sus compañeros de la central, pidiendo refuerzos y asistencia sanitaria, a la vez que describía al agresor huido y el automóvil que había empleado en su fuga. Pero el otro policía yacía en mitad de la calzada, desmadejado y en una postura por completo inverosímil, dando boqueadas y con el rostro exangüe, mientras de su muslo brotaba una sangre que ya empezaba a formar charco; y era una hemorragia intermitente, como si tuviese dentro de su cuerpo una bomba que lo iba drenando, al compás cada vez más mortecino de los latidos de su corazón. Lucía se abrió entonces paso entre los pasmarotes con teléfono móvil.

—¡Apártense! —ordenó—. ¡Apártense del herido!

Y, a la vez que llegaba hasta él, me tiraba del brazo, como si quisiera emplearme como improvisado ayudante. Antes de arrodillarse ante el policía malherido se quitó la sudadera que llevaba puesta, también la camiseta, quedándose con el torso desnudo. Me perturbó que los vecinos cotillas vieran desnudo su cuerpo hecho a la medida de mis manos. Entonces la oí gritar, imperiosa pero sin perder la calma:

—¡Date prisa! ¡Rasga la ropa en tiras!

Había alzado cuidadosamente la pierna por la que se le escapaba la vida al policía, hasta encajarla encima de su hombro, para reducir el flujo de la sangre. A continuación, había lanzado una dentellada a la pernera de su pantalón, hasta desgarrar la tela y hacerla trizas en un santiamén, para buscarle mejor la ingle y presionar la arteria femoral

por encima del boquete del que brotaba la sangre, como una lava oscura que poco a poco empezaba a remitir. Y, mientras mantenía la presión con una mano, me tendía la otra, para que le fuese pasando las tiras de su sudadera y su camiseta, en realidad trapos más que tiras, que empleó primero en taponar el orificio de la bala y enseguida en improvisar un vendaje que apretó en la ingle del policía con una fuerza amedrentadora y la misma resolución que había empleado un par de semanas antes para encajar mi hombro dislocado. Se volvió entonces hacia el corro de los mirones:

—Voy a hacerle un torniquete. Un palo, necesito un palo.

Uno de los pocos vecinos que no estaban ocupados en grabar vídeos majaderos con su teléfono móvil corrió a uno de los setos vandalizados y cortó unas cuantas ramas apenas chamuscadas, que llevó corriendo a Lucía. Eligió la que le pareció más resistente; y en el mismo lugar donde acababa de improvisar un vendaje, muy pegado a la ingle, hizo un torniquete que aseguró haciendo girar el palo una y otra vez, hasta comprimir tanto el muslo del policía que se detuvo por completo la hemorragia. Me pidió entonces que me acercara y sostuviera el palo con ambas manos, para impedir que el torniquete se aflojase, mientras volvía a presionar la femoral, a la altura de la ingle. El policía, entretanto, sonreía a su salvadora desde las neblinas del desvanecimiento, tal vez ante la visión peregrina de sus senos copiosos e intrépidos que desafiaban el frío de la mañana. Lucía le devolvió la sonrisa, sin dejar de apretarle la femoral:

—¿Quién te iba a decir que una nena desnuda te iba a estar tocando en ese sitio, eh? Estar herido también tiene sus ventajas — bromeó.

Y ya no paró de hablarle hasta que llegaron las ambulancias, para mantenerlo despierto y a la vez sereno, mientras le presionaba la ingle y comprobaba su pulso en la muñeca. Al policía no le restaba apenas vigor, después de haber perdido tanta sangre; pero tomó la mano de Lucía y la apretó, para después llevársela a los labios y besarla con lágrimas de gratitud, cuando ya los enfermeros lo alzaban en la camilla y lo introducían en la ambulancia. Su compañero, más afortunado, pudo entrar en otra por su propio pie, apenas un minuto antes de que la calle fuese cortada por varias furgonetas policiales, de las que fueron bajando agentes muy pertrechados de armas de asalto y chalecos antibalas (ya no bisoños policías municipales), que se

encargaron de establecer un perímetro de seguridad en la zona, apacentar a los vecinos hasta sus respectivos domicilios y registrar la casa donde, al parecer, vivía el individuo que había iniciado el tiroteo. Los enfermeros de las ambulancias habían proporcionado a Lucía una manta, que se echó sobre los hombros; pero paradójicamente fue entonces cuando empezó a tiritar, consciente del frío que no había sentido mientras se afanaba en salvar la vida del policía. O puede que no fuese el frío lo que la hacía tiritar, sino la tensión que hasta entonces había retenido y por fin se derramaba como un agua helada por todo su cuerpo. Algunos vecinos (los más samaritanos o menos absortos en su móvil) la felicitaban admirados de su proeza y le daban las gracias.

—No hay de qué, no hice nada del otro mundo —les respondía ella, como si se excusase.

Pero había evitado, precisamente, que el policía se fuese a ese otro mundo donde nos aguardan los ángeles, había evitado que abandonase los hábitos terrenales y partiese demasiado temprano. Lucía se miró las manos enguantadas de una sangre que, al secarse, se volvía terrosa y sucia, como vestigio de un mal sueño (y también su rostro estaba tiznado de aquella misma sangre seca); entonces su tiritona se volvió incontenible, hasta el punto de hacerla desfallecer. Tuve que rodearla y sostenerla entre mis brazos, para evitar que se derrumbase; y mientras la apretaba contra mí, sentí los latidos desbocados de su corazón, pugnando por calentar sus senos ateridos.

—Llévame a casa, Alejandro —me suplicó.

Así lo hice, sorteando el acoso de los reporteros televisivos que empezaban a llegar a la urbanización en sus unidades móviles, para conectar en directo con los programas carroñeros de la mañana. Asaltaban a los vecinos, micrófono en ristre, pidiéndoles declaraciones «en caliente», y extendían los trípodes de las cámaras, para filmar desde la lejanía (todavía no les dejaban infringir el perímetro policial) la casa donde residía el autor del tiroteo, para entonces prófugo por las carreteras y seguramente armado. Cuando por fin llegamos a casa, tras esquivar al enjambre de reporteros codiciosos de carroña, Lucía corrió a la ducha, para limpiarse la sangre del policía al que acababa de salvar la vida, mientras yo encendía la televisión, donde ya una legión de cacatúas y loritos

lanzaban las primeras hipótesis rocambolescas (y completamente infundadas, como exige el género) sobre el tiroteo. Se especulaba con la posibilidad de que el prófugo fuese miembro de alguna célula islamista, sorprendido in fraganti mientras manipulaba explosivos o preparaba algún atentado. Lucía salió de la ducha envuelta en una toalla y con la mirada abstraída, como si volviese de alguna tortuosa expedición al abismo. Se plantó ante el televisor mirándolo sin ver, o mirando allá donde las cámaras no podían alcanzar.

—Esa gentuza no tiene ni puta idea de nada —dijo.

Y ya no quiso volver a hablar del asunto.

De nuevo el pensamiento mágico hacía estragos en mí. Decidí que Bausen sería la última estación de mi pesquisa; decidí que en aquel pueblo a orillas del Garona, en la raya con Francia, podría ver cara a cara lo que hasta entonces sólo había percibido confusamente. Ni las amenazas de aquel Víctor venido del frío ni los avisos del inspector Avendaño iban a disuadirme en mi determinación alucinada. Olvidé mi posible culpa en la muerte de la azafata Novoa y los oscuros indicios que había recolectado durante mis pesquisas. Olvidé las mentiras y fingimientos que Lucía había urdido para crearse una falsa identidad y sostener su engaño. Olvidé las circunstancias perturbadoras que rodeaban la catástrofe aérea de Barajas. Olvidé que todos los testimonios que hasta entonces había recolectado eran tan incoherentes como vicisitudes de un sueño, cuando no directamente alucinatorios como el que acababa de brindarme aquel estrambótico o monstruoso Fernando Valiente. Olvidé que todos mis esfuerzos por resucitar a Lucía podían catalogarse como delirios paranoicos, o al menos como desvaríos de una imaginación consumida por el dolor. Olvidé que los muertos no vuelven a sus hábitos terrenales y que los que se fueron temprano ya no nos necesitan. Y me convencí de que Lucía lo había dispuesto todo para que nos reuniésemos en aquel pueblo del valle de Arán.

Lo planeé con determinación ciega mientras volvía a casa. Dormiría unas pocas horas, para reponerme del agotamiento de los últimos días en vela; y, una vez repuesto, viajaría hasta Bausen. Pero mi agotamiento estaba entreverado de desasosiego, en una mixtura aniquiladora que, a la vez que me reclamaba descanso, me impedía descansar. Así que forcé el sueño con una generosa dosis de barbitúricos; y de su mano descendí, una vez más, hasta ese pozo de fango y de brea donde quedaban enterradas mis cuitas, también mis zozobras, hasta que al alba el pitido del despertador me devolvió la consciencia. Fueron siete horas de carretera sin paradas, guiado siempre por la voz enlatada del navegador, que ejercía sobre mí un raro efecto hipnótico, hasta lograr la completa suspensión de mis sentidos, hasta lograr que el

paisaje circundante —campos de soledad, mustios collados— se volatilizase y ante mí sólo se extendiera la cinta del asfalto, como un interminable túnel que se adentraba en el reino de los muertos. A medida que me acercaba a mi destino, la carretera se fue volviendo más sinuosa y estrecha, invadida de bancos de niebla que la cruzaban como galeones lentos y errabundos, escoltada por árboles muy añosos, de raíces engarfiadas que rompían la tierra, como muertos convocados por las trompetas del Juicio Final. El pueblo de Bausen, con la nieve de los Pirineos al fondo, era una Arcadia saqueada por pandillas de pijos estresados que hasta allí venían a recrearse y cometer adulterio. Sus casas, que se congregaban en torno a unas pocas calles, tenían paredes de piedra y tejados de pizarra que amenazaban derrumbe; y sobre todas ellas destacaba el campanario de la iglesia, rematado por un chapitel. Aparqué el coche junto a una de las edificaciones más pintorescas del lugar, con balconadas de madera y un tejado gótico, que se anunciaba como taberna. Como había otros muchos coches aparcados por los alrededores, no me sorprendió encontrarla abarrotada de domingueros, en su mayoría turistas, que reponían fuerzas tras una mañana dedicada al senderismo, al esquí o al intercambio de parejas. Me acometió entonces un hambre repentina, como si mi cuerpo se esforzara en recordarme que todavía tenía necesidades puramente fisiológicas que necesitaban ser atendidas, en medio de la vorágine. En lugar de sentarme a una mesa, entre la bulla de los domingueros, preferí hacerlo en la barra, donde pedí un plato de callos que devoré en silencio, regado por un vino peleón. El tabernero, que parecía también el dueño del lugar (a juzgar por la desenvoltura con que repartía órdenes entre las muchachas que atendían las mesas), pegó la hebra sin que yo tuviera que forzarlo. Era un treintañero rubiasco y larguirucho, y me hablaba en un castellano teñido de resonancias provenzales:

—¿Y qué le trae por aquí? —me preguntó—. ¿Está de paso o ha venido para quedarse unos días?

Agradecí su curiosidad tal vez impostada, o sólo atenta a la prosperidad de su negocio. Improvisé una mentira no demasiado elaborada:

—Voy camino de Toulouse, donde tengo que dar unas conferencias —dije—. Pero, mientras organizaba el viaje, me acordé de una alumna que tuve hace años, que siempre me estaba hablando maravillas de su pueblo, Bausen, y me dije: «Es la ocasión para conocerlo». Me pregunto si mi alumna habrá vuelto a vivir aquí, o al menos su familia podría darme alguna pista sobre su paradero. Guardo una foto de ella. Tal vez usted la conozca...

Saqué de un bolsillo del pantalón una ampliación del retrato de Lucía. La desdoblé y se la tendí al tabernero, que escrutó caviloso sus facciones.

—*Es maca la noia, ¿eh?* —comentó, con un retintín pícaro. Pero enseguida me sondeó con una tímida desconfianza—: Pero no me ha dicho cómo se llama...

Me arriesgaba mucho lanzando el nombre de su identidad falsa, pero no tenía otro que lanzar; y pretender que no lo recordaba habría escamado al tabernero.

—Lucía, si no me falla la memoria —dije tentativamente, poniendo cara de circunstancias—. En cambio, los apellidos no los recuerdo. Perdí su ficha.

—Pues no me suena —concluyó el tabernero, algo contrariado—. Pero yo llevo pocos años en Bausen, este negocio es un traspaso. Si no le importa, voy a enseñársela a la señora Marta, que trabaja en la cocina y conoce a todo el mundo.

Desapareció por la puerta batiente que había al fondo de la barra y volvió al cabo de unos minutos acompañado por una mujer sesentona, de aspecto muy orondo y matronal, que lanzó una mirada inquisitiva a mi plato de callos. Aproveché para rebañarlo con fruición, imaginando que ella misma lo habría cocinado. Hablaba un aranés cerrado; pero, viendo que había devorado sus callos, su disposición fue inmejorable:

—*Bona tarde, senhor. Com estatz?*

Y me alargó una mano de dedos gordezuelos e impregnados de aromas culinarios. La estreché con una leve inclinación de la cabeza y le respondí en mi español mesetario, un poco avergonzado de no poder hacerlo en su idioma de trovadores. La señora Marta empezó entonces a hablar en torrente o avalancha, pisando las palabras, comiéndose las consonantes, con una musicalidad rústica y a la vez muy delicada. Aunque se me escaparon muchos matices, pude entender casi todo lo que dijo; y para mi sorpresa se refería a Lucía como «la Llucieta» repetidamente, siempre en un tono cariñoso, aunque algo conmisericordioso. El tabernero me resumió su largo parlamento:

—Dice que la chica se marchó hace ya cerca de diez años y nunca volvió. Se llama Lucía Moga Siuret. Su padre falleció poco después de que la Llucieta se marchase, pero la madre, la viuda Siuret, sigue viviendo en el pueblo con su hijo Carles, en la casa que está al lado del «cementerio de Teresa». Se dedicaron siempre al ganado, criaban ovejas de raza aranesa para las industrias locales de la lana, pero todas han ido cerrando, así que seguramente estarán pasando muchas dificultades.

La señora Marta asintió con sonrisa bonachona y añadió todavía algún pormenor más que consideraba importante o la llenaba de orgullo. El tabernero me tradujo:

—Dice también la señora Marta que Llucieta cocinaba como los ángeles, y que ella misma le enseñó algunas recetas. Siendo todavía niña, Llucieta ganó el concurso de *pastissos* que se celebra en el pueblo, en las fiestas de agosto, con unas rosquillas que todavía no ha logrado mejorar nadie.

Me golpeó, como una ola de nostalgia, el olor dulcísimo y crepitante de las rosquillas de Lucía, que me habían hecho lagrimear de gozo, cuando las probé por primera vez.

—Ni creo que las mejoren —musité, con un hilo de voz—. Pero, perdone, ¿cómo se llega al cementerio? Imagino que estará al pie de la iglesia...

—No, no —se apresuró a rectificarme el tabernero—. Al pie de la iglesia está el cementerio del pueblo. Pero para llegar al «cementerio de Teresa» tiene que seguir por la calle Mayor, hasta llegar a la ermita de San Roc. Desde allí parte un camino muy bien señalizado a través de un hayedo. El «cementerio de Teresa» es nuestra principal atracción turística.

Y me sonrió con resignación, como si los gustos y preferencias de los turistas se le antojasen un poco imbéciles pero al mismo tiempo no se atreviese a censurarlos, puesto que eran ellos quienes principalmente sostenían su negocio. Me despedí muy efusivamente de la señora Marta y del tabernero, que me dio una tarjeta de su negocio, y tomé el camino hacia el misterioso cementerio turístico, que, en efecto, se anunciaba como si fuese el mausoleo de Halicarnaso. Descubrí que casi todas las casas de Bausen exhibían, sobre el dintel de las puertas, dos hojas de laurel en forma de cruz sujetas por un clavo, a modo de talismán protector; y me acordé de la sangre de cordero con que los israelitas señalaron los dinteles de sus casas, para que pasase de largo el ángel enviado para exterminar a todos los primogénitos de Egipto. El camino se internaba en el hayedo, alfombrado de una hojarasca rojiza que arremolinaba el fuerte viento; y las ramas en las que ya empezaban a verdear las primeras hojas se agitaban como brazos que invocasen a los muertos, entrechocando con un tableteo fúnebre. El «cementerio de Teresa», de muy exiguas dimensiones, lo circundaba una tapia en la que se abría una pequeña puerta con reja de hierro; y en su interior había una única tumba, con una lápida sin cruz ni ningún otro tipo de ornamento religioso, en la que se leía la siguiente inscripción: «A mi amada / Teresa / que falleció el 10 de / Mayo 1916 / a la edad de 33 años». La decoraban varios maceteros con flores mustias que el viento zarandeaba, despojándolas de sus últimos pétalos, y

decenas de velas apagadas, seguramente compradas en algún chino por los pijos estresados que alargarían sus paseos hasta allí, cogiditos de la mano y haciendo pucheros románticos. Alcé la mirada hacia el perfil quebrado de las montañas que rodeaban el valle, con sus riscos abruptos y sus grutas amenas, como el cuerpo tendido de Lucía que Rosario Tena había pintado en su retrato panteísta. Entre las montañas navegaban bancos de niebla que en un instante descendieron hasta el cementerio, anegándolo con un manto lechoso. Aquel era el auténtico Reino de la Bruma Baja.

—*Bona tarde*— dijo alguien a mis espaldas.

Era un hombre atezado y agreste, aproximadamente de mi misma edad, con una barba entrecana que emboscaba sus facciones. Pero no las emboscaba tanto como para que no pudiera distinguir entre la niebla sus ojos excesivos y atolondrados, que lo hermanaban con Lucía.

—Buenas tardes —correspondí. Y pregunté a bocajarro—: ¿Es usted Carles?

El interpelado se sobresaltó, incluso se puso levemente en guardia, enarcando el pecho y apretando por un instante los puños. Había un deje fiero en su voz, rústica como la de la señora Marta pero mucho menos delicada:

—¿Y eso por qué lo sabe?

—En la taberna me anunciaron que así se llamaba el vecino del cementerio —contesté, algo intimidado—. Me dijeron que usted podría contarme la historia de esta Teresa. Pero perdone si le he molestado...

Se acercó más a mí, perdidas las prevenciones. Vestía un jersey de lana basta y holgada; y sobre el jersey un peto de tela añil bastante mugriento. Calzaba unas chirucas ribeteadas de barro y desprendía un olor cálido de establo y virilidad. Se cruzó los brazos a la altura del pecho, resignado a officiar de guía turístico.

—¿No se la habían contado antes? Casi todos los turistas que vienen por aquí la conocen —se extrañó—. Sisco y Teresa eran primos y querían casarse. Pero el *mossén* les advirtió que antes tendrían que pedir dispensa eclesiástica. Ellos no lo hicieron porque no tenían dinero, o no les dio la gana pagarla, y vivieron amancebados. Tuvieron varios hijos y fueron felices, o eso se cuenta, tal vez la leyenda exagere un poco para contentar a los turistas —dijo, con un resabio de escepticismo—. Pero Teresa pilló una neumonía que se la trajo al otro barrio. Entonces Sisco volvió a acudir al *mossén*, que también le denegó el entierro en el cementerio, por haber vivido en pecado. El pueblo entero se enfadó entonces con el *mossén* y regaló a Sisco esta parcela, para que en ella pudiera enterrar a Teresa. La leyenda asegura también que Sisco levantó en

una sola noche esta tapia, pero eso ya no se lo creen ni los niños de teta. Aunque los turistas sois más inocentes que los niños de teta. Os cuentan cualquier chorrada y os quedáis más contentos que un perro con un hueso.

Soltó una risa que le retumbó sarcástica en las tripas; y se mordió el labio inferior, a la vez que se rascaba la barba.

—¿Y qué fue luego de Sisco? —le pregunté.

—Se marchó a trabajar a Francia, como tantos otros araneses, y allí se olvidó de Teresa. —Ahora su carcajada fue estrepitosa, casi energúmena, como si se complaciese en arruinar la aureola romántica del relato—. Bueno, la leyenda dice que tuvo que exiliarse y ya no le dejaron volver; y que por eso no está enterrado con su amada esposa. Pero podría haber pedido a sus herederos que lo trajesen aquí, ¿no le parece?

Se complacía en el humor macabro, tal vez por despecho de solterón o aversión a la plaga turística. Pero yo no pude sumarme a su jolgorio, porque ante la tumba solitaria de Teresa me había acordado de otro cadáver también solitario que aguardaba que alguien lo identificase, tapizado de escarchas, en alguna cámara frigorífica. Y me costaba mucho creer que Sisco, si en verdad había amado a Teresa, hubiese podido olvidarse tan fácilmente de ella, porque nunca olvidamos del todo a quien amamos, siempre nos queda una cicatriz en la memoria, siempre quien se queda solo en la tierra quiere alcanzar la región de los muertos, para reunirse con su dulce amado centro, o pretende ilusoriamente devolver la vida a quien ya ha perdido el hábito de lo terrenal.

—Puede que sus herederos no cumplieran su última voluntad —me atreví a aventurar—. A veces los herederos se escaquean.

Carles rezongó algún impropio en aranés y se sacudió las botas muy rudamente, para desprender las cazcarrias.

—Es más probable que simplemente se enamorara de otra mujer, se casara y se olvidara de Teresa, de Bausen y de la puta madre que nos parió a todos —maldijo, apretando los dientes—. Seguro que en Francia pudo ganarse mejor la vida que aquí.

La niebla le empalidecía el rostro y se le enredaba entre la barba, haciéndola más cana y venerable.

—¿Tan dura es la vida en esta comarca? —le pregunté.

Abrió mucho los ojos, como si fuera a sacudirme un sopapo. Pero se refrenó:

—Pues según —gruñó—. Si te dedicas a lamer el culo a los turistas, puedes tal vez malvivir. Pero toda la economía de la comarca ha sido arrasada. Aquí, en Bausen, como en otros pueblos de la *val d'Aran*, vivía

mucha gente de la lana. Se criaban miles de ovejas y había hilaturas que daban empleo y abastecían la industria textil de Sabadell y Tarrasa. Pero llegó la ropa de los chinos y desaparecieron la mayoría de las fábricas; y las que sobrevivieron nos impusieron unos precios miserables que no dan para comer. Poco a poco fueron cerrando las hilaturas y la gente que vivía de la lana, cardadores y demás, se tuvo que joder. En cuanto a los ganaderos... Nos pagan a unos precios más bajos que hace treinta años. ¡Y todavía nos dicen que tenemos que espabilar, porque sale más barata la lana de los chinos! Un asco de vida... La lana era la principal riqueza de la *val*. Ahora sólo tenemos estaciones de esquí y tiendas para turistas.

Los habían convertido en un parque temático para pijos estresados, después de arrasar sus formas de vida tradicional, según la lógica perversa del progreso, que exige alterar el alma humana para que se adapte a sus condiciones, en lugar de alterar sus condiciones para que se adapten al alma humana. Y aún tenían que quemar incienso ante el ídolo que los había dejado sin oficio y obligado a vivir de las migajas que caían de la mesa del rico.

—¿Y no reciben subvenciones?

Carles volvió a soltar otra carcajada que sonó como un ladrido en la niebla.

—¡Subvenciones! Son el suero que le ponen al enfermo terminal, para que no haga la murga. —También él deslizaba gazapos y trabucaba las palabras, como su hermana—. Después de arruinaros la vida, nos dan una limosna para taparnos la boca. En mi familia somos ya diez generaciones de ganaderos. Pero conmigo se acaba la estirpe, gracias a Dios no dejo hijos. —Hizo una pausa humillada, antes de proseguir todavía con mayor aspereza—: A esto nos han condenado, a la pura extinción. Y no será porque en mi familia no lo hayamos probado todo. Hasta intentamos sustituir las ovejas por los cerdos, porque parecía que en la industria cárnica había algo más de futuro. Pero a las explotaciones familiares de porcino tampoco las dejan respirar, el sector está controlado por cuatro enchufados que imponen sus condiciones. Y encima tuvimos la desgracia de la triquinosis... que fue nuestra puntilla.

Calló, vencido por una pesadumbre que en aquel cementerio invadido por la bruma baja adquiriría un espesor mortuorio. Pero aquella puntilla a la que había hecho referencia Carles me revelaba que su hermana no siempre me había mentado; al menos su aversión a la carne de cerdo no estaba fundada en los motivos turbios que yo había sospechado en algún momento de flaqueza. Carles ya daba la conversación por concluida, tal vez lo reclamaran las ovejas

cuya lana nadie le compraba ya, o sólo a precios de saldo que contribuían a la ruina familiar.

—Que le vaya bien, amigo —murmuró, cabizbajo—. *A mès veir*.

Y enfiló hacia la puerta del cementerio. Corrió detrás de él antes de que su figura se difuminase en la bruma. Aunque sin duda oía mis pasos presurosos sobre la hojarasca, no hizo ademán de detenerse hasta que me atreví a decir, con respiración acezante:

—Lucía me dijo que había enfermado de triquinosis. Debió de pasarlas canutas, por lo que me contó.

Carles se detuvo al instante, paralizado por el estupor. Cuando al fin se volvió, su rostro agreste parecía desencajado por el miedo:

—¿Quién es usted? ¿De qué conoce a Lucía? —Y, anticipándose a mi respuesta, añadió malhumorado—: Ya les hemos dicho que no sabemos nada de ella.

Se hizo un silencio lívido, rasgado por el vuelo despavorido de algún ave en el bosque.

—¿A quiénes? No entiendo lo que dice.

—¿No es usted de la policía? —me preguntó Carles, todavía alterado—. Han venido varias veces a hacernos preguntas sobre Lucía durante los últimos años.

—¿Es que tengo pinta de policía? —Extendí absurdamente los brazos y le mostré las palmas de las manos desnudas, como si a los policías se les distinguiese por empuñar armas—. Soy un amigo de Lucía, he venido a visitarla.

Me miró con los ojos muy abiertos, agrandados por el pasmo, como si estuviese contemplando a un loco escapado del manicomio.

—De lo que no tiene pinta es de turista, tendría que haberme dado cuenta antes —murmuró—. Pero no sé de dónde saca que Lucía pudiese estar aquí. Se marchó hace ya más de siete años para nunca más volver. Nunca se puso en contacto con nosotros desde entonces. Lo poco que hemos sabido de ella ha sido a través de algún conocido que se la encontró en Barcelona. Y luego, como si se la hubiese tragado la tierra...

Su hosquedad se teñía de rubor, como si el vínculo consanguíneo con Lucía lo afrentase. Probé a sonsacarlo:

—¿Y por qué se marchó de casa?

—¿Es que no se lo contó ella? —Hizo un movimiento brusco, expresando exasperación—. Pues no serían tan amigos entonces... Se llevaba a matar con mi padre, por eso se marchó. Historias familiares que a usted no le importan.

Pero, para nosotros, como si estuviese muerta. Quien abandona a su familia deja de ser de la familia.

Reanudó la marcha, en dirección hacia una casa que se atisbaba entre la niebla, de arquitectura similar a las que había visto en el pueblo, con el tejado de pizarra escalonado y las paredes musgosas amenazando ruina.

—No creo que Lucía se marchase así como así —insistí—. Algo grave tuvo que ocurrir.

—¿Cómo se atreve a andar husmeando? —rugió Carles. Había vuelto a crispar los puños y a morderse el labio inferior—. Ni siquiera me ha dicho su nombre. ¡Y dice que es amigo de Lucía! Menuda carta de presentación, ser amigo de una...

Se mordió la lengua cuando ya parecía que iba a estallar. Pero lo detenía un temor invencible, más fuerte aún que su encono, más fuerte aún que la afrenta que Lucía había arrojado sobre la familia. Alcé la mirada al cielo funeral, resquebrajado por las ramas de las hayas, como lanzas de una rendición angélica. Y fue entonces cuando yo también me rendí: de repente, el hechizo que hasta entonces me había mantenido en pie dejó de cubrirme con su sombra. Lucía no me estaba esperando en Bausen, Lucía no iba a reunirse nunca conmigo, Lucía no había inspirado aquella pesquisa alucinada, hija del desvarío y del dolor, que por fin se daba de bruces con la tozuda realidad. Lucía había muerto y su cuerpo se había quedado solo como el de aquella Teresa del cementerio, quien al menos había obtenido el beneficio de la tierra, aunque no fuese sagrada. Grité a Carles, que ya se perdía entre la bruma baja:

—¡Me llamo Alejandro! ¡Fui novio de Lucía hasta que murió hace un par de semanas, en el accidente de avión de Barajas! —Y sentí que se derrumbaba sobre mí un planeta de desaliento—. Pero Lucía no era lo que usted se piensa. Lucía era mi novia. Y no voy a dejar que nadie...

Mi voz se había adelgazado hasta hacerse inaudible. Pero Carles había regresado a la carrera y me zamarreaba ansioso, como si quisiera evitar que desfalleciese:

—¿Cómo ha dicho? ¿Lucía estaba en España?

Su encono se había mudado en algo parecido al arrepentimiento, pero ya no podría pedir perdón a Lucía. Ya no podríamos recuperar a Lucía, porque los muertos no vuelven.

—Vivía en Madrid —susurré—. Desde hace más de un año.

Carles me abrazó púdica y brevemente, tal vez para sostenerse a la vez que me sostenía. Me anegó por un instante su olor recio, como una cálida

promesa fraterna. Se habían esfumado todas sus prevenciones:

—Esos cabrones de la policía vinieron a decirnos que Lucía había desaparecido en Siria y que sospechaban que se hubiese alistado en el Estado Islámico... —me confesó al fin, arrastrando las palabras, como si todavía lo abrumase nombrar lo que hasta entonces había sido un tabú—. Nos contaron que había estado trabajando como cooperante para la ONG ExMed en un campo de refugiados de Turquía; y que desde allí se había pasado a Siria, supuestamente para trabajar en un hospital de campaña. Pero había desaparecido sin dejar ni rastro de la noche a la mañana y sus compañeros en la ONG sospechaban que se hubiese sumado a los terroristas. Nunca nos lo dijeron a ciencia cierta; pero viendo en la televisión las barbaridades de aquella guerra dimos por hecho que la habrían matado. —Su voz se iba tiñendo de herrumbre—. Yo mismo acudí a la sede de la ONG en Barcelona para que me diesen más datos sobre el asunto, pero se desentendieron, alegando que todo lo que sabían se lo habían comunicado a la policía. Y la policía vino un par de veces a casa, para hacernos preguntas y registrar las pertenencias de Lucía. Pero Lucía no dejó casi nada en casa cuando se marchó, y de eso hace mucho tiempo. Mi pobre madre está deshecha... Primero se le marcha la hija de casa; después se muere su marido; y, por si fuera poco todavía, le dicen que su hija es una terrorista.

A la vez que me hacía estas confidencias, se volvían más nítidas las zozobras que me envolvían, desde la muerte de Lucía. Pero ya no quería saber más, no quería escuchar revelaciones comprometedoras ni descargos de conciencia, no quería conocer secretos familiares ni asomarme a precipicios sin fondo. Debía dejar que los muertos enterrasen a sus muertos, como me había aconsejado Rosario Tena; debía olvidarme de mi desgracia, o dejar que la desgracia se olvidase de mí. Un día ocurre y ya está, me había asegurado el inspector Avendaño.

—Pues podéis estar bien seguros de que no era una terrorista —afirmé, con una certeza tal vez excesiva—. Lo que os contaron es una sarta de mentiras. No sé por qué Lucía se marcharía de casa, pero...

—Mi padre la pegaba, como antes me había pegado a mí... —me interrumpió, en su afán por hacerme confidencias que yo ya no quería escuchar—. Hasta que Lucía se hartó y le pidió ayuda a mi madre; pero ella no tuvo valor para ponerse de su parte, no era una decisión fácil, aquí los padres siempre han puesto la mano encima a los hijos, a veces hasta deslomarlos. Y Lucía se marchó a trabajar a Barcelona, luego supimos por algún conocido que también se había puesto a estudiar enfermería, hasta que

le perdimos la pista... —Quise excusarlo de seguir haciéndome más confianzas, pero se había embalado, los remordimientos exigen desahogo —: Mi padre, en cualquier caso, pagó con creces lo que nos había hecho. Él también había enfermado con la triquinosis, pero tuvo menos suerte que Lucía. Las larvas se le metieron en los pulmones y en el cerebro. Murió comido por esos bichos.

Hasta el cementerio de Teresa llegaba una pandilla de pijos estresados que rememoraban a gritos sus cabriolas y revolcones en la nieve o en la cama redonda. Devolví a Carles el abrazo pudoroso que antes me había dado, para mostrarle mis condolencias, pero sobre todo para que dejase de hablar.

—Dígale a su madre de mi parte que puede estar orgullosa de Lucía. Y procure consolarla cuanto pueda. Para una madre no hay nada más trágico que enterrar a los hijos.

Carles había empezado a resollar, como si una angina de pecho le trepase a la garganta.

—¿Por qué no me acompaña y se lo decimos juntos? —me preguntó, con mirada suplicante—. Además, tendrá que explicarnos cómo solicitamos los restos de Lucía...

—No, Carles, ya me ha resultado muy difícil contárselo a usted —confesé—. Será mucho mejor que su madre no lo sepa de labios de un extraño. Vaya preparándola poco a poco, no se lo revele de golpe. Yo, entretanto, me ocuparé de que el inspector Avendaño, que está a cargo de atender a los familiares de las víctimas, se ponga en contacto con ustedes, para que les entreguen el cadáver.

Carles tardó en encajar o asimilar mis palabras, como si le llegaran de un lugar muy remoto, ensordecidas por la distancia.

—¿Y cómo han tardado tanto en avisarnos? —preguntó.

—Los cuerpos quedaron destrozados —mentí con prontitud—. Hasta que no lograron identificar todos los restos con certeza, les pedí que no dijese nada a la familia.

Clavó su barba en el esternón, demasiado consternado para seguir haciendo preguntas comprometedoras.

—Entiendo —dijo al fin—. ¿Tendremos que ir a Madrid a... identificar los restos, o nos liberarán de ese mal trago?

—Todas esas cuestiones será mejor que las hablen con el inspector, no tengo muy claro cómo funcionan estos trámites. Lamento de corazón haber sido heraldo de malas noticias. —Retrocedí lentamente, mientras Carles seguía aplastado por los remordimientos—. Supongo que mañana los llamará

el inspector Avendaño. Ahora debo marchar, tengo muchas horas de carretera hasta Madrid.

Hizo una mueca de comprensión y alzó una mano en señal de despedida. Al darle la espalda y tomar aire, noté que me costaba mucho respirar, parecía que la niebla se me hubiese metido en los pulmones, como un polvillo de polillas blancas que aleteasen sobre mi rostro, o como si las mentiras que acababa de improvisar hubiesen dejado sus larvas dentro de mí. Me pareció que la tierra estaba más blanda y húmeda, bajo la capa crujiente de la hojarasca, como si acabase de ser removida para enterrar algún cadáver olvidado de todos, al estilo de aquella Teresa que la leyenda había convertido en atracción turística. Cuando ya estaba a punto de llegar al camino que conducía hasta la ermita de San Roc, Carles me interpeló con voz rota:

—¡Perdone, Alejandro, antes de que se vaya! ¿Alguna vez le habló Lucía de su madre y de mí?

Decidí que podía volver a mentir una vez más, una sola vez más. Las mentiras pueden ser el mejor consuelo y la más eficaz levadura de cualquier leyenda. Me volví hacia Carles y le dirigí una sonrisa melancólica:

—Infinidad de veces. Nunca me dijo por qué se había marchado de casa. En cambio, hablaba constantemente de ustedes dos. Y siempre con un inmenso cariño.

Carles se entregó a un llanto agradecido y gratificante. Y yo me marché en busca de la noche, antes de que mis mentiras acabaran delatándome.

XV

Las cacatúas y loritos de los programas carroñeros no tenían, en efecto, ni puta idea. El tiparraco que había hecho añicos la quietud de la urbanización y herido a los policías, para después lanzarse a una fuga vesánica no era, como en un principio se había difundido, miembro de ninguna célula yihadista, sino un sicario de origen serbio, de apellido Vlacovic, al parecer muy célebre en ambientes criminales, con órdenes de busca y captura en varios países europeos. Militar en su juventud, este Vlacovic había combatido en la guerra de Kosovo, donde había probado sus dotes como francotirador, para después ganarse la vida como asesino por encargo, especializado en ajustes de cuentas entre mafiosos e involucrado en la muerte de espías retirados, magnates de las finanzas y políticos corruptos, a los que tiroteaba mientras tomaban el sol en la piscina de su mansión o acuchillaba en plena calle, cuando salían de una discoteca o restaurante de postín. Después de herir a los dos policías municipales, Vlacovic había tratado de escapar por carreteras secundarias; pero el policía herido de menor gravedad había logrado hacer una descripción bastante detallada del coche utilizado en la huida y enseguida se había organizado un dispositivo especial para su captura. Un control de carretera había intentado detenerlo, pero Vlacovic había abierto fuego de nuevo, esta vez con mayor puntería, dejando en la cuneta los cadáveres de una pareja de guardias civiles. Pero de este tiroteo Vlacovic no había salido indemne; y al final las heridas lo habían obligado a refugiarse en una masía abandonada, allá en la provincia de Teruel, donde había sido finalmente abatido (o acribillado, más bien) por un comando policial. En el momento de su muerte, el sicario Vlacovic se hallaba en posesión de cuatro armas: dos propias, de fabricación suiza, así como las dos armas reglamentarias que había quitado a los guardias civiles asesinados en el control de carretera.

Además, en el chalé que había alquilado con nombre falso apenas una semana antes, se habían encontrado otras dos armas cortas y un fusil de francotirador. Se especulaba mucho en los programas carroñeros con la posibilidad de que Vlacovic hubiese elegido nuestra urbanización como residencia habitual (el contrato de alquiler que había firmado tenía una duración de un año), o siquiera como refugio o retiro mientras permanecía «durmiente» o fuera de circulación, que al parecer es un estado habitual entre sicarios de élite, para el que suelen elegir parajes alejados de los países donde habitualmente perpetran sus crímenes (y Vlacovic los había perpetrado sobre todo en Centroeuropa). Mucho menos probable parecía que Vlacovic hubiese venido a Madrid con el propósito de ejecutar algún encargo, pues no se tenía noticia ni sospecha de que antes hubiese actuado por estas latitudes; y, además, los sicarios de élite nunca se «instalan» en los países donde habitualmente operan, sino que entran y salen de ellos con la mayor celeridad posible y procuran no dejar rastro, alojándose en los hoteles más impersonales durante sus breves estancias, a veces incluso prescindiendo de alojarse, si la misión pueden completarla en unas pocas horas (en un literal aquí te pillo, aquí te mato). Si Vlacovic había alquilado durante un año aquella casa, parecía probable que la hubiese elegido como residencia habitual, atraído por la quietud y el apartamiento de la urbanización. Su reacción tan desmesurada ante la ronda de los policías municipales se explicaba porque acababa de mudarse e ignoraba por completo los episodios pirómanos de los últimos meses. Vlacovic, que al parecer no hablaba ni entendía español, habría creído que los policías acudían a su casa a prenderlo y, sin mediar palabra (o sólo unos pocos improperios en lengua serbia), había disparado contra ellos, emprendiendo a continuación la fuga. Aparte de las armas y unos pocos efectos personales que denotaban a un hombre de hábitos muy frugales, Vlacovic no había dejado ninguna pista en la casa abandonada que permitiera desentrañar sus planes.

Así que en los programas carroñeros de la televisión se lanzaron las hipótesis y conjeturas más estafalarias, ilustradas siempre por un retrato del sicario en el que aparecía con aspecto patibulario o resacoso. También entrevistaban a los vecinos de la urbanización, todavía conmocionados por los sucesos recientes, a quienes los reporteros asaltaban, micrófono y cámara en ristre, cuando salían

desprevenidos de sus casas para hacer algún recado, o mientras regaban sus jardines. Para evitar el acoso de los reporteros, especialmente interesados en entrevistar a Lucía (pues sabían que gracias a ella el policía malherido había salvado la vida), permanecimos encerrados en casa en los días inmediatamente posteriores al tiroteo. No constituyó ningún sacrificio para mí, enfrascado para entonces en los preparativos para la publicación de mi novela, que me mantenían muchas horas pegado al teléfono, conversando con un alborozado Ramiro Cifuentes, más decidido que nunca a celebrar a bombo y platillo mi regreso a las librerías. A Lucía, por su parte, el episodio la afectó sobremanera, tal vez porque había sido quien lo había vivido más intensamente; tanto que hasta se pidió un descanso en el trabajo y empezó a cultivar hábitos un tanto huraños, presa de una rara abulia.

Por eso me sorprendió tanto no encontrarla en casa la mañana en que me anunciaron desde la editorial el inmediato envío de las pruebas de la novela. Salí a la calle en su búsqueda, sospechando que habría vuelto al lugar donde había salvado la vida al policía, fácilmente distinguible por la mancha oscura sobre el asfalto que seguía guardando testimonio de la sangre derramada. Ya habían sido apartados los precintos policiales que impedían el acceso a la propiedad alquilada por Vlacovic, que además tenía la puerta de la verja abierta. Me asomé a ella y comprobé que la casa tenía un jardín famélico como el mío y todavía peor cuidado, seguramente porque llevaba largo tiempo deshabitada (fuera de los escasos días que la había ocupado el sicario serbio). También comprobé que la puerta principal estaba igualmente abierta de par en par. Azuzado por la curiosidad me asomé al interior, que era bastante desangelado, como ocurre siempre con las casas sin mobiliario.

—Adelante, adelante, puede echar un vistazo si quiere —me incitó una voz masculina.

Tenía un tono un tanto chillón y charlatanesco. Enseguida comprendí que pertenecía a un agente inmobiliario, contratado para alquilar otra vez la casa, después de remozarla levemente. El agente inmobiliario me dispensó una sonrisa zalamera:

—¿Es usted también vecino? —me preguntó—. Impresiona la curiosidad que hemos logrado despertar en el vecindario. Pero nada tenemos que ocultar. Lo que aquí ocurrió es agua pasada.

Toda la casa olía a pintura reciente, con un olor tan intenso que emborrachaba la pituitaria. Después de pasearme por la planta baja (donde me topé con un par de vecinos que bajaron la vista al suelo, avergonzados), el agente inmobiliario me invitó también a subir a la planta alta, de techos abuhardillados y paredes en las que apenas había espacio para las ventanas (en la mayoría de las habitaciones, sin embargo, había claraboyas que llenaban de luz los espacios). Mi curiosidad ya había quedado más que colmada y estaba deseando abandonar el lugar, arrepentido yo también de mi curiosidad morbosa, como los vecinos con los que antes me había cruzado. Pero el agente inmobiliario parecía empeñado en que la visita fuese completa, tal vez porque aprovechaba para ejercitarse en su oficio, tal vez porque era un cotilla impenitente:

—Venga, venga, que voy a enseñarle la habitación donde dormía Vlacovic —me secreteó, tirándome de una manga.

Lo acompañé hasta el final del pasillo, donde se hallaba un cuarto tan reducido que mejor habría servido de despensa o baño, con un ventanuco bajo y angosto que contrastaba con las espléndidas claraboyas de las otras dependencias. Pegado a la pared había un somier de dimensiones también muy modestas.

—¿Y está seguro de que dormía aquí? —le pregunté—. También son ganas de elegir la peor habitación de toda la casa...

El agente inmobiliario soltó una risita impostada. Decididamente, se estaba ejercitando conmigo:

—En esta casa no hay habitación mala, caballero. Pero, aunque resulte chocante, esta era la que había elegido para vivir, en efecto. Aquí se encontraron sus ropas y también... —Calló enfáticamente, para deslizar en un bisbiseo apenas audible—: También sus armas, guardadas en un macuto.

Se oyó, procedente de la entrada, algo de jaleo o rumor de voces, seguramente provocado por otros vecinos (tal vez armados con sus teléfonos móviles, para grabar un vídeo de su visita y poder presumir luego ante sus amistades) que no resistían la tentación de asomarse a la madriguera de la bestia. Algo azorado, el agente me solicitó permiso para atender a los nuevos fisgones y dejarme por un rato a solas, que por supuesto le concedí. Como la habitación, de paredes desnudas, nada tenía que ofrecer al curioso decidí, por hacer algo de tiempo, asomarme al ventanuco, para lo cual hube de agacharme.

Siempre me he distinguido por mi incapacidad para distinguir los puntos cardinales; y, cuando entro en una propiedad ajena, mi escasísimo sentido de la orientación se eclipsa por completo. Por eso me sorprendió que desde aquel ventanuco se avistase mi casa, a pesar de hallarse a casi cuatrocientos metros y en diagonal, más concretamente una de sus fachadas laterales, donde se abrían las ventanas de la cocina y de la habitación de invitados que Lucía había hecho propia. Pensé entonces que un vecino indiscreto, armado de unos prismáticos, habría podido espiar desde aquel lugar a Lucía, mientras cocinaba; o bien, si además de indiscreto hubiese sido cochino, habría podido acecharla mientras se cambiaba de ropa. Y enseguida, golpeado por un vahído, pensé también algo mucho más obvio, considerando que allí no había vivido un indiscreto ni un cochino, sino un sicario que había probado sus méritos como francotirador: armado de un fusil con mira telescópica, Vlacovic habría podido disparar desde aquel ventanuco a cualquier persona que asomase a las ventanas de mi casa. La vista se me nubló y toda la sangre se me llenó de alfileres gélidos. Tuve que apoyar la cabeza sobre la pared, para no desvanecerme; y así permanecí durante un par de minutos, aspirando aire a bocanadas ansiosas y después expulsándolo muy lentamente, mientras me aturdía un zumbido como de avispa dentro de una calavera. Escuché a mis espaldas unos pasos acercándose; y me erguí, avergonzado de que el agente inmobiliario me descubriese de aquella guisa. Pero no se trataba del agente inmobiliario.

—Ya veo que tú tampoco te resististe a entrar...

A Lucía le temblaba la voz, pero no tanto como el cuerpo, sacudido por una tiritona. Fingí serenidad y despreocupación, pero la voz también me fallaba:

—Salí a dar una vuelta, a ver si te encontraba...

Lucía no me dejó terminar. Se arrojó sobre mí y me abrazó con vehemencia, mientras restregaba su rostro contra mi pecho, para contener su temblor:

—Alejandro, vámonos por unos días de aquí. Te lo pido por favor. Ya has acabado la novela, puedes permitirte.

Le acaricié el cabello, como un río fosco y desbordado, tratando de apaciguarla. Bajo el arpa de las costillas, notaba su sangre también acribillada de alfileres gélidos, como la mía.

—Cuenta con ello. ¿Adónde quieres que vayamos?

—A cualquier sitio cálido —me propuso—. A las Canarias, por ejemplo. Cualquier sitio donde podamos espantar este frío.

Asentí ensimismado, a la vez que la apretaba contra mí. Ambos confundíamos el frío con el miedo.

15

—Te lo agradezco de corazón... —dije, resuelto al fin a tutearlo—. Mientras no sea estrictamente necesario, es mejor que su familia no lo sepa.

Nada más regresar de Bausen, concluida al fin mi búsqueda inútil de Lucía, había llamado al inspector Avendaño. Y, para no seguir ocultándole mis descubrimientos, urdí una venial y postrera mentira. Le dije que, rebuscando en los cajones de un armario, me había topado con un retrato juvenil de Lucía (la fotografía que, en realidad, me había facilitado el doctor Portabella) y una tarjeta de una taberna o restaurante de un pueblo del valle de Arán (la tarjeta que el propio tabernero de Bausen me había procurado, antes de despedirnos); le dije también que no había querido comunicarle antes mi hallazgo, por ser fin de semana, y también porque dudaba mucho de que fuese significativo. No había resistido, en cambio, la tentación de organizar apresuradamente un viaje hasta aquel pueblo en la raya de Francia, que para mi sorpresa se había saldado, tras algunas indagaciones entre los paisanos, con la revelación de la verdadera identidad de Lucía y el encuentro con su hermano Carles. Alteré algunas circunstancias, para que Avendaño no supiera que durante todo aquel tiempo había estado tratando de resucitar en vano a Lucía (y también porque mis pesquisas se me antojaban un desvarío vergonzante); a cambio, le confié la conclusión final, que para entonces era lo único que importaba: Lucía tenía una familia aranesa que se haría cargo de su cadáver, que de este modo podría al fin abandonar la cámara frigorífica del Instituto Anatómico Forense y descansar bajo tierra, tal vez al lado de aquella Teresa de Bausen, abandonada de todos. Había pedido, sin embargo, al inspector que evitase revelar a sus familiares que Lucía había asumido una identidad falsa durante los últimos años, salvo que fuese rigurosamente necesario. Ya habían sufrido demasiado, con su marcha de casa y su posterior desaparición en remotos parajes del atlas, también con la sospecha de que pudiera haberse sumado a las filas yihadistas, según la maligna versión de la ONG en la que había trabajado como cooperante.

—No creo que haya razones para marearlos con estos asuntos —aseguró Avendaño—. Esa ONG no es trigo limpio. Ya habrás leído lo que están publicando sobre ella en los últimos días. Menudas alimañas.

No lo había leído hasta entonces, demasiado absorto en mis pesquisas frustradas. Pero a mi vuelta de Bausen, al buscar en interné información sobre aquella organización llamada ExMed, me había enterado del escándalo. Al parecer, estos depredadores disfrazados de filántropos habían organizado, bajo la cobertura de sus misiones en diversos países azotados por la guerra, la hambruna o las catástrofes naturales, orgías y contubernios de índole sexual, en los que decenas de muchachas a las que supuestamente asistían (algunas menores de edad apenas púberes, otras, niñas completamente impúberes) habían sido salvajemente violadas en grupo. La denuncia, en principio lanzada por un periódico británico, había hallado refrendo en los testimonios sobrecogedores de varias víctimas, que habían detallado las vejaciones a las que habían sido sometidas por los filántropos de marras.

—Y tanto que lo he leído —dije—. Si esas... alimañas son capaces de tales aberraciones, no me extraña que se hayan dedicado a difamar a los cooperantes que no comulgaban con sus prácticas.

—Seguramente fue lo que hicieron con Lucía. Y Lucía se cambió el nombre, cambió de ciudad y de trabajo, para escapar a su venganza —asintió Avendaño—. Uno de los lugares donde esos desalmados montaban sus orgías fue en los campos de refugiados de Turquía, cerca de la frontera con Siria. Supongo que Lucía trató de denunciar sus abusos a través de algún observador internacional o corresponsal de prensa; y desde la ONG se inventaron que se había hecho yihadista, para desacreditarla.

Aunque ya nada teníamos que ocultar, habíamos quedado nuevamente en el pinar próximo a Las Rozas que Avendaño llamaba por su nombre antiguo y pomposo, Dehesa de Navalcarbón. Pero en aquella ocasión habíamos quedado en domingo, un domingo primaveral y muy soleado, con un cielo que parecía de esmalte, en el que los pijos estresados que durante la semana concertaban allí sus encuentros adulterinos se disfrazaban de ejemplares padres y madres de familia y llevaban a su ruidosa prole al pinar, para que se desbravara jugando al fútbol o al escondite, mientras sus papás paseaban cogiditos de la mano. Ni siquiera Avendaño se había resistido esta vez a venir acompañado por su esposa y sus dos hijos, ambos muy pequeños, tal vez mellizos, que se revolcaban en la pinaza mientras fingían peleas con sus dinosaurios de plexiglás. Paseábamos siguiendo la línea defensiva de las trincheras y, de vez

en cuando, Avendaño dirigía la vista a sus retoños retozones, o agitaba un brazo a su paciente esposa, para anunciarle que pronto se reuniría con ellos.

—Lo que vio en Turquía debió dejarla muy impresionada —prosiguió—. Y, sobre todo, muy consciente de que esas alimañas serían capaces de hacer cualquier cosa, con tal de mantenerla callada. Evidentemente, trataba de darles esquinazo. Cosa que no consiguió, como prueba la aparición del serbio Vlacovic...

Nunca nos habíamos referido antes a aquel episodio perturbador. Balbucí: —¿Cree... crees que Vlacovic había sido contratado por la ONG?

Avendaño propinó una patada a una piña, después de haberla hecho rodar durante unos metros, para descargar su exasperación o enojo.

—Bueno, me temo que Vlacovic ya no puede aclarárnoslo. Y los... filántropos, como tú dices, si lo contrataron, no lo van a reconocer —dijo, soltando una risa sardónica—. Pero hace apenas un mes, un corresponsal de prensa alemán que había estado trabajando en los campos de refugiados turcos fue hallado en la bañera de su casa, desangrado. Apenas un par de días antes de su aparente suicidio había anunciado a su periódico que estaba preparando una serie de reportajes en los que revelaba datos estremecedores sobre la cúpula directiva de ExMed. Esos reportajes nunca aparecieron. Naturalmente, se sospecha que el corresponsal fue asesinado; pero tal vez nunca se sepa por quién. A mí no me cuesta ver la mano de algún sicario al estilo de Vlacovic. Los asesinos a sueldo de élite suelen... diversificar mucho sus métodos.

La algarabía de los niños pijos ahogaba por momentos nuestra conversación, sus voces se enredaban y confundían, igual que sus sangres las habían enredado y confundido los adulterios de sus padres. Había todavía muchos cabos sueltos y ángulos ciegos en aquella historia que Avendaño desconocía; pero yo no se los iba a desvelar. En cambio, pregunté:

—¿Y el accidente de Airjet? ¿Podría ser también obra de los filántropos, para eliminar a Lucía, después de que fallara Vlacovic?

Avendaño frunció los labios en una mueca escéptica:

—La Unidad Central de Inteligencia ha repasado todos los informes y no encuentra indicios que puedan conducirnos a pensar tal cosa... —Me lanzó una mirada indulgente—. Además, en el curso de las investigaciones internas de la compañía, uno de los mecánicos se ha desmoronado y reconocido que la noche anterior se había pillado una cogorza de padre y muy señor mío y que había llegado resacoso al trabajo... lo que sin duda afectó a su rendimiento.

Me temo que la compañía se hundirá en la bancarrota, después de pagar la millonada en indemnizaciones que le van a imponer los jueces.

Alcé la vista al cielo, para desviarla enseguida, herido por el sol premonitorio del verano, hacia las copas de los pinos, donde se agitaba una vida rumorosa de nidos y de brisas. Pero, por debajo de esa vida rumorosa, permanecían callados los huesos de los muertos, que tal vez algún día regresarían, dolientes y nocturnos como la música de Shostakóvich, para censurarnos nuestro olvido.

—¿Y entonces? —pregunté, con los ojos todavía un poco amusgados.

—Entonces... —tardó en responder Avendaño, reanudando el paseo, con voz pesarosa— hay que rendirse a la evidencia. El siniestro del avión de Airjet fue un accidente, fruto de la negligencia. —Suspiró e hizo visera para protegerse del sol, mientras volvía a saludar a su esposa y a vigilar el juego de sus hijos—. ¿Asistirás al entierro de Lucía? Ayer finalmente se trasladaron sus restos. Tengo entendido que mañana temprano la enterrarán.

Me pareció percibir un poso de sorpresa, incluso un leve reproche, en sus palabras, como si en el fondo lo escandalizase —o al menos turbase— que no hubiera viajado a Bausen, para asistir al sepelio.

—Te confieso que me da un poco de apuro —me excusé, sin excesiva convicción—. Creo que me sentiría un poco descolocado, rodeado de personas a las que no conozco de nada. Prefiero hacer una visita al cementerio dentro de unos días, a mi aire.

—Su hermano me preguntó un montón de veces por ti. No me resultó tan sencillo darle largas —murmuró Avendaño. Y añadió, en un tono compungido—: Creo que se siente en deuda contigo y le gustaría volver a verte.

—Todo a su tiempo. Ahora necesito poner un poco de distancia con lo ocurrido —dije, con una sonrisa forzada—. Tú mismo me dijiste que es necesario olvidar.

Alargó un brazo y me palmeó la espalda, siempre fraternal y desvelado. Pero estos gestos avivaban mis remordimientos, porque me recordaban que no había sido del todo leal con él.

—Y olvidarás, Alejandro. Pero el olvido llega solo. No hace falta que lo fuerces —me aconsejó tímidamente—. Procura, entretanto, mantenerte ocupado.

Avendaño, sin duda, lo estaba tanto que seguramente no tendría tiempo para entregarse a pensamientos tenebrosos, mucho menos al recuerdo de aquella novia que lo dejó prematuramente, enferma de leucemia. A buen

seguro, su esposa paciente y sus dos hijos retozones se llevarían todas sus energías excedentes, cuando volviese a casa al final de cada jornada, incluso las energías renovadas que acumulase en permisos, fines de semana y vacaciones.

—Así lo haré, descuida —dije—. En estos días saco una nueva novela. El ajetreo de entrevistas me mantendrá ocupado. Precisamente ahora he quedado con mi editor, para planificar la promoción.

—Te vendrá bien desconectar un poco. Por favor, no dejes de avisarme si haces alguna presentación o lectura pública. Me encantaría asistir.

Nos habíamos acercado al claro del pinar donde sus vástagos se revolcaban con sus dinosaurios de plexiglás, enfrascados en batallas antediluvianas. Avendaño se puso en cuclillas y los citó, como el torero que sale a recibir a portagayola.

—Cuenta con ello —asentí—. Y cuenta también con que seguiré tus consejos. Todo lo ocurrido en estos días ha sido demasiado... desquiciante y desolador.

Los niños lo embistieron, obligándolo a revolcarse con ellos. La mujer de Avendaño, viéndolos a los tres rebozados de agujas de los pinos, hizo algunos aspavientos y lanzó algunas lamentaciones; pero se notaba que eran aspavientos teatrales y lamentaciones gustosas de mujer que disfrutaba con las travesuras de sus retoños y la complicidad del marido. Era una mujer de belleza gastada, tal vez un poco anodina; pero transmitía una serenidad y una falta de sofisticación que me conmovieron. Creo que por un instante sentí cierta envidia de Avendaño; y él tal vez me lo notó, porque mientras se sacudía las agujas de pino de la ropa, después de soltar un cachete a los respectivos culos de sus hijos que los propulsaron de vuelta con su madre, me comentó:

—Algún día tú también formarás una familia, Alejandro. Ya lo verás, Dios no te dejará de su mano. Y todo lo que has vivido estos días llegará a parecerte un sueño.

Pero lo cierto es que no necesitaba esperar hasta que Dios me brindase una familia para experimentar la sensación de girar en un carrusel de irrealidad, como le ocurría al detective Scottie en *Vértigo*, cuando al fin Judy completaba su metamorfosis en Madeleine. Sólo que yo no había logrado resucitar a Lucía, no había conseguido devolverle el hábito de lo terrenal y traerla de nuevo a la región de los vivos; lo cual, a la larga, podía ser beneficioso, o siquiera tranquilizador, pues así al menos no me ocurriría como al detective Scottie, que acababa perdiendo por segunda vez a su amada

después de haber agotado las fuerzas en su inútil resurrección. Me despedí efusivamente de Avendaño, también algo más pudorosamente de su esposa e hijos, y conduje hasta Madrid, que bajo el sol primaveral tenía sin embargo algo de ciudad vacía y expoliada (pero tal vez la ciudad fuese una proyección de mi propia alma). Llegué a mi cita con Ramiro Cifuentes con casi una hora de retraso. Cuando pulsé el timbre de su ático, escuché con extrañeza el repiqueteo apresurado de unos zapatos de tacón sobre la madera del suelo y una voz femenina que anunciaba, desde las grutas de la casa:

—Vooooooy.

Me franqueó la puerta Rosario Tena, que me pareció más atezada y fibrosa que nunca, más risueña y joven también, con su melena otra vez brillante como el azabache (como si ya no se la tiñese) y los ojos garzos y expectantes. Vestía unos *leggings* que a cualquier otra mujer de su edad (y tal vez de cualquier edad) la habrían convertido en un adefesio, de un dibujo rayado que reproducía el pelaje de una cebra. Por un momento me quedé azorado, como si me hubiese equivocado al llamar.

—Había... había quedado con Ramiro —farfullé—. No me dijo nada de que fueses a estar tú. No quisiera molestaros...

Rosario soltó una carcajada halagüeña que disipó mis prevenciones:

—Nos citó a los dos juntos, tonto. Pero lo llamó no sé quién y tuvo que salir un momento. —Me abrió la puerta de par en par, mostrándose en todo su maduro esplendor—. Anda, pasa, no te quedes ahí como un pasmarote.

Cerré yo mismo la puerta, porque Rosario Tena ya se dirigía hacia el interior del ático y lo cruzaba cadenciosamente en dirección a la terraza, contoneándose apenas lo justo; pero a veces la más parca justeza puede también parecer una desmesura, sobre todo a ojos del que pena.

—Estás más guapa que nunca —le dije, en un esfuerzo por mostrarme cortés—. Cuando no pareces enfadada, estás radiante.

Volvió a soltar su risa halagüeña ya desde la terraza, hasta donde la seguí; y su alegría halagada se elevó al cielo, como una cometa o un cohete de verbena.

—No lo dices por mí, sino por el modelito que me he puesto —me reprochó coquetamente—. En cuanto a tu segundo comentario... Llegó un momento en que hay que enterrar el hacha de guerra, ¿no te parece?

Se había apoyado con ambas manos sobre el pretil de la terraza, que se asomaba al domingo, como un palco en la ópera. Y volvió la cabeza hacia mí, con un gesto más hospitalario que incitante.

—Lo celebro de veras, Rosario. Como lamento de veras el mal que te hice publicando aquella novela bodriosa —me disculpé, sinceramente atribulado—. Estaba por entonces lleno de engreimiento y de soberbia. Y también de rencor. El rencor del triunfador idiota, que es el peor de todos.

Al acercarme a ella me golpeó como un trallazo el recuerdo de su piel antigua, como un mapa de fiebre latiendo en la yema de mis dedos. Pero me cohibí y recosté sobre el pretil a su lado; al mirar hacia la Castellana, allá al fondo, casi me dio un vahído, como al protagonista de *Vértigo*.

—Pero la persona que me humilló ya no existe. —La miré interrogativamente, sin llegar a comprender—. Lo he descubierto leyendo tu nueva novela. Te has convertido en alguien distinto por completo. Ya no tengo derecho a seguir odiándote.

Y me señaló un ejemplar de mi novela que reposaba sobre la mesa que ocupaba el centro de la terraza.

—¡La has leído ya! —exclamé, algo turbado—. Ni siquiera sabía que hubiese salido de imprenta.

—Ramiro me la envió a casa hace un par de días. Ya te puedes imaginar que la devoré en cuanto la recibí.

Tomé la novela con algo parecido al desapego, sin la ansiedad que se presume en un autor, cuando por primera vez toma un libro suyo fragante de tinta. La portada, tan austera como todas las de la editorial Astrágalo, en la habitual y consabida tonalidad ahuesada que no llegaba a beis, incorporaba en un recuadro, a modo de ilustración, un detalle del retrato que Rosario Tena había hecho de Lucía, concretamente su rostro captado con un naturalismo perturbador y enmarcado por una yedra que se arremolinaba sobre su cabeza y después descendía en catarata sobre los hombros.

—Ramiro se quedó enamorado de ese cuadro en cuanto lo vio en mi estudio, hace meses —prosiguió Rosario—. Al parecer, también conoció a Lucía, no sé exactamente cómo ni dónde. Y cuando decidió publicar tu novela, me pidió que le enviara unas fotos del cuadro. Siempre tuvo claro que tenía que ser el motivo de la portada. Y ahora, una vez leída la novela, lo entiendo perfectamente.

—Supongo que Ramiro tenía razón... En realidad, podría ser motivo de la portada de cualquier libro, es una obra maestra que engrandece todo lo que toca —la adulé sinceramente—. Hasta una novela tan prescindible como la mía.

No lo había dicho para que Rosario, a su vez, me adulase, según es costumbre entre artistas, que lanzan ditirambos a otros artistas con la

esperanza (con la condición tácita) de que se los devuelvan. Tampoco sabía si mi novela era exactamente prescindible; pero la sentía como algo por completo ajeno a mí, el fruto de una enajenación de la que para entonces ya me creía curado.

—Deja de despreciarte, Alejandro —me reprochó Rosario, súbitamente seria—. ¿O es que estás haciéndote el mártir? Has escrito tu mejor novela con diferencia, la más auténtica y personal, muy distinta a todas las que hasta ahora habías escrito. Y te lo tengo que confesar: he sentido envidia de los sentimientos que Lucía inspiró en ti.

La seriedad de su gesto se había hecho más lastimada, como si buscara algo parecido al consuelo. Pero yo no podía brindárselo; no todavía, al menos. Había dejado que los muertos enterrasen a los muertos, pero siempre los muertos se llevan algo de nosotros que nos deja amputados y convalecientes.

—Supongo que cada libro que uno escribe es una purga del corazón —dije, sin comprometerme demasiado.

—Ya, pero hay purgas que destilan pus y alquitrán y manchan a quien las lee con su inmundicia —murmuró, recordando tal vez el daño que mi frivolidad mezclada de resentimiento le había infligido en otro tiempo—. Y hay purgas que destilan un agua sanadora. Leyendo esta novela me he reconciliado contigo, porque me ha permitido descubrir aspectos de tu vida interior que desconocía. Encontraste en Lucía el estímulo que los despertó, como en su día encontraste en mí el estímulo contrario. Por eso siento envidia de ella... —Soltó una breve risa mohína—. ¡Envidia sana, se entiende!

Rosario Tena volvió a asomarse a la ciudad que un domingo sin fútbol había dejado extrañamente vacía. Siempre había pensado que la existencia de una envidia sana es hartamente dudosa; pues la envidia, al fin, es pasión innoble incluso en sus versiones más mitigadas, incluso cuando más que tristeza del bien ajeno es aflicción de la desdicha propia. Me pregunté (pero era un pensamiento tal vez presuntuoso) si el bien ajeno que Rosario Tena envidiaba a la difunta Lucía era yo mismo; o si más bien era el don de suscitar en quien se acercaba a ella pasiones nobles.

—Pero Lucía está muerta, Rosario. No puedes envidiar a una muerta —dije.

—¿Una muerta? —preguntó ella, un poco desconcertada—. Está viva en tu novela y en tu recuerdo. No se puede estar más viva.

Pero yo percibía más bien la novela como una tumba donde Lucía había quedado aprisionada para siempre, sin posibilidad de liberación, como aquella Teresa de Bausen se había quedado encerrada en aquel cementerio mínimo y

tapiado, para solaz de turistas, mientras su marido amantísimo marchaba a Francia e iniciaba una nueva vida.

—Nada vive eternamente, Rosario. Tu resentimiento hacia mí no ha sido eterno. Tampoco lo será el recuerdo de Lucía. Las cicatrices se borran, tarde o temprano.

Me atreví a acariciar someramente una de sus manos apoyadas en el pretil, la más próxima a la mía. Tenía un tacto áspero, seguramente por efecto del aguarrás que emplearía para borrar las manchas de pintura de su piel. Rosario Tena no apartó la mano ni me lanzó ningún reproche, pero sus palabras fueron mucho más disuasorias que cualquier reproche:

—Lucía me preguntaba obsesivamente por ti. Como te puedes imaginar, me inventé todo tipo de infamias, como tú hiciste conmigo en tu novela. —Se volvió hacia mí y me miró contrita—. Y te aseguro que puedo llegar a ser muy convincente cuando me pongo a echar mierda contra alguien. He visto el efecto de mis palabras en muchas personas a las que he malmetido contra ti: es como si se les amustiasen de repente la alegría. —Y, al decirlo, también lograba amustiar a mí—. Ahora me avergüenzo de haber actuado así; pero durante años disfruté enormemente cada vez que conseguía, lanzando una insidia contra ti o divulgando una calumnia, destruir tu prestigio. Y con Lucía te juro que lo intenté con más ahínco e insistencia que con nadie. Pero nunca conseguí lo que buscaba. Mis palabras resbalaban sobre ella sin inmutarla siquiera. Era... como si estuviese protegida contra mi toxicidad: sonreía como si todas las barbaridades que le decía fuesen exageraciones o fantasías cómicas. Le he dado desde entonces muchas vueltas. Al principio pensé, simplemente, que era una majadera. Luego, la compadecí por estar enamorada de ti. Pero, leyendo tu novela, me he dado cuenta de la razón por la que mis palabras no la afectaban. Las vilezas no lograban arrastrarla, había demasiada belleza dentro de ella como para que pudiera rendirse a la fealdad.

Entendí entonces lo que Rosario Tena había querido decir, al confesar que sentía envidia de Lucía. No era envidia de que yo estuviese enamorado de ella (me parecía ridículo haberlo interpretado así, apenas unos minutos antes), sino envidia de ser impermeable a las pasiones sórdidas, envidia de estar en comunicación con la belleza, como los terribles ángeles. Ramiro Cifuentes, entretanto, había regresado al ático, donde había entrado sin llamar, haciendo uso de sus llaves. Se dirigió hacia la terraza, blandiendo una carpetilla.

—¡Cómo me alegra veros otra vez juntos, después de tanto tiempo! — exclamó. Había júbilo en sus palabras, pero entreverado de una extraña

melancolía que no supe interpretar—. Y veo que Rosario ya te ha enseñado la novela. Espero que te guste cómo ha quedado.

Se esforzaba por mostrarse ágil y elástico (y sin duda lo estaba para su edad muy avanzada), pero había una fragilidad y un envaramiento secretos en sus andares, como si íntimamente supiese que estaba hecho de vidrio y temiera tropezar y romperse en mil pedazos.

—Ha quedado impresionante —dictaminé, esforzándome en mostrar un entusiasmo que acaso no se correspondiese con mi estado de ánimo—. Elegiste el mejor motivo para la portada.

Cifuentes se acariciaba las comisuras de los labios, en un gesto a la vez caviloso y desazonado.

—No he querido molestarte durante todos estos días —dijo, mientras guiñaba los ojos al sol resplandeciente—. Yo mismo me encargué de corregir las pruebas, que a estas edades es un suplicio. Me encargué también de elegir el motivo de la portada (pero eso no tiene ningún mérito) y de escribir los textos de la contraportada y de las solapas. —Me miró con algo más de cautela, como si temiera mi reproche—. ¡Ah! Y me he atrevido a añadir una dedicatoria. El texto que nos entregaste no la tenía, pero imaginé que tu propósito sería incorporarla en pruebas. Una dedicatoria lo más austera posible, por supuesto. Como observé que citabas en varios pasajes la «Primera elegía a Duino»...

Abrí la novela por las páginas de respeto, donde Cifuentes había estampado estas palabras: «A Lucía, *in memoriam*. Ciertamente, las primaveras te necesitaban». Me abrumó un oprobioso sentimiento de culpa, no sólo por el olvido que mi editor venturosamente había subsanado, sino también y sobre todo por haber pretendido cínicamente que podría borrar la cicatriz que la marcha de Lucía me había dejado, cuando sabía con plena certeza que nunca podría hacerlo, que mi misión sería recordarla siempre.

—Muchas gracias, Ramiro —susurré, repentinamente afónico—. No sé cómo se me pudo pasar...

—¿Cómo no se te iba a pasar? Lo extraño es que hayas podido superar todo lo ocurrido —trató de consolarme—. ¡Me habría gustado tanto que hoy Lucía estuviese con nosotros, celebrando la salida de la novela! —Volvió a mirar el cielo añil que le hería las pupilas, como si buscase la grieta por la que hacen mutis los que se mueren temprano—. Pero seguro que está de algún modo que a nosotros se nos escapa... —Calló largamente y su rostro volvió a cubrirlo una sombra melancólica, mientras acariciaba la carpetilla que antes había blandido. Por fin se decidió a hablar, dirigiéndose a mí—: Acaba de

ocurrirme algo en verdad curioso... ¿Recuerdas el restaurante del que te hablé, donde Lucía trabajó durante una temporada? El restaurante donde acostumbro a cenar, o a hacer como que ceno, casi todas las noches... Pues resulta que hace un rato, justo cuando Rosario acababa de llegar, me llamó una camarera que al parecer también trabajó en ese restaurante, una chica monísima... Bueno, monísima es decir poco y además es trivial: una chica preciosa, alta y rubia, una auténtica diosa, podría perfectamente haber hecho carrera como modelo. —Hizo un gesto de arrobamiento o rendición—. Desde luego, si trabajó en ese restaurante, a mí jamás me atendió; de lo contrario, la hubiese recordado, pues, aunque soy un carcamal, sigo apreciando la belleza... La chica se me presentó al teléfono como amiga íntima de Lucía; y me dijo muy apenada que se marchaba con su hijo de regreso a su país. No me dijo en cambio de dónde era, pero hablaba un español garrafal; desde luego era de algún país del Este. Se llama...

—Valentina —me anticipé—. Se llama Valentina.

Cifuentes me escrutó intrigado.

—¿La conoces? —me preguntó.

—Era, en efecto, muy amiga de Lucía —dije, sin saber a ciencia cierta si estaba mintiendo—. Una chica muy alta, de ojos verdes, con el pelo recogido en una cola de caballo. Con un niño un poco enfermito, Román...

Pero yo no me había terminado de creer que aquel Román enfermito fuese hijo de Valentina, como tampoco me había terminado de creer sus explicaciones sobre aquella última llamada que Lucía le había hecho desde el aeropuerto, antes de montarse en el avión donde iba a morir, el avión en el que alucinadamente llegué a creer que no había montado, cuando aún me duraba la enajenación. Tal vez por ello mismo me había permitido el lujo de rechazar a Valentina, hermosa como un ángel flamígero o una zarina apócrifa, que se había mostrado dispuesta a consolarme, por encomienda de Lucía. Pero nada de todo aquello importaba ya.

—Román, en efecto, un niño precioso, de casta le viene al galgo —continuó Cifuentes, ajeno a mi turbación—. Acudió a la cita con él, lo llevaba en un carrito. Pero Román ya no estaba enfermo; al parecer lo estuvo y por eso Valentina tuvo que retrasar la marcha a su país. La muerte de Lucía la había entristecido mucho, según me contó se había portado muy bien con ella. En un momento dado, Valentina me dijo que había querido entregarte una foto de Lucía, pero que había estado llamándote una y otra vez sin resultado... —Y añadió irónico o resignado—: Hasta que se acordó de aquel señor anciano que iba a cenar al restaurante, al que Lucía había estado

camelando para que editase tu novela... Y por eso me había llamado, tan sólo para darme esta foto de Lucía, para que yo a mi vez te la entregue a ti y así tengas un recuerdo de ella.

Me tendió la carpetilla, que tomé de nuevo invadido por una zozobra que ingenuamente creía haber dejado atrás. Rosario Tena me acarició entonces la mano como yo antes había hecho con ella; y el tacto áspero de su piel tantas veces lavada con aguarrás me infundió serenidad. Abrí la carpetilla y me encontré con una fotografía de formato apaisado: en primer término mostraba a una Lucía risueña, tan risueña que su sonrisa parecía algo forzada (y era una foto reciente, con las facciones ya corregidas en el quirófano que yo había creído sus facciones naturales, hasta que el doctor Portabella me desengañó), sobre todo si uno reparaba en sus ojos merodeados por el miedo. Me sobrecogió descubrir que estaba vestida con la misma ropa que había elegido para tomar el avión a Tenerife, con el mismo gorro de lana blanca muy holgado que dejaba escapar algún mechón de sus cabellos (y eran mechones inequívocamente morenos), con las gafas de sol sicodélicas y setenteras sostenidas a modo de diadema sobre su frente, con las zapatillas doradas y destellantes que en la foto parecían algo sucias de barro. Y, a la vez que alzaba la cara en busca del objetivo, Lucía apoyaba el codo sobre la pared de una destartalada cabaña de montaña, en lo alto de una loma. En su ladera se distinguía un cementerio, circundado por una verja de hierro, con el suelo cubierto de hojarasca y unas decenas de tumbas desperdigadas, borrosas de yedras y líquenes. Y todavía más al fondo, se atisbaban cumbres nevadas y ríos trucheros que se deslizaban entre las peñas, cristalinos y herméticos como un jeroglífico.

—Parece de ayer mismo, ¿verdad? —me preguntó Cifuentes, ajeno a las turbulencias que la fotografía había desatado en mí—. ¿Dónde la habrán tomado?

Por un momento pensé que habría sido en Bausen. Pero el paisaje estaba poblado por pinos y araucarias, muy distintos de los hayedos de aquel pueblecito aranés.

—Vete tú a saber —dije, haciéndome el despistado.

Pero ya había identificado aquel paraje austral, uno de esos lugares arriscados e inhóspitos que los nazis prófugos o penitentes habían elegido para escapar al castigo de sus perseguidores o expiar sus culpas. La fotografía había sido tomada en La Cumbrecita, provincia de Córdoba, Argentina, uno de los refugios predilectos de los nazis huidos, según aquel libraco rocambolesco donde Lucía había dejado escrita la lista de teléfonos que me

había servido como hilo de Ariadna. La sangre me golpeaba las sienes en una batahola furiosa y me susurraba pensamientos mágicos al oído. Cifuentes y Rosario me miraron con piedad afligida, como se mira a un loco, cuando farfullé sin preocuparme siquiera de recoger la foto:

—Disculpadme. Debo marchar.

EPÍLOGO

Leí en *Esvásticas en la pampa* que La Cumbrecita había sido fundada, allá por 1934, por un ingeniero alemán, representante de una compañía eléctrica con intereses en la región. Mientras hacía sus prospecciones, el ingeniero descubrió un fragoso paraje, en la provincia de Córdoba, al que sólo era posible acceder en mula, y decidió instalarse allí con su familia. En los años siguientes fueron llegando hasta La Cumbrecita otros compatriotas suyos, aventureros con vocación de colonos o prófugos de un pasado que pretendían olvidar (o tal vez expiar con mortificaciones ímprobas, si aceptábamos la hipótesis de Lucía), atraídos por su intrincada ubicación y dispuestos a prescindir de las conquistas más elementales del progreso. Así levantaron una especie de aldea alpina en miniatura: construyeron cabañas de madera al estilo de su tierra y plantaron en las laderas de las montañas miles de árboles, uno a uno, hasta formar un ecosistema propio que, a la vez que les devolvía los paisajes de la patria añorada, los aislaba del mundo circundante. Casi un siglo después, la mayoría de los habitantes de La Cumbrecita seguían siendo descendientes de aquellos pioneros. Aunque para entonces la aldea recóndita se había resignado a acoger varios hostales para turistas, sus accesos seguían siendo más bien inhóspitos.

Tomé al día siguiente el primer vuelo a Buenos Aires en el que encontré plaza; y en Buenos Aires enlacé con un vuelo a Córdoba, donde hice noche (aunque sin pegar ojo), en un hotel a las afueras de la ciudad. Por la mañana muy temprano alquilé un coche con navegador y enfilé hacia La Cumbrecita por carreteras secundarias y caminos que no figuraban en los mapas. En otras circunstancias, me habría dedicado a la contemplación boquiabierta del paisaje mientras conducía; pero me hallaba en ese estado de ansiedad en el que el alma renuncia a cualquier recreo, entregada a la obsesión que la consume. Sentía aquel cansancio agónico pero excitante del corredor que ya está a punto de alcanzar la meta y sólo necesita aguantar un poco más, aguantar a toda costa como ha aguantado todas las vicisitudes de la carrera, poniendo a prueba su capacidad de resistencia, en la esperanza de que en la meta haya alguien dispuesto a sujetarlo antes de que se desplome. Aquel viaje a La Cumbrecita era ya el último tramo de la carrera: ya me parecía divisar

borrosamente la línea final; ya pronto podría descansar o caer desplomado. En dos horas aproximadamente llegué a Villa General Belgrano, un pueblo también fundado por colonos alemanes que durante la Segunda Guerra Mundial (lo había leído en *Esvásticas en la pampa*) había acogido a la tripulación del crucero *Graf Spee*, hundido por su capitán en el Río de la Plata para evitar rendirse. Desde allí, a través de un camino de tierra apenas transitable, flanqueado por regimientos de pinos que abastecían los aserraderos de los alrededores, enfilé hacia La Cumbrecita, siguiendo las órdenes del navegador. El cielo tenía un color presagioso, como si se hubiese declarado una epidemia de lepra entre los ángeles. Para completar mi desazón, cuando ya había recorrido casi cuarenta kilómetros por un camino lleno de revueltas, entre sierras y riscos, una culebra cruzó ante mi coche, dejando sobre la tierra su escritura exiliada y rencorosa. En las proximidades de La Cumbrecita el paisaje cambiaba abruptamente, también el clima: si hasta entonces había predominado la vegetación serrana, de súbito surgía ante mis ojos una fronda espesa de pinos, araucarias, eucaliptos y álamos centenarios. Tuve la sensación abrumada de que el mundo era una joya inmensa.

—Ha llegado a su destino —me anunció la voz enlatada del navegador.

Un cartelón tallado en madera y clavado a la vera del camino advertía a los visitantes que estaba prohibido circular en automóvil por La Cumbrecita. Aparqué, pues, y crucé a pie un puente de madera sobre un riachuelo con un lecho de piedras blancas, antes de internarme por un camino empedrado que ascendía sinuosamente hacia la montaña. En la parte baja del pueblo, a ambos lados del camino, se agolpaban media docena de casas de estilo bávaro, de un pintoresquismo *naïf* algo forzado, como copias de la carcasa de un reloj de cuco: en ellas se vendían *souvenirs*, remeras con leyendas patrióticas, tabletas de chocolate y dulces de aspecto revenido, todas esas morrallas superfluas que los turistas cargan, al final de la jornada, pensando que así prolongan la memoria del viaje; y que, de regreso a casa, acaban confinando en un desván o arrojando a la basura. Dejé atrás estas tiendas desiertas o abarrotadas de fantasmas y subí hacia la cima de la montaña, sintiendo sobre la espalda, clavadas como garfios, las miradas recelosas, quizá secretamente homicidas, de los lugareños, que apartaban los visillos de las ventanas para espíarme. A medida que ascendía, surgían ante mi vista, semiocultas entre la fronda, residencias vetustas de aspecto a la vez señorial y clandestino, como nidos de águilas. Poco a poco, el camino empezó a estrecharse, acosado de árboles que formaban un pasadizo donde se pudrían la hojarasca y los pecados mortales.

Un poco más arriba, el camino se excavaba de torrenteras que dificultaban el avance y se hacía trocha, vereda, sendero cada vez más áspero que concluía en una meseta cubierta de pinos y cipreses. Al cementerio de La Cumbrecita, rodeado de una tapia de piedra musgosa, se entraba por una tranquera. Era recoleto y humildísimo, con algo de parque secreto y algo de catacumba a la que se le hubiese derrumbado el techo; el suelo, cubierto de hojas doradas, exhalaba un olor de sangre antigua que aún no ha encontrado la quietud. No había allí tumbas de granito, mucho menos mausoleos de engreído mármol; a veces los túmulos estaban rodeados de arriates que en primavera se colmarían de flores (pero yo acababa de pasar de la incipiente primavera española al otoño austral). Había epitafios labrados con letras góticas: en uno se leía el lema «*Stat crux dum volvitur orbis*»; en otro había una sola fecha, como si quien allí estaba enterrado no hubiese nacido o muerto jamás; incluso había un par de tumbas con alusiones marciales; y otras dos, extraña e incongruentemente, con estrellas de David. Me senté en uno de los bancos de piedra que se desperdigaban por el cementerio, dispuestos para el reposo de los vivos, encendí un cigarrillo y respiré el silencio rumoroso del lugar, hecho de hojas mecidas por la brisa y trinos de pájaros. Y en aquel silencio a la vez sonoro y funeral, tan propenso a los exámenes de conciencia, pensé que tal vez Lucía tuviese razón cuando suponía que los alemanes que allí se habían refugiado tras la derrota podían haberlo hecho para purgar sus culpas, para borrarse del trato humano y quedarse a solas con sus miedos y fantasmas. Estaba tan abstraído que no escuché un ruido de pisadas en la hojarasca; o tal vez quien pisaba lo hacía con extrema delicadeza, como lo haría un ángel flamígero o una zarina apócrifa.

—Buenos días, señor Alejandro —me saludó Valentina, cuando estuvo ante mí—. Se dio mucho de la prisa viniendo. No me ha dado el tiempo para llegar y ya está usted aquí.

Plantada ante mí y con los brazos en jarras, parecía que me estuviese reprendiendo; pero el tono de su voz, bajo la capa de sonidos sibilantes, era más bien jocoso. Volvía a llevar un suéter muy ajustado que moldeaba sus senos como frutas en exacta sazón; y seguía recogándose el cabello en una cola muy tensa que le estiraba la piel en las sienes y acentuaba su aspecto gatuno, en conjunción con los ojos glaucos.

—Buenos días, Valentina. ¿Qué tal se encuentra Román? —le pregunté.

—Ahora en el momento estará con su abuela en la casa —me respondió, con su habitual jaleo de artículos determinados—. Primavera y el deshielo son

muy bonitos en mi país. Y como ha estado tan enfermito, pensé mejor sería llevarlo con mis padres que traerlo aquí con el otoño.

Apuré el cigarrillo y froté su colilla contra el banco, temeroso de que prendiese fuego a la hojarasca. Me levanté, para comprobar de nuevo que Valentina era más alta que yo.

—Pero el otoño es también una estación muy bonita —dije.

—El otoño trae las penas al corazón —me contradijo Valentina, que parecía versada en estas sutilezas espirituales. Me miró muy intensamente, como si quisiera hipnotizarme, y sonrió mientras me regañaba—: ¡Eres muy duro de la cabeza, señor Alejandro! Podrías estar muy tranquilo y escribiendo los libros y las novelas que se venden. Pero no te conformas, no te conformas y sigues búsqueda y la sigues, para resucitar a Lucía. ¡Sólo Dios puede resucitar personas! Y encima de todo, yo te digo que podemos salir juntos de paseo y tú me desprecias...

Acompañó su teatral enfado agitando la mano, como si me amenazase con una azotaina, y luego se sacudió una palmada en el muslo, fingiendo indignación.

—Sólo un loco podría despreciarte, Valentina —me excusé, sintiéndome un poco ridículo—. Pero...

—Pero amas a tu Lucía, lo entiendo, la amas mucho y te sientes mal y no puedes estar con las otras mujeres. ¡No tienes que pedir el perdón! —Se había encaminado hacia la salida del cementerio, pidiéndome con un gesto que la siguiera—. Yo lo entiendo todavía mejor porque mí pasa lo mismo, aunque no siempre puedo amarlo a mi marido como me gustaría.

Dejamos atrás las tumbas, dejamos solos a los muertos que ya no podían explicarse y quejarse ante los vivos. Valentina abrió la tranquera del cementerio y me cedió el paso.

—Perdona, no sé si te he comprendido bien... —le dije, procurando que no lo interpretase como un reproche a su español macarrónico.

—Víctor es mi marido —me aclaró—. Tú lo has conocido y hablado con él, que me lo dijo. Estamos casados por pope y Román es el hijo nuestro muy querido. Pero no siempre el trabajo nos deja estar juntos los tres y tampoco nos deja estar juntos el uno con otro, pero siempre somos fieles, aunque tengamos que estar separados... —Me dirigió un gesto atribulado—. ¿Me entiendes ahora, señor Alejandro?

—Creo que sí. Víctor es un hombre muy afortunado.

Nos habíamos internado por un sendero muy estrecho y escondido, entre malezas que se prendían a las perneras del pantalón, como si

desesperadamente trataran de retenernos, y arbustos de ramas sarmentosas que nos fustigaban el rostro (Valentina, que me precedía, las apartaba con denuedo, sin reparar que luego descargaban sobre mí su azote). En lo alto de la ladera se alzaba una cabaña de troncos que parecían recién aserrados, todavía sangrantes de savia y de resina.

—Ya no volverá a ver a Lucía como antes —me sobresaltó Valentina, con un puchero que no era exactamente lúgubre, pero sí contrariado—. Se fue la cara, pero sigue su alma.

Me acongojaron sus palabras ininteligibles, pero antes de que pudiera pedirle explicaciones apareció entre los arbustos un hombre ataviado con ropa oscura y acolchada, de un tejido como de gabardina, y botas militares. Habló por un *walkie* en un idioma abstruso y nos precedió en el ascenso hasta la cabaña, despejándonos el camino de las ramas sarmentosas de los arbustos, que macheteaba sin piedad. La batahola de la sangre apenas me permitía respirar.

—¿Cómo has dicho, Valentina? —pregunté, en un susurro—. ¿Ha muerto Lucía?

Me puso las manos en los hombros y los sacudió con una fiereza casi viril:

—Lucía es también mujer muy afortunada —me dijo, devolviéndome la galantería—. ¿Qué otro hombre estaría haciendo lo que hace el señor Alejandro para reunirse con ella? Otro ya no preguntaría más y la dejaría muerta en tumba. Pero el señor Alejandro no la ha dejado muerta.

El hombre que nos precedía en el ascenso había tamborileado en la puerta de la cabaña con una cadencia musical que tal vez fuese un código establecido. Valentina me abrazó entonces con una camaradería repentina, como si se compadeciese de mi tozudez o quisiera expresarme su admiración. Se abrió la puerta de la cabaña y surgió Víctor en el umbral, ceñudo y también vestido con aquella ropa oscura y acolchada, de tela como gabardina. Me desasí del abrazo de Valentina, temiendo que Víctor se pusiera celoso.

—Adelante, Alejandro, puede pasar —me indicó en su español casi perfecto, todavía con cara de pocos amigos.

Pero Valentina atemperó su acritud con un gesto. La cabaña, que por fuera parecía toscamente construida, estaba por dentro muy bien acondicionada, incluso con detalles de decoración —carteles deportivos de los remotos Juegos Olímpicos de Berlín; anaqueles de loza esmaltada— que denotaban cierto gusto, aunque fuese un gusto anticuado, tal vez el gusto de algún prófugo o penitente alemán ya fallecido. Sonaba una música de piano y

violonchelo, muy fluida y elegante, que tardé en reconocer como música de Shostakóvich, porque era insólitamente luminosa y evocativa.

—Es increíble esa mezcla de romanticismo y obstinación que tienen los españoles —gruñó Víctor—. Pensaba que era un rasgo exclusivo de mis compatriotas, pero resulta que ustedes son en esto idénticos. —Se puso muy serio y admonitorio—. A Valentina consiguió ablandarla y por eso está hoy aquí. Pero ya habrá comprobado que es un sitio solitario. A la menor jugarreta no tendré ningún problema en hacerlo desaparecer.

No hizo el gesto del degüello (el dedo pulgar cruzando el gajate), ni el del tiro a bocajarro (el índice apretado contra la sien), sino que sacó un mechero del bolsillo y prendió la llama, mientras con la mano que le quedaba libre dibujó en el aire una especie de nube, a modo de combustión instantánea, como si me estuviese recordando la muerte de la azafata Novoa. Alzó los párpados y me mostró las pupilas casi grises de tan azules, esperando que me pronunciase ante su advertencia.

—No tengo pensada ninguna jugarreta, por supuesto —dije, con voz trémula.

Víctor bajó los párpados y cabeceó, siguiendo el ritmo de la sonata de Shostakóvich. Me tomó del hombro y me llevó hasta el interior de la cabaña.

—¿Escucha esa música? Opus 40, con Rostropóvich al violonchelo y el propio Shostakóvich al piano —me informó intempestivamente—. La dulzura de esta composición no admite dudas: Shostakóvich estaba enamorado, sus compases evocan los besos de los amantes y las alegrías de los que remolonean entre las sábanas. Pero incluso en esos momentos de júbilo se infiltra el miedo. Siempre es pasajera la felicidad del hombre en la tierra... — Me señaló una puerta levemente entornada, al fondo del pasillo—: Le doy una hora, ni un minuto más. Después le ruego que se marche y se olvide de nosotros.

Asentí medroso y empujé la puerta de la habitación, en completa penumbra. Tardé en distinguir, sentada en un raído sillón orejero, junto a una cama angosta, casi un camastro, una figura femenina muy flaca y desgarrada. Con pasmo e incredulidad descubrí que tenía el rostro completamente vendado, el rostro y la cabeza entera envuelta en vendas y gasas —igual que la azafata Novoa en el hospital, la noche antes de perecer en el incendio— que apenas dejaban resquicio a los ojos y a la boca. Habría reconocido su voz entre mil:

—Alejandro, al fin te veo —dijo.

Lucía encendió una lámpara de mesilla de tulipa verde que llenó el cuarto de una luz extrañamente onírica. Se alzó con mucho tiento del sillón, como si temiera que se le fuese a abrir alguna herida o saltar algún punto, y avanzó hacia mí, viendo que yo me había quedado quieto como un pasmarote, avanzó nimbada por la luz verdosa de la mesilla, muy lentamente y algo envarada, como si acabara de alzarse de la tumba y volviese a la región de los vivos, en ese eterno fluir que arrastra consigo todas las edades. La visión de su rostro cubierto de vendas me mantenía como petrificado; pero tal vez la parálisis me la produjeran el cúmulo de emociones contradictorias y el enjambre de preguntas sin respuesta que hormigueaban en mi sangre.

—¿Por... por qué estás... con la cara vendada? —farfullé—. ¿Te has quemado?

Me pareció adivinar un mohín avergonzado en sus labios:

—No, Alejandro, me han cambiado la cara. Pensé que Valentina te lo habría advertido.

No me atrevía a fundirme con ella en un abrazo, por temor a descomponerla.

—¿Otra vez? —pregunté, con extrañeza y enojo—. Por el doctor Portabella supe que ya te habías operado...

—Aquello sólo fueron unos retoques de nada —me atajó—. Ahora me han cambiado la cara por completo.

Me atreví a ceñirle la cintura y enseguida comprobé reconfortado que mis manos guardaban memoria de sus caderas breves y su cintura de junco y sus costillas como cuerdas de un arpa que sólo yo sabía tañer. Lucía me correspondía en el abrazo, aunque apenas dejaba que le rozase la cara.

—¡Cuánto te he llorado! —reconocí, a punto de hacerlo otra vez. Reposé la cabeza sobre su hombro y aspiré el olor de su cuerpo, que se mezclaba con un olor de supuraciones y sangre cauterizada—. Y cuántas veces me he sentido engañado por ti...

Me apretó la cabeza contra su hombro, como si me quisiera transmitir fuerza.

—¿Me dejas que te lo explique? —imploró—. ¿Crees que para mí era fácil o agradable tener que engañarte? ¿Crees que no me tortura todo lo ocurrido?

—Sinceramente, ya no sé nada —reconocí, desorientado—. Han sido tantas las mentiras...

Lucía me volvió la espalda, lastimada. Caminó por el exiguo cuarto y dudo si sentarse otra vez en el sillón orejero; pero al final prefirió hacerlo en la cama o camastro, posándose muy suavemente, cuidadosa de sus cicatrices.

—Estuviste en Bausen... —murmuró.

—Estuve... —empecé, pero me rebelé—: ¿Cómo es que lo sabes?

Alargó lánguidamente un brazo hasta la mesilla, donde reposaba una *tablet*, como un espejo ciego que guardase en la memoria los rasgos extintos de Lucía.

—Leí en interné que uno de los últimos cuerpos que quedaban por identificar pertenecía a Lucía Moga Siuret —me respondió, vergonzante—. Sólo tú podías haber hecho las conexiones necesarias para que esa identificación fuera posible. Así supe que habías seguido las indicaciones que te dejé en el libro de los nazis.

Apenas se distinguía su figura en la penumbra, tampoco mi despecho:

—¡Así que lo viste en interné! —me burlé—. Tenía entendido que sufrías electrosensibilidad. Te habrá divertido comprobar cómo yo iba descubriendo lo que tú querías que descubriese, como si fuese una marioneta a tus órdenes.

—Por favor, Alejandro, no digas tonterías. —Había alzado levemente la cabeza y la voz le brotaba convaleciente—. Sólo pretendía que tú, y sólo tú, te enterases de lo que había ocurrido realmente cuando descubrieras que no había viajado a Tenerife. Pero... ocurrió ese accidente, o atentado, o lo que fuera... ¡Oh, Dios santo!

Se llevó las manos a la cara, pero las apartó enseguida, al recordar que estaba recién operada. Me senté a su lado en el camastro, a la vez resabiado y deseoso de que me engañara o desengañara una vez más:

—Será mejor que me lo cuentes desde el principio —dije.

Y me contó, respondió a mis preguntas o me aclaró circunstancias sin que yo le preguntara siquiera, dispuesta a desvelarme todos sus secretos y alumbrar todos los misterios que habían pululado en mi derredor, mientras me dejaba devorar por el dolor. Sospeché que Lucía había anticipado mentalmente aquellas explicaciones muchas veces, estudiando el modo de hacerse entender y perdonar mejor, aun en aquello que fuese más imperdonable o infame, más dudoso o inicuo; pues de todo había en su

historia, incluidos pasajes que, para poderlos formular, habría tenido antes que preparar su conciencia, sucesos horribles que me explicó con pelos y señales para que yo me diese por resarcido. Se había marchado de Bausen recién cumplidos los dieciocho años, harta de que su padre la maltratase con cualquier excusa, a veces porque desobedecía sus órdenes, o no se portaba como él quería, o se resistía a cumplir sus caprichos; a veces simplemente porque volvía borracho a casa, después de jugar la partida con los amigotes en el bar del pueblo, y necesitaba desaguar la rabia con cualquiera que osase llevarle la contraria. Las calamidades familiares habían comenzado cuando su padre tuvo la ocurrencia de introducir en el valle de Arán, tras el descalabro del mercado de la lana, el ganado porcino. La intentona se había saldado con resultados penosos, pues la mayoría de los cerdos murieron de triquinosis y extendieron la epidemia por los alrededores, empezando por varios miembros de la familia, entre ellos Lucía y su propio padre, que junto a la salud fue perdiendo el juicio. Durante años, Lucía había sufrido sus intemperancias como lo hacen los niños, entre el espanto y la resignación; pero poco a poco fue desarrollando una aversión insuperable hacia aquel hombre despótico, que por supuesto también se propasaba con su mujer y no perdía ocasión de mostrar su carácter bronco y su proclividad a la bebida. Lucía podría haber llegado a acostumbrarse a sus palizas arbitrarias; pero en la adolescencia se obró en ella una transformación íntima que la inclinó a romper drásticamente con aquella inercia. Buscó en vano el apoyo o complicidad de su madre; y en una ventolera decidió escapar de casa, antes que acabar también convertida en un guiñapo. Se instaló en Barcelona, viviendo de realquilada en Nou Barris y trabajando como cocinera en figones y tabernas, también como modelo en la Escuela de Artes y Oficios, donde hizo amistad con varios alumnos que la introdujeron en ambientes bohemios y artísticos.

—Siempre a salto de mata —resumí, mustio o irónico—. Al menos en eso no me engañaste.

Lucía suspiró y nada dijo durante un rato, como si contase hasta diez para aplacar su encono o sobreponerse a la tristeza que le provocaba mi comentario, o simplemente para tomar aliento. Alargó sus manos en busca de las mías, como los cachorros buscan el calor nutricio de su madre.

—No te he engañado en nada de lo que importa —afirmó con determinación, pero también sin exagerar la nota—. En aquellos años fue cuando empecé a leerte. Estabas en la cresta de la ola, acababas de romper con tu viejo editor y el éxito estaba malogrando tu talento. Me conocía al dedillo tus novelas, no me perdía ninguno de tus artículos, coleccionaba tus

entrevistas, hasta las subrayaba... —Y yo sabía que en esto tampoco me mentía, aunque me hubiese mentido durante el año anterior, fingiendo que no conocía mi obra de juventud—. A veces mantenía discusiones acaloradas defendiéndote ante mis amigos, sobre todo desde que empezaste a salir en programas de televisión. Y en los años que te tiraste sin publicar, seguí releendo tus viejos libros, segura de que algún día levantarías cabeza... y segura también de que yo podría ayudarte a levantarla. A veces fantaseaba con esa idea completamente estúpida; pero eras mi escritor favorito, supongo que no es tan anormal que una lectora fantasee con la posibilidad de redimir a su escritor favorito cuando ve que se está echando a perder... No pienses, por favor, que era una *groupie* estúpida. De hecho, alguna vez fuiste a dar una conferencia a Barcelona y decidí no asistir... por miedo a que al natural me decepcionaras; suele ocurrir con los escritores, es preferible admirarlos a través de sus libros que empeñarse en conocerlos personalmente. Además, si hubiese tenido que hablar contigo, me habría atabalado... —Ella misma se percató de la catalanada, pero no se molestó en corregirla—. Por entonces había empezado a estudiar enfermería, fueron años bastante moviditos, porque tenía que ganarme la vida cocinando y asistir a clases, y encima sacar tiempo para estudiar. Cuando acabé hice unas prácticas en ExMed, era una oportunidad para aprender y a la vez conocer mundo, y no un mundo cualquiera, no el mundo que conocen los turistas, quiero decir. Estuve en Haití, en Filipinas y en varios países africanos azotados por hambrunas. Y luego me contrataron como cooperante. —Volvió a suspirar o resoplar, esta vez más acongojada—. Ahora todo el mundo sabe que ExMed es una organización dirigida por tipejos de la peor calaña, pero por entonces nada estaba tan claro. Se rumoreaba que había jefes con amistades peligrosas, algunos compañeros hacían embudos sobre supuestas orgías con chicas nativas muy jóvenes; pero, en general, a los voluntarios y cooperantes nos mantenían al margen, éramos los pardillos que les lavaban la cara ante las cámaras, los samaritanos que atraían la atención de la prensa mientras ellos se dedicaban a sus vicios y a sus negocios. Negocios muy turbios, mucho más turbios incluso que los vicios asquerosos que ahora han salido a relucir. —Su voz se había ido ensombreciendo, lastrada de una pesadumbre antigua, también de una acritud nueva—. Más o menos por esa época se desató la crisis de los refugiados sirios. Recordarás la historia de Aylan, el niño que apareció ahogado en una playa, la foto dio la vuelta al mundo, para que todos los hipócritas pudieran derramar una lagrimilla y sentirse solidarios. ExMed lanzó una campaña pidiendo personal sanitario para los campos de refugiados

de Turquía. Para entonces yo ya no me chupaba el dedo: sabía que los países occidentales, en complicidad con sus socios en la zona, habían estado financiando y armando a los yihadistas, con la disculpa de apoyar a la «oposición democrática» siria; sabía que los responsables últimos de esas avalanchas humanas eran ellos mismos; sabía también que los campos de refugiados eran estercoleros con los que las corruptas autoridades turcas chantajeaban a sus vecinos europeos. Pero cuando decides alistarte en una ONG sabes que, de un modo u otro, a la vez que ayudas a las personas concretas, estás contribuyendo de forma indirecta al sostenimiento de una injusticia estructural. Era consciente de que esos campos de refugiados en Turquía eran el patio trasero donde los causantes de aquella guerra escondían sus vergüenzas; pero en esos campos había mucha gente sufriendo que necesitaba ayuda. Me apunté a la campaña y ExMed me asignó al campo de Boynuyogun, cerca de la localidad turca de Altinözü, pegada a la frontera siria. Allí se me iba a caer la venda de los ojos, allí me iba a enterar de lo que vale un peine.

Había empleado esta expresión sarcástica como si me estuviese reclamando auxilio. Pero yo no podía hacer otra cosa sino apretar entre las mías sus manos, que antes me habían buscado como un cachorro busca a su madre esquivada. Entrelacé mis dedos con los suyos.

—¿Qué es lo que viste en ese campo? —pregunté, procurando que mi curiosidad no la urgiera.

—Vi de todo —dijo, después de tragar una saliva que parecía abrasarle la garganta—. De todo lo malo y lo peor, quiero decir. En realidad, los campos los utilizaba el ejército turco como tapaderas para hacer incursiones en territorio sirio y mantener a raya a los kurdos. Como en otros campos de la provincia de Hatay, en Boynuyogun se mezclaban refugiados musulmanes y cristianos; y entre los musulmanes los había suníes y chiíes. La convivencia era muy complicada; y, por supuesto, cada uno te daba su versión de lo que estaba sucediendo en Siria. Pero no había que ser demasiado listo para advertir que entre los que llamaban «refugiados» había terroristas huidos de los avances del ejército que se hacían pasar por «rebeldes moderados». Algunos refugiados nos explicaban cómo habían asaltado sus pueblos y aldeas, cómo habían perpetrado carnicerías y violado mujeres; también nos contaban que recibían armas y municiones del exterior, y que el petróleo que extraían era después transportado hasta la frontera turca en camiones que conducían aquellos mismos tipos ahora convertidos en «refugiados». Pusimos estos testimonios en conocimiento de los responsables de ExMed. Nos

pidieron que no tomáramos partido entre facciones, que no nos dejáramos engañar por las historias que cada facción fabricaba para desprestigiar a la contraria. Pero no era una cuestión de historias fabricadas, había refugiados que te mostraban llorosos vídeos en su móvil en los que aparecían familiares suyos todavía vivos cuyas cabezas decapitadas aparecían luego en otro vídeo, mientras unos yihadistas las exhibían orgullosos, como si fueran melones, en el remolque de un camión. Y alguno de esos yihadistas estaba también en el campo, o había pasado por el campo de Boynuyogun, para después desaparecer tan misteriosamente como habían llegado. Confié mis perplejidades a Rifat, un maestro turco jubilado que vivía en la vecina Altinözü y cada mañana acudía para dar clase en una pequeña escuela que había montado en el campo la Media Luna Roja. Como nos habíamos hecho grandes amigos, Rifat me invitó a discutir este asunto en su casa, previniéndome de que no compartiera mis sospechas con nadie más. Disfrizamos aquel encuentro de convite a la boda de su hijo; y mientras se celebraba el convite, Rifat me llevó a la estancia más apartada de la casa. Allí me estaba esperando Víctor, a quien ya conoces sobradamente. Había venido ex profeso a Altinözü para entrevistarse conmigo. Víctor hablaba un perfecto castellano, su abuelo había sido uno de esos «niños de la guerra» que abandonaron España en barco, ante el avance del ejército franquista. Era un hombre muy culto y un refinadísimo melómano; en los encuentros sucesivos que a partir de entonces mantuvimos me llevaba siempre grabaciones de Shostakóvich, su compositor predilecto, así me fui aficionando yo también a esa música que llega hasta el corazón del miedo, el mismo viaje que yo me disponía a iniciar. —Respiraba cada vez con mayor dificultad, como si padeciese de enfisema o empezaran a atormentarla los remordimientos—. Pero en aquel primer encuentro Víctor no me habló de la música de Shostakóvich, sino que me soltó a bocajarro: «Rifat me ha dicho que eres una persona de su entera confianza, la única que le merece crédito en el campo de refugiados en el que trabaja. Si Rifat ha apostado por ti yo también puedo hacerlo». Entonces me sacó un *pendrive* del bolsillo y lo agitó en la mano, lo blandió como si fuese un arma. «Aquí guardo unas imágenes que explican lo que está sucediendo en Boynuyogun y otros muchos campos de refugiados — me dijo—. Si te las muestro no habrá marcha atrás, sabrás cosas terribles que desearías no haber sabido nunca. Pero, sabiéndolas, querrás combatir las. Tú eliges, Lucía. Puedes salir de esta habitación e incorporarte tranquilamente a la boda del hijo de Rifat. Puedes quedarte y te mostraré las imágenes. Verás cosas que te horrorizarán. Y te convertirás en mi colaboradora». Víctor no

empleó la palabra agente, tampoco la palabra espía, ni ninguna otra expresión explícita que aludiese a su misión o a la bandera que servía. Es algo que aprendes de inmediato cuando das el paso que yo di en aquel instante: no se nombra lo que compromete, no se designa lo que identifica, el dominio de la elipsis verbal denota control de la voluntad, quien sabe eludir una palabra sabe también eludir un peligro o una asechanza. Contándote lo que ahora te estoy contando contravengo todo lo que aprendí durante estos últimos años. —Me lo dijo con una pesadumbre que casi sonaba a reproche—. «¿Y qué obtengo yo a cambio de esa colaboración?», le pregunté a Víctor, muy descarada. «Tendrás la satisfacción de contribuir a la derrota de los peores canallas. Y, por supuesto, te garantizo todos los medios a mi alcance para tu protección. Incluida mi vida y las vidas de todas las personas que están bajo mi mando». Me intrigaron y también intimidaron mucho sus palabras: no me ofrecía riquezas ni honores, sino su propia vida y la vida de quienes con él trabajaban. No había más que mirarlo a los ojos para saber que no iba de farol.

Yo también había mirado a los ojos de Víctor, ojos casi grises de tan azules, ojos que habían contemplado la taiga y la tundra y acaso geografías mucho más heladas. También sabía que no iba de farol cuando me había advertido que abandonase mi búsqueda; y, sin embargo, no había cumplido sus amenazas apenas veladas, tal vez porque estaba demasiado en deuda con Lucía.

—¿Qué había en ese *pendrive*? —pregunté.

—Víctor me advirtió que lo que iba a contemplar podría petrificarme de miedo —prosiguió Lucía—, como les sucedía a quienes contemplaban el rostro de la Gorgona. Recuerdo que empleó esta alusión mitológica tan perturbadora; luego comprobaría que recurría a parecidas alusiones constantemente. —Y yo también lo había comprobado, cuando comparó mi pretensión de resucitar a Lucía con la expedición frustrada de Orfeo al inframundo—. Me puse en guardia, pero fue en vano; las atrocidades que entonces vi no podía ni siquiera imaginarlas, no estaba prevenida para ellas, nadie puede estarlo en realidad, aunque te hayan preparado para mantenerte en guardia siempre. —Su pesadumbre se había ido tiñendo de algo parecido a la angustia—. Me pidió que me acercase y me mostró una sucesión de vídeos que él parecía conocer de memoria. Había imágenes de una bacanal repugnante, con varios hombres... penetrando simultáneamente a una niña, la cámara enfocaba sus caretos repugnantes en pleno arrebató de placer, y también el rostro de la niña congestionada y llorosa, y después embadurnada de... —Se congestionaba ella también y pasó por alto ciertos detalles—. Entre aquellos hombres estaban un par de directivos de ExMed que reconocí al instante; también un político yanqui muy famoso; y un tipejo barbudo que aparecía asimismo en el siguiente vídeo. Era una decapitación, como las que el Daesh ha divulgado por YouTube, pero esta todavía más numerosa; la cámara mostraba la hecatombe y la arena empapada de sangre y por un momento enfocaba un *jeep* desde el que alguien contemplaba y dirigía la matanza; y era el mismo tipejo barbudo que aparecía en la grabación anterior. Había también un vídeo de un convoy presuntamente humanitario, con varios camiones cubiertos con lonas de ExMed, que era recibido con alborozo por un grupo de yihadistas, en algún paraje del desierto, con pozos de petróleo al fondo. Del remolque de uno de los camiones saltaban los directivos de ExMed que previamente habían aparecido en la bacanal; se abrazaban y palmeaban la espalda con el yihadista que capitaneaba el grupo, mientras sus subalternos vaciaban los camiones de cajas de munición y artillería. El mismo yihadista al que habían abrazado y palmeado los directivos de ExMed aparecía en el vídeo siguiente rodeado de niñas muy tristes y desarrapadas, sin

duda muchas acababan de ser violadas, y les pasaba revista, separando a las que le parecían más hermosas o menos magulladas; a todas las manoseaba o alzaba las ropas, para contemplarlas desnudas, y a una que mostró señales de resistencia... le descerrajó un tiro sin previo aviso. Y mientras la niña agonizaba entre convulsiones le orinaba encima, mientras las otras niñas se abrazaban entre sí y se apretaban contra las paredes, llorando desconsoladas. Algunas de esas niñas pude reconocerlas en el siguiente vídeo, disfrazadas patéticamente de conejitas *Playboy*, mientras atendían a la clientela de un burdel de lujo en el que volví a distinguir a unos directivos de ExMed, esta vez en compañía de jeques saudíes... —La angustia no le dejaba seguir, llenaba de herrumbre sus pulmones—. Le supliqué a Víctor que parara, ya no podía aguantar más, sentía que me iba a desmayar o a vomitarle encima. «¿Cómo has conseguido esas imágenes?», le pregunté. «Las consiguieron personas que trabajan a mis órdenes, con cámaras ocultas. Están infiltrados en territorio enemigo; a veces, para grabarlas, tuvieron que participar, siquiera pasivamente, en esas aberraciones —me respondió—. A ti no voy a pedirte tanto. Pero lo que voy a pedirte es todavía más importante». Estaba llena de asco y de horror por lo que había visto, pero sobre todo de rabia y de odio a la gentuza para la que trabajaba. «Dime qué quieres que haga, dímelo pronto», lo urgí. Víctor guardó el *pendrive* y el móvil y volvió a sentarse; aunque estaba muy curtido y probablemente hubiese visto mil veces aquellos vídeos, también se había descompuesto y la voz le temblaba, tuvo que carraspear varias veces para aclarársela. «En los próximos días —me dijo—, se acordará una tregua pactada en el Consejo de Seguridad de la ONU, para establecer un corredor humanitario que permita la evacuación de civiles. ExMed desplazará un equipo sanitario a las afueras de Aleppo, para atender a los evacuados heridos en un hospital de campaña. Pero tenemos la firme sospecha de que sus directivos pretenden ofrecer asistencia médica a los terroristas del Frente Al Nusra que operan por las cercanías de Aleppo. Queremos acabar con esos chacales, queremos hacerlos fosfatina, especialmente a sus cabecillas, algunos de los cuales has podido ver en plena faena en los vídeos que te acabo de mostrar; si te recuperas y vuelves a verte con fuerzas puedo enseñarte más. Pero no podemos hacerlo de cualquier manera; no podemos ordenar ataques aéreos masivos ni lanzar operaciones militares que causen estragos entre la población civil, a la que esos hijos de puta utilizan como escudo para protegerse. Cada vez que hemos cometido un error, por mínimo que fuese, han aprovechado para lanzarnos acusaciones gravísimas. Son unos maestros fabricando noticias falsas; y cuentan con medios y complicidades en las más

altas instancias para divulgarlas por todo el mundo y conseguir que la cretina opinión pública se ponga de su parte. Están deseando que de verdad provoquemos una masacre para poder justificar una escalada internacional en la guerra...». A Víctor le costaba formularme la petición para la que había decidido desplazarse hasta Altinözü. «Dime qué quieres que haga, no te andes por las ramas», le insistí. Y finalmente lo soltó: «Te ruego que te incorpores como voluntaria a ese equipo sanitario que ExMed va a enviar a Alepo. Te pasaré a través de unas colaboradoras las fotografías de los principales cabecillas del Frente Al Nusra que operan en la zona, para que las memorices; también puedo pasarte más vídeos donde se prueban sus crímenes y su cooperación con directivos de ExMed y otros organismos internacionales. Te facilitaremos un localizador GPS microscópico y de extrema precisión, camuflado en un colgante. Si en algún momento te toca atender a cualquiera de esos cabrones, no tendrás más que presionar el colgante. Desde el momento en que lo presiones hasta que procedamos al ataque no pasará más de una hora, si el objetivo se halla en Alepo o alrededores. Una sola presión sobre el colgante significará que el cabrón está aislado o rodeado tan sólo de gentuza de su calaña, y que por lo tanto podemos atacar sin contemplaciones, descargando toneladas de bombas sobre su guarida. Si presionas dos veces significará que se halla rodeado de gente inocente y extremaremos nuestras precauciones, mandando un comando de asalto. Serán operaciones completamente asépticas y nadie sabrá que estás involucrada. Por supuesto, si percibieses que sospechan de ti, te organizaríamos un rescate inmediato. Además, en el área de Alepo tendrías dos personas en todo momento a tu disposición, para cualquier urgencia que surgiese, una de ellas mi propia esposa. Ya te puedes imaginar que no pongo la vida de mi propia esposa a disposición de cualquiera».

Lucía había hablado a borbotones, como si quisiera reproducir el vértigo de aquel instante, en el que todas las restricciones y cautelas que habitualmente median entre desconocidos cuando tratan asuntos tan delicados se habían declarado abolidas. Y el esfuerzo la había dejado exhausta, aparte de abatida.

—Y aceptaste... —tanteé, con voz temblorosa.

—Acepté, Alejandro, acepté —asintió, y se llevó una mano a la cara para tapársela, como si no le bastase el vendaje que la ocultaba—. Todavía no me explico de dónde saqué la resolución para dar ese paso. «Cuenta conmigo», le dije, era como si mi propia voz se hubiese emancipado de mí. «Te advierto que Alepo es un infierno —me aseguró Víctor—. Es el nuevo Stalingrado. En

la zona donde se instale el equipo de ExMed no caerán las bombas ni habrá operaciones militares, al menos mientras se mantenga el corredor humanitario. Pero te tocará curar gente en las condiciones más espeluznantes; y tal vez tendrás que atender personalmente a la escoria que queremos borrar del mapa. Por fortuna, la boda del hijo de Rifat durará varios días. Mañana, cuando vuelvas, mi esposa, Valentina se llama, te traerá el colgante con el localizador GPS y te enseñará a utilizarlo. También te mostrará fotos de los terroristas que queremos eliminar, algunos ya los has visto en los vídeos que acabo de enseñarte; conviene que memorices sus facciones para que luego puedas identificarlos sin vacilación, ella te ayudará a hacerlo. Vendrá acompañada por Anastasia, otra colaboradora asignada a esta misión. Te tatuarán en la espalda una pequeña estrella que, si te vieras en aprietos, podrás mostrar a cualquier oficial del ejército sirio y de inmediato seré notificado y organizaré tu protección o evacuación. Ahora, por favor, hazme todas las preguntas que desees, no te dejes nada en el tintero», me animó. Yo estaba por completo rebasada por la situación, todavía petrificada por los horrores a los que Víctor me había permitido asomarme, mucho más estremecedores que el rostro de la Gorgona. «¿Por qué lo hacen? —pregunté al fin—. ¿Por qué ExMed ha caído tan bajo?». Víctor tomó aliento y resopló, tal vez mi pregunta le pareciese oceánica, pero no podía reservarse nada, después de haberme embarcado en una misión que no tenía marcha atrás: «Todas las ONGs de cierto renombre son una golosina para millonarios sin escrúpulos, para corporaciones con intereses inconfesables, para Estados que desean intervenir bajo cuerda en conflictos bélicos, manteniendo una apariencia de neutralidad. Y estas fuerzas oscuras tratan de infiltrarse en las ONGs por todos los medios a su alcance: haciéndoles donaciones descomunales a través de testaferros, por supuesto; pero también sobornando a sus directivos, o colando en sus cúpulas desaprensivos de su confianza. Lo intentan con todas; y en la mayoría de los casos no lo consiguen. Las ONGs analizan con lupa las donaciones antes de aceptarlas, rastrean su procedencia y normalmente detectan la maniobra; y lo mismo ocurre con los sobornos y los intentos de infiltración de sus cúpulas. Pero los métodos que los poderosos emplean para introducirse en las ONGs son cada vez más sofisticados; y, una vez que han logrado colarse, pueden hacer con la ONG lo mismo que los piratas informáticos hacen con un ordenador zombi: pueden utilizarla para ejecutar misiones que nada tienen que ver con sus fines originarios, sin que lo sepan quienes en ella trabajan, como el dueño del ordenador zombi no sabe que está siendo controlado a distancia y utilizado para realizar actividades ilegales. En

esta guerra hay muchos intereses ocultos que no pueden manifestarse a las claras, porque resultarían escandalosos para esa opinión pública cretina que se ha tragado todo tipo de engaños: hay Estados vecinos interesados en la desmembración de Siria, o en anexionarse parte de su territorio; hay Estados que apoyan a los yihadistas, pues desean extender el wahabismo; hay Estados que tienen pactos secretos de no agresión con los terroristas, pues los consideran un mal menor frente a la amenaza de las potencias chiíes. Y luego están los intereses económicos que una patulea de altos funcionarios corruptos defiende en los organismos internacionales: el control de los campos de petróleo, la reconstrucción del país y demás. En este juego de intereses, una ONG zombi con autorización de la ONU para realizar labores humanitarias en la región puede brindar servicios impagables: puede lanzar noticias falsas que de inmediato serán difundidas por todas las agencias de comunicación del mundo; puede manipular filmaciones y realizar montajes, fingiendo bombardeos sobre la población civil o ataques con armas químicas; puede prestar asistencia o suministrar provisiones a los terroristas acorralados, evacuarlos y proporcionarles pasaportes falsos, incluso proveerlos de armas, como viste en uno de los vídeos. Y mientras la ONG zombi se dedica clandestinamente a estas actividades criminales que sólo un círculo muy restringido conoce, los cooperantes pueden seguir con sus actividades sin enterarse, o a lo sumo sospechar que están ocurriendo cosas raras; pero son muy pocos los que se atreven a dar el paso que tú has dado, y en cuanto lo dan de inmediato son apartados o despedidos con cualquier excusa. Por eso, en cuanto supe por Rifat que una cooperante de ExMed se había dirigido a él, comentándole comportamientos extraños en el campo de Boynuyogun, le pedí que me arreglara de inmediato un encuentro con ella, antes de que se quemase». Víctor esperó a que digiriese sus palabras, pero era imposible digerir así como así tal avalancha de atrocidades, estaba siendo sometida a un tratamiento de choque demasiado intensivo. Le pregunté con un hilo de voz: «Pero todo eso no explica las orgías con niñas...». Víctor fijó en mí esos ojos que parece que te taladran cuando miran y me dijo: «Cuando confías en desaprensivos actividades tan delicadas es inevitable que los desaprensivos exijan a cambio que encubras sus instintos más perversos. Es un círculo vicioso inevitable». Le volví a preguntar: «¿Y vosotros no jugáis nunca sucio?». Víctor me respondió: «Puedo asegurarte que contigo no lo haremos».

La voz de Lucía era muy débil y vacilante, tal vez no estuviese del todo segura de revelarme lo que me estaba revelando, tal vez temiese involucrarme en los horrores que había conocido y presenciado, o al menos contaminarme con su mancha.

—¿Y no tuviste que recibir entrenamiento o preparación? —me interesé.

Soltó tímidamente una risa que sonó lastimera:

—Me temo que esas cosas sólo ocurren en las novelas y en las películas de espías —se burló—. Hacen selección de candidatos, les dan instrucción militar, les enseñan el manejo de armas, métodos para descifrar códigos secretos, incluso tretas de seducción. Se supone que una espía tiene que ser una mezcla de James Bond y Mata-Hari, ¿no? —Se incorporó de la cama con el mismo tiento que antes había empleado para tumbarse, pero se notaba que la atosigaba la ansiedad—. Pues no, en mi caso todo fue mucho más prosaico. En realidad, los espías suelen hacer trabajos mucho más prosaicos que los que se recrean en las películas y en las novelas; mucho menos elaborados y espectaculares, pero no menos peligrosos. A veces se trata tan sólo de hacer una llamada, de dar un soplo, de apretar un botón. Algo así de sencillo era lo que yo tenía que hacer: pulsar el corazón de este colgante. —Y se lo extrajo del jersey donde hasta entonces lo había ocultado—. Una sola pulsación significaba que el objetivo podía ser bombardeado sin contemplaciones; dos pulsaciones significaban que el objetivo estaba rodeado de población civil y entonces debía diseñarse una operación de asalto. Al día siguiente me repitió las instrucciones Valentina, que vino a casa de Rifat acompañada, en efecto, por Anastasia, una chica menuda como yo que no hablaba ni pizca de español. Valentina, en cambio, lo chapurreaba con cierta soltura, a veces con tanta soltura que no te enterabas de lo que decía, ya habrás tenido ocasión de comprobarlo. Me tatuaron la estrella roja casi en el culo; también Valentina y Anastasia la tenían tatuada en el mismo sitio. Y me mostraron diversas fotografías de los cabecillas terroristas que se movían por la zona de Alepo, todas ellas archivadas en una *tablet*. Mientras Valentina las hacía aparecer en la pantalla táctil, me brindaba información sobre cada uno de aquellos chacales, sus nombres y nacionalidades, sus alias, las fechorías y los crímenes

que habían perpetrado. Me señalaba, sobre todo, detalles fisonómicos que me permitieran distinguirlos más fácilmente (una verruga, una cicatriz, unos dientes encabalgados, una perforación en el lóbulo de la oreja), si se presentaba la ocasión. Repetimos la revista hasta media docena de veces; Valentina y Anastasia eran muy concienzudas y querían asegurarse de que había memorizado al detalle las caras de los chacales. También me hicieron memorizar algunos números de teléfono que sólo debía usar en caso de extrema emergencia, si necesitaba pedir auxilio, y palabras que me servirían a modo de salvoconducto en caso de ser apresada por tropas del ejército sirio o de sus aliados. Cuando finalmente consideraron que habían concluido, se despidieron de mí con una calidez que me desconcertó; esperaba que fuesen frías, un poco robóticas incluso, pero lo cierto es que conmigo mostraron un cariño fuera de lo común. «Víctor nos ha pedido que te tratemos como a una hermana de sangre —me explicó Valentina, antes de que nos separásemos—. Nosotras somos banda de hermanas, nos ha dicho, y tenemos que estar dispuestas a derramar la sangre nuestra por ti». Me pareció entonces una declaración muy solemne; no me di cuenta de que estaba citando aproximadamente un célebre pasaje de Shakespeare, y desde luego no podía entonces imaginar que algún día fuera a hacerse realidad. —Lucía había empezado a caminar por la habitación, cada vez más azogada—. A los pocos días se anunció oficialmente, tal como me había anticipado Víctor, que se abrirían corredores humanitarios para que la población civil pudiera salir de los barrios más castigados de Alepo; y ExMed obtuvo permiso para desplegar un equipo de asistencia médica en una central eléctrica a las afueras de la ciudad, inutilizada por las bombas y rehabilitada como hospital de campaña. Según lo convenido, me ofrecí voluntaria para formar parte del equipo; y, como la rápida intervención de Rifat había impedido que me quemase, mi solicitud fue aceptada. Nos desplazamos en un convoy hasta la central eléctrica; pero los «rebeldes» no respetaron el alto el fuego, dificultando la evacuación de civiles, a los que preferían utilizar como escudos humanos. Los pocos que lograron abandonar la ciudad nos narraban escenas dantescas de la batalla, que se desarrollaba casa por casa, en sótanos y azoteas, en escaleras y balcones, como ocurrió en Stalingrado. Pronto quedó claro, sin embargo, que no saldrían más civiles de Alepo; pero el equipo de ExMed se mantuvo en la central eléctrica durante varios días en los que, además de atender a decenas de combatientes «rebeldes», nos desplazamos en uvis móviles por la zona, en expediciones muy arriesgadas, pues para entonces ambos bandos estaban infringiendo el alto el fuego. En una de aquellas expediciones fuimos hacia el

este de Alepo; en pleno desierto nos esperaban un par de *jeeps* con hombres armados hasta los dientes que nos escoltaron hasta un roquedal. Allí nos vendaron los ojos y nos condujeron por una maraña de túneles, mientras los hombres armados cargaban con el instrumental quirúrgico y sanitario. Cuando nos apartaron las vendas, nos hallábamos en una apestosa cámara subterránea, alumbrada con diodos, donde berreaba como un cerdo un tipo barbudo, herido de metralla en una pierna y en la barriga. Aunque tenía la cara crispada por el dolor, reconocí enseguida a uno de los terroristas que Valentina me había enseñado a distinguir (dos verrugas en la frente y una cicatriz en la ceja lo volvían inconfundible); además, sus rasgos se me habían quedado grabados, porque aparecía en uno de los vídeos que Víctor me había mostrado, participando en la violación colectiva de una niña, junto a un par de directivos de ExMed. Rápidamente anestesiamos al herido y le extrajimos la metralla del cuerpo, desinfectamos y cosimos sus heridas; yo misma me empleé en la labor con más esmero que nadie. Concluida la intervención, fuimos aclamados por la jauría que nos había conducido hasta allí y tuve que soportar sus abrazos y parabienes antes de que volvieran a vendarnos los ojos. Cuando ya nos disponíamos a abandonar aquella apestosa cámara subterránea pulsé mi colgante, en la esperanza de que la señal del localizador lograra atravesar la capa de roca que nos separaba de la superficie. ¡Y vaya si la atravesó! Cuando ya nuestra uvi móvil volvía hacia el hospital de campaña retumbó la tierra, como sacudida por un movimiento sísmico. Era porque habían lanzado desde un cazabombardero unos misiles antibúnker sobre la madriguera de aquellas ratas.

Lucía se volvió a sentar en el sillón orejero y se agarró a sus brazos raídos, como si se aprestara a resistir la onda expansiva de una explosión. Recostó la cabeza vendada sobre el respaldo.

—¿Murió el cabecilla terrorista? —pregunté.

—Quedó hecho fosfatina, según supe luego —dijo Lucía, repitiendo la expresión feroz de Víctor—. A nosotros, de regreso al hospital de campaña, nada nos dijeron; para entonces nadie sospechaba que el bombardeo de los túneles tuviese relación con nuestra visita. Y los medios de comunicación occidentales no informaron sobre el asunto. En cambio, se anunciaba que el ejército sirio preparaba una gran ofensiva contra Alepo; y que los corredores que se habían abierto para permitir que saliese la población civil de los barrios en conflicto se iban a cerrar de inmediato. También nosotros empezamos a preparar nuestro regreso a territorio turco; pero justo entonces recibimos instrucciones de desplazar la uvi móvil hasta uno de los barrios controlados

por los «rebeldes». Se nos dijo que allí estaba todavía funcionando un hospital abarrotado de heridos graves en el que ya no quedaba sangre para transfusiones, ni morfina, ni ningún otro tipo de suministro médico. Nosotros, en cambio, estábamos sobradamente provistos; y desde la dirección de ExMed se consideraba una «obligación moral» hacerles llegar nuestras reservas antes de que nos retirásemos. Reconocían, sin embargo, que la misión era de altísimo riesgo, pues la ofensiva contra la ciudad era inminente; así que ofrecieron a quienes se atrevieran a meterse en la boca del lobo una bonificación generosa. Pero ni siquiera la promesa de esta insólita bonificación despertó demasiado entusiasmo entre los miembros del equipo, deseosos de alejarse cuanto antes de aquel infierno. Al final sólo fuimos cuatro, un médico y tres enfermeros, los que nos atrevimos a atender esta petición, que era tanto como firmar un suicidio; pero sospecho que para entonces los cuatro habíamos perdido el instinto de supervivencia, o nos creíamos absurdamente invulnerables, o pensábamos en el colmo del delirio que nuestros distintivos sanitarios nos protegerían contra las bombas ciegas. En mi caso concreto, no creas que lo hice por heroísmo, ni por afán justiciero, ni siquiera porque la petición tan extraña de nuestros mandos me hubiese escamado, sino porque, paradójicamente, me daba menos miedo meterme en el avispero de Alepo que regresar a Altinözü, donde estaría a merced de las represalias en cuanto los directivos de ExMed supiesen que el bombardeo de los túneles había sido consecuencia de algún soplo. Creo que para entonces ya me arrepentía de haberme metido en aquel lío. Sólo pensaba en el modo de entregarme al ejército sirio que, según todos los indicios, estaba a punto de tomar la ciudad; sólo pensaba en quitarme de en medio cuanto antes, pronunciando las palabras que Valentina me había asegurado que me servirían de salvoconducto y enseñando el tatuaje de la estrella; sólo pensaba en desaparecer como por arte de ensalmo y olvidar aquella pesadilla.

Calló nuevamente, oprimida por el cansancio o la ansiedad. A través de la ranura del vendaje, sus ojos asomaban a la vez nebulosos y febriles, como si el miedo y el insomnio librasen en ellos batalla. Noté que las manos habían empezado a temblarle y las tomé entre las mías. Estaban bañadas de un sudor frío.

—¿Qué pasó en Alepo? —susurré.

—Aquello ya no era una ciudad, ni siquiera el fantasma de una ciudad —prosiguió pesarosa, como si al hablar arrastrase cadenas—. Los edificios eran esqueletos de hormigón sobresaliendo de una planicie de cascotes, las calles estaban llenas de socavones y el aire inundado de un polvillo blanco

irrespirable y más espeso que la bruma baja. Se oían detonaciones lejanas, el rumor de los morteros, algún grito apagado, pero predominaba un silencio de muerte en el que sólo escuchaba los latidos de mi corazón desbocado. De vez en cuando cruzaban las calles sombras despavoridas, una madre con un niño en brazos, un anciano encorvado, un joven que escalaba los escombros y se interponía ante nuestra uvi móvil y corría a nuestra vera, para guiarnos al hospital. Cuando ya nos acercábamos a nuestro destino, fueron surgiendo otros jóvenes o no tan jóvenes, malencarados y armados hasta los dientes, que palmeaban nerviosos la chapa de la uvi móvil y nos aturdían con un vocerío que pretendía ser agradecido pero resultaba sobre todo intimidante, invocaban a Alá y lanzaban maldiciones bravuconas contra el enemigo. Nos indicaron el camino hasta el garaje del hospital, que habían convertido en polvorín, y nos ayudaron a cargar con los suministros médicos, que almacenaron en un sótano de paredes agrietadas. Aunque mi corazón seguía latiendo desbocadamente y el griterío de los combatientes era ensordecedor, pude escuchar, procedentes de otras áreas del edificio, llantos de niños y cánticos femeninos, probablemente de sus propias madres, que trataban de tranquilizarlos inútilmente con nanas. Me pregunté si aquel hospital en ruinas servía a la vez de refugio para civiles; pero un lugar que se usa como polvorín no parece un refugio idóneo. Más probable era que aquellos niños y sus madres estuviesen siendo utilizados como escudos humanos o rehenes, tal vez como contrapartida en algún canje de prisioneros. Quise dirigirme hacia el lugar del que procedían los llantos, pero los combatientes me lo impidieron. Entonces surgió el que parecía el líder del grupo. Le cruzaban el pecho en aspa dos cananas y le colgaba en bandolera un fusil que empuñaba con ambas manos. Aunque se emboscaba detrás de unas gafas de sol y una barba rala, distinguí fácilmente, por el tabique nasal torcido y las mejillas comidas por el herpes, al hombre al que había visto en uno de los vídeos que me mostró Víctor disparando a bocajarro a una niña que se resistía a sus manoseos y orinando sobre su cadáver. Después de agradecerlos en un inglés casi perfecto los suministros médicos, nos anunció con un retintín malévolo que tendríamos que quedarnos en el hospital durante unas horas, pues no quería arriesgar nuestras vidas. Enseguida sus hombres nos condujeron, nos empujaron casi, hasta una habitación muy oscura, seguramente contigua a la que ocupaban los niños y las mujeres que habían elegido como rehenes, pues los llantos infantiles eran allí más nítidos, y las nanas de las madres más lastimeras. Entre mis compañeros había comenzado a cundir el pánico; alguno, incluso, forcejeó con nuestros captores, que al instante lo redujeron y golpearon

salvajemente con las culatas de sus armas, antes de lanzar una ráfaga de balas al techo, imponiendo silencio. Me encogí en el suelo en posición fetal; y aproveché la confusión reinante para pulsar el colgante, en esta ocasión dos veces, como había acordado con Víctor y Valentina que debía hacer, cuando localizara a una de aquellas alimañas pero no se pudiese lanzar un ataque aéreo sobre la posición para eliminarla. Habían cerrado y trancado la habitación, en la que no había luz eléctrica. La oscuridad era completa, como imagino que también lo sería en la habitación contigua donde se hacinaban los niños y sus madres, donde se fueron apagando los llantos y las nanas. Habíamos empezado a aporrear la puerta, demandando o más bien suplicando explicaciones, pero nadie nos atendía. Poco a poco, la desesperación que al principio nos hacía desgañitarnos nos fue convirtiendo en piltrafas que murmuraban palabras inconexas, que rezaban a un Dios sordo a nuestras quejas o mantenían un coloquio imposible con los familiares que ya no volveríamos a ver. Así hasta que nuestro miedo se fundió con la oscuridad y nos hundió en el mutismo; pues cada vez que alguno trataba de hablar se lo impedían el temblor y las convulsiones. Y pasó largo rato, no sé cuánto tiempo porque para entonces había perdido la capacidad para medirlo y hasta la noción de mi propia existencia, incluso llegué a pensar que ya estaba muerta y enterrada, que llevaba años o siglos muerta, y todos aquellos padecimientos los estaba en realidad sufriendo mi alma condenada. Entonces volví a escuchar el griterío de nuestros carceleros, muy similar al que rodeó nuestro recibimiento, pero esta vez más nervioso o menos bravucón, también a ellos la desesperación los hacía desgañitarse. Pensé que tal vez el comando de asalto enviado por Víctor ya rodeaba el hospital, provocando la alarma entre los terroristas acorralados; pero no sonaba ningún disparo y en cambio el silencio se llenaba de un zumbido cada vez más agudo, tan agudo que finalmente se convirtió en un silbido que taladraba los tímpanos, el silbido de los aviones en vuelo rasante sobre Aleppo. Habían saltado sirenas y alarmas, advirtiendo del ataque; pero ya no había tiempo para reaccionar, tampoco lo tuvieron nuestros carceleros, que habían empezado a desatancar la puerta de nuestro cuarto, no sé si para liberarnos o más probablemente para ejecutarnos. La primera bomba debió de derribarlos con su onda expansiva, que hizo temblar los cimientos ya maltrechos del hospital. Y a esa bomba se sucedieron otra, y otra más, ahogando con sus estallidos los gritos de carceleros y rehenes, haciendo migas techos y paredes, sepultando nuestros cuerpos entre los escombros...

Lucía no podía contener el temblor de sus manos sudorosas y frías, que se miraba como si buscara en ellas la sangre que tal vez entonces las había teñido, una sangre borrada de la piel que, sin embargo, seguía manchando su conciencia. La abrazó, antes de que el temblor la hiciese desfallecer.

—Desperté en medio de la noche —continuó—, salvada milagrosamente por una viga de hormigón que sólo se había desplomado parcialmente, impidiendo que el techo me aplastase, y salí reptando entre la montaña de escombros todavía humeantes. A mi alrededor había cuerpos amputados y miembros sanguinolentos iluminados por un helicóptero que sobrevolaba las ruinas y por las linternas de los soldados que se asomaban desde las torretas de los tanques y hacían indicaciones a otros soldados encargados de inspeccionar el terreno a pie. Me puse de rodillas, con las manos sobre la cabeza, y grité las palabras que Valentina me había hecho memorizar, les mostré mi tatuaje antes de caer otra vez desmayada, mientras unos brazos me alzaban y conducían en volandas hasta el helicóptero, que había logrado aterrizar sobre los cascotes. Entre vahídos, mientras me acomodaban en una camilla, envuelta por la polvareda que levantaba la hélice del helicóptero, me pareció entrever las facciones de Valentina y Anastasia, que me susurraban (o tal vez también gritasen, pero apenas alcanzaba a oír nada) palabras de ánimo, mientras me inyectaban un calmante y me evacuaban de Alepo, rumbo a la base aérea de Hmeymim. Allí desperté en un módulo reservado para heridos, con una vía intravenosa en la mano y el cuerpo lleno de cardenales y huesos rotos. Víctor estaba al pie de la cama, tratando de mostrarse sereno pero incapaz de disimular su inquietud. «¿Qué habéis hecho? —le reproché—. ¿Cómo habéis podido bombardear ese hospital? Os advertí que no podíais hacerlo. Tenían mujeres y niños como rehenes, yo misma los oí llorar...». — Y, mientras repetía lo que entonces le había reprochado a Víctor, parecía que Lucía volviese a escuchar sus llantos estériles, sus nanas también estériles. Y cerraba los ojos, como si se dejase acunar por ellas—. Víctor balbució excusas inconsistentes y contradictorias: primero me aseguró que lo habían hecho para evitar que los terroristas nos ejecutasen; después me trató de convencer de que sólo había pulsado una vez el localizador; por último

insinuó que se había producido un error en la cadena de mando. En ese preciso instante lo entendí todo. Fue como si percibiera por primera vez el perfil real de las cosas, como si hasta entonces una extraña miopía me hubiera impedido ver con claridad y de repente me hubiesen puesto unas gafas que me permitían distinguir las formas y los volúmenes que antes sólo veía borrosamente. Lo habían hecho así porque, aunque Víctor velase por sus colaboradores, en esa brumosa cadena de mando se tomaban decisiones que no estaban bajo su control, había hombres desalmados o sólo eficientes que no respondían por los daños colaterales que sus decisiones provocaban, sino tan sólo por el resultado final de la misión que les habían encomendado. Y yo, lo mismo que Valentina o Anastasia, lo mismo que el propio Víctor, éramos piezas que podían ser sacrificadas, llegado el caso, como lo habían sido los rehenes del hospital. Me sentí vilmente utilizada; pero, sobre todo, me sentí terriblemente culpable. Y sé que esa conciencia de culpa no va a abandonarme nunca; sé que tendré que vivir siempre con ella. El terror auténtico no consiste en ignorar; consiste en saber. Y yo sé que en aquel hospital murieron inocentes por mi culpa.

Respiraba como una anciana, como si aquel acto de contrición, lejos de aliviarla, la abrumara todavía más. Pensé entonces que todo lo que le dijera para tratar de infundirle paz sería tan estéril como las nanas que aquellas madres de Alepo habían cantado para tranquilizar a sus hijos llorosos, antes de que sobre unos y otras cayeran las bombas. Pero no dejé de intentarlo:

—Habrían bombardeado el hospital igualmente, Lucía. Imagino que ya habrían decidido hacerlo, antes de que les mandaras el mensaje del localizador. Dijiste antes que los terroristas guardaban allí un arsenal. Sin duda sería un objetivo prioritario.

—Seguramente sí, pero eso no tranquiliza mi conciencia —dijo Lucía. Aunque su voz era ensimismada, había respondido de inmediato, como si ya anteriormente hubiese descartado ese consuelo—. Yo intervine en esa acción y para mí eso es lo que cuenta. También contó para quienes desde entonces me han perseguido implacablemente. Por supuesto, ExMed denunció el bombardeo del hospital y reclamó en vano la devolución de los cadáveres de sus cooperantes; pero los que habían regresado a Altinözü informaron que mi comportamiento durante los últimos días les había parecido sospechoso, y que ya antes, mientras trabajaba en el campo de refugiados, había dado muestras de disgusto con lo que allí estaba sucediendo. Desde la dirección de ExMed se lanzó la calumnia de que tal vez me hubiese incorporado a las filas del Frente Al Nusra, con el propósito de que yo saliese a desmentirlo, o alguien

saliese a hacerlo por mí, para limpiar mi reputación. Sospechaban, sin duda, que yo no había muerto en el bombardeo del hospital; y Víctor tenía la convicción de que no descansarían hasta saberlo. Empezó entonces a movilizar todos sus recursos para procurarme una vida anónima, intercedió por mí ante las altas instancias de esa brumosa cadena de mando para la que mi vida valía muy poco, tan poco que se resistían con uñas y dientes a integrarme en un programa de protección de testigos. Te confieso que, para entonces, no me importaba que me abandonasen a mi suerte; los remordimientos no me dejaban descansar y a veces, incluso, me asaltaban tentaciones suicidas. —Había vuelto a fijar la vista en las manos que yo le aferraba fuertemente, como si se avergonzara de aquellas tentaciones que tal vez nunca hubiesen dejado de rondarla—. Pero Víctor se negó a desentenderse de mí, su sentido de la lealtad era demasiado firme, puede que su remota sangre española le exigiese este gesto de gallardía quijotesca. Al final, consiguió que le aprobasen sus peticiones, tal vez exagerando los servicios que yo había prestado a una causa en la que ya para entonces había dejado de creer, tan embrollada y mezclada de intereses espurios como la causa solidaria que ilusamente había abrazado hasta que el propio Víctor me ayudó a caer del guindo. Permanecí durante casi dos meses en aquella base aérea, viendo despegar y aterrizar aviones que no cesaban de descargar bombas sobre las guaridas donde se atrincheraban los terroristas, tal vez acompañados de mujeres y niños a los que hubiesen hecho rehenes. Se turnaban en mi cuidado Valentina y Anastasia, mi pequeña banda de hermanas que jamás me dejó en la estacada. Finalmente, Víctor obtuvo los permisos necesarios para trasladarme a Madrid, que era la ciudad elegida para mi nueva vida de incógnito. Una nueva vida que me iba a exigir estar siempre vigilante.

Respiró hondo, tratando de recuperar la calma, incluso me dirigió una tímida sonrisa compungida, como si quisiera pedirme perdón por haberme incluido en aquella nueva vida que entonces había estrenado.

—El resto de la historia creo que más o menos la conoces —dijo—. Me asignaron la identidad de una mujer realmente existente; pues consideraban que una identidad falsa haría más sencilla mi localización, en caso de que alguien cotejase mi documentación con los archivos policiales. Imagino que a la chica que nos cedió su DNI le pagarían generosamente para que mantuviese la boca callada. A mí me aleccionaron para que llevase una vida al margen de los controles legales: no podía firmar contratos, no podía cursar solicitudes, ni siquiera hacer nada que pudiera dejar un rastro informático que

entrarse en colisión con el rastro que la persona cuya identidad estaba usurpando dejase en su vida cotidiana. —Resopló fatigosamente, como si quisiera compendiar en aquel gesto de agobio las mil y una peji gueras que habría tenido que observar, para mantener el embuste—. Incluso me calentaron las orejas por acudir al doctor Portabella, a pesar de que antes me había cerciorado de que no iba a quedar rastro informático de mi paso por su consulta. Por supuesto, tuve que renunciar por completo al teléfono móvil y al uso de interné, que, según me explicó Víctor, son el anzuelo que la mayoría de los prófugos muerden, incapaces ya de vivir como la gente vivía hace apenas veinte años, incapaces de sustraerse a la fascinación de la tecnología, que los ha embrujado. También tuve que cambiar mi aspecto físico, para lo que me buscaron en Madrid un cirujano plástico de confianza, como han hecho ahora en Buenos Aires. Y, por supuesto, me diseñaron una vida por completo tutelada: nadie podía saber que había sido enfermera en una vida anterior; nadie podía saber (pero esto resultaba más difícil de disimular, aunque me esforcé por perder el acento) mi procedencia geográfica; nadie podía llegar a tener control de mis hábitos, para lo cual debía evitar la repetición de rutinas y llevar una vida lo más caótica y bohemia posible: una vida de aquí caigo, aquí me levanto, como decimos en mi tierra, o a salto de mata, como te gusta decir a ti. —Y me lanzó otra sonrisa tímida, quizá apiadada de mi credulidad—. Valentina y Anastasia se encargaban de buscarme alojamientos y trabajos en los que pagos y cobros fuesen bajo cuerda y en metálico. En una de las casas por las que pasé resultó que la casera era una escritora fracasada, una tal Sandra Escolar, que te había conocido en sus años mozos (y cada vez que le sacaba tu nombre a relucir echaba pestes de ti, estaba podrida de resentimiento); y una compañera de piso trabajaba como cámara en uno de los programas infectos en los que por entonces colaborabas. Fue esta conjunción azarosa la que reavivó mi interés por ti: volví a leer tus libros que ya para entonces eran muy difíciles de encontrar en las librerías (pero Valentina y Anastasia me los consiguieron por interné); y volví a engancharme a ellos, como años atrás. Me resultaba muy intrigante que llevases tanto tiempo sin escribir nada; y a la vez muy desolador que anduvieras arrastrándote por los platós televisivos. Creo que volví a obsesionarme contigo, tanto que hasta empecé a buscar la compañía de gente que pudiera conocerte o haberte conocido en el pasado... —reconoció ruborosamente. No podía, desde luego, asegurar que se hubiese ruborizado bajo el vendaje que cubría su rostro, pero el tono de su voz me permitió imaginarlo—. Así hasta llegar a la pintora Rosario Tena, que

también echaba pestes de ti, con mayor acritud todavía que Sandra Escolar, aunque por razones más fundadas... —Entonces fui yo quien se ruborizó y bajó la vista—. Todos estos movimientos los hacía en complicidad con Valentina y Anastasia; pero, naturalmente, no pude impedir que los pusieran en conocimiento de Víctor, que al principio se alarmó y les encargó un informe sobre ti. —Quise protestar, o al menos quejarme, pero Lucía siguió hablando ajena a mi incomodidad—. Descubrió así que eras un solitario, que habías renunciado a la vida social, que vivías en una urbanización muy apartada y tranquila. Y le pareció que podías ser una magnífica pantalla para nuestro plan...

Deslizó esa palabra, «pantalla», que me pareció a un tiempo eufemística y brutal. No pude esconder mi rabia:

—Un tonto útil, eso es lo que buscabais. Y lo encontrasteis.

Y fue ella entonces la que me apretó muy fuertemente las manos y las besó amorosamente, repetidamente, como una paloma que picotea grano. Apenas podía sentir el tacto de sus labios, que quedaba difuminado por el tacto de las vendas y gasas que los rodeaban; pero eran besos sanadores de la rabia.

—Ni se te ocurra pensar tal cosa —me amonestó, con un énfasis que me pareció sincero, o tal vez yo necesitaba que lo fuese—. Todo lo que vivimos juntos es lo más verdadero de mi vida, aunque estuviese rodeado de fingimientos. Tuve que mentirte muchas veces, para ocultarte lo que no podía contarte de ningún modo, porque me lo habían prohibido y porque, además, contándotelo no hubiese logrado nada, salvo hacerte daño y meterte en un embrollo. Quería mantenerte al margen. ¿Qué habría adelantado haciéndote partícipe de los horrores que acabo de contarte? No habría aliviado mis remordimientos; y, en cambio, te habría contagiado mis zozobras. Pero todas aquellas mentiras que tuve que ir improvisando no afectaban, no rozaban siquiera, mis sentimientos hacia ti. No puedes dudar de la sinceridad de esos sentimientos. Vuelve la vista atrás y dime si puedes hacerlo.

No podía dudar, desde luego, que había vuelto a escribir gracias a Lucía; no podía dudar que había sido mi musa y mi ángel de la guarda; no podía dudar que Ramiro Cifuentes había publicado mi novela gracias a su intercesión. Y tampoco podía dudar de su temblor entre mis brazos; no podía dudar de sus besos, cuando estábamos en la lucha de amor juntos, encadenados cual vid que entre el jazmín se va enredando. Me contemplé en sus ojos implorantes; y en un instante vertiginoso mi temerosa memoria abarcó mil instantes anteriores que, en efecto, no me permitían dudar de sus sentimientos. Llevé la mano a su cara vendada, sin atreverme apenas a acariciarla, o acariciándola muy someramente, para que alcanzase a sentir en la piel vulnerada el cosquilleo de las yemas de mis dedos; y Lucía cerró entonces los ojos, como si deseara saborear más íntimamente ese cosquilleo.

—¿Y qué ocurrió entonces? —le pregunté, de súbito consciente de que se estaba agotando el tiempo que nos había concedido Víctor—. ¿Por qué te descubrieron?

—Antes te comentaba que la dependencia tecnológica arruina vidas —respondió, con magullada sorna—. En esa brumosa cadena de mando en la que mi vida importaba un pimiento hubo una fuga de información, alguien se introdujo en sus sistemas informáticos, alguien logró colarse por alguna grieta en sus protocolos de seguridad supuestamente inexpugnables y robar miles de documentos que después se vendieron al mejor postor. O tal vez en esa brumosa cadena de mando se hayan también infiltrado, como en ExMed o en tantos organismos internacionales, desaprensivos dispuestos a provocar cualquier hecatombe; o simples ilusos como yo que, al pasar al enemigo aquella información reservada, piensan que están prestando un gran servicio a la humanidad. El caso es que, entre esos miles de documentos filtrados había comunicaciones de Víctor con el alto mando, en las que se revelaban detalles que permitían deducir que yo había empezado a vivir bajo una falsa identidad, a las afueras de Madrid, en una urbanización muy tranquila, donde mi integridad parecía garantizada. Aquella calamidad coincidió, para más inri, con los incendios de los setos. La policía municipal se puso a rondar por las calles de la urbanización y a hacer barridos de ondas, en busca del

incendiario; y, de repente, las labores de vigilancia que coordinaba Víctor se volvieron imposibles. En enero me citó muy nervioso en la Biblioteca Nacional, donde a veces nos encontrábamos cuando tenía que transmitirme algún recado, para comunicarme que ya no podía garantizar mi seguridad. Allí fue, por cierto, donde conocí a un filólogo chiflado que, paradójicamente, fue la única persona capaz de distinguir mis orígenes araneses con tan sólo oírme hablar. Justo por entonces acababan de pillar al niño pijo que quemaba los setos en la urbanización y traté de tranquilizar a Víctor. ¡Si antes hablo! A los pocos días, aquel Vlacovic hería a los dos policías. De inmediato, Víctor diseñó el operativo para mi marcha de España. —Hizo una pausa y de nuevo volvió a dirigirme una tímida sonrisa atribulada, tan atribulada que más bien fue una mueca aflictiva—. Y, de nuevo, siguiendo sus instrucciones, tuve que mentirte: te pedí que nos fuésemos por unos días de vacaciones; y cuando las vacaciones ya estaban preparadas y las pruebas de tu novela en composición, Víctor ordenó a un pirata informático que se metiera en el sistema informático del taller gráfico que las estaba preparando y las desbaratase, de tal manera que su corrección resultase imposible y, nada más recibirlas, tuvieras que devolverlas otra vez, con el consiguiente retraso en las entregas. También se encargó de que fuese imposible cambiar las fechas de nuestro viaje, reservando todas las habitaciones de aquella casa rural de Tenerife. Sólo tuve que meterte un poco de presión... Y tú mismo me propusiste que me adelantase yo un par de días, mientras corregías a toda prisa las pruebas. Engañarte aquella última vez fue mucho más duro que ninguna otra; pues después de aquella mentira venía la separación inevitable y definitiva. Pero no me resignaba a desaparecer para siempre sin dejarte una explicación; o al menos una pista que te brindase una explicación, si alguna vez te decidías a seguirla. —Había ido bajando el tono de su voz, hasta convertirla en algo tan sigiloso como una filtración de agua—: Y, a espaldas de Víctor, dejé aquellos números de teléfono escritos en el libro de los nazis en el que se hablaba de La Cumbrecita. Pensé que después de atar todos los cabos llegarías a la conclusión de que me había refugiado en este lugar... Pero no contaba con el accidente de Airjet, claro. Aquello lo trastornó todo por completo: de repente, ya no eras el novio burlado al que su novia abandona por sorpresa; de repente, te convertiste en un viudo destrozado por el dolor. Al menos hasta que la policía te reveló que tu novia había usurpado la identidad de otra chica y empezaste a descubrir que te había estado engañando. Imagino que desde ese momento la rabia sustituiría al dolor, o se mezclaría con él; e imagino que no sería una mezcla fácil de digerir. También a espaldas de Víctor, pedí a

Valentina que, antes de abandonar Madrid, te hiciese llegar a través de Ramiro Cifuentes la foto que su marido le había mandado, para confirmar que, pese a todo, había conseguido sacarme de España...

Su voz se había ido oxidando de nuevo y tornándose cada vez más luctuosa. Se calló y volvió a besar mis manos con un picoteo de paloma.

—Fue... fue esa chica, Anastasia, la que murió en el avión, ¿verdad?

—Fue Anastasia, sí —asintió, pegando cabezadas como latigazos, como si la pena le hiciese olvidar el temor de que se le saltasen los puntos—. Víctor preparó mi fuga hasta el más mínimo detalle. Y el último detalle fue precisamente que Anastasia y yo nos intercambiásemos en el aeropuerto los destinos: ella viajaría a Tenerife con el billete y la documentación a mi nombre; y yo viajaría a Buenos Aires con su billete y su pasaporte diplomático, en compañía de Víctor. Luego, según lo previsto, Anastasia abandonaría Tenerife convertida otra vez en quien realmente era, y mis posibles perseguidores perderían definitivamente mi rastro, pues en Argentina ya me estaban esperando una nueva identidad y un nuevo rostro que enterrarían para siempre a Lucía Moga Siuret... —Había aguantado hasta entonces sin echarse a llorar, pero entonces el llanto la sacudió como un calambrazo—. ¡Pobrecilla Anastasia! Dio la vida por mí...

Se inclinó hacia delante, se derrumbó casi, como si fuese a vomitar; y yo la recogí y alcé, tomándola por la cintura, volviendo a tañer el arpa de sus costillas, y la sostuve en pie. Volví a pensar que era una cigüeña caída del nido; volví a pensar que estaba rota en añicos que nadie podría recomponer salvo yo mismo; volví a pensar que estaba hecha a la medida de mis manos, que Alguien más allá de todas las estrellas la había hecho para mí. Mientras la abrazaba y sostenía, le pregunté:

—¿Fue un accidente o un atentado?

Tragó saliva con dificultad, como si tuviera la garganta en carne viva, como si las lágrimas se le hubiesen refugiado al fondo del paladar, vidriosas y afiladas:

—Nosotros nada sabemos. Los servicios secretos españoles han investigado el caso y han desestimado la posibilidad de un atentado —me respondió. Y añadió sin el más leve atisbo de sarcasmo—: Pero todo el mundo sabe que los servicios secretos españoles son los más penosos del mundo, incluyendo los de Andorra. Víctor llegará a saberlo algún día, no lo dudes. Y de momento, por si las moscas, ya ha empezado a vengarse de los directivos de ExMed, filtrando el escándalo de las orgías con menores. Pero te vuelvo a repetir lo que antes te dije: ni aunque hubiese sido un accidente se

quedaría mi conciencia tranquila. Yo tendría que haber muerto en ese avión, no Anastasia. Y si no fue un accidente, sino un atentado... Entonces ciento cincuenta personas murieron por mi culpa. —Pensé que estaba nerviosa y asustada, consternada después de haber padecido o sobrevivido a tantas desgracias, y que por ello mismo no era responsable de sus palabras, tan terriblemente acusadoras—: Arrastro la fatalidad conmigo, Alejandro. Allá por donde paso dejo un reguero de inocentes muertos. A los niños y a las madres de aquel hospital de Alepo los maté yo. A Anastasia y a los pasajeros de ese avión los maté yo también. La muerte camina conmigo.

La sacudí con fiereza, como si quisiera espantar aquellos pensamientos como negros pajarracos que anidaban en su alma.

—No digas disparates, Lucía —la reprendí—. En Alepo fueron otros los que dieron la orden de bombardear el hospital. Y el accidente de Airjet fue precisamente eso, un accidente, fruto de negligencias y errores humanos, en el que nada tuviste que ver. No puedes martirizarte de esa manera, atribuyéndote responsabilidades que no te corresponden.

Pero Lucía no se dejaba disuadir tan fácilmente:

—No es sólo lo de Alepo o lo del avión. Recuerda los policías y guardias civiles que fueron heridos o asesinados por Vlacovic en su huida. Recuerda a la azafata Novoa, achicharrada en su habitación del hospital. Es mucha la muerte que provocho a mi alrededor... —concluyó. Después calló y me miró muy intensamente con sus ojos nebulosos y febriles—: Y no quiero que tú corras la misma suerte. No podría perdonármelo jamás.

Hubiese deseado besarla fuertemente en todo lo que en el rostro es besable, de la frente a la barbilla, pero aquel aparatoso vendaje lo impedía. No quise perder más tiempo tratando de convencerla:

—No me importa mi suerte —dije, tan sincera como insensatamente—. Quiero estar a tu lado. No me importa venir a vivir aquí, o adonde sea.

Lucía denegó obstinada:

—Víctor no lo permitiría. No va a poner en peligro esta operación. Mantenerme viva ha salido muy caro y no va a permitirse ningún error más... —vaciló, como si le provocase pudor advertírmelo—: En el momento en que sospechasen que estoy viva empezarán a seguirte; y nos harían picadillo a ambos. —Como no podía contemplar sus facciones, no sabía si hablaba con aceptada resignación o con el abatimiento propio de quien está siendo coaccionado—. Además, yo ahora necesito meditar y hacer penitencia. Llevo mucho plomo en las alas, Alejandro; no sé si podré volver a volar.

—Pruébalo a mi lado, te lo ruego.

Me miró entonces de un modo a la vez compasivo y angustiado:

—Cuando me quiten estos vendajes seré una mujer por completo distinta. Ahora no me han hecho unos retoquitos, como en Madrid. Físicamente, ya no tendré nada que ver con la Lucía que conociste —dijo, con una especie de tristeza humillada. Y añadió, sombría—: Tal vez te parezca horrorosa.

—Qué tontería —me apresuré a contradecirla—. Me gustarás siempre, con independencia de tu aspecto físico. Me importa un bledo lo que te hayan hecho en la cara.

La tomé del brazo, para atraerla hacia mí. Y noté, aunque no opuso resistencia, que las decisiones no las tomaba ella y que ya habían sido tomadas, irrevocablemente. Me pregunté si Lucía podría perder suavemente el hábito de mi compañía, como el niño pierde el apego por los pechos de su madre. Me pregunté si podría existir sin ella.

—No lo hagas todo más difícil, Alejandro —me suplicó.

Alguien abrió entonces la puerta de la habitación y la música de Shostakóvich, que había dejado de oírse, entró como un enjambre de polillas en la habitación. Ya no era la pieza romántica que sonaba cuando llegué a la cabaña; o, si lo era, había dejado de celebrar la vida, para adentrarse en el corazón leproso del miedo.

—Señor Alejandro, Víctor dice que ya no puedes más seguir. Tienes ahora que marchar de regreso.

Valentina lo había dicho cabizbaja, como avergonzada de separarnos. Pero también ella obedecía órdenes, tampoco ella tomaba allí las decisiones. Me volví suplicante hacia Lucía:

—Por favor, cuando haya terminado esta pesadilla y estés fuera de peligro dime dónde debo buscarte. Allá donde me pidas que vaya iré. No me importa dejar España, no me importa vivir donde tú estés.

Ni siquiera en la estepa, ni siquiera entre la taiga y la tundra. Valentina me apremiaba con gesto atribulado. Lucía no tenía gesto, era una máscara de impávida blancura.

—No puede ser, Alejandro —me dijo, apretando los labios—. Es por tu propio bien, créeme.

—Entonces te buscaré —aseguré, desafiante—. ¿No te das cuenta de que ya no puedo vivir sin ti? Te seguiré buscando incansablemente hasta encontrarte.

Lucía calló, seguramente consternada, seguramente atenazada por el llanto, que hacía titilar sus ojos nebulosos y febriles. Pero el vendaje del

rostro envolvía su consternación de una rara impasibilidad. Valentina había empezado a tirar de mi brazo:

—Tienes que marchar ahora, señor Alejandro. Ya ha pasado hora y Víctor lo pide.

Al umbral de la puerta había asomado el hombre que vigilaba cerca de la cabaña, dispuesto a hacerme obedecer más expeditivamente. Cruzó unas palabras ininteligibles con Valentina, que trató de aplacarlo; pero el hombre también obedecía órdenes y entró en la habitación, dispuesto a sacarme a rastras. Antes de que lo hiciera, Lucía me besó las manos por última vez, con una dulzura que me estremeció.

—Dime, al menos, dónde puedo mandarte un ejemplar de mi novela —le pedí, procurando mostrarme más entero—. Está a punto de ponerse a la venta.

Debió de hacerle gracia que tratase de conseguir una pista de un modo tan cándido, porque volvió a esbozar una sonrisa tímida, en medio de las lágrimas que hacían temblar su voz:

—Ya la hemos pedido, no te preocupes. Tú sigue escribiendo y espérame en casa. Yo te encontraré.

Y me sacaron a rastras de la cabaña.

POST SCRIPTUM

He seguido escribiendo y esperándola en casa, tal como me pidió. La espera al principio fue ferviente, luego angustiada, poco a poco se fue tornando melancólica y, por fin, se hizo serena, tan serena que a veces ni siquiera parece una espera. Pero jamás he perdido la esperanza.

La novela tuvo una recepción muy discreta, casi diría que displicente. Habían pasado tantos años desde la publicación de mi anterior libro que ya casi nadie me consideraba como escritor, sino más bien como friqui televisivo venido a menos; y quienes todavía me consideraban como escritor esperaban que repitiese los asuntos y las formas de mis libros juveniles y quedaron decepcionados, o quizá sólo desconcertados y perplejos (que para el caso es aún peor). Es verdad que se publicó alguna reseña elogiosa de la novela, pero ya no se leen las reseñas de los críticos (o, si se leen, nadie les hace caso); y, en general, predominó el tono condescendiente, incluso desdeñoso, que paradójicamente consideraba la novela una fantasía romántica, cuando lo cierto es que se trataba de la más autobiográfica de todas las que había escrito. Ramiro Cifuentes quedó muy abatido por aquella recepción obtusa que defraudó por completo sus expectativas y seguramente le hizo algún roto en el bolsillo, pues había invertido en la promoción del libro cantidades abusivas para las modestas posibilidades de su editorial. Pero, pasado el fiasco, me aseguró que su confianza en mi obra permanecía intacta; y me pidió que me pusiera a escribir de inmediato otra novela que, por supuesto, me publicaría con el mismo entusiasmo.

Y, a medida que pasan los meses, Ramiro Cifuentes me llama una y otra vez, urgiéndome a escribir. Sospecho que pone tanto énfasis en su demanda porque teme que pronto tendrá que jubilarse y vender su editorial creada con tanto mimo y sostenida con tanta dedicación a un grupo o conglomerado que arrastrará su sello por el fango y se pondrá

a publicar unos bodrios sobrecogedores. Sospecho también que no llegaré a tiempo de atender sus requerimientos; pues, aunque escribo sin descanso, creo que nada de lo que escribo es publicable, al menos no como novela, tampoco como memorias o eso que grotesca y petulantemente llaman «autoficción». Más propiamente se podría decir que escribo divagaciones, infinitas divagaciones sobre la infinidad de recuerdos que guardo de Lucía, tantos como variantes dialectales tiene la lengua. A veces me veo escribiendo una obra sin principio ni fin, un libro de arena como el de aquel filólogo chiflado, Fernando Valiente, que me descubrió que Lucía procedía del valle de Arán; tal vez, mientras espero en casa a Lucía y sigo escribiendo, tal como ella me pidió, empiezo a parecerme a Funes el memorioso, aquel personaje borgiano mencionado por el doctor Portabella en nuestro encuentro, que no podía olvidar ni siquiera los acontecimientos más nimios, las impresiones más fugaces y rutinarias, hasta convertir su vida en un suplicio. A veces pienso que debería acudir a la consulta del doctor Portabella, para que con sus tratamientos tan discutidos me ayude a olvidar (nos hacen más daño los recuerdos que los olvidos); pero recordar a Lucía, recordar incansablemente cada gesto o palabra de Lucía, recordar cada minuto que pasamos juntos, aunque me hace daño, me llena la vida y la escritura. Cada día que pasa me parece más improbable que un día me olvide de ella y ya está, como en cierta ocasión me auguró el inspector Avendaño, para brindarme consuelo cuando más desconsolado estaba. Tal vez para olvidar haya que transigir con las circunstancias, tal vez haya que asimilar el duelo, tal vez haya que encajar las cosas como son (que diría un pragmático) y aceptar la realidad como viene, someterse resignadamente a su mandato. Yo no lo hice cuando pensaba que Lucía se movía entre los muertos; y con mi tesón logré traerla a la región de los vivos. Ahora que está en la región de los vivos, aunque no conozca su rostro, tampoco lo haré.

Cuando llaman a la puerta espero encontrar a Lucía en la repartidora del supermercado o en la mensajera que trae un paquete, en la chica que mete publicidad en los buzones o incluso en una testigo de Jehová que trata en vano de convertir a su religión a los incrédulos y tartufos de la urbanización, en la que ya hemos dejado de padecer sobresaltos y la policía vuelve a rondar muy raramente. También busco en vano a Lucía en las mujeres que me interpelan y

asaltan en la calle, casi nunca lectoras que deseen agradecerme alguno de mis libros, sino más bien teleadictas chonis que añoran mis intervenciones en programas vociferantes. La busco entre las mujeres que asisten a mis conferencias cada vez menos concurridas (tal vez las decepcione que no vocifere como hacía en la televisión) y entre las que me piden que les firme un libro, al final del acto o en cualquiera de esas ferias primaverales donde a los escritores nos exhiben como si fuésemos animales de zoológico. A cada una de estas mujeres que se me acerca, sobre todo si es joven, la miro a los ojos, buscando en ella los ojos de Lucía, que conservará aunque hayan cambiado por completo las demás circunstancias de su rostro. Busco en cada mujer con avidez y curiosidad los ojos excesivos y atolondrados de Lucía, sus ojos vulnerados de una secreta tristeza, a veces visitados por una luz que viene del cielo y a veces embarcados en tortuosas expediciones al abismo, busco su candor de trigo y su dolor de lenta espina, pero no los encuentro. Y cada vez que no descubro a Lucía en ninguna de estas mujeres es una desilusión repetida; pero mi esperanza serena no decae.

A veces quedo con Rosario Tena, con la que he logrado reconciliarme plenamente, sin resquemores ni dobleces (y es algo que en parte debo a Lucía). Me resulta muy grata su compañía; pues, como sé bien que no es Lucía, al menos mientras estoy con ella no sufro las zozobras que me asaltan en compañía de otras mujeres, a las que siempre escruto con expectación e incertidumbre. Con Rosario Tena voy a veces al teatro o al cine y después cenamos juntos, para comentar nuestras respectivas vicisitudes (y sospecho que las mías la aburren un poco y la apenan mucho más). También voy a veces a su casa para verla pintar, simplemente para contemplar la limpieza y claridad de sus trazos sobre el lienzo, tan inspiradores siempre; otras veces viene ella a mi casa, tomamos una copa y contemplamos juntos el gran retrato de Lucía que llena la pared del salón, es una obra maestra que sigue dejándome apabullado y suspenso. Aunque Rosario Tena nunca me lo pide (no sé si por pudor o por lástima), a veces le leo en voz alta las divagaciones que estoy escribiendo; y ella las escucha pacientemente, incluso reverentemente, aunque sospecho que no le resultan tan inspiradoras como a mí los trazos de su pincel. Antes de marcharse me despide con un beso en los labios, un beso muy delicado y oferente que

solicita correspondencia; pero no puedo dársela aunque quisiera, he perdido mi dulce amado centro y no puedo disimular tan avara suerte.

Cuando me quedo solo en casa pongo música de Shostakóvich y dejo que fluya, transida de una pena cósmica y a la vez íntima, mientras cierro los ojos. Entonces siento que sobre mi rostro se posan mil polillas blandas, siento su aleteo en las mejillas y en la frente, en el pelo y en la boca, mientras el polvo venenoso y dulcísimo que desprenden sus alas me adormece. Y así, mientras suena la música de Shostakóvich, sueño que Lucía vuelve: no exactamente la Lucía que conocí, ni tampoco una Lucía inventada, sino la síntesis de ambas; pero es una Lucía que ha cumplido todas las penitencias y sonrío mientras se acerca sigilosa, para no despertarme, y se inclina sobre mí, para darme un beso que espanta el aleteo de las polillas.

Abro entonces los ojos y la veo, tan cerca de mí que siento su respiración sobre mi rostro. Es Lucía, y me ha encontrado.

AGRADECIMIENTOS

A X, que me refirió, allá en los arrabales del atlas, la historia tenebrosa que inspiró esta novela. Allá donde estés, después de haber sobrevivido a tantas asechanzas, espero que encuentres la paz, aunque ya no puedas encontrar tu rostro en los espejos.

A mi abnegado padre, que volvió a desentrañar y transcribir mi manuscrito ilegible, esta vez en circunstancias más delicadas que nunca. Pero ni los refunfuños de su viejo corazón lograron disuadirlo del empeño.

A mi madre y a mi hija Jimena, por su aliento y compañía.

A los primeros lectores de esta novela: mi maestro Pere Gimferrer, mis editoras Ana Rosa Semprún y Miryam Galaz, mis agentes Mònica Martín y Txell Torrent. Gracias por vuestras valiosas observaciones y generosos consejos.

A Loida Díez, que supo captar el espíritu del libro y plasmarlo en la nota de contraportada.

A mi dulce amado centro, María Cárcaba, que ha llenado mi vida de un estímulo y un alborozo nuevos. A María Cárcaba, que ha resucitado zonas de mi espíritu que creía muertas para siempre. Sólo ella y yo sabemos cuánto nos amamos, en el día y en la noche.